

WARHAMMER
40.000

BATALLAS DE LOS MARINES ESPACIALES

LA
BATALLA
DEL
COLMILLO

CHRIS WRAIGHT



Los Marines Espaciales de los Adeptus Astartes, genéticamente modificados y psicológicamente entrenados, son superiores a cualquier humano. Son una élite de combate y como tal, sus batallas son legendarias. Esta serie las narra con gran maestría y realismo. Un mapa táctico de las batallas a todo color acompaña a la edición de La batalla del Colmillo, la segunda novela de la saga Batallas de los Marines Espaciales que sigue la pista de La Herejía de Horus.



Chris Wraight

La batalla del Colmillo

Warhammer 40000. Batallas de los Marines Espaciales 02

ePub r1.1

epublector 01.09.14

más libros en epubgratis.net

Título original: *Battle of the Fang*
Chris Wraight, 2011
Traducción: Traducciones Imposibles, 2012
Editor digital: epublector
ePub base r1.1

Para Dan Abnett y Graham McNeill, el Magnus y el Russ de Black Library (pero ¿cuál es cuál?)



Estamos en el cuadragésimo primer milenio.

El Emperador ha permanecido sentado e inmóvil en el Trono Dorado de la Tierra durante más de cien siglos. Es el señor de la humanidad por deseo de los dioses, y dueño de un millón de mundos por el poder de sus inagotables e infatigables ejércitos. Es un cuerpo podrido que se estremece de un modo apenas perceptible por el poder invisible de los artefactos de la Era Siniestra de la Tecnología.

Es el Señor Carroñero del Imperio, por el que se sacrifican mil almas al día para que nunca acabe de morir realmente. En su estado de muerte imperecedera, el Emperador continúa su vigilancia eterna. Sus poderosas flotas de combate cruzan el miasma infestado de demonios del espacio disforme, la única ruta entre las lejanas estrellas. Su camino está señalado por el Astronomicón, la manifestación psíquica de la voluntad del Emperador. Sus enormes ejércitos combaten en innumerables planetas. Sus mejores guerreros son los Adeptus Astartes, los Marines Espaciales, supersoldados modificados genéticamente.

Sus camaradas de armas son incontables: las numerosas legiones de la Guardia Imperial y las fuerzas de defensa planetaria de cada mundo, la Inquisición y los tecnosacerdotes del Adeptus Mechanicum por mencionar tan sólo unos pocos.

A pesar de su ingente masa de combate, apenas son suficientes para repeler la continua amenaza de los alienígenas, los herejes, los mutantes... y enemigos aún peores.

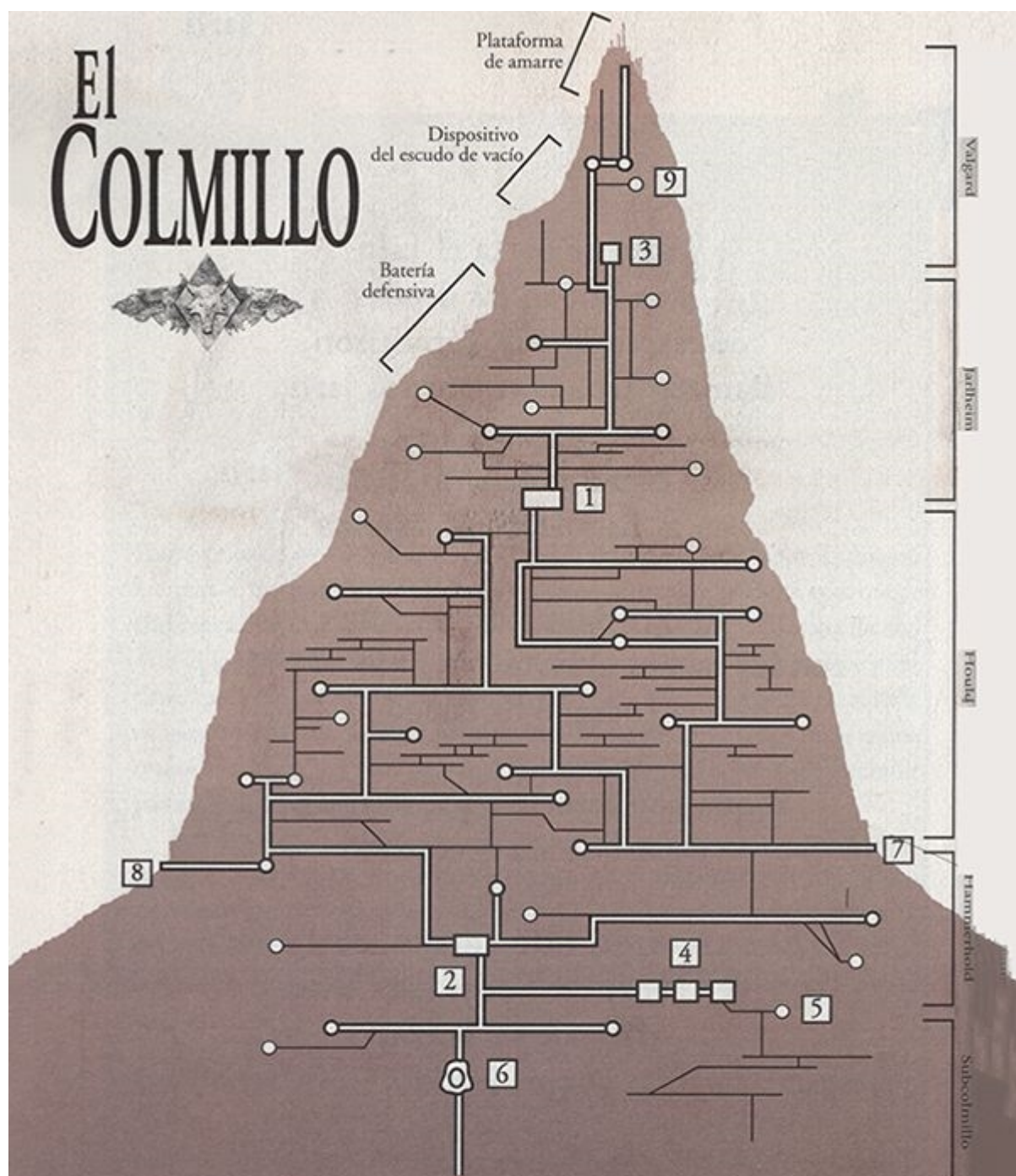
Ser un hombre en una época semejante es ser simplemente uno más entre billones de personas. Es vivir en la época más cruel y sangrienta imaginable. Éste es un relato de esos tiempos. Olvida el poder de la tecnología y de la ciencia, pues mucho conocimiento se ha perdido y no podrá ser aprendido de nuevo. Olvida las promesas de progreso y comprensión, ya que en el despiadado universo del futuro sólo hay guerra.

No hay paz entre las estrellas, tan sólo una eternidad de matanzas y carnicerías, y las carcajadas de los dioses sedientos de sangre.

**Aquí se corta el hilo
y se saldan las deudas
de Harek Eireik Eireiksson,
llamado Ironhelm por los jarls.
El Padre de las Montañas
en el Espinazo del Mundo.
El dios humilde desciende
con las manos abiertas y el ojo expedito,
rodeado de fuego.
Y que con esto se sepa, hermanos,
para que sea recordado.
El traidor del hijo antaño mutilado
del Padre de Todas las Cosas
extiende su brazo,
su mirada fría como el invierno infernal.
Y Ironhelm,
maestro de los Lobos de Fenris
con los colmillos descubiertos
ríe como el amanecer.**

Saga de Ironhelm, XXXIV a-f Extraída de «Prolegomena ex Fenris II», atr. inq. L. Darshiva Natarri O. H.

El COLMILLO

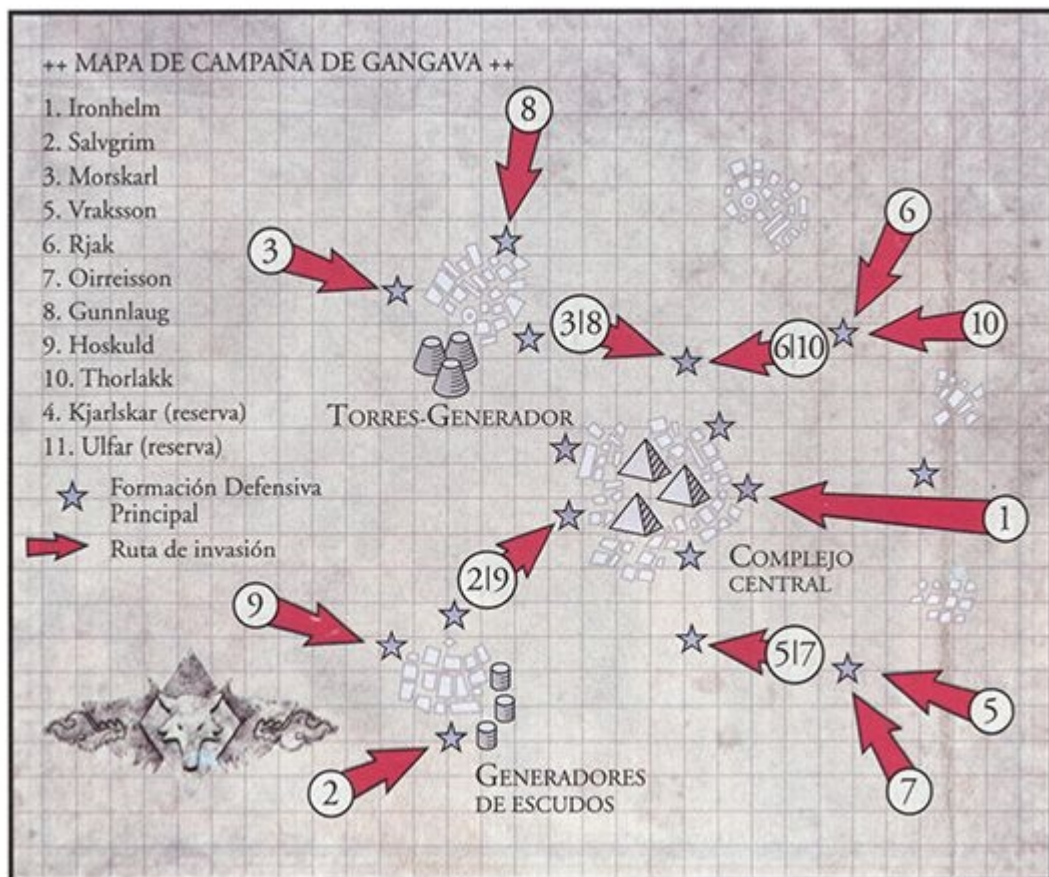
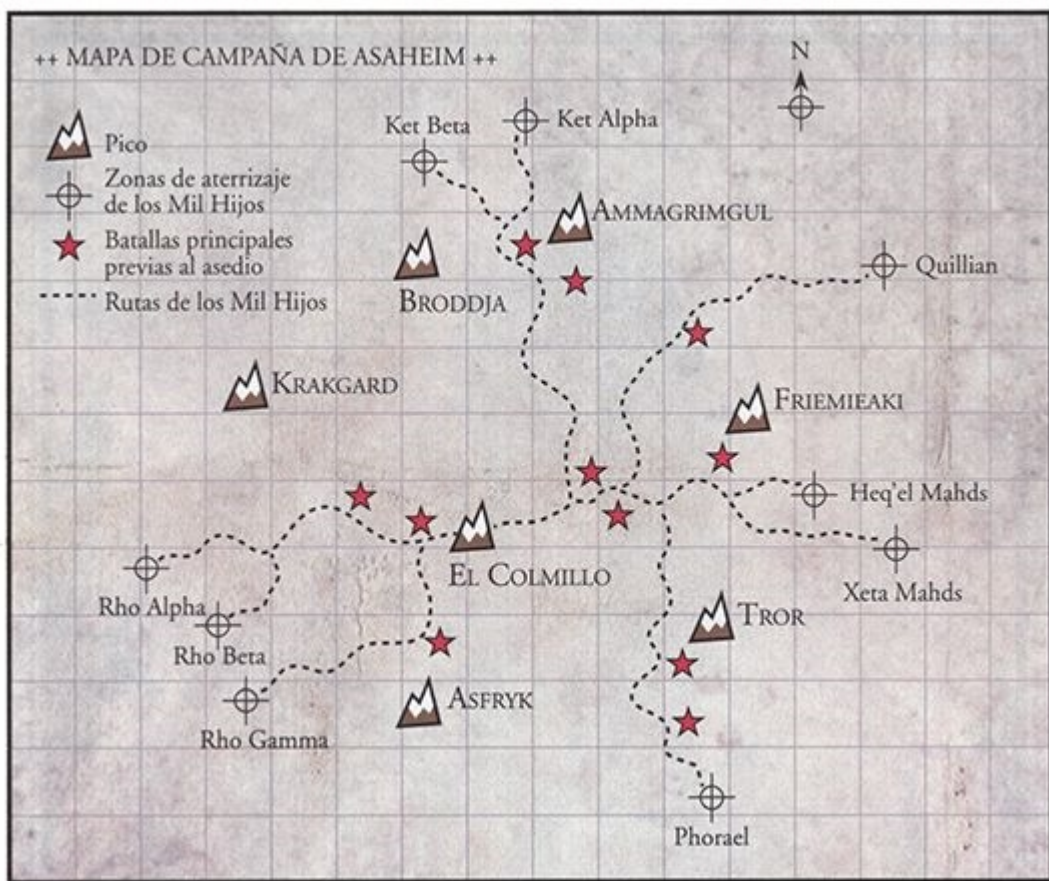


- ==== Ruta principal
- Ruta secundaria
- Cámara principal
- Cámara designada

- 1 Señorío del Colmillo
- 2 Sello de Borek

- 3 Cámara del Anillo
- 4 Forjas
- 5 Cámara del los Caídos
- 6 Reactores Geotermiales
- 7 Puerta del Amanecer
- 8 Puerta del Fuego Sangriento
- 9 Laborarium de los Creadores de Carne.





PRÓLOGO



PRÓLOGO

El crucero de batalla *Gotthammar* se abría paso lentamente a través del vacío con sus gigantescos motores operando a menos de la mitad de su capacidad. El ala de escoltas que lo acompañaba avanzaba cómodamente a su alrededor dentro del perímetro de diez kilómetros de la formación de patrulla. El crucero era una masa de color gris metálico en medio del inmenso abismo del vacío. Sus flancos, protegidos por un grueso blindaje, estaban engalanados con la efigie de un lobo amenazante. Había emergido de la disformidad hacía sólo unas pocas horas. Los últimos residuos del campo Geller aún se asían al adamantio desnudo del casco.

El puente de mando del *Gotthammar* estaba situado en la popa del enorme navío, rodeado de torres, de bastiones defensivos y de baterías. Los escudos de vacío se ondulaban como una gasa sobre los varios metros de plexiglás que conformaban los ventanales de observación, bajo los cuales la tripulación del puente trabajaba para mantener el rumbo de la nave con todos sus sistemas en funcionamiento y en perfecto estado.

En su interior, el puente ocupaba un enorme espacio de más de doscientos metros de largo, una caverna esculpida en el corazón del navío. El techo era transparente, formado por ventanales que parecían lentes incrustadas entre la maraña de acero. Bajo ellos se desplegaban los pórticos que se extendían hasta los extremos de la gigantesca cámara, cada uno de ellos patrullado por kaerls armados con sus armas skjoldtar. Un poco más abajo se encontraba la primera cubierta, en la que pululaban más miembros mortales de la tripulación. La mayoría vestían los hábitos color gris perla de los sirvientes de la flota fenrisiana, aunque entre ellos también había numerosos kaerls que se movían sobre la cubierta de metal bajo sus armaduras y sus visores translúcidos.

El suelo de la primera cubierta se abría en varios puntos y dejaba ver los niveles inferiores. Allí abajo se oía el zumbido de las numerosas estaciones tácticas entre las que chirriaban hileras de cogitadores separadas por surcos iluminados con una luz tenue y atendidos por servidores medio humanos. Muchos de ellos estaban conectados mediante cables a sus terminales, con el rostro o la espina dorsal sumergidos bajo una masa de conductos y cables, y con una serie de pequeños retales de piel grisácea como único recordatorio de la humanidad de la que una vez disfrutaron. Su existencia era ahora muy diferente, una vida lobotomizada de servidumbre, encadenados para siempre a unas máquinas que los mantendrán con vida sólo hasta que dejen de resultar útiles en el desempeño de sus tareas mecánicas y eternas.

Por encima de todos estos niveles, en la parte posterior de la caverna del puente, se encontraba el trono de mando. Una plataforma hexagonal de diez metros de diámetro que sobresalía entre los muros abovedados y rodeada por una gruesa barra de acero. En el centro de aquella plataforma se erguía una pequeña tarima. En el centro de la tarima estaba el trono, una silla pesada y tosca tallada a partir de un bloque de granito sólido. Era demasiado grande como para que cualquier mortal pudiera sentarse en ella con comodidad, aunque aquello no importaba, porque ningún mortal se había aventurado jamás a pisar la plataforma. Había permanecido desierta durante muchas horas, aunque ahora que el *Gotthammar* se acercaba a su objetivo aquello estaba a punto de cambiar. Las puertas gigantescas que había detrás del trono chirriaron mientras los pistones las hacían girar. Finalmente se abrieron.

A través de ellas apareció un leviatán. El jarl Arvek Hren Kjarlskar, señor lobo de la Cuarta Gran Compañía del Rout, accedió a la tarima portando su gigantesca armadura de exterminador. El peto acorazado palpitaba amenazante conforme avanzaba. La superficie de ceramita estaba cubierta de runas talladas, e infinidad de huesos

colgaban de sus hombros descomunales a modo de trofeos. Una piel de oso, ennegrecida por los años y salpicada de orificios de proyectiles bólter, le cubría la espalda. Su rostro era áspero, de ojos resplandecientes y perforado por numerosos anillos de metal. La enorme mandíbula estaba encajada entre dos patillas negras como la noche, lustrosas y relucientes como las de un depredador.

Junto a él entraron otros gigantes. Anjarm, el sacerdote de hierro, enfundado en su oscura armadura de artificiero y con el rostro oculto tras la máscara de su casco ancestral. Frei, el sacerdote rúnico, con la armadura repleta de sellos y unos mechones de pelo grisáceo cubriéndole el gorjal. Las puertas se cerraron tras ellos, aislando a los tres en la plataforma de mando. Más abajo, las cubiertas seguían sumidas en el murmullo de la actividad.

Kjarlskar sonrió mientras contemplaba la escena, dejando entrever unos colmillos del tamaño de los dedos de un niño.

—¿Qué es lo que tenemos? —preguntó. Sus palabras resonaron desde el interior de su pecho como el motor de un transporte Rhino. Nunca alzaba la voz, eso era lo que se decía, ni siquiera en el fragor de la batalla. Jamás le hacía falta.

—Las sondas ya han sido lanzadas —dijo Anjarm—, pronto lo sabremos.

Kjarlskar emitió un gruñido y ocupó su lugar en el trono. Para tratarse de un gigante como aquél, de casi tres metros de alto por dos de ancho, se movía con una agilidad ligera y contenida. Sus ojos amarillentos, sumidos en lo más profundo de un cráneo de ceño fruncido, refulgían límpidos y alerta.

—*Skítja*, estoy hartó de todo esto —dijo—. Incluso los mortales lo están.

Tenía razón. La flota de la Cuarta Gran Compañía palpitaba de frustración. Miles de kaerls y cientos de marines espaciales que no habían hecho más que perseguir sombras durante unos meses interminables. Ironhelm, el señor lobo del capítulo, los había mantenido ocupados buscando la fuente de su obsesión por todos los confines del Ojo del Terror. Todos los sistemas que habían visitado durante aquella búsqueda interminable eran iguales: estaban abandonados, pacificados o albergaban conflictos demasiado insignificantes como para molestarse en intervenir.

Perseguir fantasmas era un trabajo desalentador. Los cazadores necesitaban cazar.

—Parece que tenemos algo —señaló Anjarm, que inclinó la cabeza ligeramente mientras examinaba la pantalla de su casco. Conforme hablaba, los monitores que rodeaban la plataforma de mando se iluminaron y cobraron vida. Los datos recogidos por las sondas se mostraron en las pantallas. Un planeta pardo y rojizo apareció en ellas, haciéndose más y más grande a cada segundo. Las sondas continuaban aproximándose, aunque a semejante distancia la imagen que transmitían era incompleta y distorsionada.

—¿Y éste cuál se supone que es? —preguntó Kjarlskar sin mostrar mucho interés.

—El sistema Gangava —respondió Anjarm, que examinaba los monitores cuidadosamente—. Está formado por un único mundo, deshabitado, nueve satélites. Último nódulo de todo el sector.

Las imágenes continuaban llegando. Mientras las contemplaba, el humor del jarl empezó a cambiar poco a poco. El vello que le cubría la parte del cuello que tenía a la vista comenzó a erizarse. Aquellos ojos amarillentos, ventanas al interior de la bestia, se enfocaron sobre el objetivo.

—¿Defensas orbitales?

—Por el momento ninguna.

Kjarlskar se levantó del trono y posó la mirada sobre los monitores. Las imágenes se volvieron más nítidas. La superficie del planeta comenzaba a volverse visible, parduzca y salpicada de un naranja sucio. Parecía una bola de óxido flotando en el espacio.

—¿Último contacto?

—Antes de la Purga —dijo Anjarm—. Se ha detectado actividad en la tormenta de la

disformidad hasta hace setenta años estándar. Los informes de los exploradores afirman que se trata de un mundo desolado. De hecho, es uno de los últimos en nuestra lista, mi señor.

No pareció que Kjarlskar estuviera escuchando. Había tensado los músculos.

—Frei —dijo Kjarlskar—. ¿Estás recibiendo algo?

El planeta continuó creciendo conforme las sondas ocupaban posiciones geoestacionarias. Remolinos de nubes se retorcieron sobre la superficie. Cuando el sacerdote rúnico contempló los monitores, las venas de sus sienes afeitadas comenzaron a palpar. Los músculos de sus labios se tensaron, como si un hedor acre hubiera emanado de las pantallas.

—Por la Sangre de Russ —blasfemó.

—¿Qué has percibido? —preguntó Kjarlskar.

—Su rastro. Tengo su rastro.

Las nubes comenzaban a abrirse. Bajo ellas aparecieron unas luces, dispuestas en formas geométricas, que revelaron una ciudad más grande de lo que la imaginación era capaz de idear. Aquellas formas habían sido creadas deliberadamente. Hacían daño a los ojos.

Kjarlskar dejó escapar un gruñido tenue de placer mezclado con desesperación. Los guanteletes se cerraron bajo la fuerza de sus puños.

—¿Estás seguro? —preguntó.

La armadura del sacerdote rúnico había comenzado a refulgir, iluminada por las figuras angulares talladas sobre el peto. Por primera vez en varios meses, el invocador del *wyrd* parecía interesado. Los áuspex de las sondas continuaron ampliando las imágenes, revelando las pirámides que se elevaban en el corazón de la ciudad.

Pirámides descomunales.

—No hay ninguna duda, mi señor.

Kjarlskar emitió una risa salvaje y estruendosa.

—En ese caso, invoca a los que hablan a las estrellas —espetó—. Lo hemos conseguido.

Miró a Anjarm y a Frei, los ojos de la bestia comenzaron a brillar.

—Hemos encontrado al bastardo. Magnus el Rojo está en Gangava.

PRIMERA PARTE
PRIMERA PARTE

C u e n ð a n d i e n t e s

UNO



UNO

Greyloc se agachó, manteniéndose en contra del viento y dejando que sus dedos desnudos se hundieran en la nieve compacta. Frente a él, la planicie se extendía hacia el norte teñida de blanco y rodeada de gigantescos picos en la lejanía.

Olisqueó, inhalando el aire gélido. La presa había percibido algo; el viento portaba el olor del miedo. Se puso alerta, sintiendo como sus músculos se tensaban. Sus pupilas afiladas se dilataron ligeramente, perdidas en el blanco del iris.

«Aún no».

Frente a él, a varios cientos de metros de distancia, la manada se acurrucaba protegiéndose del viento, avanzando nerviosamente a pesar de su gran tamaño. Los konungur son una raza extraña. Todo en Fenris estaba diseñado para aferrarse a la supervivencia, y aquellas criaturas no eran una excepción. Cuatro pulmones para extraer hasta la última molécula de oxígeno del gélido aire de Asaheim, enormes cajas torácicas de hueso a medio soldar, patas traseras del grosor de la cintura de un hombre, dos cuernos curvos y una espina dorsal crestada. La coza de un konungur sería suficiente para arrancarle la cabeza a un hombre.

Greyloc permaneció en tensión, contemplando como las criaturas avanzaban sobre la planicie. Calculó la distancia, aún agachado en contra del viento. No tenía ninguna arma entre las manos.

«Yo soy el arma».

Tampoco llevaba armadura, y los nódulos metalizados del caparazón rozaban contra el cuero de su chaleco. Tenía la boca cerrada, y sólo un fino hilo de vapor emanaba de sus orificios nasales. Asaheim era tremendamente frío, incluso para alguien con fisiología potenciada, y albergaba mil y una maneras de matar.

Los konungur se detuvieron. El toro que encabezaba la manada se paró en seco, elevando su perfil majestuoso sobre la capa blanca que se extendía a su alrededor.

«Ahora».

Greyloc salió de su parapeto. Sus piernas se tensaron como un resorte, dejando tras de sí nubes de nieve pulverizada. Sus orificios nasales se abrieron de par en par, lanzando bocanadas de aire al interior de su torso recio y musculoso.

Los konungur reaccionaron al instante, huyendo del depredador que se abalanzaba sobre ellos. Greyloc se acercaba rápidamente, sus muslos ardían con el esfuerzo. Su segundo corazón entró en acción, inundando de adrenalina el torrente sanguíneo. No tenía miedo; había ayunado durante días y purgado de su cuerpo el estimulante de combate.

«Mi estado de perfección».

Los konungur galopaban enfebrecidos, saltando sobre las irregularidades desgastadas por el viento, pero Greyloc era más rápido. La melena blanca ondeaba sobre sus hombros. Pronto dio alcance al más lento, consiguiendo que se separara de la manada, alimentando su pánico. El grupo rompió la formación, huyendo frenéticamente del cazador.

Greyloc posó la vista sobre el toro. La bestia medía dos metros desde el suelo hasta la cruz, más de cuatro toneladas de músculo moviéndose a toda velocidad. Se abalanzó sobre él, sintiendo como sus piernas se desgarraban por el esfuerzo. El terror de la bestia inundó de lleno sus orificios nasales, avivando la sed de sangre que se había apoderado de todos sus sistemas vitales.

La bestia cambió de dirección, tratando de librarse de él. Greyloc saltó, agarrando a la criatura con su mano descomunal y forcejeando con ella. El toro se resistió, trató de zafarse y comenzó a dar coces y bramidos desesperados.

Greyloc preparó el puño que tenía libre y lanzó un golpe directamente hacia el cráneo del konungur. Pudo oír como el hueso se resquebrajaba y la criatura comenzaba a tambalearse. El cazador hendió las garras en la carne, dura como el hielo, y desgarró los tendones haciendo que la bestia se desplomara.

El konungur emitió un alarido, derrumbándose en medio de una maraña de golpes. Greyloc reveló sus colmillos y hundió el rostro en la garganta de la criatura. Soltó una dentellada, dos, retorciéndose como un perro. Sorbió la sangre cálida, sintiendo como le empapaba los colmillos y deleitándose en el placer de la muerte. El cuerpo que tenía debajo comenzó a sufrir espasmos, dio una última sacudida, y después quedó inmóvil. Greyloc apartó la cabeza inerte de la criatura y levantó la suya propia.

¡Hjolda!

Sin dejar de jadear por el esfuerzo de la persecución, Vaer Greyloc emitió un rugido de victoria que se perdió en el aire helado, escupiendo pelo y coágulos de sangre. El resto de la manada ya estaba muy lejos, galopando sobre el hielo hacia la cima de una colina.

¡Fenrys hjolda!

El eco de aquel grito se extendió por la llanura, Greyloc bajó la mirada y esbozó una sonrisa. Las endorfinas ardían furiosamente en su torrente sanguíneo y sus corazones latían en un frenesí unánime.

«Mi estado de perfección».

El cadáver comenzó a humear conforme la sangre brotaba del costado. Greyloc arrancó un miembro con las manos desnudas, sintiendo como los tendones cálidos y húmedos se desgarraban. Ignoró los ojos vidriosos del toro, ahora vacíos y enfriándose por momentos. Continuó desgarrándole la carne y regodeándose en ella, recuperando la energía consumida durante la caza. La carne de konungur era vigorizante, suficiente como para satisfacer las necesidades del cuerpo descomunal de su asesino.

No fue hasta entonces cuando Greyloc vio que la nieve se agitaba en la lejanía. Levantó la vista de su festín, con la sangre goteándole todavía por la barbilla. Algo se aproximaba.

Gruñó con desagrado y se puso en pie. La bestia que habitaba en su interior aún permanecía alerta, excitada por el placer de la caza. En la distancia, negra sobre el cielo blanquecino, se aproximaba una aeronave. Avanzaba a gran velocidad, sobrevolando la planicie y descendiendo de forma abrupta.

Greyloc se limpió la dentadura, lo que no hizo sino extender la sangre por su cabellera blanca. Cada tendón de su cuerpo seguía en tensión, cada folículo continuaba erecto. Lanzó un gruñido de frustración.

Más valía que fuera por una buena razón.

La aeronave, achatada y de perfil redondeado, se aproximó bordeando las ondulaciones del terreno. Era una cañonera skarr de cuatro tripulantes, con la plataforma de mando descubierta y dos bólteres acoplados bajo las alas. Una única figura permanecía en pie en la cubierta, con las manos extendidas y la cabellera pelirroja ondeando al son de las turbulencias del descenso.

—¡Jarl! —gritó el recién llegado alzando la voz sobre el estruendo de los motores cuando la aeronave se detuvo a un metro del suelo. Los motores abrieron enormes surcos en la nieve, derritiéndola y convirtiéndola en una pasta blanquecina.

—Tromm —gruñó Greyloc sin preocuparse por disimular su rabia. Aún estaba excitado. El guardián del lobo Tromm Rossek vestía la armadura de batalla. Tenía un aspecto tan descomunal y enérgico como siempre, y había algo de alegría en sus ojos.

—¡Traigo noticias de Kjarlskar! ¡Ironhelm te reclama!

Greyloc escupió una mezcla de sangre y saliva sobre la nieve.

—¿Ahora?

Rossek se encogió de hombros, tratando de mantener el equilibrio sobre la plataforma

de la aeronave.

—Eso es lo que ha dicho.

Greyloc negó con la cabeza y lanzó una mirada triste hacia el cadáver descuartizado del konungur. El placer de la caza fue sustituido por el dolor gris de la frustración. Con mucha dificultad, consiguió deshacerse de su estado de cazador. Sintió como el vello de los antebrazos se relajaba mientras tomaba carrerilla para saltar a la plataforma de la aeronave.

—¿Buena caza? —preguntó Rossek, esbozando una sonrisa que se apoderó de su rostro tatuado.

—Llévame al Aett —gruñó Greyloc, posándose sobre la plataforma metálica mientras los kaerls de la cabina imprimían la máxima potencia a los motores.

Lo había sido.

* * *

La cañonera avanzaba en dirección nordeste, abriéndose paso entre los innumerables picos. La meseta de Asaheim estaba a gran altura, a miles de metros, e incluso en las llanuras donde habitaba la caza la falta de aire obligaba a los mortales a usar respiradores. Frente a la aeronave, las montañas se apilaban unas sobre otras, gigantescos bloques de roca helada que ascendían volviéndose más y más abruptos. Los motores aullaban conforme propulsaban la cañonera cada vez a mayor altura.

Greyloc se apoyaba indiferente sobre la barandilla. Podía sentir como la sangre que le bañaba el rostro comenzaba a cristalizarse. Estaba casi desnudo, y pronto el frío empezaría a inmovilizarle el cuerpo, sin embargo, se mantenía en el exterior dejando que el aire helado hiciera ondear su melena blanca como la muerte.

—¿Y qué es lo que lo ha hecho despertar? —preguntó por fin, recuperando el equilibrio mientras la cañonera se ladeaba cada vez más.

Rossek se encogió de hombros.

—Los jarl están en la Cámara. Tiene que ser algo importante.

Greyloc dejó escapar un gruñido y movió la cabeza. La interrupción del placer de la caza era como el despertar de los efectos de una droga. Se sentía irascible y aturdido.

Las dos figuras que ocupaban la plataforma de la cañonera eran físicamente opuestas. Rossek era corpulento y pelirrojo, tenía barba, unos miembros fuertes y un rostro adusto. Su nariz era achatada e irregular, y su cuello robusto y musculoso. Un dragón tatuado le cubría toda la mejilla izquierda hasta la sien, donde tenía seis tachuelas de metal incrustadas en el hueso. En cualquier otro capítulo eso indicaría seis siglos de servicio. Rossek no era tan viejo; simplemente le gustaban las tachuelas.

Su señor era arena de otro costal. Greyloc era delgado, fibroso, y sus músculos se aferraban con fuerza a sus huesos. El rostro del señor lobo estaba demacrado, como si hubiera sido preservado y endurecido por los vientos gélidos. Sin armadura, la rudeza de su complexión saltaba a la vista. Era un cazador, un asesino de la planicie, rápido, pálido y mortal. La camaradería salvaje de los Vika Fenryka, los guerreros sobrehumanos de Fenris, no terminaba de encajar con él. Todos en el Aett conocían su maestría en la caza, pero no confiaban en su estirpe, como tampoco lo hacían en el color su piel. Era blanco, y sus ojos eran del color del acero.

Como un fantasma, decían. Nieve sobre nieve.

—¿Todos los demás están allí? —preguntó Greyloc, aún de pie frente al vendaval. Podía sentir como el hielo se le extendía por los antebrazos, aunque no le prestó atención.

—Hay tres Grandes Compañías que están fuera, y la de Kjarlskar está entre ellas.

Greyloc asintió. Hacía tiempo que Ironhelm había destinado el grueso de sus tropas en Fenris, y las innumerables expediciones para dar caza a su viejo adversario parecían haber quedado en punto muerto. El empeño del señor lobo por encontrar a Magnus se

había convertido en una obsesión, una obsesión contra la que Greyloc ya había levantado la voz en otras ocasiones. Había miles de enemigos a los que dar caza, y muchos de ellos preferirían dar la cara y luchar antes que desaparecer en el vacío cuando el cerco se estrechara.

—En ese caso, veremos de qué se trata —dijo Greyloc, contemplando las montañas que se aproximaban.

Los gigantescos precipicios estaban cada vez más cerca. Un único pico, más grande de lo que la imaginación podía concebir, desgarraba el horizonte. Era como si el núcleo de Fenris hubiera sido arrancado de las entrañas del planeta y convertido en una cima imponente que se elevaba sobre el cielo del crepúsculo. Sus flancos eran paredes abruptas cubiertas por un hielo reluciente y ancestral. Varias cimas más pequeñas dominaban el paisaje en todas direcciones, apiñándose en un horizonte resquebrajado que se extendía a la sombra de la Gran Montaña, el Hombro del Padre de Todas las Cosas; el *volda hamarrki*, el Espinazo del Mundo.

Sobre la oscuridad creciente de aquella atmósfera menguante refulgían tímidas luces que brillaban en la cima. Éstas señalaban la morada de los Guerreros del Cielo, el hogar de los semidioses, aunque solamente ocupaban una pequeña parte de aquel descomunal pico. Los habitantes de aquel lugar, ya fueran kaerls o marines espaciales, se referían a él como Aett.

Para los demás habitantes de la galaxia, fascinados por las leyendas sobre la Fortaleza de Russ, era simplemente el Colmillo.

Greyloc contempló impasible como las luces se aproximaban. Había más aeronaves que se dirigían hacia la cima, al menos tres de ellas. Ironhelm había llamado a todas sus tropas.

—Puede que por fin se haya dado por vencido —dijo Greyloc, viendo como las luces parpadeantes de la plataforma de aterrizaje estaban cada vez más cerca—. ¿Acaso sería pedir demasiado?

* * *

—¡Hojadragón! Basta ya de escisiones.

Odain Sturmhart irrumpió en el laboratorio apartando enérgicamente a los sirvientes de los creadores de carne. El sacerdote rúnico, enfundado en su armadura repleta de sellos, quitó de su camino a todos los lacayos mientras las ondas de fuerza sobrante golpeaban contra el suelo de piedra.

Thar Ariak Hraldir, portador de la Hoja del Dragón a la que debía su nombre, levantó la vista. La luz tenue hizo que sus ojos brillaran como vasijas repletas de ámbar. El sacerdote lobo estaba encolerizado, frunciendo el ceño de su rostro ajado e irregular. Un par de colmillos curvos aparecieron detrás de sus labios mientras resoplaba estruendosamente. Poco a poco, abandonando la postura encorvada en la que había permanecido durante tanto tiempo, Hojadragón se irguió.

—Agitahuesos... —fue la escueta respuesta—. Éste no es precisamente el mejor momento.

Frente a él, varios frascos que contenían un fluido translúcido estaban dispuestos en fila sobre una mesa de metal. Cada uno de ellos estaba marcado con una única runa. Algunos eran independientes, otros estaban conectados entre sí mediante microfilamentos o enlazados a través de hebras de fibra plástica conductiva.

Hojadragón hizo un gesto con el dedo y las luces de la cámara se encendieron. El resplandor iluminó una serie estancias recubiertas de baldosas blancas y asépticas, conectadas entre sí como las salas de una madriguera. Las compuertas de las cámaras interiores se cerraron ocultando lo que había detrás de ellas. Antes de que se sellaran, durante un instante pudieron verse diversos aparatos funcionando en torno a varios centrifugadores, algunos monitores que mostraban hileras de runas y varios

tanques del tamaño de un hombre que contenían un líquido translúcido. Había unas sombras oscuras flotando en el interior de aquellos recipientes, inertes y silenciosas.

—Eso díselo al trasero metálico —dijo Sturmhart mientras sus mejillas rubicundas se hinchaban de satisfacción—. Estaría dispuesto a arrancarte la piel sólo para encontrar lo que anda buscando. He venido para evitarte ese mal trago.

El sacerdote rúnico mostraba la complexión característica de todo Adeptus Astartes: robusto, musculoso, corpulento y fornido. Tenía un circuito de implantes augméticos que le cubría el ojo izquierdo y una barba enmarañada, grisácea y endurecida por la edad. Varios talismanes de hueso colgaban en unas cadenas del peto de su armadura, dispuestos cuidadosamente para canalizar la energía. El diseño de las runas que decoraban la armadura podría parecer aleatorio, aunque en realidad era todo lo contrario; cada una de aquellas incisiones tenía detrás días de adivinaciones y augurios. Su alegría también podía dar lugar a engaño; Sturmhart era el alto sacerdote rúnico del capítulo, y poseía un poder de una magnitud indescriptible.

—En ese caso que venga y lo intente —murmuró Hojadrágón, lanzando una última mirada a los frascos que tenía ante él. Mientras caminaba junto a la mesa, un armario repleto de instrumental metálico se cerró produciendo un chasquido—. Puede que así recordara quién lo sacó del hielo y quién le hizo sus primeras cicatrices.

El sacerdote lobo se movía despacio y en silencio, arrastrando su cuerpo con habilidad consumada. Era viejo, y los siglos pesaban sobre sus rasgos demacrados. Un pelo negro y enmarañado rodeaba su rostro afilado, y los tatuajes que lucía se habían vuelto parduscos con el paso de los años. Su piel parecía de rococemento, ajada y maltratada tras más de quinientos años de combates. Aunque era anciano, sus ojos aún mostraban entusiasmo y sus músculos conservaban su fuerza. Su armadura era negra como su cabellera, decorada con huesos ancestrales y repleta de hendiduras, arañazos y quemaduras de plasma. Cada uno de sus movimientos desprendía un poder profundo y ancestral probado y templado en las llamas de la guerra.

Dos sacerdotes. Tan diferentes, tan parecidos.

Sturmhart lanzó una mirada escéptica a los frascos que había sobre la mesa.

—¿Algún avance?

—Nunca has comprendido la importancia de todo esto. No conseguí convencerte hace una década y no voy a hacerlo ahora, que eres más viejo y más estúpido.

Sturmhart soltó una carcajada, que retumbó en su pecho como si fuera el bramido de un kraken.

—Más viejo sí, aunque hay muchas maneras de ser estúpido.

—Y parece que tú las conoces todas.

Los dos sacerdotes salieron del laboratorio. Mientras avanzaban hacia el corredor, iluminado únicamente por las antorchas que colgaban de la roca desnuda, los lacayos del creador de carne se apartaron respetuosamente e inclinaron la cabeza.

—No sé durante cuánto tiempo tolerará Ironhelm esta investigación —dijo Sturmhart—. Hace más de un año que no sales de este mundo.

—La tolerará hasta que haya terminado. —Hojadrágón dirigió una mirada adusta y severa al sacerdote rúnico—. Y tú también lo harás, este trabajo es esencial.

Sturmhart se encogió de hombros.

—No te inmiscuyas en el wyrd, hermano —dijo—. Ya te lo he advertido. Si el destino lo hubiera deseado, ya habría concluido hace tiempo.

Hojadrágón emitió un gruñido y el vello de sus antebrazos se erizó. En lo más profundo de su ser sintió como su espíritu animal afloraba a la superficie. Si Sturmhart también se percató, al menos no mostró el más mínimo indicio.

—No creas que puedes darme órdenes, hermano —respondió, parándose en seco—. No eres el único que puede ver el futuro.

Los latidos de sus dos corazones pudieron escucharse en el ambiente, aunque ninguna

de las figuras se movió. Finalmente, Sturmhart se apartó.

—Viejo cabrón obstinado —murmuró, después se dio la vuelta y siguió avanzando por el corredor, moviendo la cabeza mientras se abría paso entre las antorchas.

—No lo olvides —dijo Hojadrágón, siguiéndolo de cerca—. Es la razón por la que nos llevamos tan bien.

* * *

La Cámara del Anillo estaba en la parte más elevada de la cumbre del Colmillo, incrustada en una veta de granito puro y muy cerca de la cima de la descomunal fortaleza. Había sido una de las primeras cámaras excavadas en la roca viva por los geomantes de Terra, llevados hasta Fenris en los tiempos de las leyendas para establecer allí la VI Legión. En aquella era, los tecnoadeptos eran capaces de allanar montañas y de erigirlas de nuevo, de tallar continentes y de aplacar la rabia de las entrañas del mundo de los muertos. Podrían haber hecho de Fenris un paraíso si así lo hubieran deseado, y fue la orden del primarca lo único que evitó que aquel planeta viera alterado su carácter inclemente. Russ deseó que su mundo natal continuara siendo cantera de grandes guerreros, un crisol en el que se pondría a prueba su humanidad y donde serían honrados eternamente.

De este modo, únicamente una de los cientos de montañas de Asaheim fue alterada de su forma primigenia, y sus cámaras fueron excavadas por artefactos ancestrales con un poder terrible y olvidado. Ahora, el conocimiento alcanzado por aquellos artificios desaparecidos hace tiempo se había perdido en el olvido, y jamás podría volver a erigirse una ciudadela semejante a aquella en cuanto a majestuosidad y resistencia. El Colmillo era un lugar único en todo el Imperio, resultado de un genio que se desangraba lentamente conforme la humanidad se desmoronaba y olvidaba las enseñanzas del pasado.

En el interior de la cámara, doce figuras se agrupaban en torno al Anulo, el gigantesco círculo tallado en el suelo de la estancia con los sellos de las Grandes Compañías cincelados en bloques de roca. Ocho de ellas eran jarls, señores lobo, entre los que se encontraba la figura blanquecina de Greyloc, quien ya se había limpiado la sangre de su presa y se había enfundado la armadura. Otros señores lobo estaban fuera de aquel mundo, aunque Ironhelm había enviado mensajes astropáticos a sus flotas informándolas del descubrimiento de Kjarlskar. Junto a los jarls se encontraban los tres altos sacerdotes: Hojadrágón, Sturmhart y el sacerdote de hierro Berensson Gassijk Rendmar, resplandeciente y enfundado en su armadura implementada.

Había otro puesto más. Éste estaba ocupado por Harek Eireik Eireiksson, Heredero de Russ y señor lobo. Con su armadura de exterminador, era una figura siniestra que se encontraba a la cabeza del consejo. Tanto su cabellera como su barba negra eran largas y exuberantes, con cabellos trenzados y entrelazados con huesos a modo de talismán. Aparte de Hojadrágón, él era el guerrero más viejo de todos los presentes; llevaba tres siglos liderando el capítulo y había servido durante al menos cien años antes de eso. La sangre de sus víctimas manchaba su armadura desde hacía tanto tiempo que el gris se había oscurecido hacía años. Lo único que brillaba bajo el resplandor de las antorchas era la placa de metal que llevaba en el hemisferio derecho de su cráneo, legado del duelo sangriento que le había permitido ganarse sus implantes de acero, lo que había dado lugar a su apodo. A la luz tenue que iluminaba la cámara, Harek Ironhelm parecía tan taciturno y melancólico como el espectro de Morkai.

—Hermanos —dijo, mirando a los señores lobo de uno en uno. Su voz dejaba entrever un tono agresivo y chirriante—. La cacería debe comenzar. El jarl Arvek Hren Kjarlskar ha encontrado la guarida del Traidor, y ahora, por fin, debemos acabar con él.

Conforme hablaba, un hololito verdoso e intermitente emergió del centro del Anulo.

Mostraba un planeta girando lentamente. Varios puntos estaban marcados con símbolos de diversos cruceros de batalla, todos ellos fenrisianos. Kjarlskar había sitiado aquel mundo.

—Gangavan Prime —continuó Ironhelm, saboreando cada palabra a medida que salían de sus labios ajados—. Cualquier defensa orbital que pudiera haber existido ha sido destruida, pero los principales asentamientos están protegidos por escudos de vacío. Kjarlskar calcula que la población de la ciudad principal puede tener varias decenas de millones de habitantes.

Mientras seguía con su discurso, la voz de Ironhelm se fue animando más y más. Greyloc pudo ver la mano derecha del señor lobo, con el puño cerrado y protegida bajo el guantelete. Un ligero aroma a feromonas generadas por el ansia de la caza flotaba en el aire.

«El combate lo llama. Todo está preparado».

—Recurriremos al Rout —anunció Ironhelm, dejando entrever sus colmillos astillados tras una fría sonrisa, como si quisiera retar a los presentes a que lo desafiaran—. Al completo. Atacaremos con toda nuestra fuerza. Esta presa requiere todo el poder de la manada.

La imagen hololítica parpadeó de nuevo, mostrando diversos puntos de aterrizaje y rutas de acceso. El objetivo principal era un enorme asentamiento urbano de varios cientos de kilómetros de diámetro situado al norte. La disposición de las luces resultaba inconfundible, y al mirarlas Greyloc sintió como los ojos le ardían. Varios gruñidos se extendieron por la cámara cuando los demás reconocieron la marca de la corrupción en aquella arquitectura.

—¿A qué distancia se encuentra? —preguntó Morskarl, jarl de la Tercera, cuya voz quedó amortiguada por su máscara de la era de la Herejía.

—Tres semanas en la disformidad. La flota ya está preparada.

—¿Estamos seguros de que se esconde allí? —preguntó el sacerdote de hierro Rendmar con su voz extraña y metálica.

—El sacerdote rúnico de Kjarlskar lo ha confirmado. El Traidor nos está esperando, y confía en su capacidad.

—Es una invitación a que ataquemos —dijo el jarl Egial Vraksson, de la Quinta, frunciendo un ceño cubierto de cicatrices y mirando fijamente el monitor—. ¿Por qué?

—El número de tropas que defienden el objetivo supera los dos millones. La zona está fortificada y cuenta con abundante armamento. Está preparando una nueva legión, hermanos. Pero hemos dado con él antes de que consiga tenerla lista.

—Una legión que no tiene flota —dijo Greyloc con tono suave.

—¿Y qué más da eso, cachorro? —lo interrumpió Ironhelm. El apelativo de «cachorro» había sido empleado por los demás jarl a modo de broma para burlarse de la relativa juventud de Greyloc, aunque en aquella ocasión hubo un tono más afilado en las palabras del señor lobo.

Greyloc miró fríamente a Ironhelm. Toda la cámara irradiaba un claro deseo de terminar aquel trabajo. Los cazadores debían dar por concluida la cacería, y se mostraban inquietos como sabuesos encadenados.

—¿Acaso cree que el Traidor no espera un ataque, señor? —dijo, manteniendo el tono de voz tranquilo y respetuoso—. ¿Cuántas pistas falsas nos ha dejado hasta el momento?

Rekki Oirreisson, jarl de la Séptima y un monstruo hirsuto de mandíbula prominente y hombros arqueados, emitió un gruñido de desagrado.

—El sacerdote rúnico ha hablado —dijo—. Magnus está ahí.

—¿Y qué si lo está? —replicó Greyloc—. A pesar de su depravación no deja de ser un primarca. Y si Russ, venerado sea su nombre, no consiguió acabar con él, ¿qué esperanza podemos albergar nosotros?

Al oír esto, Borek Salvrgim, de la Segunda, dio un paso al frente y posó una mano sobre la empuñadura de su arma. Los gruñidos iracundos de todos los señores lobo se extendieron por la cámara.

—Jarl, será mejor que retires eso. —Decir, o incluso sugerir que la capacidad de venganza del Rout tenía límites resultaba una afirmación peligrosa.

Finalmente, Salvrgim retiró su actitud desafiante, no sin antes lanzar hacia Greyloc una mirada oscura.

—Estamos comprometidos con esta tarea —declaró Ironhelm, mirando a Greyloc como si estuviera instruyendo a un niño—. Es una deuda de sangre. Y debe ser satisfecha.

Aquella palabra otra vez. Como todos los demás, Greyloc sabía muy bien la importancia de lo que significaba. Los lobos eran cazadores, y no había nada más importante que poner fin a una cacería. Muchos en el Imperio pensaban en los guerreros de Russ como en verdaderos salvajes, lo que ponía en evidencia su desconocimiento de la historia de la galaxia; los lobos siempre hacían todo lo necesario para completar su tarea, fuera cual fuese. Era para lo que habían sido instruidos. No terminar una cacería era motivo de gran vergüenza, algo que torturaría sus almas para siempre hasta que la muerte fuera consumada.

—Hay otras consideraciones —dijo Hojadragón, que era demasiado anciano para ser tratado con desaprobación. Su rostro afilado y cínico levantó la mirada hacia Ironhelm—. Mi trabajo, por ejemplo.

—No deberías mencionar eso aquí —murmuró Vraksson, mirándolo fijamente—. Esto es un consejo de guerra, no una discusión sobre tu blasfemia.

Hojadragón dirigió al jarl una mirada gélida.

—Puede que a tu constitución no le vinieran mal un par de retoques, Egial.

—Ya basta —intervino Ironhelm.

Greyloc contempló detenidamente al señor lobo, fijándose en su nariz dilatada y en sus ojos brillantes. La necesidad de matar era cada vez más acuciante.

«Este consejo sólo determinará una única solución».

—Siento una gran aflicción —continuó Ironhelm—. Lo tenemos; tenemos al Rey Carmesí. El responsable de nuestro deshonor está al alcance de nuestras manos y dudamos ante semejante oportunidad. ¡Por vergüenza, hermanos! ¿Acaso vamos a escondernos eternamente, apiñados alrededor del fuego y dejando que las hazañas de nuestros padres nos mantengan calientes?

Un murmullo de aprobación se extendió por la cámara. El espíritu de la manada había pasado de ser un deseo beligerante a convertirse en una actitud impaciente. Greyloc percibió el orgullo de las palabras de Ironhelm y permaneció en silencio. No había discusión posible ante aquel veredicto.

—Hemos reunido toda nuestra fuerza —continuó Ironhelm—. Nada en toda la galaxia puede plantarnos cara si permanecemos unidos. Kjarlskar ha dado con él, y cuando atacemos, Gangava se desangrará bajo nuestras garras.

Una serie de sonidos guturales de aprobación salieron de la garganta de Salvrgim, cuya bravura en la caza siempre había sido notable.

—Está decidido, hermanos —concluyó el señor lobo, levantando el puño cerrado—. ¿Acaso no lo percibís? ¿No lo sentís en la sangre? ¡Ha llegado el momento de destruir los últimos despojos de Prospero!

Los jarls prorrumpieron en un bramido descomunal, un sonido aterrador que rebotó en las paredes de roca que había a su alrededor.

Greyloc intercambió una mirada furtiva con Hojadragón, su único aliado en toda la cámara. La expresión del sacerdote, como siempre, era agría.

—¿Y quién se quedará al mando de la ciudadela, mi señor? —preguntó el viejo señor lobo, cuya demanda cayó como un cuchillo en la euforia que se había extendido a su alrededor.

Ironhelm miró a Hojadrágón. Una mezcla de burla y exasperación se había apoderado de su rostro.

—Tú —espetó—. Tú y el cachorro, ya que vuestra disposición para el combate es tan débil. Pero ya está bien de discusiones. Sólo permanecerá aquí una Gran Compañía; las demás se ocuparán de la cacería.

Entonces se volvió para mirar hacia el círculo de siluetas que había alrededor del Anulo. Una sonrisa asesina se apoderó de su rostro.

—Aquellos que me acompañen serán honrados eternamente. ¡Lo conseguiremos, hermanos! Completaremos lo que nuestro malogrado padre no pudo acometer.

Su sonrisa se convirtió en una mueca asesina que sacó a la luz sus colmillos de esmalte y metal.

—Acabaremos con el Rey Escarlata —rugió, su voz retumbaba en el peto de la armadura—, y lo haremos desaparecer de la faz del universo.

DOS



DOS

La luz de la cámara era tenue, apenas suficiente para que un mortal pudiera ver algo. Aparte del resplandor de los lúmenes situados al nivel del suelo, únicamente había cuatro prakasa flotando bajo el techo. Flotaban en el aire como si fueran joyas, puntos de luz diminutos que iluminaban cálidamente la oscuridad. Bajo el suelo, podía percibirse el zumbido de los motores de disformidad de la nave, que hacían que se estremeciera como una hoja mecida por la brisa.

Ahmuz Temekh podía leer el texto que tenía frente a él en una oscuridad casi total, aunque el tono suave de la luz resultaba agradable. Cogió con delicadeza el extremo de una hoja y la pasó cuidadosamente. Sus enormes dedos se movían con agilidad, evitando dañar el viejo manuscrito maltratado por el tiempo.

Sus ojos violeta se posaron sobre el papel. Conocía lo que estaba escrito. Conocía lo que estaba escrito en todos los libros que poseía la legión. Únicamente Ahriman los conocía mejor que él, aunque Ahriman ya no estaba.

—No deberías haberte aislado, hermano.

Temekh habló en voz alta, sintiendo como las palabras cobraban forma en sus labios. Hablaba en telapiye, la lengua xenos de los autores del aquel libro. A pesar de tener un control sobrehumano sobre su musculatura, era incapaz de reproducir con exactitud la inmensa variedad de sonidos de aquel idioma; para eso habría necesitado dos lenguas, ambas con una capacidad prensil mucho mayor que la suya. A pesar de todo, el hecho de que aquellos sonidos aún pudieran oírse en alguna parte del universo ya era un hecho reseñable. Desde que el último de los telap fue exterminado, Ahmuz Temekh era probablemente el único hablante que quedaba de aquel dialecto ancestral.

Un golpe tímido llegó desde el exterior del lexicanum. Temekh experimentó un ligero enfado, aunque se tranquilizó casi al instante. Aphael sólo estaba haciendo su trabajo.

—Adelante.

Mientras hablaba, la puerta que había en una de las paredes que permanecían entre tinieblas se abrió silenciosamente. Los prakasa brillaron con más fuerza y el resplandor iluminó toda la estancia, dejando ver lo ecléctico de su contenido. Un escritorio procedente de Karellion, un acuario de cristal de feldespatos repleto de cíclidos resplandecientes, la funda de una espada tallada en hueso espectral en el mundo artesano de Saim-Arvuel...

Había tantos artefactos que en la antigua Terra lo habrían considerado un chatarrero.

—¿Sigues leyendo, hermano?

Herume Aphael tuvo que agacharse al entrar en el lexicanum. Llevaba la armadura de combate, lo que lo hacía casi medio metro más alto que Temekh. El peto era de color azul oscuro, decorado con motivos de bronce en las juntas; lo único que llevaba desprotegido era su cabeza lampiña. Últimamente, el señor hechicero pyrae pasaba mucho tiempo enfundado en su armadura, y Temekh no recordaba la última vez que lo había visto sin ella.

—Hay mucho tiempo que ocupar —respondió Temekh, dejando el libro sobre el escritorio que tenía delante.

Aphael emitió un gruñido y se colocó frente a él. Su impaciencia era evidente, aunque eso no suponía ninguna sorpresa; los de su clase siempre habían sido impacientes. Era el don de los miembros de la orden, algo que Magnus valoraba mucho.

—¿Por qué has venido, hermano? —preguntó Temekh, que no estaba dispuesto a desperdiciar ni un solo día antes de que la caída del sistema hiciera imposible pensar en cualquier cosa que no fuera la batalla.

—¿Qué estás leyendo? —inquirió Aphael, contemplando el libro con desconfianza.

—Nada que pueda resultar útil para la campaña que nos ocupa. Hace mucho que la luz de sus autores ha desaparecido del universo. Tengo entendido que fue cosa de Angron; una de sus muchas muestras de tolerancia.

Aphael se encogió de hombros.

—Es tan bárbaro como los perros, pero será mejor que te concentres en lo que nos ocupa.

—Ya lo hago, te lo aseguro.

—Más te vale. Te has vuelto un poco distante.

—Si eso es lo que te parece, tiene que ser cosa de tu imaginación.

Aphael esbozó una sonrisa apesadumbrada.

—Y tú eres experto en ese tema.

El pyrae movió la cabeza. Cuando su piel rozó las juntas del gorjal de la armadura, Temekh pudo percibir su ceño fruncido y su expresión meditabunda. ¿Sería aquello un síntoma?

«No, por favor, tú no».

—En cualquier caso, los planes para el asalto están muy avanzados —dijo Aphael—. Deberías reunirte con el grupo, de lo contrario tu ausencia puede dar lugar a más comentarios en el seno del cónclave.

Al oír eso, Temekh dejó que su mente se separara de sus límites físicos, abstrayéndose en un vector cercano dentro del immaterium. Desde aquella posición privilegiada pudo ver la flota que avanzaba a través de la disformidad. Cruceros de asalto fuertemente armados y preparados para la batalla orbital que se avecinaba. Tras ellos, enormes transportes de tropas cargados con miles y miles de almas mortales portando sobre sus armaduras el sello del ojo único.

Y en las bodegas de los cruceros de combate estaban los rubricae, las creaciones de Ahriman, aguardando en silencio y animados únicamente por la voluntad de aquellos que los controlaban. No sentirían odio alguno hacia los perros a medida que los aniquilaran, a pesar de ser quienes los habían reducido a aquel estado de silencio y horror eterno. Para ellos, los años transcurridos desde la Traición no habían significado nada. Incluso para Temekh y para todos los que sí habían conservado su alma, apenas habían pasado unas pocas décadas desde que Prospero fue saqueado, lo que hubiera ocurrido desde entonces en el universo de los mortales no tenía ninguna importancia. Para los hijos de Magnus, las heridas seguían abiertas.

Temekh se relajó y dejó que su alma regresara a los confines de lo físico.

—La flota está en orden —dijo—. Debo felicitarte por ello.

—No necesito tu aprobación, lo que necesito es tu presencia en el puente.

Temekh inclinó la cabeza.

—En ese caso, acudiré. Así podremos perfilar juntos los instrumentos de nuestra venganza.

Aphael frunció el ceño ante el tono aburrido de Temekh.

—¿Acaso no deseas ver como arden, hermano? ¿Es que no te alegra pensar el sufrimiento que infligiremos sobre ellos?

Temekh estuvo a punto de contestarle con las mismas palabras que acababa de leer hacía sólo un instante.

«Existe una simetría de sufrimiento en la venganza. Si un hombre no disocia sus emociones de las de aquellos a quienes desea destruir, cuando alcance la victoria no conseguirá más que destruir una parte de sí mismo».

Sus ojos violeta centellearon cuando le devolvió la mirada a su camarada.

—Y a buen seguro que arderán, hermano —dijo con tono sombrío—. Arderán de un modo que ni siquiera serán capaces de comprender.

Sólo para sí mismo, silenciosamente y en la privacidad psíquica de su mente, se atrevió a terminar la frase:

«Y nosotros también».

* * *

Freija Morekborn tenía al garra sangrienta cogido por la garganta, y no estaba dispuesta a soltarlo.

—Maldito seas —espetó antes de hundir los nudillos en su rostro angulado, rompiéndole los dientes y abriéndole brechas en la piel. El guerrero del cielo la miró con ojos turbios. Estaba inmovilizado—. Yo te enseñaré... amosstrar... respeto.

—¡Hija!

Freija oyó una voz distante que interrumpió su sueño. Sintió que la irritación despertaba en lo más profundo de su subconsciente. Estaba disfrutando de aquella fantasía.

—¡Hija!

Esta vez alguien la agarró por el hombro. De mala gana, por fin se despertó. La última imagen que tuvo de aquel sueño fue la del marine espacial retorciéndose en el suelo, vencido y humillado de un modo que sería inconcebible en el mundo real.

Abrió los ojos y vio a su padre junto a ella. El dormitorio seguía sumido en la penumbra, iluminado únicamente por una vela que colgaba en lo alto de uno de los muros.

—¿Qué ocurre? —acertó a murmurar, tratando de zafarse de sus manos arrugadas. Pudo identificar aquella silueta familiar, y sintió el tacto sobre su piel.

—Levanta —dijo él, dándose la vuelta y buscando el modo de iluminar la estancia.

Freija emergió de debajo de las pieles que daban calor a su cama. El pelo rubio le caía en mechones rizados sobre el rostro. Hacía mucho frío en aquella habitación diminuta, pero ella lo ignoró. En Fenris siempre hacía frío.

—¿Qué ocurre?

Morek Karekborn consiguió encontrar una esfera de luz que se elevó sobre el dormitorio. Una luz verdosa inundó la estancia. Su rostro, anguloso y sincero, mostró una ligera expresión de alivio, aunque las arrugas que tenía alrededor de los ojos parecían más profundas que nunca.

—Cambio de planes —dijo el viejo guerrero, alisándose el pelo con una mano cansada— La Undécima debe salir de Fenris. Volvemos a estar de servicio.

—*Skítja* —exclamó Freija, frotándose los ojos e intentando librarse de la somnolencia—. ¿Otra vez?

—No preguntes y ponte el uniforme.

Freija miró a su padre con preocupación. Morek era el maestro de riven, líder de quinientos kaerls de la Guardia del Aett. Sus deberes eran tremendamente exigentes, y él se exigía aún más. Su rostro evidenciaba las sombras de una fatiga prolongada.

«Están acabando con él —pensó—. Y ni si quiera son conscientes de ello».

—Pero acabamos de terminar nuestro servicio —protestó, sacando las piernas de la cama y posando los pies sobre la alfombra gris que había en el suelo—. Hay otros destacamentos que pueden encargarse de esto.

Morek se apoyó en la pared.

—Ya no. La Duodécima es la única que se quedará aquí. Ya puedes irte acostumbrando. Nos esperan unas cuantas semanas como ésta.

Freija aún se sentía adormecida mientras se ponía una túnica y trataba de recogerse los mechones de pelo que le caían sobre la cara. Llevaban semanas soportando durísimos ejercicios de defensa a manos de los Guerreros del Cielo, y recibiendo órdenes de garras sangrientas que hacía tiempo que habían olvidado lo que era tener un cuerpo mortal con todas sus debilidades.

—Estupendo —refunfuñó con un tono frío—. Sencillamente estupendo.

—Freija, hija mía —dijo Morek, que se acercó hasta ella y colocó las manos sobre sus hombros—. Esta vez debes tener cuidado. Debes controlar tus actos y tus palabras. Hasta ahora han tenido paciencia contigo gracias a mí, pero eso no durará

eternamente.

Freija estuvo a punto de quitarse de encima los brazos de su padre. Odiaba sus sermones, del mismo modo que odiaba la fe ciega que tenía en sus maestros. Los adoraba a pesar de saber que todos ellos también habían sido mortales. Los Guerreros del Cielo parecían no saber que seres mortales como ellos dos existían, aunque sin la ayuda de la Guardia del Aett no podrían mantener en estado operativo ni la mitad de las estancias del Colmillo.

—No te preocupes por mí —dijo, librándose de su abrazo con una actitud desafiante—. Puedo luchar, eso es lo único que les preocupa.

Morek le dirigió una mirada de reprobación. Sabía cómo se sentía. Al igual que muchos padres, intentaba protegerla en todo momento. Ella era lo único que le quedaba. Una parte de ella deseaba tranquilizarlo, asegurarle que seguiría su camino, que cumpliría con su deber para con Russ y los inmortales. De hecho, había ocasiones en las que eso era lo único que deseaba, aunque ciertamente se lo ponían muy difícil.

—Muestras tus sentimientos con demasiada claridad —le recriminó su padre, moviendo la cabeza.

—¿Y qué quieres que haga? —respondió ella, apartándose y cogiendo sus botas—. Si lo que quieren son sirvientes entregados, entonces se han equivocado de planeta. *Fekke*, soy una hija de Fenris, y mi sangre es caliente. Sangre mortal, y por lo que a mí respecta pueden ahogarse con ella.

Al decir esto levantó la vista, temiendo que quizá había ido demasiado lejos, sólo para ver a su padre mirándola fijamente con expresión de sorpresa.

—Sí, eres una auténtica hija de Fenris —dijo él con un ligero brillo en sus ojos marrones—. Me haces sentir orgullo, Freija, pero también miedo.

Entonces se dio la vuelta y se preparó para marcharse.

—Ponte la armadura y reúne a tu escuadra. Tenemos una hora para relevar a la Undécima. No quiero que te presentes desaliñada ante ese cabrón de Lokkborn.

—¿Qué está pasando?

Morek se encogió de hombros.

—Ni idea. No tengo ni idea.

* * *

En la cima del Valgard, las naves despegaban de las plataformas de lanzamiento como cuervos que abandonan el nido. Las cañoneras Thunderhawk se elevaban junto a las pocas Stormbird que aún quedaban allí, formando una bandada infinita de sombras irregulares que relucían sobre el cielo de la noche. Entre ellas también había escoltas del tipo hlaupa, variantes fuertemente armadas de los destructores Cobra de la Flota Imperial. Normalmente, a los navíos de semejante tamaño les habría sido imposible atracar dentro de una atmósfera planetaria, pero la gran altitud a la que se encontraban los puertos de anclaje del Valgard les permitía efectuar un fondeo planetario en Fenris. Doce de ellos ya habían partido, y aquellos hangares legendarios continuaban vaciándose rápidamente. Sólo habían transcurrido siete días desde que Kjarlskar descubriera quién se ocultaba en Gangava, y la formación de la flota ya estaba casi completa.

Muy por encima de los navíos de superficie esperaba la flota espacial. Cada nave bullía de actividad en todos sus puentes mientras los sirvientes ponían a punto los motores de plasma y los preparaban para el salto. Algunas de aquellas naves acababan de llegar al punto de encuentro, reclamadas por Ironhelm sólo unos pocos días después de largos períodos de servicio. Otras habían permanecido sobre Fenris durante varios meses, esperando la llamada a las armas del señor lobo. Las siluetas dentadas de los cruceros de asalto flotaban entre la maraña de naves más pequeñas, cada uno de ellos marcado con el símbolo de una Gran Compañía y con la cabeza de lobo del capítulo.

En el centro, rodeada por varias columnas de cañoneras preparadas para acceder a sus plataformas de lanzamiento, se encontraba el orgullo del capítulo, la colosal *Russvangum*. Construida siguiendo un diseño perdido durante el cataclismo de la Herejía, la gigantesca nave permanecía inmóvil en el vacío. Los cruceros de ataque, naves ya de por sí descomunales, quedaban empequeñecidos al pasar junto a la *Russvangum*. Dominaba el espacio local como los depredadores alfa de las planicies dominaban sus manadas. Igual que todos los navíos de los marines espaciales, la *Russvangum* había sido diseñada para desempeñar un único cometido: desatar una ira destructora e incontenible sobre la superficie de cualquier mundo obstinado. Había desempeñado esa tarea en innumerables ocasiones, y sus cañones para las cápsulas de desembarco estaban ennegrecidos por el uso. Todos los Vlka Fenryka eran depredadores, pero la *Russvangum* era quizá la máxima expresión de su imponente fuerza. Únicamente la legendaria *Hrafinkel* había tenido mayor capacidad de ataque, aunque aquella nave ya no era más que un recuerdo de las sagas.

Desde su torre, situada en uno de los laterales del jarlheim, Ironhelm contemplaba la flota. Podía ver las estelas de las Thunderhawk, esbeltas y estilizadas, a medida que traspasaban la atmósfera y se dirigían a los puntos de encuentro. A su alrededor, varios monitores mostraban la posición de las naves moviéndose lentamente en formación. No pasaría mucho tiempo antes de que él también ocupara su puesto en el buque insignia.

Tantas naves, tanta potencia... todas en un mismo lugar y encaminadas hacia un único objetivo.

Una emoción familiar se apoderó de sus miembros potenciados genéticamente. Aún faltaban días, incluso semanas, antes de que pudiera canalizar toda su impaciencia en el fragor de la batalla, y por entonces todo su ser habría alcanzado un punto de excitación casi febril. Al pensar en la carnicería que estaba a punto de desatarse, una expresión fría se apoderó de su rostro ajado.

«Han olvidado de lo que somos capaces. Recordárselo supondrá un enorme placer».

Todos los enemigos del Padre de Todas las Cosas despertaban el odio de los hijos de Fenris, pero Magnus estaba en una categoría superior de aversión. Siempre había sido así con los Mil Hijos. En las cavernas del Aett aún se hablaba de la traición de los hechiceros, de la condescendencia de la que disfrutaron y, lo que era peor de todo, de su huida. La legión no fue totalmente destruida en Prospero, aunque quedó muy dañada. Esa vergüenza perseguía a los lobos desde hacía más de mil años, empañando cualquier otra hazaña y marcando su fracaso como un rastro de deshonra dejado sobre la nieve.

Quizá si Magnus el Traidor hubiera desaparecido en el Ojo del Terror para no emerger nunca más, la vergüenza habría sido soportable. Pero no había sido así. Durante los siglos siguientes regresó, dejando tras de sí una senda de devastación. Continuó lanzando ataques sobre mundos imperiales, cada uno de ellos con la intención de hacerse con un conocimiento determinado o con algún elemento esotérico. A pesar del enorme daño infligido por Russ, los Mil Hijos aún tenían potencial para lanzar incursiones, una afrenta que ardía en lo más profundo de Ironhelm. Había ardido en su corazón durante décadas, y no parecía importarle ninguna otra cosa.

A pesar de los recursos dedicados a dar caza a Magnus, todos los intentos habían resultado vanos. Siempre dejaba pistas, indicios provocadores y desafíos que los retaban a dar caza al causante de tanta vergüenza. En Pravia, en Daggaegghan, en Vreole, en Hromor... El Traidor siempre dejaba su tarjeta de visita para provocar a los lobos que le pisaban los talones.

«Hemos tenido paciencia. Hemos esperado. Y ahora el cerco se estrecha».

Por un instante pudo ver una runa que parpadeaba sobre la puerta.

—Adelante —dijo, dándole la espalda a la ventana de observación.

Sturmhart entró en la cámara. La mirada del sacerdote rúnico estaba llena de furia.

—¿Por qué? —preguntó.

Ironhelm extendió las manos en actitud condescendiente.

—Odain —comenzó—. Esto es...

—Dime por qué.

El señor lobo suspiró y cerró la puerta con un chasquido de sus dedos.

—Sabes muy bien en qué está trabajando Hojadragón. Necesita vigilancia.

Sturmhart emitió un gruñido y tensó los músculos de los labios.

—¿Cómo si fuera un niño? ¿Acaso es eso lo más importante?

—Sólo tú puedes contenerlo. Está jugando con fuerzas que podrían destruirnos a todos.

—Porque tú se lo permites.

—Porque podría tener éxito.

—Puedes ordenarle que espere. Dile que pare hasta que el Rout regrese de Gangava.

¡No estoy dispuesto a verme privado de este honor!

Ironhelm movió la cabeza.

—Atravesamos unos momentos críticos. El cachorro es su protegido, y necesito a alguien en el Aett que mantenga la cabeza fría. No podrás venir con nosotros.

Sturmhart emitió otro gruñido, y un destello de energía amarillenta le atravesó el pecho. Ironhelm pudo sentir el fuego de la frustración ardiendo en el cuerpo del sacerdote rúnico.

—No me hagas esto —insistió, agarrando con fuerza su báculo.

Ironhelm levantó una de sus cejas. Sturmhart jamás había desafiado una orden.

—¿Me estás amenazando, Odain? —dijo, dejando que un tono de desafío inundara sus palabras.

Por un instante, Sturmhart permaneció inmóvil, mirándolo fijamente y con una expresión de ira en el rostro. Finalmente, muy a su pesar, bajó la mirada y escupió en el suelo con desdén.

—No lo entiendes —murmuró—. Los brujos. Se apoderan de los elementos y los corrompen. Ellos son mis enemigos.

Ironhelm miró fijamente al sacerdote rúnico. En lo más profundo de su corazón Sturmhart era un auténtico guerrero, un dirigente sangriento e intrépido, pero debía tener claro quién dominaba la manada.

—No, no lo son. Son nuestras presas. Frei estará allí, y los demás sacerdotes rúnicos, pero necesito que tú te quedes aquí.

—Como niñera de Hojadragón —respondió Sturmhart con amargura.

—No, hermano —continuó Ironhelm—. Hojadragón está jugando con fuerzas muy poderosas y tiene el destino en sus manos. Si en algún momento flaquea, tú debes estar ahí. Debes controlarlo.

La expresión de Sturmhart pasó de la frustración a la sorpresa.

—Ya me has oído —insistió Ironhelm—. Piense lo que piense Greyloc, tú debes ser mi brazo derecho aquí. Debemos recordar a los Hermanos del Lobo su fracaso y las razones que lo causaron, no estoy dispuesto a seguir el mismo camino una vez más.

La mirada de Sturmhart centelleó con la duda.

—¿Crees que es...?

—Hojadragón es tan fiel como Freki —respondió Ironhelm, aliviado al ver que la rabia de Sturmhart disminuía—. Pero tenemos que pensar en el futuro.

Se acercó hasta él y le colocó una mano sobre el hombro.

—Hago esto porque puedo confiar en ti, hermano —susurró; acercándose a él—. De todos mis lobos, eres tú en quien más confío. Busca la verdad en el wyrd, si lo deseas, y entonces comprenderás; la templanza es nuestro destino.

Sturmhart miró fijamente a los ojos de Ironhelm. Aún no se había reconciliado del todo,

pero acataría la orden.

—¿De modo que tengo plena autorización, señor? —preguntó.

Ironhelm sonrió con gravedad.

—Siempre tenemos plena autorización —dijo.

* * *

El Colmillo era una fortaleza descomunal; una gigantesca maraña de túneles, pozos y cámaras horadadas en los niveles más altos del pico. A pesar de eso, la fortaleza en sí se veía empequeñecida por el tamaño de la propia montaña, y únicamente los niveles superiores estaban preparados para ser habitados. Los lobos desarrollaban casi toda su actividad bajo tierra, en sus guaridas ocultas bajo kilómetros y kilómetros de roca. Únicamente en lo más alto, en los límites del nivel del Valgard, las estructuras artificiales comenzaban a romper la superficie. Era allí donde se habían construido los muelles y las plataformas de aterrizaje, encajadas entre enormes torres que se precipitaban al vacío desde unas alturas de cientos de metros. Mecanismos ancestrales accionaban elevadores que descendían por pozos de kilómetros de profundidad, portando material y armamento almacenado en la montaña y llevándolo hasta los hangares. Aquellos lugares siempre bullían de actividad, lo que daba testimonio del espíritu incansable de los lobos y de su afán por surcar los mares de las estrellas.

Haakon Gylfasson se encontraba en uno de esos hangares, contemplando la hilera de sirvientes y servidores que se adentraba en las naves humeantes como insectos en un cadáver. Decenas de ellas ya habían zarpado, y las pocas que seguían allí también estaban destinadas a formar parte de la flota. Muy pocas quedarían a disposición de la Duodécima, sólo las más lentas y peor armadas. Un único crucero de asalto, el *Skraemar*, permanecería en órbita para defender el planeta, y su escolta no contaría más que con una docena de unidades.

Aquello le parecía a Gylfasson totalmente razonable. Lo que no le parecía tan lógico era no haber sido puesto al mando del *Nauro*. Aquello era una afrenta personal que muy pocos de sus hermanos lobos serían capaces de comprender.

—Lo siento, mi señor —dijo la kaerl por tercera vez, contemplando fijamente la placa de datos que tenía delante y evitando la mirada de Gylfasson—. Forma parte de las órdenes. El señor lobo...

—Voy a decirte una cosa —la interrumpió Gylfasson con un tono oscuro y felino. No hablaba como los demás marines espaciales, y no tenía ese aire amenazante e irritable. Su tez era oscura, y su barba espesa y enmarañada. Era más delgado que la mayoría de miembros de la manada, incluso enfundado en su armadura de explorador. Sólo sus ojos lo delataban, esos círculos de color ámbar perforados por una hoja negra. Únicamente los hijos de Russ tenían aquellos ojos—. No soy una persona agradable, no soy tan generoso como mis hermanos. No paso mucho tiempo con ellos, y ellos no pasan mucho tiempo conmigo.

La kaerl tenía aspecto de preferir estar en cualquier otro sitio antes que allí, aunque escuchaba respetuosamente.

—De modo que no pienses que no me tomaré esto como algo personal. Puedes estar segura de que averiguaré quién es tu maestro de riven y me encargaré de que te destinen a una patrulla externa en Asaheim durante un mes. Necesito esta nave. Es mi nave. Y debe permanecer aquí.

La kaerl miró con impaciencia la placa de datos, como si esperara ver nueva información que pudiera ayudarla. Cincuenta metros por detrás de ella se alzaba la *Nauro*, descansando en el hangar y despidiendo columnas de vapor. No era como las demás naves que había allí, ni estaba pintada con el mismo color gris del resto de la flota. Su clasificación no estaba clara: demasiado pequeña para ser una fragata, pero

demasiado grande como para ser considerada una nave transatmosférica; además, su tripulación no llegaba a los quinientos miembros. Era estrecha e inusualmente delgada. Más de un tercio de su longitud estaba ocupado por los motores de plasma, una proporción que la convertía en una nave tremendamente rápida. Ésa era la razón por la que a Gylfasson le gustaba.

—En esa placa no encontrarás lo que buscas —dijo con un tono más tranquilo, viendo como la kaerl trataba de arañar algunos segundos.

La mujer levantó la vista con una expresión desolada en el rostro. Tenía la constitución típica de los fenrisianos, corpulenta y de hombros anchos.

Había entrado en combate, como indicaban las calaveras talladas en su uniforme, de modo que había pocas cosas en la galaxia que la superaran. Evidentemente, enfrentarse a un guerrero del cielo sí que lo hacía.

—Déjala en paz, Alanegra —dijo una voz metálica desde detrás de la mujer.

Precedido por el murmullo grave de su armadura, el sacerdote de hierro de la Duodécima se acercaba caminando por la plataforma. Llevaba puesto su viejo yelmo MK-IV, pero Gylfasson percibió el tono de burla de sus palabras; bajo todas aquellas capas metálicas, se ocultaba una sonrisa.

—No te metas en esto, sacerdote —le advirtió Gylfasson—. Ésta es mi nave.

—Eres un explorador —dijo Arfang con un tono seco. La kaerl aprovechó la interrupción para escabullirse—. Ninguna de estas naves te pertenece.

—Nadie la pilota como yo lo hago.

—Eso es cierto. De modo que puedes estar agradecido de que el jarl Oirreisson no la quiera. Prefiere una hlaupa. Seguramente se vendrá abajo en cuanto abra fuego, pero en lo referente a la tecnología, Oirreisson carece de toda sensibilidad.

Gylfasson dirigió a Arfang una mirada desconfiada.

—¿De modo que no ha sido requisada?

—No.

—Entonces, ¿qué será de ella?

Un sonido estridente estalló dentro del yelmo de Arfang, algo que, hablando del sacerdote de hierro, podría interpretarse como una carcajada.

—El jarl Greyloc quiere que te encargues de patrullar el sistema. Tú y el resto de exploradores. Parece que no le gusta la idea de que el Aett se quede vacío.

Gylfasson esbozó una sonrisa.

—De modo que volveremos al espacio —dijo, mirando a la *Nauro* con satisfacción y pensando en las horas vacías que pasaría lejos del hedor del Colmillo—. No tienes ni idea de lo que me agrada oír eso.

* * *

Greyloc estaba en la Cámara de la Guardia, bañado por una columna de luz gélida que descendía desde lo alto. El techo de la estancia estaba sumido en la oscuridad. En las sombras, hileras de operarios se movían de un lado a otro, portando placas de datos y hablando en voz baja. Los monitores que había dispuestos en los extremos de la estancia parpadeaban mostrando los datos que indicaban la progresión de la flota hacia los puntos de salto. Uno por uno, todos los indicadores iban pasando de verde a rojo.

—Establezcan comunicación con el buque insignia —ordenó Greyloc.

Los sirvientes se apresuraron a cumplir la orden. Un icono parpadeante le indicó que la comunicación había sido establecida.

—Señor —dijo, manteniendo el mismo tono formal que había empleado ante el consejo—. Hemos recibido todas las señales. Tienen vía libre para salir de la órbita.

—Confirmado —crepitó la voz de Ironhelm desde el puente del *Russvangum*—. Pronto nos habremos marchado y el Aett quedará desierto y tranquilo. Tal y como a ti te gusta.

Greyloc sonrió.

—Así es. Estoy deseando volver a cazar.

Una explosión de ruido estático se produjo al otro lado de la línea. Podría haber sido un gruñido.

—Te vas a perder la mejor parte.

—Puede ser. Que la mano de Russ lo proteja, señor.

—Que nos proteja a todos.

La comunicación se cortó con un ruido seco. Greyloc permaneció inmóvil durante unos instantes, pensativo.

En seguida los monitores comenzaron a mostrar nuevos datos. Las marcas de posición indicaban movimiento. La flota estaba en camino.

Un sirviente se aproximó al señor lobo e hizo una reverencia.

—Perspectiva orbital preparada, señor —dijo con la mirada fija en el suelo—. Puede inspeccionarla cuando esté preparado.

Greyloc asintió, apenas sin percatarse de la figura que había frente a él. Sus ojos blancos estaban fijos en los muros de roca. La piedra seguía tan desnuda y lisa como cuando fue horadada.

El paso de los siglos había hecho muy poco para embellecer el Aett. Aún tenía la misma extensión que en tiempos de Russ; seguía siendo un lugar frío y medio vacío, y los vientos heladores de Fenris seguían aullando por sus corredores. Algunas secciones de los niveles inferiores habían caído en desuso, y ni siquiera Hojadragón sabía lo que escondían aquellas cámaras desiertas.

«No hemos evolucionado. Seguimos siendo los mismos».

El sirviente permaneció allí durante unos instantes antes de desaparecer entre las sombras. Pronto fue sustituido por una figura más grande, y el sonido firme de los pasos de Rossek se apoderó de la cámara.

—Tromm —dijo Greyloc, abandonando sus pensamientos súbitamente.

—Jarl —respondió el guardián del lobo.

—¿Te has asegurado de mantener ocupados a los garras?

—Están en sus celdas.

—Bien, que continúen así.

—¿Y después de eso?

Greyloc miró inquisitivamente a su subordinado. Rossek siempre solía estar lleno de energía.

—No estás de acuerdo con mi decisión —dijo.

El guardián del lobo mantuvo una expresión contenida.

—Alguien tiene que ocuparse del Aett.

—¿Y crees que no deberíamos ser nosotros?

—Ya que me lo pregunta, señor, no.

Greyloc asintió.

—¿Algo más?

Rossek lo miró fijamente a los ojos, como siempre. Había un destello de recriminación en su mirada.

—Nosotros no tenemos los trofeos de otras compañías, señor —dijo—. Hay rumores que dicen que nos falta carácter. Dicen que su sangre es demasiado fría.

—¿Quién lo dice?

—Son sólo rumores.

Greyloc asintió de nuevo. Esos rumores siempre habían existido. Desde que ascendió al rango de garra sangrienta había tenido que defender su honor en contra de la idea de que no era un auténtico lobo, de que la hélix no había calado en él como debería y de que era demasiado frío para ser un guerrero del Rout. Hacía ya mucho tiempo que no se preocupaba por aquellos rumores.

—Esos rumores siempre han existido, ¿por qué los escuchas ahora?

Rossek continuó mirándolo fijamente.

—Debemos tener cuidado —dijo—. Los demás jarls...

—Olvídate de ellos. —Greyloc posó su guantelete en el antebrazo del guardián del lobo, con un sonido seco de la ceramita—. No debemos preocuparnos por eso, y hay más modos de luchar que aquellos que se recogen en las sagas. La galaxia está cambiando. Debemos cambiar con ella.

Greyloc pudo sentir la ansiedad que se apoderada de Rossek. Al guardia no le gustaba oír aquellas palabras. A ninguno de los lobos, anclados en su respeto a la tradición, les agradaba. Únicamente la hermandad que se había forjado entre los dos guerreros impedía a Rossek protestar con más fuerza contra la forma de luchar que Greyloc había impuesto en la Duodécima Compañía.

—¿Confías en mí, Tromm? —preguntó Greyloc con un tono suave, sin soltarle el brazo. Durante un momento dudó.

—Con toda mi vida, señor.

Sus ojos ámbar no parpadearon. Greyloc se congratuló por ello. Tenía dudas, como cuervos que se arremolinaban en torno a la carroña, pero su corazón era leal. Así había sido siempre, incluso después de que Greyloc lo venciera, por muy poco, como sustituto del viejo Orja Arkenjaw como jarl. Si aquella votación se repitiera ahora, Greyloc no tenía ninguna duda de que Rossek se impondría. El viejo guerrero siempre había dicho que no anhelaba ese honor, aunque toda mente podía cambiar.

—Bien —asintió Greyloc, soltándole el brazo—. Te necesito, Tromm. Os necesito a todos. Cuando Ironhelm regrese de esta caza de skraeger sin sentido, las cosas tendrán que cambiar. No debemos permitir que estas sombras nos cieguen para siempre, ni que nos lleven a perseguir fantasmas del pasado. Si miras con detenimiento, conseguirás ver la verdad.

Rossek no contestó. Aquellas ideas lo hacían sentir muy incómodo, y Greyloc sabía que no le convenía ir demasiado lejos.

En los monitores que colgaban de los muros de la cámara, la última de las señales cambió de color cuando la nave insignia salió de su punto de salto. Greyloc sintió una oleada de satisfacción, y algunas de sus preocupaciones se suavizaron.

La última campaña de Ironhelm acababa de comenzar. El Aett era suyo.

TRES



TRES

Kyr Aesvai, apodado Puñoinfernal, emitió una carcajada dejando escapar chorros de saliva de entre sus dientes mellados.

—Por Russ, sí que eres lento —dijo con burla, y se lanzó de nuevo al ataque. Hizo girar el hacha en el aire y la arrojó sobre el hombro de su adversario.

Ogrim Raegr Vrafsson, conocido como Rojapiel, se apartó para esquivar la hoja que se abalanzaba sobre él.

—Pero soy demasiado rápido para ti —respondió, echándose a un lado y preparando su propia hacha. Comenzó a hacerla girar dibujando un círculo muy amplio, esperando la llegada de su oponente.

Las chispas y los chasquidos metálicos podían percibirse a lo largo de toda la hilera de celdas de entrenamiento. Aquéllos no eran los dos únicos garras sangrientas que estaban luchando; desde que la flota de Ironhelm partió del Colmillo, todo el cuerpo de infantería de la Duodécima había recibido orden de entrenar intensamente. Greyloc era un guerrero frío, pero no era estúpido; sabía la frustración que sentiría su compañía por perderse la acción de Gangava, y quería asegurarse de que se mantuvieran ocupados. Puñoinfernal lanzó una nueva acometida, avanzando con recelo. Su mandíbula aún era humanoide, aunque sus músculos faciales ocultaban el gigantismo propio de todos los marines espaciales. Su pelo enmarañado era de un color rubio sucio, y una barba espesa le cubría las mejillas tatuadas. Aún retenía toda la energía brutal de la tribu hmanni, y se movía con un pavoneo amenazante.

—Te equivocas —sonrió, dándose la vuelta—. Eres demasiado lento.

Rojapiel podría parecer su gemelo de no ser por el pelo rojizo y las abundantes patillas. Sus colmillos también eran bastante cortos, el poder de la hélix aún no había hecho que se extendieran demasiado. El anillo de acero que le atravesaba el labio inferior brillaba bajo la luz de las esferas. Cuando mostraba su sonrisa salvaje, algo que ocurría con frecuencia, el anillo repiqueteaba contra sus dientes como una roca deslizándose sobre el hielo.

—Menos hablar —dijo, haciendo un gesto hacia Puñoinfernal—, y más pelear.

Puñoinfernal cargó hacia la izquierda, después se retiró y levantó de nuevo la hoja del hacha, lanzándola sobre el torso de Rojapiel. Las dos armas colisionaron en medio de una nube de chispas, quedando bloqueadas empuñadura contra empuñadura. Puñoinfernal la asió con ambas manos, aplicando toda su fuerza sobre la hoja.

Rojapiel pudo aguantar durante un instante, pero inmediatamente se tambaleó perdiendo el equilibrio.

—¡Aaarrggghh! —exclamó Puñoinfernal, quien, acto seguido, saltó de nuevo.

Las armas colisionaron otra vez, y después una vez más, cada golpe descargaba ondas de fuerza sobre las barras defensivas. Puñoinfernal era mucho más rápido, y su arma se movía como destellos desdibujados.

—Voy a acabar contigo... —murmuró Puñoinfernal, rechinando los dientes. Su rostro era una máscara de concentración. El sudor se había acumulado en sus sienes, a pesar de que en las celdas de entrenamiento hacía mucho frío y el hielo se aferraba a los barrotes de metal.

Rojapiel no respondió, estaba muy ocupado rechazando las acometidas de su compañero de manada. Ninguno de los dos garras sangrientas llevaba la armadura completa, estaban ataviados únicamente con sus túnicas grises y sus grebas. Las hojas de sus armas habían sido embotadas para el entrenamiento, pero aun así eran capaces de romper huesos y desgarrar la carne. Así lo habían dispuesto los supervisores, con el fin de inculcar el respeto a las hojas y combatir la dependencia de

las armaduras.

Desde fuera de la celda, una oleada de carcajadas llenó el ambiente.

—*¡Skítja!* —exclamó Rojapiel, que acababa de detectar las siluetas oscuras de los demás garras sangrientas lejos de la luz de las esferas. Ahora tenían público. Una nueva oleada de burlas se desató cuando Rojapiel esquivó otro golpe haciéndose a un lado.

—Demasiado lento, eres demasiado lento —repitió Puñoinfernal, caminando con seguridad, con la respiración jadeante y el rostro empapado en sudor. Rojapiel encontró cierto alivio en el hecho de no estar poniéndoselo demasiado fácil.

—Lucharías mejor si no hablaras tanto —acertó a decir Rojapiel, intentando recuperar el equilibrio y devolver el ataque.

—Puedes pensar eso si hace que te sientas mejor —respondió Puñoinfernal, abalanzándose sobre él y blandiendo el hacha con tuerza. En su rostro se dibujó la sonrisa de la victoria, y se acercó a su oponente hasta tenerlo al alcance de su arma.

—Sí —respondió Rojapiel, alejándose de su rival—. Lo hace.

De pronto se lanzó hacia adelante, chocando contra el torso de Puñoinfernal y obligándolo a retroceder. Su oponente se había acercado demasiado, dejándose llevar por un exceso de confianza, por lo que no consiguió lanzar el golpe a tiempo. Rojapiel lo rodeó con sus brazos y lo lanzó contra uno de los extremos de la celda. Ambos chocaron contra el metal produciendo un gran estruendo.

Puñoinfernal perdió el hacha y cerró el puño, preparado para dar el golpe que le había dado su nombre. En esta ocasión, Rojapiel fue más rápido, golpeando con la cabeza el rostro de su adversario. Se produjo un chasquido de huesos quebrándose, seguido por el olor metálico de la sangre fresca.

Puñoinfernal inclinó la cabeza hacia atrás y sus ojos se volvieron vidriosos. Los espectadores comenzaron a hacer chocar sus armas contra los barrotes, haciendo reverberar toda la cámara.

El sonido era tan estruendoso que ahogó el gong que marcaba el final de la pelea. Sin percatarse de ello, Rojapiel lanzó un último golpe antes de que las puertas de la celda se abrieran y Brakk entrara para separarlos.

—Ya es suficiente —gruñó, separando a Rojapiel de Puñoinfernal y lanzándolo al otro lado de la estancia. Incluso sin su servoarmadura, el guardián del lobo era mucho más fuerte que cualquiera de los dos.

Un clamor de desaprobación se apoderó del ambiente mientras Rojapiel se ponía en pie y Brakk ayudaba a levantarse a Puñoinfernal.

Rojapiel sentía que le dolía todo el cuerpo. Un reguero de sangre se deslizaba por su rostro, procedente de un corte en la frente.

Se sentía agitado, dolorido, magullado, se sentía pleno.

Puñoinfernal comenzaba a recobrar el sentido, la cabeza le daba vueltas y tenía la mirada perdida.

—Eso ha sido una estupidez —les espetó Brakk—. ¿Es que voy a tener que quitaros la estupidez a golpes, garras sangrientas?

—Podrías intentarlo —respondió con dificultad Puñoinfernal, tambaleándose sobre la plataforma metálica.

Rojapiel sonrió, acercándose con paso inestable hacia su adversario. Brakk escupió en el suelo.

—Será mejor que os lavéis —dijo—. El jarl quiere un informe sobre vuestro estado de combate, y vais a tener que trabajar más duro.

Brakk salió de la celda, abriéndose paso entre los espectadores que se habían arremolinado en el exterior. Rojapiel cogió a Puñoinfernal antes de que se desplomara de nuevo y lo levantó con rudeza.

—Ya te lo he dicho, demasiado rápido para ti —dijo.

Puño infernal comenzaba a recuperar la visión. La sangre de sus heridas empezaba a coagularse volviéndose de color oscuro. Hacía falta mucha fuerza para noquearlo, pero aún más para mantenerlo en el suelo.

—Una vez, hermano —respondió, dibujando una sonrisa sobre sus dientes ensangrentados—, sólo por esta vez.

Rojapiel dejó escapar una carcajada, una explosión gutural de alegría salvaje. Los dos luchadores se dieron la mano, sellando el apretón con los dedos ensangrentados.

* * *

Hojadragón se reclinó sobre el respaldo de su trono. Estaba cansado. Aquel trabajo era agotador, incluso para alguien con una fisiología implementada genéticamente. Días y días de pruebas, de retoques, de más pruebas, buscando pequeñas imperfecciones, desechando lo que parecía bueno y escudriñando los secretos escondidos en los frascos y recipientes. A su alrededor, el murmullo tenue del laboratorio continuaba imparable: sirvientes preparando muestras, cogitadores resonando, frascos con líquidos hirviendo a temperatura controlada...

Nueve días. Nueve días desde que Ironhelm se había marchado, llevándose a las Grandes Compañías lejos del Aett y dejando los corredores desiertos, ocupados sólo por los susurros del viento. Durante ese tiempo apenas había conseguido avanzar, únicamente había retrocedido. Cada paso que daba al frente iba seguido por varios hacia atrás, hacia los lados o hacia abajo. No resultaba difícil caer en la desesperación, dejarse llevar por la desesperanza.

Aunque por supuesto, esa desesperanza era tan desconocida para los hijos de Russ como la paz y la tranquilidad.

«El secreto me esquivo porque sabe que estoy cerca. Igual que una presa sobre el hielo percibe la presencia del cazador».

Aquella analogía le resultaba de gran ayuda. En ocasiones, problemas insondables eran resueltos gracias a la imaginación del cazador. La necesidad de matar podía convertirse en un estado de determinación mental. Eso también le daba esperanza. Era mucho lo que no comprendía, pero también era mucho lo que comenzaba a ver con claridad. El hecho de que ése fuera el origen de la necesidad de matar era un signo positivo.

«¿Estaré yendo demasiado lejos? ¿Acaso esto está prohibido? Quizá. Pero nosotros nunca hemos seguido las normas. Eso es cosa de los hijos de Guilliman».

Repasó las pruebas una vez más. El patrón que había seguido durante las últimas semanas se había venido abajo. No era algo irremediable, pero tendría graves consecuencias para el modelo en el que tanta fe había depositado. Necesitaría una semana de trabajo para remediarlo, para esclarecer sus secretos. No era la primera vez que se sentía intimidado por los arquitectos originales, por aquellos que combinaron todos los elementos y encaminaron el río de la humanidad hacia su nuevo curso.

«¿Acaso esto está prohibido?», se preguntó una vez más. Ya conocía la respuesta.

Por supuesto que lo estaba.

Una runa comenzó a parpadear en la gorguera de su armadura, advirtiéndole de la presencia de Sturmhjart. El sacerdote rúnico, a pesar de su destreza en el campo de batalla, era un espía muy poco sutil. Hojadragón dejó escapar un suspiro y guardó la placa de datos en uno de los compartimentos del trono. Le hizo un gesto a un sirviente que estaba cerca y el mortal de la máscara de cuero asintió. Las puertas del laboratorio se cerraron, ocultando el contenido de las estancias que había al otro lado. Los datos de los monitores fueron sustituidos por hileras de runas.

Hojadragón se puso en pie, preparándose con desgana para recibir las burlas de su hermano.

«Es demasiado temeroso, y hace muchas preguntas —pensó Hojadragón, atravesando las diferentes cámaras con pasos lentos y envejecidos—. Que entre. Si hiciera más preguntas, aún sería más temeroso. Sólo Greyloc puede ver el potencial de todo esto, aunque su alma es singular».

Hojadragón se aproximó a la cámara que daba acceso al laboratorio y pudo ver la figura descomunal del sacerdote rúnico con su armadura repleta de sellos, un contrapunto extraño en medio del ambiente estéril del que se rodeaban todos los creadores de carne.

«Sólo necesito un poco más de tiempo».

Hojadragón esbozó una sonrisa forzada sobre su rostro arrugado y se preparó para recibir las bromas irascibles de su hermano.

«Un poco más de tiempo».

* * *

El *Herumon*, el buque insignia de la flotilla de los Mil Hijos, comenzó a reducir la velocidad y a prepararse para romper el sello que separaba la disformidad del espacio material. A su alrededor, el resto de la flota avanzaba al unísono, cincuenta y cuatro naves y transportes de tropas pintados de azul y dorado que adecuaban la marcha hasta alcanzar la velocidad de traslación.

En el puente del *Herumon*, Temekh y Aphael permanecían en pie uno junto al otro, pyrae y corvidae. Los demás miembros del destacamento de mando, Ormana, Hett y Czamine, estaban a su alrededor. Todos portaban la armadura completa sobre sus hábitos y tenían puestos los yelmos. La mayoría había pasado innumerables horas en el planeta de los hechiceros decorando y perfeccionando su indumentaria. Los yelmos lucían ahora crestas y bandas de tonos bronce y dorado, y las grebas estaban talladas con epigramas ancestrales y olvidados.

Temekh los contempló con condescendencia. De todos sus compañeros, sólo él parecía capaz de ver lo bajo que habían caído.

«Hemos perdido nuestro gusto. Nos estamos convirtiendo en parodias de nosotros mismos».

Su armadura MK-III permanecía relativamente inalterada; había sido pintada de azul zafiro siguiendo las órdenes de Magnus, pero aparte de eso continuaba siendo igual que antes de la Traición. Él aún lucía la barba perfectamente recortada que había adoptado en Prospero, y seguía llevando recogida su melena blanca. De pronto se vio preguntándose si Amon, Sobek y Hathor Maat habrían hecho lo mismo. Aquellos que se unieron a la cábala de Ahriman siempre habían sido los más fuertes y los más poderosos. El grupo que permaneció fiel al primarca estaba compuesto por guerreros de segunda clase, por aquellos que no se atrevieron a unirse a la Rúbrica.

Lo cierto era que aquello no importaba. La contrahechicería acabó por afectarlos a todos, salvando a menos de cien de los hechiceros de la legión y condenando al resto, los rubricae, a convertirse en polvo. Ahora, lo poco que quedaba de lo que una vez fueron los guerreros más poderosos del Emperador se había convertido en una banda de asaltantes, de vengadores y ladrones de conocimiento. Aquella gran flota, esa amalgama de tropas inconexas, era el último eco de un desastre que se había producido mil años antes.

—Señor, estamos preparados para efectuar la traslación.

La voz provenía de un tripulante de cabeza rapada y ojos enmascarados. Vestía un hábito de oficial y debía de llevar muchos años sirviendo en la flota. La mayor parte de los tripulantes mortales habían sido reclutados más recientemente, como resultado de diversos programas de reclutamiento llevados a cabo en infinidad de mundos imperiales.

Aphael se volvió hacia Temekh.

—¿Qué es lo que ves, profeta? —le preguntó. Su voz sonó distorsionada a través de la rejilla vocal.

Temekh contuvo la irritación de ser interrumpido una vez más y expandió la mente para contemplar el Gran Océano. Las relaciones ocultas entre la disformidad y el espacio real se desplegaron ante él como las ramas de una ecuación, entrelazándose sutilmente unas con otras, equilibrándose y descompensándose.

Determinó la localización de la flota y trazó la trayectoria hasta su destino. Los márgenes estaban difusos. Si mantenían la orientación actual saldrían de la disformidad muy cerca de Fenris.

—Nos estás llevando directos hacia ellos —dijo Temekh, volviendo al presente—. Demasiado cerca.

Aphael emitió una carcajada.

—¿Acaso quieres que les demos tiempo para prepararse? —El pyrae movió la cabeza bajo el yelmo—. ¿Recuerdas cuánto tardaron en inutilizar nuestras defensas orbitales? Fue sólo cuestión de segundos. Es la única manera de destruir un mundo. El Océano está tranquilo, y sus aguas se han abierto para permitirnos caer directamente sobre ellos.

Temekh pudo percibir la sonrisa de Aphael incluso debajo de su yelmo, y sintió su impaciencia ante la batalla que se avecinaba.

—No hay nada en la disformidad que deba preocuparnos, hermano —continuó Aphael—. La flota de los perros está a varios días de distancia y le resultará imposible regresar. Terminaremos el trabajo rápidamente.

—Bien, pero no nos hagas saltar directamente al corazón del planeta.

Al oír eso Aphael no se rió.

—¿Tiempo para la traslación? —preguntó, volviéndose hacia el oficial.

—Traslación inminente, señor.

—Entonces active el monitor.

Delante del grupo de mando, un espejo curvilíneo se elevó desde el suelo metálico. La superficie cristalina se iluminó, ondulándose y cambiando de color como si fuera una mancha de aceite en el agua. Temekh la miró con desagrado. Era la cruda representación del éter vista a través de los ojos del espíritu máquina.

—Adelante —ordenó Aphael.

Los motores de disformidad de toda la flota se apagaron al unísono. Las cincuenta y cuatro naves activaron los propulsores de plasma y los escudos de vacío, saltando al espacio real al mismo tiempo.

La visión cambiante del espejo desapareció dando lugar al vacío. Frente a ellos, aterradoramente cerca, apareció una esfera de color blanquecino que se volvía más y más grande por momentos. La flota de los Mil Hijos, guiada por sus adivinos, había emergido de la disformidad más unida y más rápidamente de lo que cualquier nave tripulada por manos humanas podría haberlo hecho.

Temekh sintió una premonición grave en la boca del estómago. Allí estaba, el objetivo final del plan de Magnus. Era más pequeño de lo que esperaba, una bola inmunda cubierta de hielo y asolada por vientos huracanados.

Aphael irradiaba una energía salvaje. Delante del *Herumon*, otras naves de la flota comenzaban a aparecer en el espacio real. Las estelas de plasma sobrecalentado comenzaron a llenar el vacío mientras los cruceros de asalto se dirigían hacia su objetivo. No se produjo ningún error, ninguna rematerialización fallida.

—Fenris —suspiró Aphael, abrumado por el espectáculo que se estaba desplegando ante él. Una fuerza descomunal avanzaba por el cosmos en formación cerrada, una fuerza nunca vista desde antes de la Traición.

Temekh, contemplando el mismo panorama, no sintió más que un miedo agotador. Había llorado la destrucción de Tizca, aunque aquello no hizo nada para alimentar su

sed de venganza. Por el contrario, la impaciencia de Aphael le parecía vulgar y vacía.

«Hemos perdido nuestro gusto».

El pyrae se sintió desolado. Caminó hasta el monitor, contemplando como la esfera blanquecina iba llenando poco a poco la pantalla.

—Esto os hará daño —murmuró—. Os hará mucho daño.

* * *

El último día de vida de Adaman Earfeil no empezó bien. Pocos de los astrópatas destinados en la torre de comunicaciones del Valgard eran oriundos de Fenris, y constituían el único grupo de extranjeros de todo el planeta. Sus subordinados locales eran maleducados, malolientes y demasiado dados a hacer chistes de mal gusto sobre sus capacidades. No les gustaban los poderes psíquicos, incluso a pesar de que sus propios quebrantahuesos desprendían suficiente poder etéreo como para alimentar todo un manufactorum. Tras cuarenta años de servicio, aún no se había desprendido de las costumbres de su mundo natal, el planeta colmena Anrada. Odiaba Fenris. Odiaba el hedor, odiaba el aburrimiento, odiaba el frío.

Tras poco más de dos horas de sueño, verse despertado por el pitido que indicaba que debía presentarse en el pabellón astrotelepático le resultó exasperante. Durante los últimos días, todos los astrópatas habían estado muy ocupados transmitiendo mensajes para reunir la flota. Salió de la celda aturrido, tratando de sacudirse el sueño de sus ojos ciegos. Conforme caminaba por el corredor sintió el ajeteo de cuerpos que se apresuraban de un lado a otro. Los comunicadores estaban llenos de conversaciones distorsionadas. Algo había despertado a toda la torre.

Una vez en el sanctum telepática, Earfeil avanzó con paso seguro entre la masa de kaerls y sirvientes que lo rodeaban, determinando su posición únicamente mediante el olor y el sonido. Los corredores que iban de su celda a los tronos de transmisión le resultaban tan familiares como el tacto de la palma de su mano. Desde que se había despertado, sentía una extraña sensación de presión detrás de los ojos, algo que se aferraba a sus pensamientos y le dificultaba el trabajo.

Se sentó en su puesto. Se sentía muy mal. Tenía la cabeza abotargada y estaba adormecido e irascible.

Un servidor se aproximó para ayudarlo en sus tareas mientras él se estremecía al sentir el tacto frío del interfaz de contacto en los orificios de entrada de su muñeca. No había razón para que aquello fuera tan doloroso; si los salvajes de aquel mundo olvidado se preocuparan mínimamente por la comodidad, habrían instalado equipamiento nuevo hacía años.

—Agua —dijo con voz ronca, convencido de que el servidor tardaría una eternidad en traerle el vaso de agua, que además estaría helada y tendría sabor a arena.

Con mucha dificultad, atenazado por un dolor de cabeza que iba a más, empezó a descifrar el programa de trabajo. A su alrededor podía oír a los demás astrópatas entonando las letanías.

—Bendito Emperador, Protector de la Humanidad, Señor de los Cielos, guía mis pensamientos y aclara el paisaje de mi mente...

Earfeil comenzó a recitar mientras ajustaba los controles de la consola que tenía frente a él. La maquinaria estaba más caliente de lo habitual; normalmente, su piel reseca se adhería a los controles helados.

Conforme hablaba, el itinerario fue apareciendo en su mente. No podía ver el texto con mucha claridad, pero el mensaje estaba tan claro como una imagen mental.

—Que mi cuerpo no desfallezca y que mi mente se mantenga pura, que mi ojo interior permanezca claro y mi ojo exterior oscuro como la marca eterna de Tu gracia...

Continuó repitiendo aquellas palabras familiares mientras la capucha metálica, repleta de sondas afiladas como agujas, descendía sobre él. Siguió hablando mientras las

sondas entraban en los orificios que tenía abiertos en el cráneo y se colocaban en su lugar. Y siguió hablando mientras las voces que llenaban la sala se perdían en la distancia.

«La cabeza me está matando».

No había ni rastro del agua. Earfeil comenzó con la primera transmisión. Una comunicación interplanetaria estándar, algo sobre la escolta de un convoy en uno de los sistemas bajo el protectorado de los lobos.

—... para que mantenga Tu protección y... ¡Maldita sea!, Fror, ¿por qué tiene que ser esta lista tan larga?

Se produjo una oleada de sonido estático procedente del canal del supervisor, un nativo de Fenris de más de doscientos años de edad.

—¿Fror?

Earfeil se dio por vencido. Maldito anciano senil... El dolor que sentía detrás de los ojos se intensificó. Era como si las terminaciones nerviosas que estaban abrasadas de pronto se hubieran conectado de nuevo.

«¿Quién demonios está haciendo esto?»

Por un instante pensó en llamar al apotecario y cortar la transmisión, pero cambió de opinión.

De todas maneras, todos pensaban que era un blandengue, un extranjero enclenque con unas nociones mínimas de un poder impío.

Abrió la mente.

Lo etéreo la inundó. Un único ojo lo miraba desde el vacío, rodeado de un halo carmesí.

—¡Por el Santo Empera...! —exclamó, y entonces comenzó el verdadero dolor.

Algo descomunal irrumpió en su subconsciente, algo enorme y ancestral, algo de tal magnitud que Earfeil supo al instante que era hombre muerto.

—¡Fror! —gritó, quizá en voz alta, quizá mentalmente. Pudo oír los sonidos distantes que llegaban hasta él a través de la oscuridad. Alguien corría por la cámara. Había gritos. Entonces, todo se perdió en una oleada de dolor; un dolor insoportable que le aplastó la mente.

Por un instante pensó en tratar de resistirse. Por un instante, un instante aterrador, volvió a los días de su instrucción en Terra. Entonces fue expuesto a un poder de tal magnitud que le abrasó los ojos y le quemó la mente.

«Ésta es la misma fuerza».

No, no lo era. No era la misma, aunque era similar. Incluso mientras se retorció entre los electrodos que lo mantenían anclado a su puesto consiguió distinguir varias formas familiares entre la marca de la disformidad.

«¡Cierra la comunicación!»

Era demasiado tarde para eso. Earfeil sintió como sus órganos explotaban en su interior, deshaciéndose en una serie de estallidos insoportables. La sangre le manchaba el rostro y comenzaba a gotear sobre su boca abierta, inmovilizada por un alarido de dolor. El ojo ardió sobre él sin apenas constreñirse; ni siquiera se estaba esforzando.

«¿Qué eres?», transmitió. Fue como enviar una esfera de luz al corazón de una estrella.

El ojo no respondió, pero lanzó una nueva oleada de dolor. Fue entonces cuando Earfeil supo que estaba haciendo lo mismo con todos los astrópatas. Aquello era teóricamente imposible; había runas de protección por toda la torre, y los psíquicos tenían el alma sellada. Aquella cosa los estaba aniquilando como si estuvieran totalmente desprotegidos.

Se retorció sobre su trono, sintiendo que la conciencia lo abandonaba. Sus terminaciones nerviosas se abrasaron, proporcionándole un ligero alivio.

«Nos ha aislado —pensó mientras se desplomaba en brazos de la muerte—. Quiere que permanezcamos en silencio.

»Y sea lo que sea —comprendió mientras su cuerpo sufría los últimos espasmos agonizantes—, es igual que el Emperador».

CUATRO



CUATRO

El explorador Haakon Gylfasson, conocido como Alanegra, estaba sentado en el trono de mando de la *Nauro* mientras contemplaba la escena que tenía ante él con aire de suficiencia. Las plataformas de lanzamiento estaban ya muy lejos, y en los visores se perfilaba la negrura estrellada del espacio. La curvatura blanquecina de Fenris se alejaba a medida que la nave ganaba más altura, con los motores luchando a pleno rendimiento contra la fuerza de atracción del planeta. Les había llevado varios días preparar la nave para efectuar una patrulla por el sistema, pero por fin la espera había terminado y la *Nauro* estaba donde debía estar.

En los puestos de los servidores, una docena de autómatas cubiertos de cables trabajaban en sus consolas. Sobre ellos, los seis kaerls permanecerían anclados a sus arneses hasta que la nave abandonara totalmente la atmósfera y los generadores de gravedad pudieran entrar en funcionamiento.

—Capitán, informe —ordenó Alanegra con un tono distendido, disfrutando de la sensación de atravesar a toda velocidad la órbita baja. El suelo de metal se estremeció ligeramente bajo sus pies. Aquella nave era como un sabueso de caza: nerviosa, esbelta y fibrosa.

—La está exprimiendo demasiado —crepitó la voz desde el comunicador. El capitán de la nave tenía mucha experiencia trabajando junto a Alanegra, y su voz mortal transmitió el convencimiento de que aquella advertencia no sería escuchada.

Alanegra disfrutaba haciendo que se sintiera incómodo. Disfrutaba haciendo sentir incómodo a todo el mundo. Eso era lo bueno de pilotar un interceptador con una tripulación compuesta íntegramente por mortales; el poder absoluto, la certidumbre de que podría exprimir aquel trasto tanto como quisiera. Era una nave hermosa, una purasangre, y no había razón para no disfrutar exprimiéndola hasta sus límites.

—Debemos tratarla mal, capitán —respondió—. Así es como a ella le gusta.

Pudo oír un improperio al otro lado de la línea antes de que la comunicación se cortara. La pantalla táctica cobró vida frente a él, una esfera giratoria que representaba el espacio a su alrededor.

—Estableceremos contacto con la red mientras continuamos el ascenso —ordenó al tácticus, calculando mentalmente la trayectoria que los llevaría directamente a pocos kilómetros de la primera plataforma orbital—. Le dará algo de interés a sus insulsas vidas.

—No puedo establecer contacto —respondió el tácticus, ataviado con su traje gris y sentado en una consola justo debajo del puesto de Alanegra.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que no puedo establecer contacto.

Alanegra frunció el ceño y activó el comunicador. Estaba inundado de ruido de estática.

—¿Nuestro sistema de comunicaciones está operativo? —preguntó.

—Está en perfecto estado —respondió el tácticus mientras sus dedos se deslizaban sobre un panel de control que parecía un órgano—. El problema son ellos.

Los ojos de Alanegra se fijaron en el hololito. La primera plataforma estaba dentro de su rango de alcance, una única runa flotando sobre la esfera esmeralda.

—¿Qué problema tienen? —preguntó.

El tácticus levantó la vista de su puesto y se encogió de hombros.

—Un fallo del sistema —sugirió—. Eso, o han sido interceptados.

Alanegra soltó una carcajada.

—Sí, como si eso...

Su espíritu lobo se estremeció en lo más profundo de su ser, como si despertara de un

letargo. Sintió como el vello de los antebrazos se le erizaba debajo de la armadura.

—Siga intentándolo —ordenó mientras ampliaba el alcance del monitor táctico. Las figuras que había dentro de la esfera se convirtieron en una serie de puntos diminutos. Las demás plataformas orbitales aparecieron en el campo de visión.

—¿Podemos establecer contacto con el *Skraemar*? —preguntó. No le gustaba lo que estaba viendo.

—No responden.

La esfera continuó expandiéndose mientras los sensores cubrían más y más sectores del espacio local. Entonces, justo en el límite de su campo de alcance aparecieron más runas. Infinidad de ellas. Pero ninguna era fenrisiana.

—¿Cuál es el estado de nuestros escudos? —preguntó Alanegra, asiendo los reposabrazos de su puesto con más fuerza.

—Bueno.

—Manténgalos así. Active los bancos de plasma auxiliares.

El tácticus se volvió hacia él, mirándolo como si hubiera perdido la cabeza.

—Pero aún estamos dentro del campo de gravedad...

Alanegra le dirigió una mirada fulminante.

—Quiero que imprima velocidad de ataque inmediatamente. Póngase en contacto con el Valgard y dígales que envíen aquí arriba todo lo que tengan. Después rece todo lo que sepa.

Alanegra se volvió hacia la pantalla táctica y hundió los dedos en los controles del puesto de mando. Imprimió máxima potencia y sintió como el espíritu máquina aullaba como protesta.

—Acostúmbrate —gruñó, apretando con fuerza los controles metálicos—. La situación está a punto de ponerse mucho peor.

* * *

Algo se estremeció en la mente de Greyloc antes incluso de que las runas de advertencia comenzaran a parpadear. Estaba en el corazón del Colmillo, afilando la hoja de su hacha, *Frengir*, lo único que aún conservaba de su antigua vida. A los sacerdotes lobo no les gustaba que se mantuvieran nexos con el pasado, pero una hoja era algo sagrado, y ahora que era jarl, los sacerdotes ya no tenían poder para convertir ese disgusto en sanción.

Había estado afilando el arma con una mola, deslizándola con delicadeza para mantener el filo en buen estado. La hoja era de acero, mucho más blanda que la de cualquier hacha empleada por los marines espaciales, y resultaría inútil en combate. Pero aun así la había mantenido en perfecto estado a lo largo de los años, impidiendo que se oxidara o se degradara. Pequeñas virutas de metal cubrían el suelo de roca desnuda, caídas a sus pies conforme trabajaba.

Entonces, las runas cobraron vida, iluminándose en lo alto de los muros de la forja. Al mismo tiempo, unos símbolos rojos se activaron en la gorguera de su armadura, versiones más pequeñas de los sellos que habría visto en el yelmo de haberlo llevado puesto.

Greyloc dejó el hacha.

—Jarl —dijo una voz a través del auricular—. Nos están atacando. Se aproximan múltiples objetivos, la red defensiva está bajo fuego enemigo. Las torres de transmisión están en peligro. Se están produciendo bajas.

El cambio fue inmediato. Greyloc cogió el yelmo y salió de la celda para dirigirse al corredor.

—Todos los líderes de manada a la Cámara de la Guardia —ordenó a través del comunicador—. Incluyendo a Hojadragón. ¿Cuál es el número de enemigos?

—Más de cuarenta objetivos, y acercándose. —Era la voz de Skrieya, el guardián del

lobo que él mismo había destinado a la cámara—. Posiblemente más.

—¿Cuarenta? ¿De dónde provienen?

Hubo un momento de duda.

—Procedencia desconocida, jarl.

—Asegúrese de que Sturmhart se presente allí —dijo Greyloc al tiempo que comenzaba a correr. Todos los músculos de su cuerpo se habían tensado—. Por el Martillo de Russ, tiene que haber una razón para que no los hayamos visto venir.

* * *

El maestro de riven Gregr Kjolborn, de la plataforma orbital Reike Og, se apresuraba por el corredor de plásticero en dirección al módulo de mando, ensordecido por las alarmas que se habían disparado por todas partes. En aquel momento se produjo una tremenda explosión y todo su mundo se inclinó varios grados.

Se golpeó contra los muros del corredor y dejó escapar una maldición.

—¿De dónde demonios han salido? —murmuró mientras se ponía en pie. Las compuertas de módulo de mando se habían abierto y pudo ver el caos reinante antes de atravesarlas.

—¿Cuál es nuestra situación? —gritó mientras ocupaba su puesto en la tarima frontal.

El módulo de mando de la plataforma de artillería era un espacio circular de siete metros de diámetro. Los visores de observación dominaban el techo. Normalmente, a través de ellos no se habría visto más que el espacio vacío, pero ahora los paneles de plexiglás dejaban ver un infierno. Toda la estructura, varios miles de toneladas de plásticero y adamando, se estaba escorando peligrosamente. Por toda la superficie del módulo, kaerls y servidores trabajaban en medio de una maraña de cables y consolas, todos ellos iluminados por runas de advertencia. Mucho más abajo, la superficie curvada del hemisferio norte de Fenris brillaba blanquecina en el vacío.

—Fallo del escudo primario inminente —respondió su huskaerl, Emme Vreborn. Su voz era sosegada, algo que resultaba tranquilizador teniendo en cuenta que la consola que tenía delante empezaba a desaparecer bajo una nube de chispas—. Potencia a diez por ciento por encima del mínimo. Nos quedan pocos minutos.

Kjolborn asintió, sintiendo como la sangre le corría a borbotones por todo el sistema circulatorio.

—¿Armas?

—Estado crítico —respondió otro kaerl.

—Estupendo.

Kjolborn trató de analizar la situación. Hacía siete minutos, los escáneres de largo alcance empezaron a recibir señales. Dos minutos después esas señales se habían convertido en cruceros de asalto. O había un problema grave con los augures o aquella flota había salido de la disformidad peligrosamente cerca de Fenris. No se había producido ninguna advertencia, no se había detectado ninguna alteración en la disformidad, y no había tiempo para hacer nada aparte de activar las baterías y prepararse para contraatacar. Y la respuesta estaba resultando insuficiente.

Un enjambre de naves se dirigía hacia ellos a máxima velocidad, enviando arcos de energía que estaban desgarrando la red de plataformas orbitales. Varias baterías fueron inutilizadas casi inmediatamente, superadas por una potencia de fuego descomunal; sus escudos de vacío se sobrecargaron y se resquebrajaron en medio de una explosión de energía.

El contraataque no fue más que una serie de reacciones esporádicas, los defensores no tuvieron tiempo para coordinar una respuesta sólida. Al comenzar el primer ataque, los cazas enemigos emergieron de las sombras de las naves más grandes y acabaron con lo poco que quedaba de la red defensiva. Todo había ocurrido demasiado rápido. Ahora, todas las plataformas del cinturón exterior estaban en llamas y se precipitaban

sobre la atmósfera exterior, las pocas que quedaban no harían sino ralentizar brevemente el avance de la flota enemiga.

—¿Alguien ha avisado al Aett? —preguntó Kjolborn, contemplando la masacre que se desarrollaba a su alrededor. Su mente estaba abrumada.

—Sí, están al corriente —respondió Vreborn.

—Bien, mejor para ellos.

Durante un instante, Kjolborn pensó en las cápsulas de escape que había en la parte inferior de la plataforma. De no haber nacido en Fenris, quizá habría contemplado la posibilidad de intentar llegar hasta ellas.

—Desvíen toda la potencia de los escudos y concéntrenla en las baterías principales —ordenó mientras contemplaba la maraña de símbolos que inundaban las pantallas tácticas.

—¿Señor?

Se produjo otra explosión cuando algo golpeó la plataforma. Todas las luces se apagaron, y no quedó más que el resplandor rojizo de los sistemas de emergencia. Los ocupantes del módulo de mando se convirtieron en sombras que parecían salidas del inframundo.

—Ya me ha oído. Debemos efectuar un último disparo antes de que acaben con nosotros.

Los kaerls acataron la orden sin más preguntas. Kjolborn no pudo evitar estremecerse cuando miró por la ventana de observación y vio como los escudos de vacío de la plataforma desaparecían, dejando tras de sí una estela ondulante. Después, la oscuridad gélida del vacío.

—Apunten hacia la flota enemiga. Coordenadas 2-2-3. Abran fuego en cuanto haya algún objetivo a tiro.

Los kaerls se apresuraron a acatar la orden. En la distancia, Kjolborn pudo ver como explotaba otra plataforma en medio de una bola de plasma ardiendo, y como la señal de la pantalla táctica comenzaba a parpadear. Entre el enjambre de naves que se acercaban, una fragata que ya había sido alcanzada por un disparo anterior comenzó a virar para enfocar sus baterías hacia el planeta. A medida que lo hacía, la proa blindada reflejó la luz blanquecina de Fenris y sus placas de color zafiro refulgieron durante un instante.

—Ya te tenemos —dijo Kjolborn con tono grave, sin prestar atención a los disparos del escuadrón de cazas que se aproximaba hacia ellos.

—Objetivo fijado —informó otro kaerl, tratando de mantener el equilibrio ante las embestidas de los disparos.

—Acaben con ella.

Un rayo fluorescente surcó el vacío y fue a impactar directamente contra la fragata, destrozando totalmente el escudo de la nave que se encontraba a más de cien kilómetros de distancia. Una serie de explosiones silenciosas comenzaron a extenderse por el flanco a medida que la energía iba destrozando las placas del casco. La fragata se escoró y entró en barrena, precipitándose al vacío en una espiral mortífera. Las explosiones se multiplicaron cuando algo en el interior de la estructura fue alcanzado e inició una reacción en cadena.

Kjolborn contempló la agonía de aquella nave con una satisfacción gélida. Más y más cazas continuaban aproximándose hacia la silueta oscura de la plataforma, destrozando el blindaje con un fuego cada vez más intenso.

—¿Qué potencia de fuego nos queda? —preguntó, tambaleándose con cada nueva sacudida.

Vreborn sonrió irónicamente en medio de la oscuridad.

—Ninguna —informó—. Ha sido nuestro último disparo.

Kjolborn dejó escapar una carcajada salvaje viendo como las naves enemigas se

abalanzaban sobre su posición. Algunas de las pocas plataformas que quedaban operativas estaban consiguiendo aumentar la frecuencia de fuego, pero el número de objetivos que destruían continuaba siendo muy reducido. Lo único que se veía a través de todos los visores era un vacío en llamas salpicado con las siluetas oscuras de los cascos dentados y el resplandor de desechos ardientes que se precipitaban hacia la atmósfera.

—En ese caso ha merecido la pena —dijo para sí mismo, contemplando como las señales se aproximaban cada vez más y preparándose para recibir nuevos impactos. Un escuadrón completo iba hacia su posición, abriéndose paso entre la falange principal para adoptar posiciones de disparo.

De pronto, Vreborn se volvió para mirar a Kjolborn; algo lo había animado.

—Las cápsulas de salvamento —dijo.

—No hay tiempo para llegar hasta ellas, huskaerl.

De haber habido más luz, Kjolborn habría podido ver la expresión de desdén en su rostro.

—Son proyectiles.

Entonces, Kjolborn comprendió lo que había querido decirle, y respondió encogiéndose de hombros.

—Si aún queda algo de energía, adelante.

Las cañoneras, Thunderhawk con el morro de color zafiro, se colocaron en posición y prepararon las baterías. Kjolborn las contempló, deseando haber tenido tiempo para poder emborracharse antes de ocupar su puesto. El hecho de que no temiera a la muerte no significaba que le gustara la idea.

«Y ni siquiera sé quién nos está atacando».

Vreborn trabajaba furiosamente intentando equilibrar la plataforma. Los estabilizadores habían sido reducidos a cenizas y el disco blanquecino de Fenris sólo se movió tímidamente. Conforme maniobraba, Kjolborn oyó un sonido metálico que provenía de la parte inferior: los anclajes de las cápsulas de salvamento se habían abierto.

Entonces se puso en pie, contemplando como la muerte se abalanzaba sobre ellos desde las estrellas.

—Éste no es el modo en el que esperaba marcharme —anunció a todos los presentes en el módulo—. Aunque confieso que no han sido ustedes una tripulación mediocre. Mis palabras son sinceras, y sólo hay dos personas junto a las que me hubiera gustado recibir a la muerte, una de ellas...

Ésas fueron las últimas palabras que se oyeron en la plataforma de artillería Reike Og antes de que las Thunderhawk de los Mil Hijos desplegaran toda su potencia de fuego sobre aquel objetivo desprotegido. Sin escudo, la plataforma fue destruida casi inmediatamente, y los fragmentos de metal, plásticero y hueso que no fueron vaporizados inmediatamente se precipitaron a la atmósfera de Fenris, comenzando a arder y quedando reducidos a la nada.

Y aunque la huskaerl Vreborn nunca llegó a saberlo, de las siete cápsulas vacías que fueron lanzadas pocos milisegundos antes de la explosión, cuatro cayeron a la superficie de Fenris y dos fueron destruidas por la onda expansiva de otra plataforma, pero una, contra todo pronóstico, consiguió alcanzar su objetivo. La Thunderhawk que atravesaba a máxima velocidad los restos de la plataforma que acababa de destruir no pudo hacer nada para esquivar el puño de adamantio lanzado en el último segundo. El impacto se produjo en la cabina, la nave perdió el control, entró en barrena y se hundió en la atmósfera a una velocidad letal.

* * *

Greyloc irrumpió en la Cámara de la Guardia pocos segundos después de Rossek y de Hojadragón. El sacerdote rúnico Sturmhart ya estaba allí, igual que seis de los

guardias del lobo de Greyloc. Uno de ellos, Leofr, aún estaba poniéndose la armadura con la ayuda de una docena de sirvientes, y el sonido de las brocas retumbaba por toda la estancia.

—Ponedme al corriente —exigió el jarl conforme ocupaba su puesto bajo la columna de luz. Desde aquella posición privilegiada podía ver todos los monitores que flanqueaban la cámara.

Greyloc dejó que su mente trabajara frenéticamente, evaluando las posibilidades y analizando toda la información. No había miedo, sólo un proceso mecánico de valoración. A su alrededor, la Guardia estaba lista y expectante.

—La seguridad de la flota está comprometida, jarl —informó Hamnr Skrieya, volviéndose hacia él y dando la espalda a los monitores. Aquel enorme guardián del lobo tenía una cicatriz en el rostro, lo que hacía que sus palabras sonaran salvajes y entrecortadas—. El *Skraemar* ha sufrido muchos daños, pero mantiene la posición. Su capacidad ha caído hasta el veinte por ciento.

—¿Quién nos está haciendo esto?

Skrieya no pudo evitar que un destello de odio marcara su rostro durante un instante.

—El archienemigo, jarl. Los Hijos.

Greyloc se quedó helado por un segundo.

«¡Los Mil Hijos! Ironhelm, ¿qué es lo que has hecho? Has sido la presa que ha caído en la trampa».

Sacudió la cabeza para intentar despejarla y miró a las pantallas tácticas. Por un instante, aquel veterano curtido en cien batallas en el vacío también se sintió abrumado. La flota enemiga era descomunal. Junto a los cincuenta y cuatro puntos de luz que identificaban los cruceros principales había cientos de señales más pequeñas que se movían de un lado a otro.

Las luces rojas señalaban las plataformas defensivas que estaban comprometidas. Mientras miraba, tres de ellas se apagaron definitivamente.

—¿Cómo han conseguido acercarse tanto? —preguntó, sintiendo como la rabia y la frustración crecían en su interior—. ¿Qué ha sido de los sistemas de advertencia?

Un estruendo se extendió por toda la cámara cuando las baterías del Colmillo abrieron fuego, lanzando una andanada de misiles en dirección al vacío.

—Hemos estado ciegos —dijo Sturmhart. Igual que Skrieya, su rostro estaba marcado por la vergüenza—. Yo no he visto nada, y los augures tampoco.

—¡Condenado Ironhelm! —gritó Greyloc. Sentía la necesidad de dar rienda suelta a toda su rabia y destrozar los monitores que estaban mostrando aquella carnicería—. ¿Podemos establecer contacto con la flota?

—No —respondió sin rodeos Skrieya—. No podemos. Todos los astrópatas han muerto y los sistemas están bloqueados.

—Tenemos que sumarnos la batalla —insistió Rossek, dándole la espalda a los monitores y preparándose para salir—. Aún hay algunas Thunderhawk en los hangares.

—No.

Greyloc dio un suspiro profundo y entrecortado. Los monitores no dejaban lugar a dudas. A pesar de que se había desencadenado hacía poco más de una hora, la batalla que se estaba librando sobre sus cabezas ya estaba perdida.

—Preparad al Rout para defender el Aett. Es demasiado tarde para impedir que aterricen.

—Jarl... —protestó Rossek.

—Quiero una comunicación directa con el *Skraemar* —ordenó Greyloc.

Poco después los comunicadores comenzaron a crepitar. Los golpes y las explosiones inundaron el ruido de fondo. El crucero de batalla estaba sufriendo muchos daños.

—¡Jarl! —gritó un marine espacial desde el otro lado de la línea. Era una voz espesa,

como si la sangre hubiera inundado la garganta del guerrero.

—Njan —respondió Greyloc. Su voz era tranquila—. ¿Cuánto tiempo podréis retenerlos?

Se produjo una risa desgarradora.

—A estas alturas ya deberíamos estar muertos.

—En ese caso tratad de burlar a la muerte un poco más. Necesitamos más tiempo.

Una explosión distorsionó la respuesta, seguida por lo que parecía ser el crepitar de un incendio.

—Eso es precisamente lo que tenía en mente. Disfrute de la batalla cuando le llegue el momento.

—Lo haré. Hasta el próximo invierno, Njan.

La comunicación quedó cortada, interrumpiendo así los informes sobre la matanza. Lo único que quedó como testigo de la batalla orbital fueron los puntos anodinos de luz en los monitores tácticos.

Greyloc se volvió hacia sus comandantes. Sus ojos blancos parecían estar en llamas.

—Ya discutiremos más tarde sobre cómo ha podido ocurrir —dijo—. Por ahora, debemos prepararnos para la lucha. Que las garras y los cazadores se preparen. En cuanto lleguen aquí, les desgarraremos la garganta.

Se produjo otro estruendo cuando las descomunales baterías defensivas del Colmillo enviaron una nueva salva de muerte hacia el espacio. Greyloc dejó que el lobo que habitaba en su interior saliera a la superficie y miró fijamente a la Guardia del Lobo con una expresión de odio animal en estado puro.

—Éste es nuestro hogar, hermanos —gruñó—. Les enseñaremos a tenerle miedo.

* * *

La *Nauro* avanzaba a toda máquina entre las nubes de fuego carmesí que inundaban el espacio local de Fenris, abriéndose paso entre restos de naves agonizantes y tratando de evitar la lluvia de fuego láser. En medio del silencio reinante en el vacío, aquella maniobra tenía una especie de hermosura cruel; era una exhibición de maestría.

En el interior de la nave la actividad era frenética. Los miembros de la tripulación se apresuraban de un lado a otro intentando controlar los fuegos que se extendían por las cubiertas inferiores, mientras los kaerls trataban de evitar que los escudos de vacío se desactivaran completamente. Los motores de plasma comenzaban a sobrecalentarse, mientras que los augures ventrales estaban prácticamente inutilizados. Otro impacto directo y se convertirían en chatarra flotante.

—¡Reparad esas lanzas inmediatamente! —bramó Alanegra, escorando la nave para esquivar una nueva salva de proyectiles de plasma.

Las dos lanzas de energía, las únicas armas poderosas que tenía la nave, habían quedado inutilizadas tras una colisión con un pedazo gigantesco del escudo de proa de alguna nave. La *Nauro* ya estaba en una situación muy comprometida, y la imposibilidad de responder a los ataques no hacía sino empeorar las cosas.

—¡No podemos salvar las dos! —gritó uno de los tripulantes desde los puestos que había debajo; Alanegra apenas podía ver nada aparte de las luces parpadeantes del monitor. Pilotar una nave avanzando en tres dimensiones a través de una tormenta de plasma y fuego láser era una pesadilla, incluso para un piloto con una habilidad y un entrenamiento superlativos.

—¡Entonces recuperad sólo una! —gritó, enfilando la proa justo a tiempo para evitar colisionar con el casco humeante de una fragata de los Lobos Espaciales abocada a una destrucción inminente—. ¡Sólo una! ¡Por la barba de Morkai, no creo que esté pidiendo demasiado!

Consiguió encauzar la *Nauro* hacia un corredor de espacio libre y trató de evaluar la

situación. La trayectoria de lanzamiento desde el Valgard los había enviado directamente hacia la batalla orbital. Los lobos, sorprendidos y claramente superados en número, estaban siendo masacrados. La primera línea de plataformas defensivas había sido destruida, y ahora no era más que una maraña de metal negro y retorcido. La segunda estaba consiguiendo aguantar, aunque soportaba una dura ofensiva. Cada impacto conseguido por los defensores se veía contrarrestado por un huracán de fuego enemigo. Las naves de los Mil Hijos se estaban apoderando del espacio local con total impunidad, allanando el camino para que las naves de mayor tamaño tomaran posiciones y se sumaran a la acción.

La llegada del *Skraemar* y de sus escoltas había conseguido detener la carnicería durante unos momentos, pero la flota defensiva se estaba viendo claramente superada. Sólo unas pocas fragatas de los Lobos Espaciales continuaban operativas, y cuando esa barrera defensiva fuera anulada, el *Skraemar* debería soportar todo el peso del combate.

—¡Lanza de estribor semioperativa, señor! —dijo una voz con tono triunfante desde debajo del trono de mando.

—¿Semi?! —rugió Alanegra, tratando de esquivar una escuadra de cazas enemigos y virando para exponer el flanco de babor, que estaba menos dañado. El traqueteo que podía percibirse a lo largo de todo el casco le indicó que aún quedaban algunas baterías intactas, lo cual suponía un ligero alivio—. ¿Cómo que «semi»? ¿Qué significa eso?

—Que tenemos un disparo, puede que dos.

—Otra baja, eso es lo único que pido.

Sabía que iban a morir. Quizá ocurriera dentro de un segundo, o dentro de un minuto, pero no se retrasaría mucho más. La defensa de Fenris se había convertido en una tentativa desesperada de abatir tantas naves enemigas como fuera posible antes de convertirse en una nube de polvo flotando en el espacio. Pero a pesar de eso, ni una sola de las naves de la Duodécima había huido. Ni una sola.

«Bastardos obstinados —pensó Alanegra, contemplando con desinterés la nube de runas parpadeantes de su consola—. Bastardos obstinados y admirables».

—Señor, tenemos una comunicación de Fenris —informó el kaerl que se ocupaba del sistema de transmisiones—. Creo que debería escucharla.

Alanegra asintió, y sin desviar su atención del infierno en medio del que intentaba pilotar la nave, abrió el canal del comunicador.

—*Nauro, Sleikre, Ogmar* —dijo la voz seca y entrecortada que llegó a través de los sistemas internos de la nave. ¿Cuánto tiempo llevarían tratando de comunicarse con ellos?—. Todas las comunicaciones astropáticas han sido cortadas. Repito: todas las comunicaciones astropáticas han sido cortadas. Rompan el bloqueo y efectúen traslación hacia el Sistema Gangava. Contacten con los Lobos Espaciales e inicien retirada inmediata. Repito: retirada inmediata.

Alanegra profirió una maldición en voz baja.

—Pensarán que estamos huyendo de ellos —murmuró mientras comenzaba a buscar posibles vectores de salida. La *Nauro* se encontraba en medio de un remolino de naves, sin ninguna táctica de escape obvia. Más allá de la primera línea de ataque, los cruceros más grandes estaban aproximándose velozmente. Los nudos de aquella red ofensiva eran demasiados.

Frente a él, muy cerca del límite del enjambre de naves que los rodeaba, pudo ver un destructor enemigo que se escoraba tras recibir un impacto. Era una buena señal, al menos las pocas plataformas que quedaban estaban haciendo su trabajo.

—Fijad ese blanco —dijo Alanegra mientras planeaba la táctica de ataque—. Prepararemos la nave para la traslación, pero no nos iremos de aquí sin acabar con ese destructor.

* * *

Las alarmas sonaban en el interior de los muros descomunales del Colmillo, resonando por los corredores de roca y agitando los trofeos óseos que los decoraban como si éstos hubieran cobrado vida. Los gritos provenían de los niveles inferiores, gritos de hombres mortales mezclados con los bramidos de sus maestros sobrehumanos. La Guardia del Aett, el cuerpo de kaerls destinado a defender la fortaleza de Russ, había sido movilizada. Cientos de botas repiqueteaban sobre el suelo conforme las guarniciones atravesaban el Hould, dirigiéndose a las armerías para recoger los cinturones de munición y los cascos.

El Hould era el corazón del Aett. Los miles de guerreros mortales, artesanos, técnicos y trabajadores que mantenían viva aquella ciudadela descomunal pasaban allí toda su vida. Nunca abandonaban El Colmillo a no ser que fuera en las bodegas de los transportes de tropas: a semejante altitud el aire era demasiado escaso incluso para los nativos. Su piel era pálida como el hielo que cubría las planicies, y todos ellos eran nacidos en Fenris. Perteneían a la estirpe que poblaba las llanuras de hielo de Asaheim y en la que los Guerreros del Cielo reclutaban a sus luchadores. Los de su raza habían sido llevados al Aett cuando las primeras cámaras de la fortaleza fueron horadadas, y todos podían trazar su linaje al menos durante treinta generaciones. Sólo unos pocos; los kaerls; portaban armas en todo momento, aunque todos sabían cómo blandir una espada y disparar con un skjoldtar, el arma reglamentaria de la Guardia del Aett. Eran hijos del mundo de la muerte, y todos, desde el más joven al más anciano, conocían el arte de matar.

Más arriba, sobre el descomunal baluarte ocupado por los mortales, se encontraba el jarlheim, la morada de los Guerreros del Cielo. Ningún mortal accedía a aquel nivel sin el consentimiento de sus maestros, pues era donde se alojaban las Grandes Compañías. Los corredores y cámaras de los lobos solían estar casi desiertas, pues siempre se encontraban efectuando campañas en algún rincón de su protectorado galáctico. Sin embargo, al menos una Gran Compañía debía permanecer allí en todo momento, para avivar las llamas sagradas y reverenciar las runas que mantenían el maleficarum lejos del Colmillo. En el jarlheim se encontraban los mausoleos de los guerreros caídos, los tótems recogidos por los sacerdotes rúnicos en mundos lejanos y las armerías que albergaban las armas sagradas. En los lugares bendecidos, los estandartes ajados de campañas luchadas en el pasado descansaban sobre hileras de cráneos cubiertos de polvo, piezas de armaduras y otros tesoros.

Las alarmas continuaban resonando por todo el acuartelamiento de la Duodécima Compañía, los angostos corredores estaban iluminados por el fuego salvaje de las antorchas. Los maestros de la montaña habían sido llamados, y era como si la propia tierra hubiera cobrado vida. La roca reverberaba con un murmullo grave mientras los espíritus lobo despertaban. Las armaduras comenzaban a colocarse en su sitio, placas de ceramita cubiertas con pieles de bestias, runas pintadas sobre las hombreras con sangre animal, hechizos colgando de las gorgueras y atados alrededor de las muñecas. En lo más profundo de aquella maraña de pozos, galerías y túneles, comenzó a sonar el gran tambor. Hizo que todos los demás sonidos empequeñecieran, como un corazón latiendo al ritmo de un salvajismo disonante. Pronto comenzaron a repiquetear más tambores, envolviendo la nota principal en una cacofonía feroz. Las vibraciones lo invadieron todo, haciendo que el descomunal laberinto resonara en un crescendo de odio y energía.

Había pocas cosas en toda la galaxia más imponentes que una Gran Compañía de Lobos Espaciales entonando el ritual de la muerte. Uno por uno, con las armaduras santificadas por los sacerdotes rúnicos de Sturmhart, los Cazadores Grises avanzaban amenazantes e irradiando una energía letal. Se movían al unísono como el batallón de

infantería que eran, con las lentes rojizas de sus yelmos perforando la oscuridad. Tras ellos avanzaban las escuadras de Colmillos Largos, aún más voluminosos, con sus rostros dilatados como las fauces de una bestia y blandiendo sus armas descomunales como si no pesaran más que una simple hacha.

Tras ellos, el último grupo de infantería en emerger de las armerías fueron las Garras Sangrientas, los reclutas más recientes. Profiriendo maldiciones contra el enemigo con el que se disponían a enfrentarse, aquellos gigantes ataviados de rojo y dorado avanzaban empujándose unos a otros mientras se encaminaban a su destino. Eran los más humanos de todos los ángeles de la muerte, y apenas habían sido modificados por el poder de la semilla genética de la hélix, aunque sus ojos ardían de excitación ante el estallido de violencia que se avecinaba. Vivían por el placer de la caza, por ganarse el prestigio de las armas, por el deleite del olor de la sangre y el miedo de aquellos a los que debían aniquilar.

Entre ellos, en la manada de Sigrd Brakk, también se encontraban Puñoinfernal y Rojapiel. Hacía ya tiempo que las heridas de su duelo habían cicatrizado, como las de todos los que habían participado en aquellos días de entrenamiento constante. La manada, compuesta por doce guerreros incluyendo al guardián del lobo, avanzaba con paso firme por un túnel semicircular al son de los tambores que repiqueteaban en sus oídos, apartando a los kaerls y sirvientes que se interponían en su camino.

—Por Morkai —gruñó Brakk. Su voz sonó distorsionada a través de la rejilla del yelmo—, quitaos de en medio, escoria. —Movi6 la cabeza y los huesos sagrados que le colgaban de la armadura repiquetearon sobre su peto—. Morid rápido y no nos entretengáis.

Puñoinfernal esbozó una sonrisa.

—De lo contrario os arrancaremos la piel a tiras —remachó con una risa salvaje, al tiempo que alzaba la garra de combate. Como todos los miembros de la manada, él también llevaba el yelmo, la atm6sfera que rodeaba el Colmillo era demasiado escasa para los combates a rostro descubierto que tanto le gustaban.

—S6lo si pensamos que podremos obtener algo a cambio —añadió Rojapiel, levantando su pistola bólter y comprobando el cargador. Sus hombreras estaban pintadas de color rojo sangre y su casco estaba decorado con una hilera de dientes ensangrentados.

—¿Adonde nos está llevando el viejo? —preguntó Puñoinfernal. Una crin de caballo le colgaba del casco, y tenía las dos Runas del Final, Ymir y Gann, talladas en el peto.

—A la Puerta del Amanecer —gruñó el líder de la manada—. El único lugar de todo el planeta que es más duro que vuestros cráneos.

—¿Eso es un chiste, hermano? —preguntó Puñoinfernal.

—Más bien un insulto —respondió Rojapiel.

Brakk se detuvo en seco justo en el punto en el que el techo del túnel desaparecía en la nada. Frente a ellos, el corredor se convertía en una plataforma que se abría sobre un enorme pozo. La oscuridad se perdía entre las sombras y estaba iluminada únicamente por algunos globos de luz aleatoriamente diseminados. El sonido de los tambores llegaba hasta ellos desde el fondo, grave y amenazante.

—¿Es que no tenemos a la Guardia del Aett para que se encargue de proteger las puertas? —preguntó otro garra sangrienta, Fyer Dienteroto. Su voz estaba imbuida del espíritu del lobo y sonaba gutural y agresiva.

—¿Acaso creéis que vamos a esperar a que esos desgraciados lleguen hasta las puertas? —manifestó Brakk, mirando a la manada y volviéndose de nuevo para contemplar el pozo—. Por las trenzas de Russ, chico, crece un poco... y usa el cerebro.

Acto seguido desapareció precipitándose por el pozo y descendiendo cientos de metros en cuestión de segundos, volando desde los niveles del jarlheim hasta los del Hould.

Puñoinfernal miró a Dienteroto.

—Yo habría hecho la misma pregunta.

Dienteroto ignoró a su compañero y siguió al líder de la manada. Las señales del yelmo de Puñoinfernal indicaron que ambos estaban descendiendo hacia los niveles inferiores.

—Intenta seguirnos, hermano —le dijo a Rojapiel, reuniéndose con el resto de la manada y acercándose al borde del precipicio.

—Tú trata de impedírmelo —respondió éste, colocándose en la última posición y abriendo los brazos para controlar el descenso.

Precipitándose en el vacío como las rocas de una avalancha, los Garras Sangrientas volaron hacia la zona de combate. Los tambores continuaban repicando por encima y por debajo de ellos. En cada nivel, en cada corredor, las figuras tomaban posiciones. Todos los bólter esperaban en posición de fuego, los motores de los Land Raider comenzaron a rugir y por todo el Aett las manadas de guerreros grises corrieron hacia sus posiciones.

Los lobos habían sido desafiados en su propia guarida, y como fantasmas deslizándose sobre el hielo, acudían a responder la llamada.

CINCO



CINCO

Alanegra había perdido la cuenta de los daños sufridos por la nave. Cuando todas las runas de la consola se volvieron rojas comenzó a hacerse difícil diferenciarlas. Aunque estaba claro que las perspectivas no eran buenas. La *Nauro* nunca había sufrido tantos daños. Incluso aunque ninguno de los proyectiles, disparos láser y torpedos que les lanzaran encontraran su objetivo, la nave ya estaba probablemente condenada debido a los enormes daños que había sufrido.

Aun así, el mensaje del Valgard había animado un poco las cosas. A diferencia de sus hermanos, de sangre mucho más caliente, Alanegra nunca había sido partidario de los finales heroicos. El era un lobo oscuro, un merodeador de las sombras, y tenía un profundo sentido de supervivencia. Ésa era la razón por la que las garras y los cazadores no sentían demasiado aprecio por él, y por la que él tampoco lo sentía por ellos. La semilla de Russ era copiosa y podía dar lugar a una gran variedad de asesinos; después de todo, el destello de su cuchillo en la oscuridad podía resultar tan mortífero como una pistola bólder a plena luz del día.

El destructor que perseguían podía verse a través de los monitores ventrales. Había recibido el impacto de una plataforma de artillería y también estaba muy dañado. Aquellos trastos tenían mucha energía, y cuando recibías el impacto de uno de ellos era difícil no darse cuenta. Aparte de los daños estructurales, parecía que la nave enemiga también había perdido el control de los motores, pues había entrado en barrena y se precipitaba hacia la atmósfera del planeta. Una estela de plasma rojizo emanaba del casco en la zona de estribor. Alanegra vio los pequeños destellos de luz que indicaban que estaban intentando activar las baterías laterales, aunque parecía que les llevaría mucho tiempo tenerlas preparadas.

—¿Tenemos potencia de disparo? —preguntó, haciendo girar la nave para que las baterías de estribor encararan la escuadra de cañoneras que se aproximaba.

—Afirmativo —respondió el kaerl desde el puesto de artillería. Su voz transmitía mayor confianza que antes.

—Entonces fijen el objetivo y abran fuego —ordenó Alanegra, contemplando con irritación como perdían potencia en el generador de escudo de babor. Algo se había roto ahí fuera, y no podrían hacer nada para repararlo.

—Veinte segundos.

En ese momento, Alanegra vio como la muerte se acercaba. Un ala de fragatas de los Mil Hijos se había separado de la ofensiva sobre el *Skraemar* y sus escoltas y se disponía a aniquilar lo poco que quedaba de la flota de los lobos. Avanzaban muy rápido. Demasiado rápido. Al menos tres de ellas tendrían la *Nauro* a tiro antes de que pudiera llegar a espacio abierto. Las cañoneras eran una cosa; las fragatas otra muy diferente.

—Señor, tenemos...

—Sí, gracias, tengo ojos. Fijen la trayectoria hacia el objetivo e impriman velocidad de asalto.

En aquel instante, todos los kaerls lo miraron, incluso los que estaban demasiado ocupados tratando de apagar las llamas de sus consolas.

Alanegra les devolvió una mirada fría.

—¿O prefieren que les corte la garganta uno por uno? —preguntó, desenfundando la pistola bólder.

La tripulación se apresuró a regresar a sus tareas. La *Nauro* profirió un lamento cuando los motores fueron exprimidos aún más y los vectores de ataque fueron sustituidos por el rumbo de interceptación. El destructor se veía cada vez más grande.

Se acercaba cada vez más de prisa.

—Diez segundos.

—Lo necesito antes —dijo Alanegra, aferrándose con fuerza a la silla y contemplando como el objetivo se aproximaba más y más. Vio las llamas que se extendían por el casco, ennegreciendo los tonos dorados que decoraban las cubiertas. El capitán de la nave estaba intentando sacarla de allí, pero con los motores dañados sería tan inútil como intentar controlar un trineo sobre una placa de hielo. El espacio que separaba a ambos navíos se reducía a pasos agigantados.

—Cinco.

Las fragatas tenían la *Nauro* a tiro, y los sensores de la consola de Alanegra le indicaron que las lanzas habían sido activadas.

—¡*Skttja*, necesitamos más velocidad!

Por entonces, Alanegra ya podía ver la decoración de proa del destructor. Se llamaba *Ilusión de Certidumbre*.

Muy apropiado.

—¡Fuego!

La *Nauro* se estremeció cuando su última lanza frontal cobró vida, lanzando un rayo de energía blanca y resplandeciente contra el destructor. Ésta impactó directamente en la parte central del casco, desgarrando el escudo y hundiéndose en lo más profundo de su estructura. Una bola de fuego y metal hizo explosión en el interior, partiendo el casco en dos mitades.

—¡Vamos a chocar contra ellos! —gritó un kaerl.

La *Nauro* se adentró directamente en aquel infierno. Avanzaba a demasiada velocidad como para evitar sumergirse en el corazón de la estructura llameante.

—¡Impacto inminente! —gritó otro kaerl mientras desviaba la poca potencia que quedaba hacia los escudos frontales.

—¡Mantengan la calma! —gritó Alanegra, intentando controlar la nave en medio de la nube de adamantio. Una sección entera del casco del destructor, casi tan grande como la propia *Nauro*, se abalanzó sobre ellos. Alanegra hizo que la nave entrara en picado sólo para levantar el morro inmediatamente después y esquivar una maraña de fragmentos ardiendo que pasaron justo a babor. Había escombros por todas partes, interponiéndose en su camino y chocando contra los escudos de vacío como las garras de un demonio sobre el campo Geller. Algo enorme y muy pesado golpeó la parte inferior del casco, haciendo que la nave se estremeciera antes de sumergirse en otra nube de residuos.

—¡Estamos fuera! —gritó, e hizo que la *Nauro* dibujara un ascenso vertical exprimiendo la poca fuerza que quedaba en los motores. Varias estelas de plasma emergieron de la nave a medida que salía de entre la nube de devastación, retorciéndose tras ella como si fueran látigos.

Abandonar la zona al otro lado del destructor caído les hizo ganar unos segundos muy valiosos. Las fragatas darían por sentado que la *Nauro* había sido destruida, y cuando se dieran cuenta de su error, la nube de plasma obstruiría los cogitadores durante unos instantes más.

Eso era todo lo que necesitaba una nave tan rápida como aquélla. Estaba justo en los límites de la batalla orbital, y el espacio abierto se extendía ante ella.

—¡Más velocidad! —gritó, tratando de evaluar los daños sufridos al atravesar aquel infierno. Parecía que habían perdido casi todos los escudos y había una brecha en el enginarium dorsal—. ¡Maldita sea! ¡Dadle más velocidad si no queréis que os degüelle!

El espíritu máquina de la *Nauro* profirió un alarido de protesta, amenazando con desactivar todos los sistemas de soporte vital. Alanegra lo ignoró, exprimiendo hasta la última gota de potencia y apurando hasta el último átomo de plasma para ganar velocidad.

—¿Cuál es el estado de la *Sleikre* y la *Ogmar* —gritó, mientras esperaba una última salva de las fragatas que haría que todo aquel esfuerzo hubiera sido en vano.

—Destruídas. —La voz del kaerl, aunque aliviada, sugirió otro mensaje implícito: «Y nosotros también deberíamos estarlo.»—. Estamos solos.

Alanegra esbozó una sonrisa. Su naturaleza oscura encontraba un cierto deleite en el hecho de engañar a la muerte a costa de la vida de otros.

—Mantengan rumbo y velocidad actuales —dijo. No había nada que indicase que las fragatas habían comenzado una persecución, aunque en cualquier caso resultarían demasiado lentas. Miró el hololito y vio como el enjambre de naves se alejaba cada vez más. Contra todo pronóstico, habían conseguido salir de allí—. Calculen los vectores de traslación a Gangava y pongan rumbo hacia el punto de salto.

Entonces se volvió hacia la hilera de runas que había ignorado durante los últimos diez minutos. Todas eran de color rojo. Técnicamente, eso significaba que la nave estaba condenada. Si no se rompía en pedazos en el espacio real, probablemente la disformidad acabaría con ella. Sin escudos, sin armas, con una atmósfera exigua y con nueve cubiertas incendiadas. No eran unas condiciones muy halagüeñas.

—Lo conseguiremos —dijo Alanegra en voz alta, incapaz de disimular su sonrisa—. Por la sangre de Russ, lo conseguiremos.

El *Skraemar* era un navío antiguo y poderoso, forjado durante las décadas de la Gran Purga, y lucía las cicatrices de mil conflictos. Algunas de sus batallas habían llegado a ser famosas en todo el sector: en el Cinturón de Aemon consiguió mantener a raya a todo un escuadrón del archienemigo durante dos semanas hasta que llegaron refuerzos; había abatido naves mucho más grandes, como el *Or-Iladril*, el buque insignia de los corsarios eldar, y lideró el ataque sobre Pielos V encabezando la vanguardia de la Flota Imperial. Su espíritu máquina era anciano y sabio como las propias estrellas, y su sacerdote de hierro, Beorth Rig, conocía cada centímetro de su maquinaria. Era una nave rápida y fuertemente armada, y no fue fácil acabar con ella.

De modo que cuando murió, aislada en la órbita alta de Fenris y rodeada de enemigos, su agonía no fue rápida. Su núcleo de disformidad no explotó, los tanques de promethium no se incendiaron. Fue deshecha en mil pedazos, horadada por un millón de puñaladas láser, devastada por infinidad de salvas de torpedos y teñida de negro por las nubes de plasma ardiente. Las naves enemigas no cesaron de caer sobre ella, oleadas y más oleadas de cañoneras volando entre las columnas de energía disparadas desde los cruceros más grandes.

El *Skraemar* nunca dejó de disparar, ni siquiera al final. Con el casco resquebrajado y dejando salir sangre y fuego, se vio sumido en una nube de proyectiles mientras trataba de maniobrar con sus motores heridos para abrir luego contra el enjambre de naves de los Mil Hijos que había a su alrededor. Cuando todas las fragatas de su escolta fueron destruidas y las plataformas orbitales reducidas a nubes de fragmentos, el navío se quedó solo, como una isla de metal gris en medio de un océano azul y dorado.

Las baterías frontales del *Skraemar* aullaron una última vez, enviando una salva de odio incandescente sobre un destructor herido, el *Báculo de Khomek*. Toda la potencia que le quedaba a la nave fue puesta en esa última salva, que destrozó el navío enemigo de proa a popa, perforando sus escudos de vacío con una energía pura e incontenible.

El *Báculo de Khomek* fue una baja menor que se sumó al *Achaeonical*, al *Numerator* y al *Fulcrumesque*. El *Skraemar* había cobrado un alto peaje al enemigo, aunque su fin estaba cerca. Flotando sobre la marea de residuos como un depredador en el océano, la silueta descomunal del *Herumon* emergió de entre las sombras y se colocó en posición de disparo.

El *Skraemar* viró, increíblemente y sin dejar de soltar oxígeno, que se perdía en el

vacío en enormes columnas de humo, el crucero de asalto previó el peligro y consiguió preparar una respuesta. En todas sus cubiertas, los pocos kaerls que quedaban se aferraron a la supervivencia, llevando a cabo innumerables actos de heroísmo sólo para evitar que los motores de plasma explotaran e hicieran implosionar las placas del casco.

Njan Anjeborn, conocido como Sienesgrises y único superviviente que quedaba entre los restos del puente de mando, seguía pilotando el crucero herido y preparando el último disparo. Sabía que en aquella ocasión no haría blanco, pero estaba decidido a exprimir hasta su última gota de sangre.

Suave e inexorablemente, el *Herumon* mantuvo el rumbo. Decidido a no correr ningún riesgo, el navío de los Mil Hijos activó sus baterías con fría precisión, dispuesto a aprovechar sus opciones con un único disparo implacable.

Se colocó en posición, abrió fuego, y el vacío se iluminó.

Cuando el resplandor se atenuó, el *Skraemar*, herido de muerte, comenzó su agonía glacial. Los últimos escudos que le quedaban desaparecieron. Una serie de explosiones se apoderaron de todo el flanco de babor, retorciéndose en el vacío como serpientes. Otras naves enemigas comenzaron a aproximarse, seguras de que la nave insignia de los Lobos Espaciales ya no podría ni arañarles la pintura del casco.

En el puente de mando, Anjeborn se puso en pie en medio de la maraña de acero que lo rodeaba y regresó al puesto de control. Los monitores se habían apagado. Los sistemas vitales se habían desconectado, condenando a los supervivientes a la asfixia o a la congelación. Miró a su alrededor buscando un último gesto antes de que las lanzas de energía acabaran con los pocos supervivientes que tenía bajo su mando.

No había nada. El espíritu máquina estaba frío y no respondía. Anjeborn levantó la vista y contempló el espacio a través de los visores de plexiglás. Lo último que vio fue el gigantesco casco del *Herumon* deslizándose por su campo de visión en medio de la destrucción flotante. Pudo ver las hileras de cápsulas de desembarco, las lanzaderas, los inmoladores vacío-superficie y las bocas de color bronce de los tubos de los torpedos, todos ellos aún sin utilizar.

Las armas que desatarían en infierno en Fenris.

A medida que las explosiones de los niveles inferiores se abrían paso hacia su posición, destrozando lo poco que quedaba en pie y enviando desechos hacia el vacío, Anejborn vio como la muerte llegaba a por él. Poniéndose en pie, la recibió erguido, mostrándole los colmillos y adoptando una actitud desafiante.

—Seréis conocidos por vuestras acciones —dijo al son del último estallido que desató el vacío en el puente—. Impíos. Traidores. Cobardes.

* * *

La Guardia del Lobo había partido. Rossek, Skrieya y toda la élite de la Duodécima habían partido, cada uno a la cabeza de su propia manada. Sólo tres lobos permanecieron en la Cámara de la Guardia, y no estarían allí durante mucho tiempo.

—Las defensas orbitales han sido destruidas —dijo Greyloc con un tono grave mientras se volvía para quedar de espaldas a las pruebas—. ¿Algún consejo?

Hojadragón se rascó la piel curtida del cuello, y su rostro de nariz afilada adoptó una expresión adusta mientras analizaba las diferentes opciones. Los monitores mostraban mucho movimiento alrededor de Fenris.

—Los transportes aterrizarán lejos del alcance de nuestros cañones. El asalto se producirá por tierra.

Sturmhart le dirigió una mirada inquisitiva.

—Ahora controlan el espacio, ¿por qué no bombardear desde allí?

Hojadragón le dirigió una sonrisa torcida.

—Dedícate a tus hechizos, sacerdote. Los escudos del Aett fueron diseñados para

resistir el ataque de una flota cuatro veces más poderosa que ésta. El enemigo no tiene tanta potencia de fuego, no desde Prospero.

—En cualquier caso —repuso Greyloc con un tono más tranquilo—, no han venido hasta aquí para mantener las distancias. Su intención es apoderarse de este lugar, no profanarlo.

—No percibo nada —murmuró Sturmhart. Miró a Hojadragón y a Greyloc; la duda se había apoderado de su rostro—. No puedo percibir nada.

El sacerdote lobo se encogió de hombros.

—Son maestros del wyrd.

—¡No saben nada del wyrd! —protestó el sacerdote rúnico.

—Y aun así han conseguido cegarte, a ti y a todos tus acólitos. Algo muy poderoso los protege.

Ninguno de los presentes pronunció el nombre en voz alta.

—Pero tenemos defensas —apuntó Hojadragón con una expresión adusta—. El Aett tiene runas talladas en piedra, cientos de ellas. Signos de aversión horadados en la roca e imbuidos con el espíritu de este mundo. Ninguno de sus hechiceros puede entrar aquí, ni siquiera los más poderosos.

Greyloc asintió.

—Tus hermanos se han ocupado de ellos con un cuidado excepcional. Pero debemos seguir preservándolos. ¿Cuántos sacerdotes rúnicos nos quedan?

—Seis, pero cuatro de ellos son acólitos y aún no han probado sus poderes. Si algún hechicero de los Mil Hijos consigue llegar hasta la entrada, sólo yo y Lauf Rompenubes tenemos poder para plantarles cara.

Greyloc no pudo evitar maldecir a Ironhelm una vez más, aunque supo ocultar sus sentimientos.

«Te lo advertieron, señor lobo. Los signos estaban ahí. Magnus te ha engañado, y yo debería haber sido más fuerte».

—En ese caso tendrán que aprender a usarlos rápidamente. Debemos asegurarnos de que las runas sean santificadas y que la Guardia del Aett conozca bien su significado. Ése debe ser el punto fuerte de nuestra defensa.

Sturmhart hizo una reverencia.

—Así se hará —dijo, y se dio la vuelta para abandonar la sala. Mientras se marchaba, sus andares parecieron menos arrogantes de lo habitual.

—Puede percibir su propio fracaso —comentó Greyloc cuando el sacerdote rúnico se hubo marchado.

—No debería —respondió Hojadragón con un tono adusto—. Sabemos quién está dirigiendo esto, y el que nos ha dejado desprotegidos no se encuentra en Fenris.

—Conseguiremos salir adelante. ¿Sabemos si alguna de nuestras naves ha conseguido salir del bloqueo?

—La última, la de Alanegra, también ha sido destruida por el enemigo. Estamos completamente solos.

Greyloc dejó escapar un suspiro prolongado. Levantó su guantelete y lo contempló durante un instante. El metal que le protegía el puño estaba repleto de cicatrices y arañazos, todos ellos producidos por los cuerpos de sus enemigos durante infinidad de combates. Se quedó mirándolo durante un tiempo, como tratando de conjurar algún poder oculto entre sus dedos.

—Las manadas deben obstaculizar el desembarco. No podemos permitir que tomen tierra sin encontrar ninguna oposición. Cuando llegue el momento, lucharemos aquí, y entonces te necesitaré, sacerdote. Te necesitaré para mantener la fuerza y la moral de los mortales.

Hojadragón asintió.

—No fallaré. Pero la Furia...

—Lo sé. No permitas que eso enturbie tu juicio. Todo el Aett necesitará de tu fuego. Por un instante pareció que Hojadragón iba a decir algo más, pero el sacerdote se retractó. Sus ojos se volvieron aún más oscuros cuando hizo una reverencia.

—Así será, jarl. Cuando lleguen aquí, conocerán la fuerza del fuego.

Greyloc asintió.

—Así será, sacerdote —dijo—. Cuento con ello.

* * *

El espacio que rodeaba Fenris había sido conquistado. Aphael sentía una satisfacción cálida correrle por el cuerpo. No se había sentido tan bien desde... bueno, había habido muchas sensaciones extrañas durante las últimas décadas, y algunas eran más recientes que otras.

Estaba sentado en el trono de mando del puente del *Herumon*, se había quitado el casco crestado y ahora éste descansaba sobre su regazo mientras contemplaba como los restos de la flota de los lobos se dirigían hacia la atmósfera para ser destruidos en la reentrada. Había perdido más naves de las que tenía planeado, pero los transportes de tropas estaban intactos. Reflexionó brevemente sobre el contenido de aquellas naves, pensando en cuántos eran y en lo que eran capaces de hacer, y sintió otro destello de satisfacción.

—Señor, hemos traspasado el bloqueo —dijo una voz desde debajo del puente de mando.

Un capitán de la Guardia de la Torre permanecía en posición de firme sobre los escalones dorados que llevaban al púlpito de control. Aphael lo miró con ojos divertidos. Hacía semanas que no se sentía tan bien.

—¿Sabe por qué se los conoce como la Guardia de la Torre, capitán?

—¿Señor?

—Responda.

El hombre parecía confuso.

—Es nuestra designación.

Aphael profirió una carcajada.

—¿Es que no siente curiosidad? Mi amigo Temekh se sentiría muy decepcionado. Aceptar ciegamente lo que nos es dado no forma parte de nuestra forma de ser, sino de la de aquellos a quienes castigamos.

Durante un instante, el hombre lo miró con miedo, tragando saliva bajo la protección de su casco dorado.

—Una vez hubo un lugar —continuó Aphael, dejando que su mente comenzara a volar— en el que había auténticas torres, vigiladas por miles de hombres como usted. Cientos de miles.

Aphael miró al capitán. El hombre no era como los verdaderos guerreros de Prospero. Era pequeño, hirsuto y de piel gruesa y pálida. Todos sus camaradas eran iguales. Habían sido reclutados en mundos gélidos y estaban preparados para soportar temperaturas extremas; cuando entraran en combate irían ataviados con una armadura completa, máscaras y respiradores, nada de petos azules y dorados. Fenris no era un lugar propicio para acudir a la batalla con elegancia.

—Discúlpeme. Eso no fue hace tanto, incluso yo pude verlo.

El capitán esperaba pacientemente. Todos aquellos nuevos mortales lo hacían. Miles de cultos, en cientos de mundos del Imperio profundo, se habían unido para crear la Última Hueste, los portadores de venganza. Habían sido educados en la creencia de que los sacerdotes de los Mil Hijos eran dioses, heraldos de un nuevo amanecer que iluminaría las tinieblas de la ignorancia y de la fe ciega.

«Hubo un tiempo en que todos lo fuimos. Lo fuimos de verdad».

—Preparaos para el desembarco —dijo Aphael, centrándose en cuestiones más

prosaicas—. Posicionad los transportes sobre el sector Ph'i y seguid las órdenes de Hett. ¿Están las flotillas de desembarco en posición?

—Sí, señor.

—Bien. Que comiencen cuando estén preparadas. ¿Y qué hay del interceptador, el que ha conseguido romper el bloqueo?

El capitán hizo patente su remordimiento con una sombra de duda.

—Consiguió llegar al punto de salto antes de que le diéramos alcance, señor. Pero será destruido antes de que llegue a Gangava; el destino no tendrá piedad.

Aphael levantó una ceja inquisitivamente.

—El *Ilusión de Certidumbre* llevaba una escuadra de rubrica a bordo, encabezada por lord Fuerza.

—¿Y qué importancia tiene eso?

—Los escudos del navío enemigo estaban desconectados cuando atravesó los restos de nuestra nave. Según he sido informado, durante un microsegundo se registró actividad de transposición.

—¿Está seguro de ello?

—No, señor. Los registros de los augures están incompletos. Pero lord Fuerza es un maestro de la tecnología muy experimentado.

—Sí que lo es. Regrese y averigüe más detalles; puede que nuestra suerte dependa de ello.

El capitán hizo una reverencia y descendió por los escalones. A lo largo del descomunal espacio que ocupaba el puente, los miembros de la tripulación se afanaban en sus tareas silenciosa y diligentemente. Las pisadas de los ordenanzas, llevando y trayendo placas de datos a los guardianes de la torre, resonaban sobre el suelo de mármol. Unos descomunales marcos de bronce rodeaban las ventanas de observación talladas a partir de cristales de *yyemina*. El rumor de los motores del *Herumon* era un sonido grave y monótono que se mezclaba con los ecos de la actividad que dominaba toda la nave.

Aphael contempló la escena, repasando el itinerario que debía seguir antes de reunirse con sus tropas en Fenris. La curvatura del planeta podía verse a través de las ventanas de observación, ignorante de la carnicería que se había producido en la atmósfera alta. Entonces lo sintió de nuevo, aquel picor insoportable. La piel de su cuello se tensó cuando movió la cabeza hacia atrás. Todo su cuerpo comenzó a sudar, envuelto en el hábito de seda y la armadura azul zafiro.

Miró a su alrededor para comprobar si alguien más lo había visto. La tripulación continuaba con sus tareas.

Despacio, moviendo los dedos con mucho cuidado, se colocó la mano sobre la nuca, sintiendo el tacto suave de la carne en el punto en el que el cuello entraba en contacto con la gorguera de la armadura.

Estaba empeorando. Pudo notar las espinas y las primeras protuberancias de una materia suave.

«Plumas. Por Magnus, son plumas».

Apartó las manos y se colocó la gorguera. Podía luchar contra eso. La Rúbrica los había hecho inmunes, y él era uno de sus guerreros, un pyrae con un cuerpo fuerte y menos expuesto a la urdimbre del Gran Océano.

«Temekh no debe verlo. Pase lo que pase, Temekh no debe verlo».

De todos modos había llegado el momento de volver a ponerse el yelmo. La hora del combate estaba cerca, y el casco no haría sino aumentar la distancia que existía entre él y los mortales.

—Te odio —susurró de pronto, frunciendo el ceño y mirando hacia la superficie de Fenris, fría e inmaculada—. Nos has obligado a convertirnos en esto. Esto es lo que nos has hecho.

Se levantó del trono, aferrando el casco entre sus manos e ignorando a la tripulación. Sus ojos azules se habían entornado. Su humor parecía cambiar constantemente.

—Intentarás purgar tu propia corrupción, y fracasarás —continuó—. Nosotros lo evitaremos. Te mutilaremos, como estamos nosotros. Y cuando llegue el fin de los tiempos, te verás débil e indefenso ante el rostro del Aniquilador.

Justo en aquel momento inclinó la cabeza, preguntándose por un instante contra quién iba dirigida aquella furia.

—Como nosotros —susurró débilmente.

* * *

El Señorío del Colmillo era la cámara que unía el Hould y el jarlheim. Había sido horadada en el mismo corazón de la montaña, justo por debajo de las plataformas de aterrizaje del Valgard. Era uno de los varios baluartes defensivos del Aett, y la única ruta posible entre un nivel y el siguiente. Si el enemigo conseguía atravesar las puertas del Aett, tendría que pasar por el Señorío del Colmillo para acceder a las galerías superiores.

Dentro de una fortaleza ya de por sí imponente, el Señorío del Colmillo tenía el poder de intimidar a cualquiera. Sus muros se elevaban cientos de metros hasta perderse en la oscuridad, curvándose ligeramente hasta encontrarse en un techo oculto entre las tinieblas. Toda la población del Hould, cientos de miles de almas, se reuniría en aquel espacio cavernoso, inundando aquella cámara gélida con el aliento cálido de la humanidad. Entraron por la puerta este, ascendiendo por la descomunal Escalinata de Ogvai, decorada con imágenes de héroes ancestrales talladas en la roca desnuda e iluminadas con antorchas parpadeantes.

Los muros de la cámara mostraban varias imágenes de Fenris, cada una de más de cincuenta metros de alto y decorada por las hábiles manos de los maestros cinceladores. Había símbolos de las Grandes Compañías de antaño, cabezas de lobo, lunas crecientes, garras, hachas y cráneos blanquecinos. Imágenes descomunales de las fuerzas elementales de Fenris; el espíritu de la tormenta, el hacedor de hielo y el corazón del trueno estaban iluminados por la luz temblorosa de las antorchas y parecían moverse al son de las llamas y de las sombras parpadeantes. Sobre todas ellas estaban las runas, los sellos sagrados que canalizaban el alma del mundo de la muerte hacia la esfera de los vivos y la protegían del maleficarum.

Los sirvientes acudieron silenciosos a la llamada, conociendo el poder oscuro que reinaba en aquel lugar. Las bromas de mal gusto que normalmente se escuchaban por los pasillos del Hould se habían silenciado, al igual que las risas obscenas y guturales. El Lobo de la Guardia, el jarl de la Duodécima Compañía, había convocado allí a todos aquellos que no habían sido llamados a las armas. Jamás había ocurrido nada semejante, ni siquiera en la época de las sagas o en las leyendas que pasaban de generación en generación, y aquel silencio mortífero estaba teñido de ansiedad.

Las hileras de hombres y mujeres ataviados de gris marchaban entre las estatuas de granito de Freki y Geri que guardaban la puerta oriental, cada una de diez metros de alto. Frente a ellos, la cámara se perdía en la distancia, más grande que cualquier catedral e iluminada únicamente por el resplandor rojizo de los braseros de acero. Justo en el otro extremo se alzaba la más majestuosa de todas las estatuas, la imagen colosal de Lemán Russ. Con el tamaño de un titán Warhound, el primarca de granito contemplaba el espacio vacío con sus rasgos pétreos. Tenía su espada *Mjalnar* en una mano; la otra era un puño cerrado. Otros primarcas habrían sido representados en una pose más contemplativa, pero no Russ. Los maestros cinceladores lo habían tallado tal y como fue en vida: un mecanismo de guerra, un dios viviente, una caldera ardiente y violenta repleta de energía asesina.

Morek Karekborn esperaba en primera línea, a menos de cien pasos de la estatua,

sintiendo el peso tranquilizador de su skjoldtar. Su destacamento, de menos de quinientos kaerls, estaba diseminado a lo largo de toda la cámara para mantener el orden entre los mortales.

Su corazón aún latía con fuerza. Había visto partir a los lobos, había visto como emergían del Colmillo como sombras grisáceas. Había visto como despegaban en las Thunderhawk o se desplegaban por todo el Aett con sus vehículos pesados. Habían actuado con precisión.

Como siempre, podía sentir las deficiencias de su condición mortal. Sintió que su espíritu se hundía al recibir la orden de vigilar el Señorío del Colmillo, aunque no se había rebelado.

«No habrá ninguna batalla aquí, no habrá muerte. No podré servir a los maestros dentro del Aett».

Decidió no plantear su queja, ya que habría resultado inútil. Los Guerreros del Cielo sabían interpretar el wyrd, y lo hacían de un modo que a él le resultaba insondable.

Un tambor resonó frente a él, inundando aquel espacio descomunal y reverberando a lo largo de los muros. Después sonó otro igual en el extremo opuesto de la cámara, y la roca que había bajo sus pies comenzó a vibrar.

Las pocas voces que aún se oían se silenciaron al instante. Vaer Greyloc, jarl de la Duodécima, apareció en la plataforma que había a los pies de Russ enfundado en su armadura descomunal. Cualquiera mortal se habría sentido abrumado por la figura del primarca que se alzaba sobre él, pero la voluntad del señor lobo no se acobardaba ante nada. En las pocas horas que habían transcurrido desde el primer consejo de guerra, Greyloc se había enfundado su armadura de exterminador y ahora portaba garras de lobo en ambas manos, cada una de ellas brillando en el interior de su campo de energía. No llevaba yelmo, y sus ojos blancos resplandecían a la luz de las antorchas.

Como un espectro de Morkai. Nieve sobre nieve.

—¡Guerreros de Fenris! —gritó Greyloc, alzando la voz sobre el sonido agonizante de los tambores. Ya fueran amplificadas por algún efecto sonoro o simplemente proyectadas muy por encima de lo que cualquier voz mortal podría resonar, sus palabras retumbaron por toda la cámara.

—El archienemigo está aquí. Aterrizará en este mundo muy pronto, y en un número que jamás se ha contemplado ni en un millón de años. Vienen, según creen, a apoderarse de este lugar, a arrasarlo, a mancillar la morada de vuestros padres. Desde los días en los que el Padre de Todas las Cosas caminaba sobre las planicies heladas, ningún enemigo ha llegado hasta Fenris con poder suficiente como para hacer estremecer los cimientos de estas salas. No voy a mentiros. Ese día ha llegado de nuevo.

Los sirvientes no respondieron, permanecían con la mirada fija, escuchando impasibles. Morek había estado en muchos mundos durante infinidad de campañas, y sabía cómo se comportaban otros mortales. Había lugares en los que semejante discurso habría desatado el pánico, o provocado protestas y llantos incontenibles.

Pero no en Fenris. Los hijos de Fenris aceptaban el wyrd, y lo soportaban.

—Sois los hijos del hielo eterno. No os diré que no tengáis miedo porque sé que no lo tendréis. Defenderéis vuestra morada con toda la fuerza de vuestros puños y vuestros huesos. Y no lucharéis solos. Mientras os hablo, los Guerreros del Cielo han partido del Aett en busca de los traidores para asolar su planeta y extender la muerte entre ellos. Y cuando más los necesitemos, cuando la batalla atraviese los muros del Aett, ellos estarán entre vosotros. Desataremos la tormenta, podéis estar seguros de ello, y cuando llegue el momento estarán junto a vosotros.

Morek sintió que el corazón se le aceleraba. Aquéllas eran las palabras que deseaba oír.

«Estarán entre nosotros. Los Guerreros del Cielo luchan con nosotros. Éste es el honor

que anhelo».

—Todos vosotros recibiréis armas —continuó Greyloc—. En este momento, los kaerls las están sacando de las armerías. Ellos os enseñarán a usarlas. Blandidlas como sabéis blandir vuestras hachas. Todos vosotros habéis sido llamados a la batalla. Ha llegado la hora de la verdad.

«Y yo la recibo con agrado. Disfruto de ella. Juntos demostraremos nuestra valía».

—Falta muy poco para que se desate la tormenta. Usadlas con sabiduría. Recordad vuestro odio. Recordad el fuego que arde en vuestro interior. Los traidores os han desafiado en vuestra propia morada. El enemigo es numeroso, pero no sabe nada de la ira de Fenris. Nosotros se la mostraremos.

Las palabras de Greyloc fueron aumentando de volumen gradualmente. Conforme hablaba sus puños se cerraban con más y más fuerza, envueltos en el halo de energía que los rodeaba.

—No me decepcionéis —gruñó, haciendo que la amenaza de su ira se extendiera por toda la cámara como un viento gélido—. No desdeñéis la ira y la determinación que habitan en vuestro espíritu. Los intrusos deben ser devueltos al vacío sin importar el sacrificio que debemos soportar. Y vosotros seréis parte de ello. ¡Vosotros seréis los artífices!

Las garras se alzaron al unísono.

—¡Lo haréis por el Padre de Todas las Cosas!

La multitud comenzó a enardecerse. Su sangre empezaba a hervir.

—¡Lo haréis por Russ!

Los primeros murmullos de aclamación comenzaron a desatarse.

—¡Lo haréis por Fenris!

El rumor de aceptación fue ganando volumen.

—¡Lo haréis porque sois el alma y la fuerza del Mundo de la Muerte! —gritó Greyloc, haciendo que sus garras se iluminaran como si hubieran cobrado vida. Fue como si el ambiente gélido que dominaba la cámara desapareciera, dejando en su lugar una intensidad feroz e incandescente.

Como un único guerrero, toda la multitud se golpeó el pecho con el puño. Aquel sonido sordo se apoderó de la cámara como un trueno que resonara en un pico distante.

—¡Fenrys! —gritó Greyloc, avivando aún más la oleada de rabia.

—¡Fenrys *hjolda!* —respondió la multitud. El sonido fue ensordecedor.

Los tambores comenzaron a repicar por toda la sala, y su ritmo se apoderó de la multitud enfervorizada.

—¡*Hjolda!* —gritó Morek al mismo tiempo que todos los demás, sintiendo como su corazón latía más y más fuerte. Su alma asesina había despertado, el espíritu animal de la gente de Fenris. Era una visión maravillosa y aterradora. Ningún mundo humano era capaz de hacer nada semejante; la emoción de la caza comenzó a correr por sus venas.

Morek contempló al guerrero del cielo mientras pronunciaba aquellas palabras desafiantes. Aquel leviatán ataviado con su armadura de exterminador representaba todo lo que él veneraba y adoraba.

Un dios entre los hombres.

—¡Fenrys! —retumbó el clamor que se extendió por toda la cámara. Las hogueras explotaron en una llamarada roja y furiosa, iluminando la roca y el acero y haciendo que cobraran vida.

—¡Fenrys *hjolda!* —repitió Morek al unísono con todos los demás, levantando el arma y pronunciando aquellas palabras con toda su alma.

«Ellos lucharán entre nosotros».

Mientras la cámara se veía inundada por aquella oleada desafiante y la sombra de la guerra descendía sobre el Colmillo, Morek Karekborn contempló la imagen del Rey

Lobo y sintió que su fe se elevaba como un cometa sobre el cielo claro.

«Esto es lo que jamás podrán entender —comprendió cuando pensó en los infieles que intentarían saquear el Aett cegados por la ignorancia y la locura—. Estamos dispuestos a morir por los Guerreros del Cielo, pues ellos nos han mostrado lo que podemos llegar a ser. No hay nada que puedan hacer contra esta certidumbre. Nada».

Esbozó una sonrisa en medio de aquel griterío, sintiendo un enronquecimiento en la garganta y recibéndolo como si fuera la insignia de su fe.

«Por el Padre de Todas las Cosas. Por Russ. Por Fenris».

SEGUNDA PARTE

SEGUNDA PARTE

D e s p e r a h a m s u o e r t o s

SEIS



SEIS

Doce horas después de la destrucción de las defensas orbitales, el fuego cayó sobre Asaheim.

Dos naves de los Mil Hijos, la *Alexandretta* y la *Phosis T'Kar*, tomaron posiciones orbitales geoestacionarias a más de cien kilómetros por encima del Colmillo y se prepararon para lanzar su carga. Ambas tenían una tripulación poco numerosa —menos de doscientos tripulantes cada una—; y ninguna clase de armamento operativo en vacío. Durante la batalla habían estado protegidas por una docena de fragatas, que las mantuvieron alejadas de las naves más aptas para el combate. Estaban formadas por dos enormes cilindros dispuestos en posición vertical que rodeaban una superestructura similar a la de las naves convencionales. Todo lo que había a bordo de aquellos dos navíos estaba diseñado para abastecer esos cilindros gigantes, para suministrar las grandes cantidades de promethium y otros derivados del plasma pesado que necesitaban para operar. Los cuatro cañones apuntaban hacia la superficie del planeta, listos para desatar la energía que bullía en el interior de sus muros bruñidos.

Aphael los llamaba los «purgadores de planetas». Podían destruir ciudades y arrasar continentes, y ahora no quedaba nada en el espacio local que pudiera impedir que entraran en acción.

Cuando la orden se transmitió a toda la flota, los cuatro artefactos descomunales fueron activados. En los angostos corredores que atravesaban ambas naves, los chirridos dieron paso a un zumbido sordo. Las luces que había entre los cilindros se encendieron, haciendo resplandecer el adamantio e iluminando el vacío. Los generadores fueron activados, inyectando energía en los conversores y canalizándola hasta aquellos motores de destrucción.

Las escoltas se retiraron, dejando un espacio libre de varios cientos de kilómetros. Toda la flota se distanció como una manada de presas atemorizadas ante la presencia del cazador.

Desde la célula de observación a bordo del *Herumon*, Temekh contempló como las fuerzas titánicas se iban acumulando. Aquella concentración de energía era algo embriagador, y casi pudo sentir el pulso del tormento que se almacenaba en las armas a medida que iban alcanzando su máxima capacidad.

—Señor, sus aposentos están listos.

El sirviente del guardián de la torre le hizo perder la concentración, y éste tuvo que contener el deseo de golpearlo. Cerró los ojos durante un instante y trató de seguir con las Enumeraciones. Resultaba complicado desprenderse de los viejos hábitos.

—Gracias —respondió—. Contemplanté el espectáculo antes de marcharme.

Antes de que terminara de hablar, los purgadores de planetas alcanzaron su máxima capacidad.

Unas descomunales columnas de energía dorada y plateada se precipitaron hacia el planeta, retorciéndose y centelleando mientras atravesaban la atmósfera y caían sobre la plataforma continental. El torrente de fuerza se mantuvo impasible, una lluvia implacable de millones y millones de proyectiles de plasma canalizados a través de dos pilares de energía abrasadora cayendo directamente sobre los picos de las montañas que había más abajo.

—¡Por el Rey Carmesí! —exclamó el sirviente en un murmullo, dejándose llevar mientras contemplaba la indescriptible concentración de energía liberada.

Temekh sonrió.

—¿Acaso crees que estos fuegos de artificio infligirán algún daño a los perros? No te

dejes engañar; esto es sólo un truco para mantenerlos ocupados mientras lord Aphael supervisa el desembarco.

Acto seguido se dio la vuelta y apagó los monitores con una orden mental.

—Hay otras maneras de arrancarles la piel —continuó mientras atravesaba la cámara y se dirigía hacia los aposentos que habían sido preparados con tanto ahínco. El sirviente caminó tras él—. Y ha llegado el momento de ponerlas en funcionamiento.

* * *

Freija Morekborn oyó el impacto antes incluso de que pudiera verlo.

—¡Mantengan las posiciones! —ordenó a la escuadra de seis kaerls mientras trataba de disimular la sorpresa en su voz.

Se encontraban en los niveles superiores del Valgard. Habían sido destinados a los hangares para ayudar a preparar los Land Raider y los Rhino. Su tarea consistía básicamente en montar guardia mientras los adeptos llevaban a cabo los interminables rituales del Mechanicus con los que despertarían a los espíritus máquina, y el hecho de tener que permanecer allí mientras las demás escuadras habían sido enviadas a los puestos de combate resultaba frustrante.

Entonces llegó el fuego. Estaban en el hangar destinado a las Thunderhawk, que se abría directamente hacia la atmósfera de Fenris. Unos escudos descomunales cubrían la plataforma de lanzamiento, tanto para protegerla de los bombardeos como para mantener una atmósfera respirable. En un instante, el cielo se tiñó del azul oscuro propio del anochecer fenrisiano, y al siguiente fue iluminado por un caleidoscopio de colores furibundos, resultado del torrente de plasma hiperenergizado que cayó directamente sobre los escudos de vacío.

El hangar, que hasta aquel momento había estado inundado de golpes y chirridos metálicos, de pronto se vio dominado por el zumbido de los escudos al estremecerse bajo tal demostración de energía. Las alarmas comenzaron a sonar de nuevo, rompiendo la concentración de los tecnosacerdotes que estaban inclinados sobre sus recipientes de incienso y de aceites sagrados.

—¿Qué es eso? —preguntó un kaerl muy joven, un recluta de pelo rubio llamado Lyr, mientras llevaba instintivamente la mano hacia la empuñadura de su rifle. Era un guerrero valeroso en los combates a escala humana, pero la enorme cantidad de energía que estaba cayendo a unos pocos cientos de metros por encima de sus cabezas era demasiado para él.

—Es un protocolo de bombardeo estándar —dijo Freija, que no tenía ni idea de qué clase de tecnología prohibida acababa de presenciar—. Permanezca en su puesto, soldado. No nos moveremos hasta que recibamos orden de retirarnos.

—Bien dicho, huskaerl —dijo una voz distendida y metálica.

Freija se volvió y se vio frente a la silueta gigantesca de Garjek Arfang, el sacerdote de hierro de la Duodécima. Tragó saliva e inmediatamente se reprendió a sí misma por dar semejante muestra de debilidad.

«¿Cómo lo hacen? ¿Cómo son capaces de proyectar esa aura de intimidación?»

—Señor —saludó Freija con una reverencia.

— Toda esa energía no podrá hacernos ningún daño —continuó el sacerdote, hablando desde detrás de la rejilla de su unidad vocal. Como todos los de su clase, tenía un servobrazo conectado a la espalda de su armadura, que estaba decorada con una serie de motivos góticos muy extraños. En lugar de portar amuletos y trofeos, la ceramita estaba marcada con el símbolo del cráneo y la rueda del Adeptus Mechanicus entrelazado con las runas cardenalcias fenrisianas. Toda su indumentaria estaba ennegrecida por el uso y por los combates, y parecía que no se había desprendido de ella desde hacía bastante tiempo. Freija jamás había visto a ningún sacerdote de hierro sin su coraza, y no le resultaba difícil creer los rumores que aseguraban que lo poco

que quedaba de sus cuerpos mortales estaba indisolublemente unido a la tecnología arcana que ocultaban bajo las placas de ceramita. El sacerdote portaba un báculo como símbolo de su rango, coronado con la cabeza de un martillo de adamantio con forma de cañón.

—Lo hacen para evitar que respondamos con fuego.

Pasó junto a ella y se detuvo para mirar las plataformas de lanzamiento, contemplando la lluvia de plasma que no dejaba de caer sobre los escudos de vacío.

—Los reactores térmicos que alimentan los escudos están enterrados a cientos de kilómetros bajo la superficie —dijo, como si hablara consigo mismo—. Toda esta energía sólo conseguirá ponerlos a prueba, aunque no podremos efectuar ningún disparo.

Se dio la vuelta para mirar a Freija.

—Lo cual supone un verdadero inconveniente, ¿no cree?

Se produjo un chirrido metálico en algún punto debajo de su coraza.

«¿Un gruñido? ¿Una carcajada? ¿Se habrá aclarado la garganta?»

—Muy instructivo, mi señor —respondió ella—. En ese caso, podremos continuar con nuestra tarea.

—Sin el más mínimo problema, huskaerl. Por el momento.

El sacerdote de hierro miró a todos los kaerls uno por uno, evaluando si la escuadra de Freija era la adecuada. Tenía unos modales extraños y entrecortados, y sus movimientos parecían demasiado forzados para tratarse de un guerrero del cielo.

«Cabezas metálicas... Aún más tocados por el vacío...»

—La he elegido a usted —anunció Arfang—, porque necesitaré una escolta para mis sirvientes, y todos mis tecnosacerdotes están ocupados.

—A sus órdenes, mi señor —dijo Freija con un ligero tono de inseguridad. Cualquier cosa sería mejor que seguir matando el tiempo en los hangares, aunque aún no le había dicho qué quería exactamente.

El sacerdote de hierro asintió satisfecho. Apoyó el báculo en el suelo, justo delante de él, y varias figuras encorvadas emergieron de entre la sombra proyectada por una Thunderhawk cercana. Eran sirvientes-servidores, mitad hombres y mitad máquinas, encargados de los trabajos menores de las armerías. Algunos de aquellos seres aún conservaban sus rostros humanos, deformados bajo una expresión vacía y lobotomizada. Otros tenían placas de metal y sus manos habían sido reemplazadas por taladros, tornos, llaves o pinzas. Algunos de ellos tenían músculos de plastek generados artificialmente a lo largo de toda su anatomía deforme, sustentados mediante remaches y controlados por marañas de cables entrelazados. Constituían una colección de engendros de lo más variopinta, el resultado de una oscura unión entre el Dios Máquina y el salvajismo estético propio de Fenris.

—Debemos efectuar ciertas preparaciones. Nos llevarán varios días. Cuando reclame su presencia, acuda sin el más mínimo retraso.

—Disculpe, señor, ¿acudir adonde?

El sacerdote de hierro giró el yelmo para mirar a Freija. El visor refulgía con un color rojo profundo, como si en su interior ardieran varias brasas de carbón.

—¿Dónde si no, huskaerl? ¿Acaso no ha escuchado el consejo de los videntes de la guerra? El resultado de esta batalla nos será adverso. Nos enfrentamos a un peligro mortal.

Eso, al menos para él, parecía responder a la pregunta de Freija. El sacerdote comenzó a caminar, apoyando el báculo sobre el suelo a cada paso que daba. Entonces se detuvo, como considerando la posibilidad de que quizá no se hubiera expresado con claridad.

Se dio la vuelta, y Freija creyó percibir algo parecido al interés en su voz llana y metálica.

—El jarl Greyloc ha dado la orden, huskaerl. Vamos a despertar a los muertos.

* * *

El Colmillo era el más grande de los muchos picos que se apiñaban en el centro de Asaheim. Alrededor de la Espina del Mundo había muchas otras cimas que perforaban el aire gélido de Fenris, desgarrando la atmósfera conforme ésta se volvía cada vez menos densa en su camino hacia el vacío espacial. Estaban apilados unos sobre los hombros de otros, invadiendo mutuamente el espacio de los demás, luchando por escalar hacia la luz como los pinos ekka que poblaban los valles. Todo en Fenris estaba en conflicto, incluso la propia tierra.

Las cimas más cercanas al Colmillo también habían entrado en las leyendas de los Vlka Fenryka, instalándose en la conciencia común desde que el Padre de Todas las Cosas llevó a sus guerreros hasta allí en el amanecer de su fundación. Hacia el sur estaba Asfryk, teñido de blanco y con la cima roma, el Desgarrador de Nubes. Al este se alzaban Friemiaki y Torr, los hermanos del trueno, y hacia el norte Broddja y Ammagrimgul, guardianes de la Puerta de los Cazadores, la entrada que todos los aspirantes debían atravesar como parte de los ritos de iniciación.

Los pasos entre los diferentes picos eran traicioneros, y únicamente aquellos que los habían atravesado como aspirantes los conocían. Estaban rodeados de precipicios abismales y de grietas insondables. Algunos de aquellos pasos habían sido tallados sobre la roca desnuda, mientras que otros eran puentes de hielo que amenazaban con derrumbarse bajo el más mínimo peso. Algunos eran verdaderos, y llevaban al cazador desde las grietas que poblaban las sombras hasta las llanuras donde habitaban las presas; otros no llevaban más que a las tinieblas, a las cavernas que horadaban las entrañas de aquel paisaje ancestral, donde no había nada más que desesperación y huesos helados.

A pesar de su horror y su majestuosidad, aquellos paisajes también estaban salpicados de islotes de estabilidad, lugares en los que las gigantescas afloraciones rocosas formaban mesetas diseminadas entre los precipicios. Ésos eran los lugares a los que acudían los lobos en busca de la comunión con el alma salvaje del territorio de las montañas. En los Veranos de Fuego, cuando el hierro se derretía por todo el planeta y las tribus entraban en guerra, aquellas mesetas se llenaban de grandes hogueras y los skjalds declamaban las sagas. Entonces, durante un breve período, los guerreros de Russ dejaban de lado las exigencias de la batalla y recordaban a aquellos que habían caído en la Guerra Eterna, mientras los sacerdotes rúnicos profundizaban aún más en los misterios del wyrd, tratando de iluminar el camino del capítulo por el paisaje desconocido del futuro.

Fue en una de esas reuniones donde un joven Ironhelm anunció la primera de las muchas cacerías que se emprenderían en busca de Magnus. Y aún mucho más atrás en el tiempo, aquel mismo lugar fue testigo de la decisión de crear a los Hermanos del Lobo, el capítulo que pretendía suceder a los Lobos Espaciales, ahora desaparecido y convertido en fuente de vergüenza.

Para los Mil Hijos, a quienes no les importaba nada de esto, aquellas mesetas no eran más que zonas de aterrizaje, lugares en los que las tropas y vehículos saldrían de las lanzaderas y se prepararían para el ataque que se avecinaba. De modo que, cuarenta y ocho horas después de la destrucción total de las plataformas orbitales, varias columnas de transportes descendieron sobre ellas oscureciendo el cielo con su presencia. Infinidad de naves de desembarco emergieron de las bodegas de los transportes de tropas que permanecían en órbita y se dirigieron hacia los puntos de aterrizaje, protegidas por cañoneras y vigiladas de cerca por las baterías vacío-superficie. Uno detrás de otro, los transportes color bronce y zafiro fueron atravesando la atmósfera, dejando tras de sí enormes estelas de fuego.

Al caer la noche, docenas de aquellos transportes ya habían aterrizado, aunque eso no era más que una avanzadilla de lo que aún estaba por llegar. El guardián del lobo Sigrd Brakk contempló las luces parpadeantes de la última cápsula de desembarco en tomar tierra, justo a la sombra del Karkgard. Sus labios se abrieron dejando ver la hilera de colmillos. Como todos los miembros de su manada, estaba hundido en la nieve hasta la altura de los hombros, oculto en un saliente de la montaña y esperando el momento en que la meseta estuviera repleta de tropas enemigas.

—Ahí la tenemos, chicos —susurró satisfecho sin dejar de mirar la nave—. La primera presa de la noche.

* * *

El capitán Skyt Hemloq sostenía el rifle láser con las manos sudorosas. Estaba ataviado con su armadura y con un traje de aislamiento térmico. El aire era terriblemente frío, aunque eso no impedía que sudara. Sus pies estaban hundidos en la nieve, iluminados por el lumen del casco, mientras trataba de escudriñar la superficie blanquecina y azulada. Su escuadra, treinta hombres armados y equipados para soportar los rigores del clima, avanzaba detrás de él.

«De modo que esto es Fenris», pensó, contemplando con asombro los picos que se elevaban sobre él. El más cercano de ellos era más grande que cualquier montaña que hubiera visto en su mundo natal de Qavelon, y eso que era un planeta conocido por sus numerosas montañas.

Había algo en el aire. No sólo era el frío, había algo afilado y salvaje. Aunque su respirador lo estaba filtrando para mezclarlo con oxígeno, podía sentir que era demasiado fino y cáustico. O quizá fueran los medicamentos contra el mal de altura que aún corrían por su torrente sanguíneo.

Todo estaba tranquilo. El único sonido provenía de los motores de la nave de desembarco. El transporte, de más de veinte metros de alto y con una envergadura enorme, había derretido la nieve que cubría la roca sobre la que había aterrizado y estaba dejando salir toda su carga de armas y fuerzas de combate. Más de un centenar de guardianes de la torre ya habían salido de su interior cavernoso y marchaban con un ímpetu falso sobre un mundo que deseaba acabar con ellos, y que parecía perfectamente capaz de poder hacerlo. Ellos eran los primeros, la primera línea de combate, los encargados de establecer la posición avanzada.

Y aun así no habían encontrado resistencia. Ningún movimiento. Los sensores no habían detectado nada.

El silencio.

—Mantengan posición cerrada —dijo Hemloq a través del comunicados volviendo a contemplar la escena que tenía frente a él.

La meseta tenía unos ochocientos metros de largo. Tres de sus lados terminaban en precipicios; en el cuarto, la roca se elevaba de forma abrupta formando una serie de terrazas. Sería un ascenso posible, aunque muy complicado.

Tragó saliva, tratando de evitar que se le nublara la vista por culpa de la miríada de puntos de luz que iluminaban la meseta. Diversos lumen habían sido encendidos por toda la zona de aterrizaje y las tropas portaban luces en los cascos. El efecto resultaba más confuso que útil, pues la noche estaba iluminada por cientos de estrellas creando un resplandor que confundía la vista.

La nave de desembarco permanecía en el centro de la meseta, columnas de humo y de vapor emergían de los escapes, y las luces de posición del casco perfilaban su silueta. Hemloq sabía que los pilotos estaban deseando despegar de nuevo. A pesar de las cañoneras que patrullaban los puntos de desembarco, sabían que mientras estuvieran en tierra serían un blanco vulnerable, como un ave de presa acurrucada en su nido.

Mientras miraba, otra compañía efectuó el desembarco; estaban equipados con

armamento más pesado. Pudo ver como una escuadra de doce hombres estaba instalando un cañón láser junto a uno de los precipicios. Dentro de poco, los escudos de vacío y las defensas antiaéreas estarían en estado operativo. Cuando eso ocurriera, la meseta sería un lugar ligeramente más seguro. Pero hasta entonces serían vulnerables, y todos lo sabían.

—Reconocimiento completo —dijo una voz a través del comunicador.

—¿Han encontrado algo? —preguntó Hemloq, hablando con un tono más apremiante de lo que habría deseado.

«Maldita sea. Trata de mantener la calma delante de tus hombres».

—Nada, señor.

—Entonces mantengan las posiciones. Hasta que instalemos los escáneres nuestros ojos serán lo único que tenemos.

El canal del comunicador comenzó a crepitar. Hemloq trató de establecer una nueva conexión, pero no hubo respuesta.

—Mantengan la posición —dijo una vez más. Aquel tono militar empezaba a parecerle un tanto ridículo. El silbido del viento entre los picos, la falta de respuesta por parte de los defensores, el frío insoportable... habrían sacado de sus casillas a cualquier hombre más preparado para el combate que Skyt Hemloq.

—Confía en los maestros —murmuró.

Al otro lado de la meseta, uno de los lumen se apagó.

Hemloq se puso rígido.

—Manténganse alerta —dijo, y comprobó la pantalla de su visor para ver quién estaba al cargo de aquella sección del perímetro.

Otra de las luces se apagó.

«Mierda».

—¡Ya vienen! —gritó, olvidándose de intentar mantener la calma—. ¡Fuego a discreción!

Hemloq se colocó la culata del rifle láser en el hombro, girando sobre los talones para tratar de escudriñar las sombras. Por un instante sintió que los demás hombres estaban haciendo lo mismo. Su perímetro de proximidad estaba en silencio, ni un ruido, ni una señal.

«Están tan aterrorizados como yo».

Justo entonces, desde su flanco izquierdo, unos destellos láser refulgieron en la oscuridad seguidos por el silbido de los proyectiles. Fueron unos disparos llenos de odio. Fugazmente, en el límite de su campo de visión, Hemloq pudo ver una silueta enorme deslizándose sobre la nieve.

Se volvió para plantarle cara, disparando su arma láser hacia la nada. Oyó varios gritos mientras más y más destellos iluminaban las sombras, algunos de ellos impactando en el casco de la nave de desembarco.

Hemloq se agachó aterrorizado. Sentía que el corazón estaba a punto de salirse del pecho.

«Esto es una farsa. No podemos hacer más que disparar a las sombras».

Entonces, en algún lugar que jamás habría pensado que existía, Hemloq encontró una fuente de fuerza. Había que organizar la defensa, establecer una estructura fija. Los lobos tenían una reputación temible, pero sólo eran hombres, eso era lo que maestros le habían asegurado.

—¡A mí! —gritó, poniéndose en pie. Un nuevo tono de determinación se había apoderado de su voz—. Formen cuadros, y acaben con esos...

Un rostro centelleó dentro de su campo de visión, unos rasgos salidos de una pesadilla. Vio dos puntos rojizos y centelleantes, un casco grisáceo salpicado de dientes y dos hombreras ensangrentadas.

—Shhhh —oyó un susurro grave, más como el gruñido de un leopardo que como la voz

de un ser humano.

Un instante antes de que el puño de Ogrim Rojapiel arrancara las cuerdas vocales de Hemloq, el capitán novato tuvo tiempo para darse cuenta de algo que le habría resultado de mucha ayuda de haberlo comprendido antes.

«No son hombres».

* * *

Puñoinfernal avanzó por la meseta, esquivando los disparos láser con más agilidad de la que podría esperarse al ver la enorme masa de su armadura.

Pocas armas del arsenal de aquellos mortales podrían hacerle daño, pero continuó avanzando a escondidas y manteniendo su bólter inactivo. Era una cuestión de orgullo; una muerte rápida, nada de alboroto. El sistema de visión nocturna de su casco le permitía ver la escena nítidamente. Por la confusión reinante en el enemigo era evidente que los invasores no tenían esa tecnología.

Un lumen se activó junto a él, dejando ver su silueta durante un instante.

Las runas le indicaron que había seis enemigos cerca de su posición, e inmediatamente comenzó a correr hacia ellos.

Seis mortales, veinte metros de distancia, todos ellos ataviados con una armadura de camuflaje de color gris, enmascarados y con armas láser.

—Sois carne de cañón —gruñó Puñoinfernal, corriendo hacia ellos, animado por la sangre que ya manchaba su armadura y preparando el puño de combate para colocarlo en posición de ataque.

Uno de los enemigos, invadido por el pánico, huyó antes de que pudiera caer sobre ellos. Puñoinfernal hundió el guantelete en el rostro de otro de los guerreros, lanzándolo al abismo de la noche. Antes de caer aplastó el pecho del soldado que iba detrás de él.

Acto seguido giró apoyándose sobre la pierna izquierda para golpear con la culata de su arma el casco de otro de los mortales. El aire atravesó el visor y el hombre cayó de rodillas, llevándose las manos a la mandíbula destrozada.

Los demás rompieron la formación tratando de escapar.

—Escoria —gruñó Puñoinfernal, agarrando al que tenía más cerca y rompiéndole la columna vertebral con un solo movimiento de su puño de energía.

El visor del casco le indicó que sus hermanos de batalla estaban abriéndose paso hacia la nave de desembarco. Había fuego láser por todas partes, centelleando en medio de una tormenta de miedo. Los soldados mortales habían tomado posiciones por toda la meseta, tratando de organizar la defensa y convertirla en algo que pudiera detener a los lobos. Aunque no les serviría de mucho. Puñoinfernal vio las señales de las cañoneras que se aproximaban y sintió como los cañones láser comenzaban a acumular energía, aunque aquello no cambiaría mucho la situación.

Era patético. Sólo consiguió que su rabia se encendiera aún más.

—Ven aquí —espetó, decapitando a otro mortal con un golpe seco—. ¿Cómo osáis desafiar este lugar? —Ni siquiera había activado el campo de energía—. ¿Cómo os atrevéis? —Aplastaba cuerpos, desgarraba armaduras, arrancaba miembros—. Vuestra debilidad es un insulto. —Resquebrajaba cráneos, machacaba rostros, despedazaba espinas dorsales, se regodeaba en la sangre del enemigo—. Estáis consiguiendo hacerme enfadar.

Una silueta pasó junto a él moviéndose por su flanco izquierdo. Rojapiel había conseguido llegar al transporte. Puñoinfernal acabó con la vida del hombre en un suspiro, lo echó a un lado y se unió a su hermano de batalla.

El espíritu lobo que habitaba en su interior, el afán de la muerte, había despertado y tenía las garras preparadas.

—¿Has utilizado tu bólter? —le preguntó Rojapiel a través del comunicador mientras

daba una estocada con la espada sierra y dibujaba un arco sangriento sobre los mortales que se habían interpuesto en su camino.

—No me ha hecho falta —respondió Puñoinfernal con indignación, abalanzándose sobre una oleada de fuego láser y cayendo directamente sobre los francotiradores.

Rojapiel profirió una carcajada y hundió la culata de su pistola bólder en el torso de su siguiente víctima. El hombre se desplomó sumido en su propia agonía, con el estómago destrozado y la sangre cayendo a borbotones sobre la nieve.

—No pretendía empezar una discusión, hermano.

Cuando llegaron a las compuertas de la nave de desembarco, la suela de sus botas ya estaba teñida de rojo. Dienteroto avanzaba detrás de ellos. Se había detenido a inutilizar una batería de cañones láser. Más atrás, Barkk continuaba desatando la muerte en silencio. Mantenía el canal de su comunicador apagado desde que la manada comenzó el ataque sobre la meseta, contento de dejar que los garras se ocuparan del objetivo principal mientras él hacía estragos en la infantería.

Con la mitad de la carga aún dentro de la nave, los pilotos estaban tratando de despegar. Las tropas enemigas intentaban regresar a la seguridad ficticia del transporte, cegados por el terror que les inspiraban las sombras descomunales que se movían entre ellos.

—Me ponen enfermo —continuó Puñoinfernal, saltando directamente a la bodega de carga y abalanzándose sobre un grupo de hombres aterrorizados.

Rojapiel fue tras él, deteniéndose sólo para limpiar la sangre de la espada sierra antes de activarla de nuevo.

—¡Los lobos están entre vosotros! —gritó en gótico, riéndose a carcajadas e imbuido por el placer de la muerte.

Diezmados y aterrorizados, los enemigos caían como el trigo bajo el efecto de la guadaña, tropezando unos con otros y paralizados por el terror. Algunos intentaron escapar y pasar entre los garras sangrientas para regresar al exterior, pero ninguno de ellos pudo esquivar la hoja de Rojapiel. Los demás se retiraron al interior de la bodega, retrasando su muerte durante unos instantes y disparando sus armas láser cegados por el pánico.

Entonces se produjo una detonación. El suelo de la bodega comenzó a vibrar. La nave había conseguido despegar.

—A la cabina —dijo Puñoinfernal.

Rojapiel avanzaba delante de él, abriéndose paso por la bodega y ascendiendo por la primera escalerilla que encontró. Las enormes hombreras de su armadura rozaron contra los bordes de la escotilla haciendo saltar esquirlas de metal.

Con un parpadeo, Puñoinfernal activó una de las runas del visor de su casco y el campo de energía de su puño de combate cobró vida, iluminando el interior de la nave con un resplandor azulado. Hundió un guantelete en el suelo y arrancó una placa de metal dejando expuestas las entrañas de la nave. Con un alarido salvaje la lanzó contra un grupo de soldados que intentaba ponerse a cubierto. Después se agachó y arrancó una maraña de cables. Cortando todas las conexiones como si desgarrara las entrañas de una bestia herida.

De pronto, todas las luces de la bodega de carga se apagaron, sumiendo el lugar en una oscuridad absoluta. Los gritos de terror se apoderaron de las tropas, que se convirtieron en una espiral de sombras y destellos aterrorizados.

—Corred mientras podáis, hombrecillos —gritó el garra sangrienta, enfundando la pistola y avanzando en medio de la oscuridad entre los destellos de energía disruptiva del puño de combate—. El infierno os pisa los talones.

Rojapiel irrumpió en el nivel superior. Sus botas destrozaron las escalerillas de metal haciendo saltar esquirlas a cada paso. En la plataforma superior había varios guardias armados, y uno de ellos abrió fuego sobre la hombrera de su armadura en cuanto

atravesó la escotilla.

—Muy valiente —dijo, irguiéndose y destrozando su cuerpo con la espada sierra—. Pero también insensato.

Se abalanzó sobre los demás guardias blandiendo la espada. Sus movimientos parecían salvajes, pero nada más lejos de la realidad; un entrenamiento incansable había otorgado a sus estocadas una precisión engañosa.

Los guardias trataron de repeler el ataque hasta que la muerte fue a su encuentro. Mientras acababa con el último de ellos, Rojapiel pudo ver a través del monitor de su casco que Puñoinfernal estaba consiguiendo abrirse paso por el nivel inferior. El estruendo que reinaba en el interior de la nave hacía evidente que ésta había despegado y estaba ganando altura.

En el otro extremo de la plataforma había una puerta sellada. Rojapiel corrió hacia ella efectuando tres ráfagas de disparos mientras avanzaba. Los proyectiles bólder hicieron explosión destrozando la puerta y lanzando el panel de metal por los aires.

En el interior había cuatro hombres, todos sentados en sus consolas. Las ventanas de la cabina estaban al fondo, y a través de ellas podían verse los destellos de los disparos láser mientras la nave trataba de ganar altura con las compuertas aún abiertas.

Rojapiel profirió una risa triunfal, y aquel sonido terrible inundó el angosto espacio de la cabina. Tres de los cuatro tripulantes se pusieron en pie y trataron de escapar de la carnicería. Pero no tenían ningún sitio adonde ir. La espada sierra de Rojapiel chirrió pesadamente. Dos estocadas y los tres mortales fueron abatidos y sus vísceras quedaron esparcidas sobre los asientos de metal. Rojapiel cogió al piloto con una sola mano y lo arrancó de los anclajes. La espina dorsal del hombre se partió en dos y su cuerpo quedó inmóvil y, colgando del guantelete del guerrero.

Con una sonrisa de desdén, el garra sangrienta lo arrojó al suelo. La palanca de mando se movía sin control, y la nave comenzó a dar sacudidas violentas.

—Puño —dijo a través del comunicador—. Es hora de irse.

Cogió una de las granadas que tenía en el cinturón, pero entonces vio que varias runas comenzaban a parpadear en la lente de su casco. Rojapiel levantó la vista justo a tiempo para ver una escuadra de cañoneras de los Mil Hijos que se abalanzaba sobre la meseta a varios cientos de metros de altura.

Interesante.

Le colocó el seguro a la granada y cogió la palanca de mando. Era como un puño gigante aferrándose al juguete de un niño, pero inmediatamente la nave recobró la estabilidad. En lugar de dejar que se estrellara contra el suelo, Rojapiel detuvo el descenso y aplicó la máxima potencia a los motores. Con un chirrido de protesta, los propulsores atmosféricos volvieron a trabajar a pleno rendimiento.

Las cañoneras, con sus pilotos buscando posibles objetivos en el suelo, no vieron el peligro hasta que fue demasiado tarde. La nave de desembarco ganó altura hasta interponerse en su trayectoria.

Rojapiel sonrió y rompió la ventanilla que había a su lado con la empuñadura de la espada sierra. Soltó los controles, cogió impulso y saltó por el hueco, desgarrando el marco de metal y emergiendo al cielo nocturno justo cuando las cañoneras maniobraban para intentar esquivar la masa de metal y promethium que se abalanzaba sobre ellas.

Sólo entonces se dio cuenta de que estaba a demasiada altura. La meseta estaba a unos doscientos metros por debajo de sus pies, aún salpicada de destellos láser.

—*Skítja* —exclamó—. Esto va a...

Se precipitó al vacío como una roca, sin apenas percatarse de la explosión que se produjo cuando dos lanzaderas colisionaron con la nave de desembarco y el cielo se iluminó con una bola de combustible ardiendo.

—... doler.

Cayó sobre el hielo y comenzó a rodar. Sintió una punzada de dolor en ambas rodillas, a pesar de estar protegidas por la servoarmadura, y notó un golpe seco en la columna vertebral.

Permaneció inmóvil durante un instante, aturdido por el impacto. Entonces su visión se fue aclarando. Con una mueca de dolor, Rojapiel se puso en pie y vio como las runas de advertencia comenzaban a parpadear, indicándole que había sufrido daños musculares y tenía una tibia fracturada.

Aunque se sentía aturdido, comprendió que debía prestar atención a algo más.

—¡Corre, maldito bastardo! —gritó Puñoinfernal a través del comunicador.

En ese momento se dio cuenta de qué se trataba. Comenzó a correr en un *sprint* agónico mientras la bola de fuego que caía del cielo se abalanzaba sobre su posición. La nave de desembarco, sin control, y destrozada tras la colisión con las cañoneras, se precipitaba sobre la tierra como un cometa envuelto en llamas.

Corrió. Corrió como un skeiskre desbocado, exprimiendo sus miembros entumecidos y sintiendo como las endorfinas se apoderaban de todo su torrente sanguíneo.

«Por Russ, sí que eres lento».

Se produjo un estruendo que hizo temblar toda la tierra cuando el casco de metal impactó sobre la roca que acababa de dejar atrás, terminando con la vida de cualquier superviviente que pudiera quedar y lanzando fragmentos de metal al rojo vivo por todo el campo de batalla. La nave continuó rodando como si fuera una bestia abatida en plena carrera, sufriendo más y más explosiones internas hasta que finalmente se detuvo.

Sólo en ese momento Rojapiel dejó de correr y se dio la vuelta, contemplando la devastación que había ocasionado y consciente de que su segundo corazón estaba bombeando a pleno rendimiento. Los analgésicos comenzaban a hacer efecto mientras sus huesos empezaban el proceso de autosoldadura, aunque el sentimiento más fuerte era el del lobo que habitaba en su interior, lleno de ira y de rabia. Sentía que la urgencia de la caza se había apoderado de él, una mezcla genética de adrenalina y furia.

—¡Fenrys! —gritó, levantando la espada sierra y haciéndola girar sobre su cabeza, regodeándose en el triunfo—. ¡Hjolda!

Entonces sintió una presencia a su lado. Puñoinfernal le dio una palmada en la espalda, riéndose con sonoridad.

—Por Morkai, eres tan bruto como un ungur —le dijo, dejando salir toda la rabia del lobo que habitaba dentro de él. A pesar de que también portaba la armadura completa, Rojapiel pudo sentir las feromonas que flotaban en el ambiente—. Y casi tan duro.

Entonces apareció Brakk junto con el resto de la manada, saliendo de detrás del casco humeante de la nave. El fuego láser había cesado. Ninguno de los guardianes de la torre había sobrevivido lo suficiente como para ver el accidente, y las lanzaderas se habían retirado para preparar un nuevo ataque.

—La próxima vez usa las granadas —dijo el guardián del lobo con tono de irritación—. Nuestro siguiente objetivo está al norte. El enemigo ha conseguido establecer una avanzadilla. Moveos.

La manada comenzó a correr inmediatamente, deslizándose sobre la roca ennegrecida como uno solo y dejándola atrás como una sombra gris perdiéndose en las tinieblas. Los puños de combate fueron desactivados y las espadas sierra enfundadas. Una vez más, los garras se sumieron en el sigilo previo al combate.

Cuando las cañoneras regresaron, volando a poca altura sobre la zona de desembarco, lo único que encontraron fueron los restos humeantes, el metal retorcido y los cadáveres congelados de aquellos que habían osado desatar la guerra en el mundo de los lobos.

SIETE



SIETE

Auries Fuerza, de la disciplina del culto pavoni, se reclinó sobre la mampara tratando de desentumecer sus miembros doloridos. Había contemplado la muerte muy de cerca, había sentido el abrazo final del cambio definitivo, y había sido aterrador. Incluso ahora, que por fin se había librado de los horrores del delirio de la disformidad, sentía que sus dos corazones trabajaban afanosamente, resonando bajo la caja torácica como bestias tratando de escapar. ¿Cuánto tiempo había estado ahí fuera? ¿Minutos? ¿Horas? ¿Días? En la disformidad siempre era difícil saberlo.

Transportarse entre las corrientes malignas de lo etéreo siempre era físicamente muy duro, pero efectuar un salto con tan poco tiempo de antelación y en las condiciones en las que lo había hecho era tan doloroso como peligroso. Cuando vio la nave de los perros abalanzándose sobre su navío herido, sólo dispuso de unos pocos segundos para tomar la decisión. Por suerte, las preparaciones para evacuar la nave ya habían comenzado debido a los terribles daños que había sufrido el *Ilusión de Certidumbre*. Pero a pesar de todo, calcular nuevos vectores de disformidad en medio de una batalla en el vacío no había sido tarea fácil.

Fuerza podía sentirse aliviado de no haberse transportado directamente a la propia estructura de la nave. El hecho de que estuviera respirando aire en lugar de metal le dio una prueba más de que el universo tenía un plan establecido, y ese plan lo incluía a él.

Aunque sólo fuera de soslayo. La piel de las manos le había sido arrancada a tiras, y ahora éstas brillaban como dos pedazos de carne en la oscuridad. Respiraba entrecortadamente y podía sentir bajo la máscara el daño que había sufrido en el rostro.

Había cuatro rubricae junto a él en la burbuja de vacío, pero sólo uno de ellos había conseguido sobrevivir. Dos se perdieron en el salto, destrozados por las corrientes caprichosas del océano. El tercero se había materializado directamente sobre una viga de adamantio, y los remaches metálicos empalaron irremediabilmente a la criatura sin alma. Pequeños destellos residuales de disformidad aún centelleaban sobre su armadura, tratando inútilmente de devolverle la forma al cuerpo del guerrero de los Mil Hijos.

Era inútil. Los rubricae eran probablemente las estructuras más móviles de la galaxia, inmunes al dolor y al desánimo y capaces de operar tras sufrir graves daños estructurales, aunque el hecho de verse incrustado en el casco de un interceptador había conseguido destruir completamente la armadura del marine traidor. Mientras Fuerza lo contemplaba, demasiado débil para intervenir, la luz tenue del visor del casco del rubricae comenzó a parpadear y finalmente se extinguió. El espíritu del guerrero había fracasado.

Fuerza sintió una profunda tristeza, un eco de dolor psíquico que se mezcló con su agonía física.

Tan pocos. Y ahora uno menos.

Lentamente, y luchando contra los espasmos que le atenazaban la columna, se volvió para mirar al superviviente. Permanecía impassible, inmóvil. No mostraba el más mínimo interés en el destino de sus camaradas. No era la primera vez que Fuerza se preguntaba qué clase de existencia tenían los rubricae. ¿Acaso veían las runas en los visores de sus cascos tal y como hacía él? ¿Acaso las palabras calaban en sus oídos como ocurría con los mortales?

Era imposible saberlo. Ahriman, maldito fuera aquel nombre, los había hecho tan fríos e

insensibles como las imágenes talladas de Neiumas Tertius.

Por esa razón, el rubricae permanecía inmóvil e impasible, ataviado con su armadura color zafiro y bronce y con el bólter que había portado en Prospero como un marine espacial más. El peto de su armadura estaba tallado con imágenes de serpientes, dragones, constelaciones y símbolos astrológicos; cada uno de aquellos sellos y glifos ancestrales era una pieza maestra de orfebrería.

Las imágenes cambiaban. Fuerza no sabía cómo, y apenas se daba cuenta cuando lo hacían pero nunca permanecían inmutables durante mucho tiempo. Lo único que se mantenía inmóvil era el Ojo, el símbolo que lo dominaba todo.

—Está bien, hermano —dijo Fuerza con dificultad, mirando a su alrededor y sintiendo como la sangre le goteaba por la barbilla y por el pecho—. Veamos qué podemos averiguar de este lugar.

Se habían rematerializado en un corredor oscuro que se perdía entre las sombras en ambas direcciones. Fuerza se había reclinado sobre uno de los muros, y el rubricae permanecía inmóvil. Las paredes estaban cubiertas de tuberías, desprovistas de todo ornamento. El suelo era una plataforma de metal, el techo una maraña de cables, de tubos de refrigeración y de módulos de soporte vital. La oscuridad era casi total y la temperatura resultaba heladora.

Fuerza supuso que se encontraban en los niveles inferiores, ya que el murmullo de los propulsores sonaba muy cerca. El ruido de los motores de disformidad parecía correcto, aunque incluso en su débil estado podía percibir que el espíritu máquina de la nave había sufrido mucho. Los gritos y los golpes llegaban hasta ellos desde los niveles superiores. La tripulación estaba haciendo todo lo que podía para que la nave no se viniera abajo.

—Estamos en la disformidad —murmuró Fuerza, secándose los labios agrietados—. Hasta donde sabemos, ésta es la única nave que ha conseguido romper el bloqueo de Aphael.

Contempló el casco del rubricae, viendo como la ceramita pulida reflejaba la luz tenue del corredor y la convertía en una expresión de belleza.

—Es una nave de los lobos —continuó, tratando de crear una imagen mental de cómo estaría estructurada—. La tripulación podría ser muy numerosa.

Sonrió, deteniendo el torrente de sangre que le inundaba la boca, y colocó una mano sobre el avambrazo del rubricae.

—No importa, hermano —dijo—. Puedo reponerme de las heridas, y tú serás mi protector durante los próximos días. Cuando esta nave salga de los brazos del Océano, seremos las dos únicas almas que sigan con vida.

* * *

Los aterrizajes en las montañas de Asaheim continuaron durante tres días.

Y durante tres días, las manadas de cazadores los desafiaron lanzando un ataque detrás de otro. Durante tres días arrasaron puntos de desembarco evitando que el enemigo estableciera asentamientos estables, liberando las mesetas de la mancha de los invasores. Muchos de los transportes fueron destruidos por las escuadras de colmillos largos antes de aterrizar, otros fueron aniquilados inmediatamente después por las manadas enfurecidas.

A pesar de todo, los invasores consiguieron establecer posiciones avanzadas. El tiempo pasaba, y los lobos se enfrentaban a un enemigo cada vez más numeroso. No podían estar en todas partes al mismo tiempo, y los combates se volvieron cada vez más feroces y prolongados. Los Mil Hijos consiguieron establecer posiciones en nueve puntos diferentes a lo largo de las montañas que rodeaban el Colmillo, permitiendo el desembarco de más hombres y más material, y erigiendo gradualmente una plaza fuerte desde la que se lanzaría el asalto.

Cuando la luz del amanecer del cuarto día comenzó a iluminar el Colmillo, la fortaleza quedó rodeada de fuego. Enormes columnas negras generadas por los vertidos de promethium formaron un círculo de varios kilómetros de diámetro alrededor de la cadena montañosa. El cerco comenzaba a cerrarse, forjado por el sacrificio de miles de soldados invasores. Cada nueva muerte dejaba sitio para un aterrizaje más, para otro cañón láser, para otro tanque que descendía rugiendo por la rampa de su transporte.

La Thunderhawk de Greyloc, la *Vragnek*, aterrizó en el Valgard bajo el paraguas de los escudos de vacío que protegían la fortaleza de los bombardeos orbitales. En cuanto se hubo posado, las compuertas se abrieron y el señor lobo descendió hasta el suelo de piedra del hangar, seguido por los miembros de su escuadra, todos ellos ataviados con armaduras de exterminador. Hojadragón lo estaba esperando.

La armadura de Greyloc estaba ennegrecida y cubierta de sangre reseca. Le faltaba un trozo de la hombrera derecha, por lo que la runa de Trysk había quedado incompleta. Las garras de lobo aún refulgían con energía residual, y la capa de sangre que le cubría las muñecas indicaba que habían sido utilizadas incansablemente.

—¿Buena caza? —preguntó Hojadragón, contemplando las marcas de la batalla con aprobación.

Greyloc se quitó el casco, produciendo un chirrido sordo, y se lo puso bajo el brazo. Sus ojos blancos ardían impasibles.

—Son demasiados —murmuró, pasando junto a Hojadragón y obligando al sacerdote lobo a apartarse de su camino—. Hemos teñido la nieve de rojo, pero siguen desembarcando.

Hojadragón asintió.

—La primera oleada de desembarcos fue una jugada para mantenernos ocupados. Los cargueros pesados han aterrizado más lejos. Ahora hay escuadras de marines traidores marchando junto a los mortales.

Greyloc lanzó un escupitajo ensangrentado y negó con la cabeza.

—Por los huesos de Russ, Thar —susurró—. Lo único que quería era seguir luchando. Podía haber permanecido ahí fuera hasta que mis garras se convirtieran en huesos fríos y desnudos.

Miró al sacerdote lobo a los ojos y vio que su rostro delgado estaba lleno de ira.

—Era lo único que quería. ¿Lo entiendes?

Hojadragón le devolvió la mirada, buscando las señales que le proporcionaran información. Mantuvo la mirada durante un buen rato, prestando especial atención a los iris blancos.

—Tu rabia es justa, hermano —dijo por fin, dándole una palmada en el hombro—. Tal y como debería ser.

Greyloc emitió un gruñido, tratando de disimular su alivio, y se apartó del sacerdote lobo.

—Háblame.

—Estamos rodeados —dijo Hojadragón. Hablaba con un tono franco y directo—. El nido ha sido cerrado. Si dejas que las manadas sigan ahí fuera, pronto acabarán con ellas. El enemigo cuenta con hechiceros entre sus filas, y no tenemos a los sacerdotes rúnicos para contrarrestarlos.

—No será fácil hacer que regresen.

—Entonces morirán ahí fuera. Puedo mostrarte las lecturas de los áuspex.

Greyloc permaneció en silencio, sopesando las opciones.

—Somos cazadores, Thar —dijo por fin. El tono rudo había abandonado su voz, el ardor de la muerte se había calmado—. Estamos hechos para cazar. Nos tienen rodeados. Este tipo de combate no es para los garras.

Hojadragón sonrió y su boca se abrió como una enorme cicatriz sobre su rostro arrugado.

—Entonces tendremos que aprender a luchar de nuevo. ¿No es eso lo que siempre has dicho?

—He tenido una visión. La Furia es...

—Aprenderán. Y tú los liderarás.

Greyloc miró a Hojadragón con una mirada fría. Sus pensamientos podían verse con claridad sobre su rostro de lobo, y no se preocupó por disimularlos.

«No confían en mí. Soy el lobo blanco, el fantasma, el guerrero sin sangre. Pueden sentir lo que quiero hacer, saben que quiero transformarnos a todos».

—Llama a todas las manadas —dijo, moviendo la cabeza de un lado a otro con cierto recelo y estirando unos músculos que habían permanecido en tensión durante varios días de combates—. Repeleremos el ataque aquí. El paso de las Puertas será donde los desangremos.

* * *

El cielo estaba dibujado con las estelas de los proyectiles. El enemigo había conseguido establecer posiciones de disparo a varios kilómetros al este de la escuadra de Rossek, y las avanzadillas empezaban a acercarse a ellos.

—¡Rojk! —gritó a través del comunicador—. ¿Dónde está ese maldito apoyo pesado?

Una onda de ruido estático sonó al otro lado de la línea. O las comunicaciones de corto alcance habían sido cortadas o la escuadra de colmillos largos de Torgrim Rojk había sido liquidada. En cualquier caso, las cosas comenzaban a ponerse difíciles.

La escuadra de Rossek había asaltado seis puntos de desembarco durante la noche, aniquilando completamente cada uno de ellos antes de seguir adelante. En cuatro días, sus cazadores grises no habían sufrido una sola baja a pesar del número creciente de enemigos. Sin embargo, poco a poco la verdad había salido a la luz. La primera oleada del desembarco había estado integrada por tropas mal entrenadas y poco equipadas, enviadas para absorber la furia de los lobos mientras los verdaderos soldados desembarcaban en zonas más alejadas. Ahora las montañas estaban salpicadas de escuadras enemigas. Cientos de ellas.

Como la que tenían frente a ellos.

—Frar, Mandibulacortada —dijo a través del comunicador—. Desplegaos.

Los dos cazadores grises reaccionaron inmediatamente, abandonando la formación y ascendiendo por una de las colinas que delimitaban el valle.

La manada de Rossek se había escondido en una garganta que se abría entre las montañas, aprovechando los salientes de los acantilados para encubrir su avance. Los afloramientos rocosos, algunos del tamaño de un transporte Rhino, proporcionaban una defensa inmejorable. Al otro extremo del valle, el enemigo avanzaba a sólo unos pocos cientos de metros de distancia.

Dos tanques se aproximaban hacia la posición de Rossek, protegiendo una falange de infantería. El fuego que estaban desplegando era muy preciso, haciendo saltar por los aires los afloramientos que tenían delante y llenando el aire de fragmentos rocosos. Los vehículos tenían un diseño poco común. Parecían chasis Lemán Russ equipados con cañones automáticos y bólteres pesados. Eran como los exterminadores del capítulo. Vehículos diseñados para hostigar a las tropas de infantería.

—Eriksson, Vre —susurró Rossek.

Los dos cazadores grises se desplegaron por el flanco izquierdo avanzando entre los afloramientos, mientras los siete miembros restantes de la manada permanecieron a cubierto en el fondo del valle.

Una enorme roca explotó a varios metros a la derecha de Rossek, destrozada por el fuego de mortero. Los disparos bólter de los tanques volaban por el cielo del valle, acercándose cada vez más a la posición de los lobos.

Rossek comprobó el localizador de su casco, y vio como sus tropas adoptaban

posiciones elevadas.

—Ahora —dijo.

Los cazadores grises que se habían desplegado por los flancos salieron de sus escondites y corrieron hacia las filas enemigas, avanzando sobre el terreno como konungurs en estampida. Se movían con velocidad y paso firme sobre el terreno traicionero. Los bólter comenzaron a abrir fuego, haciendo explosión en los laterales de los tanques y sobre las primeras líneas de infantería.

Rossek vio como los bólter pesados de los tanques giraron para apuntar hacia los asaltantes. Esperó unos segundos para que el grueso de la escuadra enemiga estuviera dentro de su alcance, entonces cerró el puño con fuerza.

—*Hjolda!* —gritó mientras salía de su parapeto.

Los demás cazadores saltaron con él, lanzando gritos desafiantes y haciendo ondear al viento las pieles que cubrían sus armaduras. La hora de actuar a escondidas había terminado, había llegado el momento de moverse con velocidad.

Los disparos de bólter volaban junto a Rossek mientras se dirigía hacia su destino. Su sentido animal le permitía ir siempre un paso por delante de las reacciones de los mortales. Comenzó a abrir fuego con el bólter de asalto que llevaba en la mano izquierda. Conforme se aproximaba a la primera línea de infantería, su espada sierra cobró vida y comenzó a chirriar.

Los vehículos enemigos eran potentes pero demasiado lentos, y avanzaban con dificultad sobre el terreno escarpado. Los lobos continuaban aproximándose al enemigo. A pesar de ir enfundados en sus servoarmaduras se movían con gran agilidad, con movimientos rápidos y fluidos.

Rossek llegó hasta el primero de los tanques y saltó sobre él ayudado por los servos de su armadura. La torreta comenzó a girar, pero el guerrero hundió la espada sierra en el metal, desgarrando la cubierta del tanque y levantando un chorro de chispas.

Dos cazadores más saltaron sobre el otro vehículo mientras el resto de la escuadra pasaba de lado y caía sobre la infantería. El estruendo de los disparos bólter pronto ahogó los silbidos de los láser.

En un solo movimiento, Rossek enganchó el bólter en el cinturón, cogió una granada perforante y la lanzó a través del orificio que había abierto en el blindaje de la torreta. Acto seguido saltó envuelto en una nube de fuego enemigo. Los bólter del tanque trataron de seguirlo, pero pronto fueron silenciados por la explosión de la granada. El tanque se bamboleó y las placas del blindaje se combaron a causa de la explosión interna.

En ese momento, los depósitos de combustible del segundo tanque también explotaron. Ambos vehículos se convirtieron en columnas de humo negro que emergían de sus cascos carbonizados.

Los mortales rompieron la formación y comenzaron a retirarse sobre el mismo terreno sobre el que antes habían caminado con tanta confianza, algunos de ellos incluso tiraron las armas al suelo. Rossek rugió con desdén, desenfundando el bólter y preparándose para continuar con la venganza.

Entonces, el escáner de proximidad detectó nuevas señales que habían permanecido encubiertas por el avance de la infantería. En el otro extremo del valle, una línea de figuras ataviadas de color zafiro y bronce avanzaban lenta pero inexorablemente. Rossek se puso a cubierto y efectuó un recuento. Dieciocho. Casi el doble que ellos.

—Hemos recibido una comunicación del Aett, jarl —informó Frar, respirando entrecortadamente y agachándose junto a él sobre la roca. Su voz estaba impregnada del frenesí de la caza—. Tenemos orden de retirarnos.

Rossek no se movió, ampliando el campo de visión de su casco y contemplando el avance de los marines traidores entre las líneas de mortales que se batían en retirada. No hacían nada para ocultar su presencia, no intentaban encubrir su avance. Se

movían en silencio, con una actitud arrogante, como si ya hubieran conquistado el mundo sobre el que caminaban.

—Traidores —murmuró, sintiendo como su necesidad de matar iba en aumento. Los mortales no eran más que carne de cañón; aquél era el verdadero enemigo.

—¿Jarl? —preguntó Frar—. ¿No vamos a responder?

Rossek encontró irritante aquella pregunta. Acaban de toparse con los únicos guerreros que no huirían como ganado a la primera embestida. De pronto se encontró dejando escapar un aullido agudo y colocando el dedo sobre el gatillo del bólter.

—No, hermano —dijo, sintiendo como los demás miembros de la manada se ponían a cubierto a su alrededor mientras calculaba la distancia que los separaba de los marines traidores—. No responderemos. No responderíamos ni aunque fuera una orden directa del mismísimo Padre de Todas las Cosas.

Se volvió hacia los cazadores grises, percibiendo el ardor de la muerte que se había apoderado de todos ellos. La manada había estado luchando durante horas, y el olor de la muerte había calado muy hondo en ellos.

—Corta las comunicaciones —ordenó—. Vamos a atacar. A mi señal, desatad toda la furia de Russ sobre aquellos que han osado mancillar nuestros dominios.

Los cazadores se prepararon para recibir la orden, asiendo con fuerza los bólteres y las espadas sierra.

—Por la ira de Russ, jarl —respondió Frar. Mientras hablaba, un entusiasmo gutural se apoderó de sus palabras.

* * *

Ramsez Hett caminaba sobre la nieve fangosa; tenía la ropa empapada. Su armadura dorada lo protegía de las bajas temperaturas, aunque aquel frío era capaz de atravesar incluso la capa de aislamiento térmico.

La plataforma de desembarco de Heq'el Mahadi había pasado de ser un espacio de unos pocos cientos de metros cuadrados a ocupar más de un kilómetro, una pequeña ciudad excavada en la meseta helada. Había baterías antiaéreas, generadores de escudos de vacío, muros prefabricados y varias hileras de trincheras dispuestas por todo el perímetro. Ya habían desembarcado más de dos mil guardianes de la torre, y el número seguía aumentando con nuevos desembarcos cada hora. Entre ellos también había escuadras de rubricae, cada una de ellas acompañada por un hechicero y rodeada por cien soldados mortales. Los tanques y la artillería móvil de Prospero iban ocupando posiciones en la nieve; los motores, trabajando bajo aquellas condiciones extremas, emitían enormes columnas de humo negro. Heq'el Mahadi albergaba un ejército formidable, y sólo era uno de los nueve puntos de desembarco. La magnitud de la ambición de Aphael jamás había sido tan evidente.

«Nunca podremos repetir nada semejante. Todo depende de este ataque».

* * *

El señor hechicero raptora llegó hasta su destino. Un comandante de la Guardia de la Torre se acercó hasta él y lo saludó. Iba ataviado con una armadura completa, máscara y casco de combate, un equipamiento del que no habían disfrutado las primeras tropas en desembarcar.

—¿Llegará a tiempo, comandante? —preguntó Hett; su voz sonaba tan áspera como siempre. Ramsez Hett no había permanecido completamente inalterado por la Rúbrica, y sus cuerdas vocales se habían tensado más allá del límite de los mortales. Si el comandante percibió el efecto, al menos no mostró ningún indicio de ello.

—Sí, señor —respondió, mirando hacia el cielo.

Ambos estaban en el extremo de una enorme plataforma de aterrizaje, despejada con rifles de fusión y allanada con plasticemento. Varios rubricae permanecían en guardia

en todo el perímetro, tan inmóviles como los afloramientos rocosos que los rodeaban. Hett miró hacia donde señalaban los ojos del comandante, y vio cómo la nave de Aphael efectuaba el descenso hacia su posición. Era una Stormbird, una de las muchas que la legión operaba desde hacía tiempo, pintada con tonos dorados y decorada con imágenes de bestias míticas. La cabina se perdía en una maraña excesivamente barroca de símbolos y dibujos geométricos. Y por encima de todos ellos destacaba el Ojo, mirando desde un fondo granate y gris berilio.

Mientras contemplaba el descenso de la nave, Hett se preguntó si Temekh tendría razón sobre la pérdida de gusto de la legión. Aquel transporte era demasiado llamativo. Demasiado grande. Era vulgar.

«Si perdemos nuestra capacidad de juicio, nuestra habilidad para discernir, lo perdemos todo».

La rampa del transporte descendió hasta posarse lentamente sobre el suelo. Lord Aphael bajó por ella caminando con una actitud desenfadada y rodeado por seis rubricae ataviados con armaduras de exterminador. La expresión de su casco de bronce, perforado con una rejilla vocal más grande de lo habitual, mostraba una expresión de satisfacción. Todos los movimientos del comandante eran petulantes, presumidos, estudiados.

—Felicidades, hermano —dijo Aphael cuando llegó hasta Hett—. Nos ha proporcionado la plataforma que necesitamos.

Hett hizo una reverencia.

—Hemos perdido muchos hombres, mi señor. Más de los que deberíamos. Los perros han atacado sin demora.

Aphael se encogió de hombros.

—Éste es su mundo. Nosotros defenderíamos el nuestro con la misma presteza.

—Sin embargo —replicó Hett, volviéndose hacia Aphael—, los mortales no son rival para los marines espaciales. Ha habido numerosas carnicerías.

Hett pudo percibir un destello de irritación en Aphael. A pesar de la ecuanimidad que intentaba transmitir el comandante, algo se ocultaba en su interior, algo frágil. De haber pertenecido al culto de los Athanean, Hett habría podido saber de qué se trataba.

No era miedo, aunque posiblemente era algo parecido.

—Ésa es la razón por la que los rubricae acuden a la guerra —respondió Aphael—. Gracias al engaño de nuestro señor no puede quedar más de un centenar de perros en su guarida. Hemos traído a más de seiscientos de nuestros hermanos silenciosos. Y tenemos dos millones de tropas mortales para enfrentarse a unos pocos miles. ¿Acaso esa proporción no te tranquiliza, hermano?

Hett sintió el apremio en las palabras del comandante.

«¿Es que teme fracasar? ¿Es eso? No. El desasosiego que siente es más sutil. Es algo diferente, algo dentro de él».

—No quería dar a lo interrumpió que...

—Sí, si querías —dijo Aphael con un suspiro cansado—. Y estás en tu derecho. Tú también eres comandante, como yo.

Se detuvo y contempló la explanada, repleta de escuadras de infantería y dominada por el rumor de los motores de los tanques. Un ala de cañoneras volaba a poca altura, algunas mostraban las cicatrices de combates recientes. Era una visión imponente, una demostración de fuerza que muy pocos adversarios en toda la galaxia tendrían capacidad para repeler.

—Si no estuviéramos en Fenris ya tendríamos todo lo que necesitamos —dijo Aphael—. Pero en este planeta el conformismo puede matarnos a todos.

Se volvió y miró hacia la Stormbird, cuyas compuertas laterales también se habían abierto. Algo comenzaba a descender por la rampa. Algo enorme.

—Como puedes ver, Ramsez, hemos tomado todas las precauciones que podían

tomarse. Acudiremos a la batalla con todas las armas que la legión tiene a su alcance. Una estructura descomunal emergió de entre las sombras de la bodega de carga. Era el doble de alta que los rubricae que la flanqueaban, una montaña móvil de metal combado. La cabeza estaba justo en el centro de su torso, rodeada por una serie de figuras geométricas talladas en bronce. Uno de sus brazos sostenía un cañón y el otro un taladro gigantesco. Avanzaba a pasos agigantados, buscando el equilibrio con agilidad sobre la superficie inclinada de la rampa. El monstruo dorado desprendía un fuerte olor a aceite y a líquido refrigerante, pero eso era todo. No tenía alma. Incluso los rubricae tenían más presencia en la disformidad.

Hett lo contempló sorprendido.

—Catafractos —dijo, viendo como una segunda criatura emergía de la bodega—. Creí que habían sido...

—¿Destruídos? No todos. Éstos son los últimos.

Hett vio como los enormes robots de combate, productos de una tecno-hechicería ancestral, llegaban al límite de la plataforma de aterrizaje y se detenían. Eran una visión formidable, inconfundible. Otras criaturas siguieron los pasos de las dos primeras; toda una escuadra de máquinas de muerte.

—Por supuesto, hemos introducido algunas modificaciones —explicó Aphael, señalando los taladros que tenían por brazos—. Si es preciso desenterrar a los perros, así lo haremos.

—¿Cree que será preciso llegar a eso?

—No lo sé —respondió Aphael, el odio de sus palabras se volvió inconfundible. Durante un momento, su voz se pareció a la de Hett—. Si nos reciben sobre el hielo, iremos a por ellos. Si se esconden en sus túneles, iremos a por ellos. Los encontraremos, los arrastraremos hasta el combate y los aplastaremos hasta que su sangre manche este lugar tan profundamente que no se recupere jamás.

OCHO



OCHO

—¡Por Russ!

Rossek vio como el visor de su casco se llenaba de saliva cuando hundió la hoja del puño sierra y desgarró el peto de la armadura del marine traidor. Por un instante vio que sus hermanos también se sumaban a la carga, habían desactivado los bólter para desenfundar las armas de combate cuerpo a cuerpo. Los pocos supervivientes del ejército mortal ahora eran irrelevantes. Lo único que importaba eran los traidores: dieciocho marines de Rúbrica contra una manada de once lobos espaciales con sus puños dominados por la ira.

Pocas posibilidades.

El marine de Rúbrica que Rossek tenía delante se movía con tanta agilidad como él. Aunque los gigantes de color zafiro marchaban con parsimonia, tan pronto como entraban en combate sus cuerpos parecían cobrar vida. Sus movimientos eran como los de las Legiones Astartes, rápidos y certeros, movidos por la maestría de la semilla genética y por un entrenamiento riguroso.

Ceramita contra ceramita, gris contra bronce y zafiro. La manada de lobos se sumió en el fragor del combate con sus amuletos óseos ondeando al viento y sus brazos cubiertos de pieles lanzando golpes con una precisión y una fuerza aterradoras.

Los traidores respondieron en silencio, repeliendo cada ataque con una nueva embestida. Se movían con la misma agilidad, lanzaban estocadas con igual precisión, respondían a cada carga con un nuevo golpe de sus espadas de energía.

Rossek era más alto que todos ellos, sobresalía en su armadura de exterminador ennegrecida por los disparos láser. Se había abierto paso entre el grupo de traidores aprovechando la fuerza de la carga y dibujando arcos en el aire con la hoja del puño sierra.

El marine trató de recuperar el equilibrio, luchando estoicamente contra la tormenta que se le venía encima, pero retrocediendo paso a paso mientras la furia de la hoja de Rossek hacía saltar esquirlas de su armadura. En ningún momento emitió ni un susurro.

—¡Muerte a los traidores! —gritó Rossek, sintiendo como la adrenalina se apoderaba de todo su cuerpo. Su lobo interior luchaba con la boca llena de espuma, aullando y dando dentelladas. El silencio del enemigo no hizo sino avivar su furia, haciendo que la carga se volviera aún más salvaje.

El marine de Rúbrica se tambaleó y perdió el equilibrio. Rossek se abalanzó sobre él, aprovechando aquel breve instante para descargar una ráfaga de disparos bólter. Los proyectiles destrozaron la armadura del marine traidor y abrasaron los ornamentos del yelmo y de las hombreras.

—¡Ésta es la ira de Fenris! —gritó Rossek, sumándose a los alaridos y gritos de guerra de sus hermanos.

Aquella era su vida. Era la perfección misma; desatar el combate sobre el enemigo, luchar sobre el hielo tal y como el Padre de Todas las Cosas les había enseñado. Entre toda la rabia, la furia ciega y el ardor de la muerte también estaba eso.

Placer.

Rossek rió bajo el peso del casco, sin apenas percatarse de las runas que le mostraban las posiciones de la manada y sus signos vitales. El marine de Rúbrica sólo pudo postrarse ante la ira del guardián del lobo, incapaz de contrarrestar la carga. Su corta existencia estaba a punto de terminar.

Entonces, todo se detuvo.

Rossek vio que Mandibulacortada corría hacia las rocas que tenía a su derecha,

dispuesto a abalanzarse sobre dos marines de Rúbrica mientras las pieles que cubrían su armadura ondeaban al viento. Pero el cazador gris se detuvo, paralizado en mitad de una carga incompleta.

El resto de la manada también se frenó, ralentizando sus movimientos, como si avanzaran sobre una capa de aceite, hasta detenerse completamente.

Rossek consiguió darse la vuelta antes de sentir como la misma pesadez se apoderaba de sus miembros.

—¡Luchad, hermanos! —gritó, viendo como la mancha del maleficarum se apoderaba de él y el hedor de la hechicería lo paralizaba completamente. Las runas de su armadura comenzaron a emitir destellos rojizos, desafiando aquella oleada de corrupción repentina. Su visión se volvió borrosa, como si la niebla se hubiera extendido por los límites del valle a una velocidad sobrenatural—. ¡Luchad!

Los marines de Rúbrica no sufrieron ninguno de esos efectos. Recuperaron la compostura con una eficiencia despiadada y comenzaron a hundir las hojas en los cuerpos de los lobos con una frialdad impasible, desgarrando las armaduras, destrozando la carne blanquecina de los guerreros e ignorando sus alaridos agonizantes.

Rossek aún podía moverse, aunque muy despacio. Cada movimiento suponía un esfuerzo insoportable.

«Demasiado lento para salvarlos».

Dejó salir un alarido, obligando a sus músculos a seguir luchando movidos por su propia fuerza de voluntad. El sudor comenzó a correr por su frente tatuada, empapándole las mejillas. Tratar de mantener los puños en el aire ya constituía un esfuerzo tremendo, y mucho más intentar luchar con ellos.

Los marines de Rúbrica se dirigieron hacia él. El que había estado a punto de aniquilar también estaba entre ellos; a pesar del estado de su armadura, su avance no parecía vengativo. Tras desenfundar la espada, avanzó hacia él preparando la estocada final.

En medio de aquella agonía, Rossek pudo ver como las runas de su casco se apagaban una tras otra. Los guerreros que él mismo había llevado a la batalla estaban siendo masacrados como ganado.

Aferró con fuerza el puño sierra, apretó los colmillos y trató de rebelarse. Sentía que sus corazones estaban a punto de explotar y que sus huesos iban a desgarrarle los músculos, pero de algún modo consiguió colocar el arma en posición.

Entonces, por primera vez, vio el origen de la hechicería. A pocos metros de distancia, la silueta difusa de un mago de los Mil Hijos emergió de su escondite. Rossek pudo olerlo, sintió como el olor dulce de la corrupción se introducía por sus fosas nasales. Debajo de aquellos hábitos había un ser de carne y hueso, un corazón palpitante y una mente imbuida de malicia.

El hechicero portaba un báculo dorado, y un halo de destellos blanquecinos rodeaba su cabeza cubierta de sellos.

Mientras mueres, guerrero, quiero que sepas esto.

Una voz tenue y distorsionada por el odio comenzó a resonar en su mente. El hechicero lo señaló con el báculo.

Os haremos esto a todos y cada uno de vosotros.

Entonces, el mundo de Rossek se llenó de luz y de dolor. Una fuerza descomunal lo levantó del suelo. Sintió que todo su cuerpo se estremecía por la explosión a pesar de la protección de la armadura. Cuando golpeó el suelo, el impacto le produjo un dolor sordo e insoportable. Sintió el sabor a sangre que le inundaba la boca, seguido por el fuerte olor de la explosión de un proyectil perforante.

Levantó la cabeza, tenía la vista borrosa y luchaba por no perder la consciencia.

¿Un proyectil perforante?

—Jarl, no te muevas.

Era la voz de Rojk sonando por el comunicador. La visión de Rossek comenzó a aclararse justo a tiempo para ver como los proyectiles de artillería caían sobre la escuadra de los Mil Hijos. Los marines traidores comenzaron a batirse en retirada tal y como habían hecho sus predecesores mortales. Enormes bolas de fuego sobrevolaban los afloramientos rocosos, mezcladas con los misiles perforantes y los proyectiles de bólter que estaban asolando a los marines de Rúbrica. Vio como varios traidores se abrasaban en aquel infierno, con sus armaduras reducidas a esquirlas por el fuego de las detonaciones. Los supervivientes se retiraban, huyendo de aquella tormenta de fuego en una formación disciplinada.

Unos instantes después, Rossek sintió como unas manos lo agarraban por la armadura, arrastrándolo sobre el terreno irregular.

—Mi... mi manada —acertó a murmurar; aún tenía la vista nublada y se sentía aturdido.

El movimiento se detuvo. La silueta de un casco que le resultaba familiar apareció delante de él. Un yelmo blanquecino y tallado con la forma de un cráneo de oso. Parecía más un sacerdote lobo que un colmillo largo.

—Únicamente hay otro signo vital —dijo Torgrim Rojk. Había un cierto tono acusador en la voz del viejo guerrero—. Los tenemos a los dos y vamos a sacarlos de aquí.

En algún punto cercano, Rossek pudo oír el sonido de los motores de un Land Raider. Los veteranos comenzaron a retirarse sin dejar de abrir fuego. Llevaban a rastras el cuerpo de Aunir Frar, inmóvil y cubierto de sangre.

—Si nos quedamos aquí nos aplastarán —dijo Rojk con serenidad—. Véalo usted mismo.

Rossek se volvió, aunque casi perdió el equilibrio. A varios cientos de metros de distancia, al otro lado de la zona en la que los miembros de su manada yacían muertos sobre la roca, pudo ver como los marines de Rúbrica comenzaban a reagruparse. Tras ellos, en la entrada del valle, habían aparecido más tropas, tanto mortales como traidores. Y perdidas en la distancia asomaron varias columnas de tanques, mucho más grandes que los que habían destruido, avanzando sobre las rocas con sus enormes cadenas.

La avanzadilla había recibido el apoyo de los batallones principales. El avance de los Mil Hijos seguía su curso. Había intentado llegar demasiado lejos. El hedor insoportable del maleficarum continuaba inundándole las fosas nasales. No podían luchar contra aquella hechicería.

Torpemente, dejó que lo ayudaran a subir al transporte. El humo comenzó a emanar de los escapes cuando los motores se prepararon para la retirada. Los bólteres del Land Raider no cesaban de abrir fuego para cubrir la huida.

Rossek apenas pudo sentir como lo arrastraban hasta el suelo de metal en medio del temblor de los motores que comenzaron a propulsar el transporte sobre el suelo irregular del fondo del valle. El velo de la corrupción le atenazaba la mente, nublando sus pensamientos y confundiendo su instinto.

El Land Raider abandonó el valle y ganó velocidad. Rossek consiguió ponerse de rodillas, su cuerpo magullado tuvo que luchar contra los servos inmóviles de la armadura. Sólo entonces la claridad regresó, la conciencia de lo que había ocurrido.

«Yo los he matado».

El lobo que habitaba en su interior lanzó un aullido, no fue un grito de guerra ni de gloria, sino de dolor.

* * *

Al tripulante Reri Urfangborn le gustaba el vacío. Incluso cuando la nave atravesaba ese extraño lapso que eran los viajes por la disformidad, con todos sus mareos y sus náuseas. Ser un miembro de la tripulación de un navío de los Adeptus Astartes era

mucho más interesante que la vida media de un mortal del Imperio. Lo sabía porque había visto otros mundos y contemplado de primera mano los horrores y las maravillas de la galaxia. Había visto ciudades colmena que se perdían en atmósferas ácidas, enormes mundos agrícolas atestados de plagas, mundos forja repletos de manufacturums tan grandes como continentes, asfixiados por el humo y asediados por la contaminación y las enfermedades.

Después de todo, pasarse la vida en el enginarium de la *Nauro* no era una mala carrera. Era un lugar oscuro y frío, pero Fenris también. Olía muy mal, aunque después de unos cuantos años uno dejaba de percibirlo. Los kaerls eran muy malhablados y no se lo pensaban dos veces antes de reprender a los trabajadores con la culata de su rifle, pero aparte de eso eran humanos. Después de escapar del bloqueo orbital, el capitán había ordenado distribuir semimjod, un sucedáneo alcohólico del estimulante sagrado de batalla que bebían los guerreros espaciales. Eso había estado bien. Hizo que todo el mundo estuviera un poco más feliz, a pesar de los accidentes que se produjeron.

Desde que escaparon de Fenris, el volumen de trabajo había aumentado considerablemente. Resultaba difícil saber cuánto tiempo había transcurrido; los cronos internos no eran demasiado fiables en la disformidad, y sólo el navegante sabía realmente cuánto tiempo había pasado desde que alcanzaron el punto de salto y activaron los motores de disformidad. Era evidente que varios días; al menos el cuerpo de Reri podía calcularlo. Aquel tiempo había transcurrido con más trabajo de lo habitual; no podía dormir más de un par de horas cada ciclo antes de que lo despertaran con la siguiente tarea. Algo estaba obligando al comandante a imprimir a la nave más velocidad de lo normal, exprimiendo hasta el último átomo de energía a pesar de los enormes daños que habían sufrido sobre Fenris.

Como tripulante de las cubiertas inferiores, Reri no tenía información sobre el proceso de reparación de la nave, pero conocía bien los motores, y sabía que aún estaban muy dañados. Había fugas por todas partes: tres de los cuatro conductos principales que llevaban el combustible hasta los motores estaban inutilizados. Siete cubiertas habían sido totalmente selladas, lo que hacía que moverse entre los distintos niveles fuera difícil y laborioso. Además de esto, los rostros de los tripulantes de mayor rango habían pasado de mostrar ansiedad a mostrarse sombríos. Morkai seguía pisándoles los talones, aunque quizá ya no estuviera tan cerca como lo había estado en Fenris.

Eso era una buena noticia para Reri Urfangborn. Le gustaba vivir, y le gustaba aún más desde que Anija, del departamento de intendencia, había dejado de mostrarse tan indiferente y parecía dispuesta a pasar algún tiempo con él. Sin embargo, no se engañaba, sabía que ella no sentía por él demasiado afecto; su silueta encorvada y su piel grisácea, producto de una vida de trabajo, no lo convertían precisamente en un parangón de virilidad; pero era increíble lo que una experiencia cercana a la muerte podía hacer para suavizar la resistencia de una mujer.

Avanzó por los túneles de mantenimiento con paso firme, con la confianza propia de alguien que llevaba años moviéndose por las entrañas de la *Nauro*. La luz era más tenue de lo habitual. Secciones enteras de la nave podían verse sumidas en la oscuridad sin previo aviso si los motores reclamaban una inyección extra de energía, por eso había colocado dos linternas a ambos lados de su casco. Conforme avanzaba podía oír su propia respiración, pesada y nerviosa. Había pasado mucho tiempo, y tenía las palmas de las manos grasientas de deseo y lubricante para motores.

Giró una esquina y se introdujo en un corredor aún más angosto, con mucho cuidado para no tocar la maraña de cables desnudos. Los paneles de metal a su alrededor vibraban de manera constante, azotados por los latidos de los motores descomunales de más arriba.

Justo cuando llegó a su destino, un almacén perdido en el laberinto de túneles de

mantenimiento, las luces se apagaron por completo.

Reri esbozó una sonrisa mientras encendía las linternas. Los dos rayos proyectaban una luz acuosa y tenue, pero resultaban suficientes para iluminar lo que tenía delante. Salió del corredor y se introdujo en el almacén después de apartar una caja llena de piezas viejas. Miró a su alrededor y los rayos de luz se movieron por la pila de cajas que se amontonaban sobre el suelo metálico.

Anija ya estaba allí, apoyada sobre un montón de piezas oxidadas, esperándolo en medio de la oscuridad y con la cabeza inclinada. Reri vio refulgir su melena roja y sintió que una ola de excitación se extendía por todo su cuerpo.

—Veo que has venido —dijo con un tono de voz anhelante mientras se acercaba a ella.

Anija no respondió, Reri se detuvo durante un instante. ¿Estaría enferma? ¿Habría cambiado de opinión? Se acurrucó frente a ella y extendió la mano huesuda para acariciarle el pelo. Entonces dudó, le temblaban los dedos. Estaba en una postura extraña.

—¿Anija?

Le apartó la melena para ver su rostro pálido. Sus ojos se habían convertido en dos orificios negros de los que salía un reguero de sangre.

Reri comenzó a gritar y saltó hacia el muro que tenía detrás.

Pero no era un muro. Era un gigante de metal, un monstruo con una servoarmadura y un yelmo crestado. La bestia extendió el brazo y lo cogió por el hombro, apretando con fuerza hasta que comenzó a sangrar.

Reri continuó gritando mientras otra figura emergía de las sombras. El segundo monstruo llevaba una túnica que cubría una armadura ornamentada de forma similar a la del primero, aunque se movía como si estuviera herido. Su casco tenía forma de cabeza de cobra, y estaba coronado por una capucha dorada. El monstruo de la túnica hizo un gesto y Reri se dio cuenta de que ya no podía gritar. Tenía la boca abierta pero no conseguía emitir ningún sonido, aunque en su mente continuaba gritando. Luchó, más por instinto que por cualquier otra cosa. Empezaba a reconocer a aquellas figuras como lo que eran: una especie de marines espaciales envilecidos. Aquello le indicó todo lo que necesitaba saber respecto a sus expectativas de supervivencia.

La figura de la túnica se acercó a él. Las linternas de Reri iluminaron la cabeza de cobra haciendo refulgir las joyas incrustadas en el metal. Como si de una pesadilla se tratara, sus labios seguían siendo incapaces de emitir ningún sonido. Poco a poco, los músculos de su rostro se relajaron, hasta que una expresión de apatía se apoderó de él.

La segunda figura le dijo algo a la otra, aunque no era un idioma que Reri conociera. Entonces el del yelmo dorado se volvió hacia él.

—Me alegro de que hayas venido —dijo la máscara, que en esta ocasión habló con un extraño acento de Fenris. Su voz era suave, incluso amable—. Tu amiga no ha sobrevivido a este proceso, espero que tú seas más fuerte.

Levantó los dos guanteletes. Uno de ellos sostenía un escalpelo; el otro, dos orbes que destellaban con una luz verdosa e impía. Aparte del brillo de la hechicería, parecían dos ojos.

Reri continuó gritando. Continuó gritando mientras las linternas se apagaban, continuó gritando mientras el maestro Fuerza se ponía a trabajar y continuó gritando hasta que el hechicero de los Mil Hijos hubo terminado. De hecho, aunque sus rasgos permanecieron inmóviles y desprovistos de toda emoción gracias a una magia más poderosa de lo que jamás llegaría a comprender, había una parte de Reri Urfangborn que jamás dejaría de gritar.

* * *

Puño infernal se elevó en el aire, la luz del atardecer se reflejaba en su armadura y su

cuerpo dejaba tras de sí estelas de nieve.

—¡Los lobos están entre vosotros! —gritó, rompiendo por fin el silencio tenso.

Cinco metros por debajo de él, la columna de tropas mortales rompió la formación, y comenzaron a correr movidos por un terror casi cómico. Había sido muy estúpido por su parte avanzar tan cerca del borde del precipicio, caminando por el fondo de una garganta donde se habían convertido en presa fácil para una emboscada.

A dos metros a la derecha de Puñoinfernal, Rojapiel emergió de entre la nieve con un alarido salvaje. El resto de la manada cargó junto a él, liderados por la figura rugiente de Sigrd Brakk, una pesadilla de estocadas y golpes desatada bajo la luz del crepúsculo. Los lobos atacaron al unísono como una avalancha, aplastando a las tropas que avanzaban bajo sus pies.

Los disparos láser comenzaron a centellear mientras los mortales se batían en retirada, volando entre las sombras de la garganta e iluminando el paisaje abrupto. Muchos de ellos se movían a trompicones, rompiéndose los tobillos entre las rocas afiladas. Debía de haber al menos cien de ellos, todos ellos muy bien armados... para ser mortales.

Puñoinfernal se posó sobre el suelo, aplastando la espina dorsal de un soldado con el puño de combate, que había comenzado a crepitar envuelto en su campo de energía. Giró lanzando una estocada contra otros dos guerreros, resquebrajando las máscaras y dejando que se asfixiaran en la atmósfera exigua de Fenris. Con la mano que tenía libre, lanzó una ráfaga de disparos bólter que abrieron un corredor de sangre entre la falange enemiga; acto seguido se adentró en él.

—¡Por la ira de Russ! —gritó Puñoinfernal mientras seleccionaba sus objetivos entre la masa de figuras aterrorizadas.

Por entonces, Rojapiel y el resto de la manada ya se habían metido de lleno en pleno combate, lanzando golpes, dando estocadas y disparando los bólters con precisión. Los campos de energía y los destellos de los disparos iluminaron la luz del anochecer, sumándose al resplandor de los láseres del enemigo, que poco más podía hacer aparte de perecer bajo aquella emboscada.

—¡Enfrentaos a mi hoja, escoria traidora! —gritó Rojapiel, avanzando sobre las rocas con el paso firme propio de un lobo—. Plantadle cara a mi...

Un disparo láser perdido impactó directamente en el peto de su armadura, haciendo que perdiera el equilibrio y cayera de espaldas.

Los garras sangrientas se rieron al pasar a su lado, mientras masacraban a los mortales que huían ante ellos con un abandono casi displicente.

—¿Que se enfrenten a qué, hermano? —se burló Puñoinfernal mientras abatía a un soldado con la pistola bólter justo antes de masacrar a otro con el puño de combate.

Dienterroto profirió una carcajada mientras hundía la espada sierra en un grupo de mortales aterrorizados. Los filos monomoleculares desgarraban las armaduras como si fueran de tela.

Rojapiel se puso en pie. Desprendía ira y vergüenza. Una pequeña columna de humo emanaba del disparo que había recibido en la armadura.

—¿Quién demonios ha sido? —gruñó mientras se sumaba al avance de sus compañeros; su voz grave se elevó sobre los gritos y los sollozos de los mortales. Encadenó una ráfaga de disparos bólter tras otra, abatiendo a los enemigos por docenas—. ¡Intentadlo de nuevo! ¡Intentadlo!

Puñoinfernal esbozó una sonrisa mientras destrozaba el visor de un soldado y lo remataba con la pistola.

—Ojalá alguno de ellos se atreva —dijo a través del comunicador—. Nos estamos quedando sin enemigos a los que matar.

Era cierto. Brakk había bloqueado la vía de escape del enemigo, aplastando a los mortales con una habilidad y una precisión superiores incluso a las de los garras sangrientas. Como siempre, el guardián del lobo había permanecido en silencio

durante toda la masacre, dejando que sus soldados dieran rienda suelta a su ira y asegurándose de que ningún enemigo consiguiera escapar. Cuando por fin se aproximó a la posición de Puñoinfernal, el terreno ya estaba cubierto de cadáveres congelados. El último de los enemigos fue abatido con desdén.

—Ya basta —dijo Brakk una vez que el frenesí de muerte se hubo calmado. Introdujo un cargador nuevo en la pistola—. Hemos terminado. Regresamos al Aett.

Rojapiel aún estaba rabioso.

—¿Por qué? —protestó mientras su espada sierra continuaba chirriando—. Podríamos seguir luchando durante toda la noche.

Brakk soltó un bufido. A diferencia de los demás líderes de manada, había decidido luchar ataviado con la servoarmadura en lugar de enfundarse la armadura de exterminador, aunque de algún modo aún destacaba sobre los soldados que había a su alrededor.

—No vamos a quedarnos aquí hasta que tengáis que volver a saltar de una nave —replicó con un tono seco— Debemos recibir órdenes del Aett. Vamos a regresar.

Puñoinfernal opinaba lo mismo que Rojapiel. Su cuerpo aún estaba inundado de endorfinas. El baño de sangre había sido considerable, aunque todas sus presas habían sido menores. Aún tenían mucho trabajo que hacer, y verse arrastrado de nuevo a su guarida le parecía un insulto.

—Deberíamos quedarnos —dijo casi involuntariamente.

Toda la manada permaneció en silencio. Lentamente, Brakk se volvió hacia él.

—¿Sí? ¿Y qué clase de genialidad táctica te ha permitido llegar a semejante conclusión?

El sarcasmo cayó como una losa sobre Puñoinfernal. Infinidad de posibles respuestas comenzaron a correr por su mente, sentimientos que deseaba expresar desde hacía meses.

«Nuestro señor lobo es demasiado precavido. Su sangre no es tan caliente como la de los demás. Nos está privando de la gloria que nos merecemos, y nos ha convertido en los cachorros del capítulo. Rossek debería haber sido el elegido. Él nos permitiría abalanzarnos sobre el enemigo, descargar toda la ira de nuestras garras y disfrutar del placer de la muerte».

Pero no pronunció ni una palabra. Brakk era un guardián del lobo experimentado, tan duro como el adamando y curtido en mil batallas. Era el depredador alfa, el señor indiscutible de la manada. Un garra sangrienta podía mofarse de sus superiores dejándose llevar por su juventud y su pasión, pero jamás podía desafiarlos.

Puñoinfernal hizo una reverencia, sintiendo como sus mejillas comenzaban a arder de rabia.

—Ahora hay brujos entre los traidores —explicó Brakk, dirigiéndose a toda la manada—. Y a pesar de las runas de Sturmhart somos vulnerables. Debemos retirarnos a un emplazamiento donde podamos luchar en mejores condiciones. El jarl sabe muy bien lo que hace.

La manada enfundó las armas y se preparó para regresar al Aett. Uno por uno, manteniendo la formación, comenzaron a avanzar por la garganta bajo las últimas luces del crepúsculo.

Mientras Puñoinfernal caminaba a solas, Brakk se acercó a él y posó el guantelete sobre el hombro del garra sangrienta. No fue un gesto nada amable.

—Sé como te sientes —le dijo a través de un canal cerrado—. Tu fuego te delata, Kyr Aesvai. Habrá más muerte, y encontrarás la gloria que tanto deseas.

Lo agarró con más fuerza.

—Pero vuelve a cuestionar una orden —gruñó—, y te degollaré con mis propias manos.

* * *

Ahmuz Temekh contempló la cámara. Estaba en el corazón del *Herumon*, protegido del vacío por los kilómetros de metal que formaban el casco de la nave. La estancia tenía nueve metros de diámetro y su planta era un círculo perfecto, los muros estaban pulidos como la superficie de un espejo. Ni siquiera los ojos de Temekh, acostumbrados a detectar la imperfección en todas sus formas, eran capaces de encontrar el más mínimo fallo en la superficie. Aquél era el resultado de varias décadas de trabajo por parte de sus neófitos, que habían comenzado a trabajar antes incluso de ser informados sobre el plan de Fenris. El suelo estaba igual de pulido y reflejaba la luz como un espejo. El techo, a unos veinte metros de altura, estaba muy ornamentado. Las figuras zodiacales y los cinco sólidos platónicos estaban tallados con líneas de oro y amatista, y dispuestos alrededor del Ojo.

«El Ojo. ¿Cuándo se convirtió en nuestro símbolo? ¿Alguno de nosotros se ha parado a pensar en lo que quiere decir, en lo que significa?»

Temekh contempló el techo con el poder de su mente, analizando el diseño. Aquellas imágenes, a pesar de ser muy hermosas, no sólo eran elementos decorativos; habían sido colocadas en puntos muy concretos en relación al centro de la cámara, puntos determinados por la armonía que generaban dentro de lo etéreo y por las resonancias que producían.

En ocasiones, los practicae y otros neófitos daban por sentado que el materium y el immaterium no guardaban ninguna relación concreta, y que lo que ocurría en uno sólo era reflejado de forma imperfecta en el otro. A pesar de lo difusas que pudieran parecer esas relaciones, aquello no tenía nada de cierto. Las relaciones causales eran más constantes y más concretas que cualquier cosa que existiera únicamente en el reino de lo físico, aunque se necesitara toda una vida de estudio para comprender como los elementos infinitos de los universos escindidos entraban en armonía unos con otros. Incluso los maestros hechiceros necesitaban símbolos para comprender esos significados; aquellas imágenes eran parte de ello, igual que los nombres. Por eso la cámara estaba decorada con nombres inscritos en las paredes, tallados en líneas perfectas con maquinaria olvidada y prohibida en el Imperio.

En sí mismos, aquellos nombres significaban muy poco. Pero colocados en el orden correcto y tratados con la reverencia que merecían, su significado podía ser aterrador. Todo dependía de las relaciones, de las conexiones, de la causa y el efecto.

En el centro de la cámara había un altar, tallado en bronce y decorado con más elementos esotéricos. Temekh permanecía frente a él, tal y como había hecho durante las últimas doce horas, con los dedos entrelazados, la cabeza inclinada y una actitud de contemplación silenciosa. Había avanzado mucho con las Enumeraciones, y podía acercarse tanto a la incorporeidad como se atreviera, consciente de los peligros tanto como de las oportunidades.

Sobre el altar, algo comenzaba a cobrar forma. A pesar de tener cerrados sus ojos violeta, Temekh podía ver cómo iba creciendo. Por el momento apenas podía verse nada. Un resplandor aquí, un destello allí. De vez en cuando el aire se movía, como si se produjera un cambio de temperatura.

La tarea a la que se enfrentaba era ardua, a pesar de los preparativos, de las investigaciones y de los sacrificios. Cuando se alcanzaban ciertos estados, y cuando se llegaba a un cierto grado de renuncia de lo físico, recuperarlo resultaba un proceso muy duro. A lo largo de los milenios, el universo había aprendido a resistir las imposiciones de la esencia puramente física. El materium tenía su propia alma; algo que tampoco era sabido por muchos; una habilidad generalizada para postergar las incursiones desde el otro lado del velo. De no haberla tenido, el poder demoníaco habría desatado la devastación por toda la galaxia de los mortales hacía mucho tiempo.

Para poder cumplir el deseo de su maestro, ese poder debía ser neutralizado, aplacado con suavidad. Ahriman lo definió una vez como adormecer al universo. Era una descripción muy acertada.

Al recordar a su viejo amigo, Temekh sintió como su corazón se ralentizaba, haciendo que su pulso se redujera a poco más de un latido por hora. Aquel recuerdo lo había ayudado. El proceso funcionaba.

Durante un breve instante, una pupila se materializó sobre el altar, tan profunda como los pozos del vacío y rodeada de un halo rojizo. En seguida desapareció, quedando como un eco perdido entre las figuras doradas.

«Te buscan en Gangava, mi señor —pensó Temekh, dejando que una parte de su mente se regodeara en la ironía—. Como si aún estuvieras encadenado a la geometría de lo físico. No saben lo poderoso, y lo débil, que eres».

Justo en ese momento el aire pareció moverse, fue como el residuo de algo parecido a la ira, como la entonación trivial de un ser enorme y autoritario, algo que aún era capaz de sentirse ofendido, de sentir que su orgullo estaba siendo herido.

Temekh tuvo que poner freno a sus pensamientos. Debía concentrarse.

Y aún tendría que permanecer concentrado durante muchos días. Cada átomo de la cámara presentaría resistencia, cada ley física lucharía y se revelaría al ser transgredida. El materium podía sentir la atrocidad que deseaba perpetrar, y se resistía con furia.

«Tranquilo —ordenó Temekh, ejerciendo su poder de manera sutil y silenciosa por toda la cámara—. En este lugar mi voz es la ley. Mi voluntad es la norma. Estoy aquí para cumplir el deseo de mi maestro. Estoy aquí para adormecerte».

NUEVE



NUEVE

El amanecer cayó sobre Asaheim, iluminando las montañas con rayos de luz tenue y haciendo refulgir kilómetros y kilómetros de nieve virgen con un brillo blanquecino. La luz se extendió por las faldas del Colmillo hasta caer directamente sobre las laderas del monte Friemiaki.

La luz del día iluminó un paisaje de devastación. El cerco de los Mil Hijos se había cerrado, un anillo de acero alrededor del pico solitario. La lluvia de plasma lanzada desde la flota orbital continuaba cayendo sin descanso, asolando los escudos de vacío y precipitándose por el aire. Todos los pasos de entrada y salida del Colmillo estaban cerrados, bloqueados por columnas de infantería y unidades mecanizadas. Las baterías de artillería pesada habían sido desplegadas en los acantilados que miraban hacia la fortaleza, y todos los cañones apuntaban directamente hacia el bastión de los lobos. Las falanges continuaban moviéndose, flanqueadas por columnas de tanques y protegidas por escuadrones de cañoneras que volaban a baja altura. Todas las piezas de artillería estaban en estado operativo, y los proyectiles no dejaban de silbar a través del cielo helado en su camino hacia las paredes de roca y hielo de la ciudadela de Russ.

Desde una plataforma de observación que se alzaba sobre la Puerta del Amanecer, Greyloc, Sturmhart y Hojadragón contemplaban el despliegue del enemigo. El sonido de los taladros y los martillos llegaba hasta ellos mezclado con los destellos de los soldados y los quemadores. Las baterías que rodeaban las puertas estaban siendo reforzadas con piezas antiinfantería sacadas de las armerías. La puerta, suficientemente ancha como para que un centenar de hombres la atravesaran sin problemas, había sido santificada por los sacerdotes rúnicos y pintada con símbolos de aversión. La estructura descomunal de adamantio, granito y ceramita estaba erizada de torretas con bólteres, lanzamisiles y cañones de plasma. La potencia de fuego acumulada allí era más propia de un crucero de asalto que de una ciudadela terrestre. Al otro lado de la puerta esperaban los defensores, ataviados con servoarmaduras o protegidos en el interior de los Land Raider, aguardando el momento idóneo para salir de su parapeto. Los escudos se extendían por toda la estructura, brillando bajo la luz oblicua del amanecer manchada por las nubes de aceite de motor quemado.

Greyloc aumentó el *zoom* del visor para escudriñar las posiciones enemigas, calculando el número de tropas, las distancias y la potencia de fuego.

«Deben pagar por transgredir estas puertas».

Estaba tranquilo, alerta, preparado. Los ataques sobre las plataformas de aterrizaje habían saciado la sed de sangre de sus guerreros y retrasado la ofensiva del grueso principal de tropas enemigas. Habían sufrido pérdidas, pero no eran nada en comparación con las bajas del enemigo.

—¿Cómo han conseguido reunir semejante ejército? —preguntó Sturmhart, impresionado—. Las sagas dicen que los diezmamos.

—Más enemigos a los que matar —respondió Hojadragón con un tono seco—. Puedes estar agradecido.

—Han estado planeando esto durante siglos, sacerdote rúnico —declaró Greyloc—. Ironhelm debería haberlo visto venir. Todos deberíamos haberlo hecho.

Sturmhart frunció el ceño debajo del casco. Durante los últimos días había trabajado con ahínco para reforzar las runas de protección del Colmillo, y aún seguía recriminándose por su incapacidad para leer los símbolos.

Al percatarse de esto, Greyloc se volvió hacia él.

—No te culpo de nada, hermano. Su capacidad para corromper el wyrd es lo que

constituye su infamia.

—Ellos no corrompen el wyrd —insistió Sturmhjart.

Hojadragón rió con severidad.

—¿Sabes qué, hermano? Lo cierto es que no me importa de dónde provenga esa hechicería. Ellos también pueden arder en las llamas del infierno como cualquier mortal, eso es lo único que importa.

Sturmhjart miró fijamente al sacerdote lobo, como si no supiera si eso era una burla o un halago.

—Arderán —dijo, girando su yelmo repleto de runas para contemplar al enemigo—. Claro que arderán.

Por detrás de ellos se oyó el sonido de un puño golpeando sobre el pecho de una armadura; Hamnr Shrieya se había colocado a su lado en la plataforma de observación. Al igual que todos los guardias del lobo, su armadura mostraba los signos del combate reciente; el puño de energía estaba repleto de quemaduras y las pieles que decoraban la armadura de exterminador habían quedado reducidas a andrajos.

—Skrieya —dijo Greyloc—. ¿Se ha completado la retirada?

—Así es, jarl.

—¿A cuánto asciende la cuenta de sangre?

—Les hemos hecho mucho daño, jarl. Nuestro número de bajas es mínimo, aunque... no insignificante. Hemos perdido una manada entera.

Greyloc levantó una ceja. La orden de retirada se había transmitido antes de que la aparición de los hechiceros convirtiera el campo de batalla en un terreno mortal para las escuadras.

—¿Una manada? ¿La de quién?

Skrieya dudó durante un instante.

—La de Tromm Rossek, jarl.

Greyloc sintió como si Skrieya le hubiera dado una patada en el estómago.

«Rossek. De todos mis soldados de élite, Rossek...»

—Él ha sido rescatado, pero su manada ha caído.

Greyloc tuvo que reprimir el conflicto de emociones que sintió al escuchar la noticia. Incluso bajo la armadura, el estado de sus feromonas se hizo patente ante los demás.

«El auténtico Hijo de Russ, el guerrero implacable, el imparable. Hermano, ésa es la razón por la que jamás podrás convertirte en jarl».

—Deberá ser castigado —dijo Hojadragón con frialdad—. Su manada tendría que haber luchado a nuestro lado.

—Ahora no es el momento —respondió Greyloc—. Necesitaremos sus armas.

Por un momento pareció que Hojadragón iba a protestar, aunque finalmente inclinó la cabeza.

—Como deseas, jarl.

Se produjo un silencio gélido. En la distancia, el despliegue de las tropas enemigas seguía su curso. A cada momento que pasaba, los valles que desembocaban en las entradas iban siendo ocupados por la vanguardia de los traidores. El enemigo desataría su ira antes de que el sol alcanzara su cénit.

Greyloc extendió la vista por lo que pronto sería el campo de batalla. Bajo el casco, su rostro pálido se vio inundado por una expresión de amargura.

—Lo único que deseo es que la batalla dé comienzo —gruñó mientras el vello de todo su cuerpo se erizaba—. Por la sangre de Russ, que vengan a mí, les enseñaré el significado de la palabra «agonía».

* * *

Arfang había tardado en reclamarla más de lo que esperaba. Por un instante, Freija comenzó a pensar que habría encontrado a alguien más que se ocupara de proteger

sus preciados servidores, y se había concentrado únicamente en las tareas propias de una huskaerl. Había tenido mucho trabajo, incluyendo simulacros de combate con su escuadra, y había descubierto que muchos de sus soldados no estaban tan preparados como ella esperaba.

Pero el sacerdote de hierro no se había olvidado, y mientras el ejército de los Mil Hijos comenzaba a cerrar el cerco sobre el Aett, estableciendo posiciones avanzadas en los picos que se alzaban a su alrededor, reclamó su presencia.

—Ha llegado el momento —dijo, y eso fue todo. Así que Freija abandonó el Valgard junto con su escuadra, sin hacer ninguna pregunta y preparada para acudir allí donde Arfang le ordenara. Pronto su destino se hizo evidente: se dirigían hacia abajo, hacia las entrañas del Aett.

Los mortales como Freija, a pesar del estoicismo innato a los nativos de Fenris, no eran capaces de precipitarse sin ningún tipo de ayuda por los pozos que unían los diferentes niveles del Colmillo. Incluso aunque ella misma pudiera haberlo hecho, a buen seguro los servidores no serían capaces. El trayecto que los conduciría desde el Valgard, en la cima del Aett, hasta los niveles inferiores del Hould, llevó mucho tiempo. La compañía tuvo que tomar más de una docena de turboelevadores, descender por varias escaleras circulares talladas en la roca y marchar a través de innumerables cámaras iluminadas por viejas hogueras. A cada nivel que atravesaban, la decoración de la roca se volvía más exigua, los globos de luz menos frecuentes y las voces menos discretas. Atravesaron rápidamente el Señorío del Colmillo, repleto de sirvientes. Freija sabía que su padre había sido destinado a defenderlo, pero cuando ella y Arfang llegaron allí, no encontró ni rastro de él entre la multitud. Las escuadras de mortales estaban muy ocupadas instalando torretas de artillería en los extremos de la cámara, y el suelo estaba cubierto por marañas de cables tan gruesos como la cintura de un hombre. Aquella visión hizo que se le helara la sangre. El Señorío del Colmillo era una cámara sagrada, y si el jarl esperaba entablar combate allí, seguramente la carnicería que estaba a punto de desatarse sería más cruel que cualquier otra de las muchas batallas de las que Fenris había sido testigo.

Freija se preguntó si los guerreros del cielo sentirían el más mínimo atisbo de inquietud. Si no lo hicieran, no serían humanos.

Aunque por supuesto, no lo eran. No se trataba de una clase de seres diferentes, sino más bien de una especie distinta.

«Especie. Es como si estuviera clasificando a una bestia».

Tras atravesar el Señorío del Colmillo continuaron el descenso, adentrándose aún más en los niveles inferiores del Aett. El Hould, el laberinto de túneles donde Freija había nacido y pasado la infancia, no era el lugar escandaloso y efervescente que recordaba. Los grupos de sirvientes caminaban con miradas de expectación; todos llevaban armas y avanzaban guiados por kaerls. Se habían levantado barricadas en puntos estratégicos de la red de túneles y había baterías en todos los cruces. Las runas de protección, los ojos de aversión que dominaban cada una de las intersecciones, estaban siendo santificadas de nuevo por los sacerdotes rúnicos y por sus sirvientes, enfundados en máscaras de cuero. Las cajas de munición se apilaban unas sobre otras, siempre bajo la mirada vigilante de los huskaerls.

De vez en cuando, algún guerrero del cielo pasaba junto a ellos apresuradamente, manchado de sangre y con la armadura ennegrecida. Ninguno de ellos parecía percatarse de la presencia de Freija, aunque todos hacían una reverencia ante Arfang antes de volver a perderse entre las sombras. Podía percibir la tensión en sus gestos; habían estado luchando durante días, y esperaban con nerviosismo la batalla que se avecinaba. Sus ojos dorados centelleaban en la oscuridad, lo que los convertía en una visión más lacónica e inescrutable que nunca.

En la base del Hould, bajo varios kilómetros de roca, estaba el Sello de Borek, la más

grande de todas las cámaras del Colmillo. Era incluso más grande que el Señorío, un espacio cavernoso sumido en las tinieblas. Del mismo modo que la Sala de los Señores guardaba el paso del Hould al jarlheim, el Sello de Borek protegía el paso a los niveles inferiores, el Hammerhold y el Subcolmillo, una zona casi inexplorada. Era una estancia colosal, casi del tamaño de una fragata de combate, y estaba totalmente desprovista de decoración, sin las pieles, los huesos y las tallas que embellecían las demás estancias del Aett. La roca desnuda de los muros no estaba pulida, como si fuera un recuerdo de la naturaleza primigenia y ancestral de los lobos. Unas pocas hogueras ardían en varias fosas circulares, pero la débil luz que proyectaban era incapaz de contrarrestar el frío que dominaba la cámara.

Mientras marchaba por aquel espacio cavernoso seguida por el convoy de servidores, Freija contempló las columnas descomunales que se elevaban hacia el techo. Cada una de ellas tenía el diámetro del chasis de un Rhino, enormes pilares que temblaban bajo la luz rojiza de las hogueras.

Nunca se había adentrado tanto en el Aett. Nadie que ella conociera lo había hecho. Estaban por debajo del nivel de las puertas, más allá del límite de las patrullas de los kaerls, donde sólo los sacerdotes de hierro podían llegar.

—¿Asustada, huskaerl? —preguntó Arfang. Los golpes de su báculo retumbaban sobre el suelo.

En Fenris, la palabra «miedo» era poco más que un insulto genérico y abstracto.

—Estoy alerta, mi señor —respondió Freija con un tono tan seco como el respeto le permitió.

Arfang se rió entre dientes.

—Perfecto. Lo último que necesito es que un cachorro me acompañe hasta aquí abajo.

Freija contempló disimuladamente al sacerdote de hierro. En la oscuridad, su armadura se veía negra como una losa de metal abrasado iluminado por las hogueras.

—Disculpe, señor —se aventuró a decir—, esto resulta un tanto inusual, los kaerls no suelen adentrarse hasta el Hammerhold.

—No —respondió Arfang.

Ambos siguieron caminando. El sacerdote de hierro consideró que no era necesario hacer ninguna aclaración más.

—Puedo preguntarle...

—¿Quiere saber por qué la he llamado, de qué utilidad podría serme un mortal aquí abajo?

—No consigo imaginar por qué razón necesita mi ayuda.

Arfang dejó de caminar y se dio la vuelta. Detrás de ellos, los servidores también se detuvieron.

—¿Cree que las forjas no albergan ningún peligro?

—Estamos en el Aett, mi señor.

—Estamos en Fenris, huskaerl. No hemos erradicado el peligro de este mundo, aunque habríamos podido hacerlo. Lo mantenemos cerca de nosotros, hemos aprendido a convivir con él, hace que nos mantengamos alerta. El Subcolmillo alberga muchos peligros. Algunos de ellos son desconocidos incluso para el señor lobo.

—Pero nosotros no nos dirigimos al...

—Estamos en tiempo de peligro, y el wyrd también puede llegar hasta el Hammerhold. De haber tenido elección habría bajado hasta aquí con una manada de cazadores. Pero todos han sido reclamados para otras tareas, de modo que he tenido que recurrir a los mortales.

Se inclinó hacia adelante; sus ojos refulgían como estrellas ancestrales.

—Despertar a los muertos es una tarea difícil. —Su voz sonó grave y opaca—. Ocupará toda mi atención durante muchas horas. Mientras esté ocupado, mis sirvientes necesitarán vigilancia. ¿Podrá encargarse de ello, huskaerl? ¿O acaso teme a la

oscuridad?

Freija le devolvió la mirada, herida por lo que implicaban aquellas palabras. Sintió un destello de rebeldía dentro del pecho, la necesidad permanente de rebelarse contra la arrogancia de aquellos semidioses con armadura que gobernaban todas las facetas de su vida. La única razón por la que no experimentaban miedo era porque la hélix lo había erradicado de su consciencia. Aunque todos ellos habían aprendido a despreciar una emoción tan mortal, la esencia misma de la humanidad que debían proteger.

—Yo no temo a nada, mi señor —dijo, tratando de disimular la irritación de su voz.

La máscara del yelmo del sacerdote de hierro permaneció inalterada, aunque una ligera inclinación de cabeza indicó a Freija que, en algún lugar bajo aquel semblante de metal, Arfang estaba sonriendo.

—Eso ya lo veremos, huskaerl —replicó mientras reanudaba la marcha—. Ya lo veremos.

* * *

Morek caminaba por el Señorío del Colmillo, abriéndose paso entre las columnas de heridos que comenzaban a regresar a la cámara. La mayoría de los guerreros estaban regresando en las Thunderhawk que aterrizaban en el Valgard, pero algunos llegaban por tierra. La enorme sala estaba dominada por el sonido y los movimientos de los kaerls, que se afanaban en instalar más plataformas de artillería mientras las columnas de guerreros pasaban junto a ellos en dirección a sus puntos de destino.

Entre ellos estaban los Guerreros del Cielo. Algunos caminaban erguidos, reflejando la luz de la victoria en sus ojos dorados y abriéndose paso entre los mortales como semidioses. Otras manadas habían sufrido bajas, y sus guerreros avanzaban cabizbajos y avergonzados, con un deseo evidente de volver a sumergirse en el fragor del combate. Todos caminaban unidos, pero los que más habían sufrido evidenciaban una voluntad oscura de venganza. Morek los conocía lo suficiente como para saber que debía evitar el contacto visual. Cuando la bestia despertaba en su interior, en ocasiones tenían problemas para distinguir quién era el enemigo.

—¡Maestro de riven! —llamó una voz gutural y acelerada.

Morek se dio la vuelta y sintió que su corazón se venía abajo.

Un guardián del lobo caminaba hacia él. La enorme figura estaba enfundada en una armadura de exterminador e iluminada por la luz tenue de las hogueras. La armadura estaba chamuscada y llena de marcas, y el guerrero que la portaba parecía estar en el mismo estado. Se había quitado el casco, revelando un rostro tatuado y una melena rojiza. Varias tachuelas le atravesaban las sienes, y sus ojos dejaban ver una pesadumbre oscura y salvaje.

Junto a él había una plataforma gravítica con el cuerpo de un cazador gris anclado a una camilla y completamente inmóvil. Tenía la armadura destrozada y unas enormes manchas de sangre cubrían la placa pectoral. Las luces de la plataforma parpadeaban constantemente e iluminaban los sellos tallados en la ceramita. Morek no era un apotecario, pero era capaz de reconocer la Runa del Final tan bien como cualquier otro fennisiano.

—A su servicio, señor —dijo, haciendo una reverencia.

—Lleva a este guerrero ante lord Hojadragón —gruñó el guardián del lobo—. Y hazlo ahora mismo.

Morek dudó sólo por un instante. Tenía orden de supervisar los trabajos para la defensa del Señorío del Colmillo. Había infinidad de sirvientes que podrían encargarse de escoltar a un guerrero del cielo herido hasta los sacerdotes lobo.

Podría haber protestado. Habría sido inútil. El guardián del lobo que tenía frente a él estaba herido, y resultaba evidente que estaba luchando por contener una explosión de ira y frustración.

—En seguida, señor —dijo, tratando de no pensar en las muchas cosas que dejarían de hacerse durante su ausencia.

El guardián del lobo emitió un nuevo gruñido y empujó la plataforma hacia él. En cuanto la tocó, ésta se hundió ligeramente. Morek pudo comprobar la gravedad de su estado, las heridas de las espadas y la sangre helada. Parecía que aquel cazador estaba sumido en lo que los de su clase conocían como el Sueño Rojo, el proceso de regeneración que sólo un enfrentamiento cara a cara con Morkai podía poner en marcha.

—Rápido, mortal —dijo el guardián del lobo mientras se daba la vuelta para marcharse por donde había venido. Entonces se detuvo, dubitativo—. ¿Cómo se llama?

Morek lo miró a los ojos. Su experiencia le había enseñado que al hablar siempre había que mirarlos a los ojos.

—Morek Karekborn, señor.

—Cuédelo bien, Morek Karekborn, y cuando todo esto haya terminado, no me olvidaré de usted. Su nombre es Anuir Frar, es uno de los cazadores grises de mi propia manada. Ahora su vida y la suya son una sola. Recuérdelo.

Morek no apartó la mirada, aunque le resultó muy difícil. Los iris ámbar del guardián del lobo parecían desenfocados, como si algún terrible ataque hubiera dañado seriamente algo dentro de él. Aunque no cabía duda del tono apremiante de sus palabras.

—Entiendo —respondió Morek, que ya estaba pensando en la ruta para ascender a la morada de los creadores de carne. Hasta aquel momento, haberse aventurado a ir a aquel lugar habría significado la muerte—. Su vida es la mía.

* * *

Al octavo día desde la llegada de los Mil Hijos a la órbita de Fenris, el asalto sobre las puertas del Colmillo dio comienzo.

A pesar de que los dos accesos por tierra, la Puerta del Fuego Sangriento y la del Amanecer, estaban muy por encima de las faldas de la montaña, ambos se alzaban sobre dos enormes crestas que se extendían entre los picos contiguos, permitiendo el acceso hasta ellas a través de una serie de mesetas. Las crestas ascendían hasta las puertas de la ciudadela como dos gigantescas calzadas talladas en la roca, cada una tenía varios kilómetros de ancho y su superficie había sido allanada tras cientos de años de verse asolada por vientos huracanados. En los milenios olvidados, el Padre de Todas las Cosas y Lemman Russ habían caminado sobre aquellas mismas rocas, planeando juntos la construcción del Aett y previendo como el paisaje tortuoso de Asaheim podría convertirse en la fortaleza más grandiosa de todas las que no estaban en Terra. Russ había decidido que las dos puertas se elevaran sobre accesos totalmente yermos, haciendo posible que cualquier avance de tropas enemigas fuera recibido con una carnicería.

Mientras Greyloc contemplaba el avance de las tropas comandadas por los Mil Hijos, dio gracias en silencio por aquella idea. El ejército invasor, iluminado bajo la luz del mediodía, era más grande que cualquier hueste que jamás hubiera caminado bajo el estandarte de los traidores. La Gran Purga había hecho mella en las legiones, y las tropas de Magnus habían quedado diezmadas tras el infierno desatado en Prospero. Aunque parecía que durante los siglos siguientes habían estado muy ocupados.

El ejército estaba dividido en dos falanges, una para cada puerta. En la vanguardia avanzaba la artillería pesada, con morteros, vehículos con cañones de demolición y baterías de plasma que se movían sobre unos transportes descomunales. Más atrás venían los vehículos pesados, oscilando de lado a lado como borrachos. Había lanzaderas móviles con los misiles colocados en posición de disparo, y tanques de asalto ultrapesados con cañones descomunales que emergían amenazantes de sus torretas redondeadas.

Entre ellos avanzaban los transportes de tropas, Chimeras cargados con soldados mortales, junto a los Rhino y los Land Raider de los marines traidores. Había cientos de los primeros y sólo un puñado de los segundos. Pero aun así la primera línea del ejército enemigo disponía de más efectivos que los que Greyloc tenía en todo el Aett, y sabía que aún quedaban muchos miles más en la retaguardia.

Por encima de las falanges volaban las cañoneras dispuestas en formación cerrada. También había transportes atmosféricos mucho más grandes y situados a más altura. Estaban armados hasta los dientes y preparados para desatar la destrucción sobre el campo de batalla.

En algún lugar en medio de aquella masa de hombres y vehículos estaban los hechiceros, los marines espaciales corruptos que dirigían todo el asalto. Ellos eran la clave, el puñado de brujos que atesoraban toda la fuerza de la disformidad en sus guanteletes.

Era una visión imponente, lo único que quedaba de las Legiones de la Muerte del Emperador, un ejército capaz de hacer que cualquier mundo se postrara a sus pies.

Pero Fenris no era un mundo cualquiera, y sus habitantes no se intimidaban ante nada.

—Fuego —ordenó Greyloc.

A la señal del señor lobo, las baterías del Colmillo hicieron erupción.

Los proyectiles de plasma y los disparos láser cruzaron el cielo, desatando una energía terrible a medida que impactaban sobre sus objetivos. Los bólteres pesados abrieron fuego desde cientos de nidos horadados en las laderas, lanzando proyectiles reactivos a grandes distancias. Los cañones automáticos escupieron toda su carga directamente sobre el corazón de las columnas enemigas. Los misiles surcaron el cielo gélido antes de caer sobre las tropas invasoras.

Los tanques enemigos respondieron tan pronto como alcanzaron su rango de alcance, y una oleada de fuego se abalanzó sobre la montaña, desatando un infierno de promethium y proyectiles reactivos. Aquel infierno no hizo sino sumarse a la lluvia de plasma que caía desde los transportes orbitales, una columna de energía que había hecho que la montaña se estremeciera durante días, y que con el nuevo ataque se había intensificado hasta ahogar la cima del Colmillo con una cortina de fuego.

Greyloc permaneció en la plataforma, inmóvil, contemplando como los escudos que se alzaban sobre él repelían la furia de las baterías enemigas. Un misil emergió de entre la nube de destrucción para explotar a sólo unos pocos metros de él, generando una onda expansiva que hizo que la barrera de vacío se estremeciera. Continuó sin moverse, concentrado en la tempestad que se había desatado, buscando cualquier desequilibrio o signo de debilidad.

El avance de los Mil Hijos no era apresurado ni estaba desprotegido. Mientras los lobos daban rienda suelta a su furia sobre el ejército invasor, los proyectiles no cesaban de impactar sobre los escudos protectores. Algo, alguna clase de hechicería, estaba protegiendo el avance de los tanques. La barrera no era perfecta; había columnas enteras de transportes que ya habían sido reducidas a cenizas; pero era suficiente como para asegurar el avance de las primeras líneas. Por detrás de ellas, los transportes de tropas estaban cada vez más cerca.

En medio de la nube de explosiones y plasma ardiente, el espacio que separaba a los Mil Hijos de las puertas se fue reduciendo. Cada andanada de fuego destruía una pieza de artillería pesada, pero por cada tanque que destruían otro nuevo ocupaba su lugar avanzando sobre los restos de metal carbonizado. Poco a poco, el terreno se fue cubriendo de siluetas metálicas, desplegando toda su potencia de fuego sobre los cañones que los hostigaban desde arriba y ganando metros en un avance lento pero inexorable.

Entonces comenzó el ataque aéreo. Las alas de bombarderos comenzaron a sobrevolar el Colmillo, asolando los nidos de artillería y maniobrando entre los

proyectiles de las baterías antiaéreas. A cada nueva pasada varias naves eran abatidas, precipitándose hacia el suelo envueltas en espirales de humo y extendiendo la devastación entre las filas de los invasores. Pero también a cada nueva pasada, otra batería defensiva era destruida u otro escudo de vacío era exprimido hasta el límite de su capacidad.

El aire comenzó a llenarse de columnas de humo negro. La visibilidad en las puertas fue disminuyendo progresivamente. El panorama pasó de ser un ambiente helado y claro a una visión de negrura y desolación. Las cortinas de humo bloquearon la luz del sol, sumiendo las montañas en una oscuridad creciente.

Greyloc comprobó el monitor del casco, verificando las posiciones de los guardias del lobo y de los sacerdotes rúnicos y revisando el estado de los elementos clave de un sistema defensivo que él mismo había planificado y desarrollado.

«La prueba se avecina. Que la mano de Russ nos proteja».

En ese momento, el señor lobo se volvió, sus garras habían cobrado vida y resplandecían bajo el campo de energía. Comenzó el descenso hacia el nivel de las puertas, preparado para recibir la oleada de furia.

* * *

El ruido de los martillos estaba por todas partes. Se extendía por todas las cámaras, resonaba sobre la piedra y su eco se perdía en las paredes de las criptas. A pesar de los compensadores auditivos que llevaba en el casco, Freija encontraba aquel sonido repetitivo muy desorientador.

—Ahora comprendo de dónde viene el nombre de este lugar —dijo con gravedad.

El sacerdote de hierro asintió.

—Es algo glorioso. —Esta vez la unidad vocal no transmitió ni un atisbo de sarcasmo.

Estaban en el borde de un precipicio, en el corazón mismo del Hammerhold. Frente a ellos se extendía un puente de roca que se elevaba sobre el abismo. Tenía unos seis metros de ancho y estaba desprovisto de barandillas. El camino se perdía en las sombras de la distancia. Cientos de metros más abajo, en la enorme caverna que atravesaba aquella plataforma, pudo contemplar una visión del mismísimo infierno. Infinidad de chimeneas gigantescas, cada una del tamaño de un titán Warlord y el doble de ancha, dejaban salir nubes del color de la sangre. Había canales de roca ennegrecida por los que discurrían ríos de fuego rodeados de pistones y enormes ruedas de acero. Hileras de servidores caminaban con la espalda encorvada entre las piezas de aquella maquinaria colosal, comprobando las lecturas de los monitores y trabajando en los bancos de cogitadores. Todo aquel gigantesco espacio estaba dominado por una actividad incesante. En las cintas transportadoras que se movían entre las forjas Freija pudo distinguir las formas embrionarias de vehículos, cañones de artillería y piezas de armadura.

Y luego estaban los martillos. Los accionaban filas y filas de servidores sin rostro y con la musculatura implementada, encadenados a los yunques de adamantio por marañas de cables y conductos nerviosos, que trabajaban sin cesar. Había infinidad de ellos, más máquinas que seres humanos, convertidos en criaturas sin conciencia por las artes insondables de los creadores de carne. Eran los trabajadores perfectos: incansables, sumisos, fuertes y diseñados para martillear continuamente hasta que la muerte los liberara de aquellos pozos de fuego.

No resultaba una vida envidiable.

—Estamos perdiendo demasiado tiempo —dijo Arfang, empujando a su servidores personales para que aceleraran el paso. El sacerdote de hierro avanzó detrás de ellos, obligando a Freija y a los kaerls a caminar más rápidamente.

—¿Quién se encarga de supervisarlos? —preguntó Freija, incapaz de apartar la vista de las legiones de servidores que trabajaban entre el fuego.

—No necesitan supervisión —respondió Arfang en un tono seco—. Sólo conocen una manera de servir. No los desprecie por ello, huskaerl; sin ellos, nuestros guerreros acudirían a la batalla con las manos vacías.

—No los desprecio, señor. Pero no tenía ni idea de que eran... tantos.

—¿Acaso eso la incomoda?

Lo hacía. La incomodaba más de lo que jamás admitiría. La incomodaba que aquellas legiones de esclavos mecanizados y medio muertos hubieran estado bajo sus pies durante toda su vida. La incomodaba no saber de dónde venían, y por qué ella había terminado siendo huskaerl y ellos encadenados a las forjas. La incomodaba saber tan poco sobre todo aquello. La incomodaba que los designios del Aett fueran tan arbitrarios y estuvieran envueltos en una niebla tan espesa y ancestral que sólo los Guerreros del Cielo podían ver a través de ella.

—Simplemente siento curiosidad —dijo.

—Un instinto muy peligroso. Debe tener cuidado con él.

Les llevó casi diez minutos de caminata a paso ligero atravesar las forjas. Arfang imprimió un paso vivo que los servidores luchaban por mantener. Conforme se acercaban al otro extremo, incluso Freija sintió que sus músculos empezaban a resentirse.

El puente terminaba en un acantilado de roca desnuda. Una puerta recubierta de acero había sido horadada en el centro, decorada con el símbolo del lobo de dos cabezas de Morkai, el guardián de los muertos. Aquella imagen parecía más vieja que cualquier otra cosa que pudiera haber en el Aett, y su contorno había sido erosionado por el aire caliente de la forja. La puerta estaba abierta y no había ningún guardia. Una única luz verdosa refulgía en la base del marco.

Un campo disruptor.

Arfang chasqueó los dedos y la luz pasó a ser de color rojo. Atravesó el umbral. El túnel que había al otro lado estaba completamente a oscuras, no había antorchas, globos de luz ni hogueras.

Freija activó el sistema de visión nocturna y los muros aparecieron ante sus ojos iluminados por un resplandor verdoso. Aunque estaba acostumbrada al frío y a la oscuridad no pudo evitar estremecerse al atravesar la entrada. Allí dentro el frío parecía aún más profundo, más invasivo. A medida que avanzaban, el ruido de los martillos fue disminuyendo, sustituido por un silencio gélido y mortal.

Continuaron descendiendo. Freija vio que había huecos horadados en las paredes del túnel; corredores secundarios por los que el aire ululaba en suspiros helados. Pronto, continuar en línea recta pasó a ser una más de las muchas opciones, y el camino comenzó a retorcerse serpenteando entre las raíces de la montaña. La altura del túnel no variaba, y un transporte Rhino podría haber avanzado por él sin problemas.

Comenzó a perder la noción del tiempo y ya no sabía cuánto habían caminado. La oscuridad y el frío, que había calado hasta lo más profundo de sus huesos, le hacía sentir una extraña sensación de abandono en aquel lugar olvidado. Resultaba fácil pensar que el resto de la galaxia simplemente había dejado de existir más allá de aquella oscuridad impenetrable y primigenia.

Cuando oyó el ruido, su corazón dio un salto y no pudo evitar aferrar la empuñadura del skjoldtar. Fue un gruñido grave y sobrenatural que ascendió por su espina dorsal como el mercurio de un termómetro. Vio que los kaerls también se tensaban, apuntando las armas hacia los muros del túnel.

—¿Qué ha sido eso? —susurró.

El sacerdote de hierro continuó caminando, impassible.

—Ya se lo he dicho, huskaerl. —Su voz grave resonó entre los muros—. Hay peligros que acechan en la oscuridad. Mantengan sus armas preparadas y no permitan que les ocurra nada a mis servidores.

Freija tuvo que tragarse su respuesta. El sacerdote de hierro comenzaba a ser más molesto que nunca.

—No se preocupe, señor —replicó, tratando de mantener la compostura—. Estamos aquí para servirlo.

—Me alegro de que piense así.

Freija lanzó una mirada rápida por encima del hombro. En la distancia, en lo alto del túnel, pudo ver dos puntos de luz. Parpadeó un instante e inmediatamente después habían desaparecido. El frío que le atenazaba los huesos se intensificó.

«¿Qué hay aquí abajo?»

Empezaron a caminar de nuevo, adentrándose más en la oscuridad, como una isla de calor humano en un océano de vacuidad absoluta.

* * *

Morek se abrió paso entre los niveles del jarlheim manteniendo la cabeza baja en todo momento. La mayoría de figuras con las que se cruzaba avanzaban en dirección opuesta, apresurándose a la batalla. Las pocas que iban en la misma dirección eran unidades de artillería que acudían a relevar a las que estaban operando las baterías antiaéreas.

Las vibraciones de los disparos orbitales hacían que todo el elevador se estremeciera.

«¿Cómo es posible? Estamos a cientos de metros bajo la superficie de la montaña. ¿Qué clase de fuerzas se han desatado?»

La plataforma gravítica estaba junto a él, con el cuerpo inmóvil del cazador gris. Aunque le parecía una falta de respeto, Morek no pudo resistir la tentación de mirar al guerrero del cielo.

El rostro de Aunir Frar había quedado expuesto cuando los colmillos largos le quitaron el yelmo en el Land Raider. Era un semblante orgulloso, severo y afilado. Los colmillos brillaban en el interior de la boca abierta, y la mandíbula indicaba que se trataba de un guerrero veterano. Quizá estuviera a punto de ser ascendido a guardián del lobo. El Sueño Rojo aún lo mantenía inerte, y su respiración era tenue, casi inexistente. También habían retirado una parte de la armadura, sacando a la luz más de una docena de heridas de arma blanca, entre las que se incluía un corte muy profundo alrededor del cuello. De haber sido mortal, a Frar ya no le quedaría ningún atisbo de vida que salvar.

El elevador se detuvo. Morek abrió las puertas y salió empujando la plataforma. Frente a él se extendían las cámaras de los creadores de carne. Había símbolos de aversión tallados en los dinteles de roca. Un olor cáustico y antiséptico penetró en sus orificios nasales. Delante de él, la luz tenue y rojiza del Aett había sido sustituida por el resplandor blanquecino de los globos de luz. Los muros estaban recubiertos de baldosas y había infinidad de mesas con instrumentos quirúrgicos. A diferencia de las demás cámaras de la guarida de los lobos, decoradas con tótems y cráneos de animales, las salas de los sacerdotes lobo eran prístinas, frías y sencillas.

Morek entró, entornando los ojos ante la luz brillante y manteniendo la plataforma muy cerca de él. Podía oír ruidos en la distancia, pero no había nadie en aquella sala. Siguió caminando, pasando junto a las mesas de metal y atravesando estancias repletas de equipamiento cuya utilidad no conseguía adivinar. Junto a aquella maquinaria había hileras de cogitadores de aspecto antiguo, enmarcados en carcasas de bronce y resonando con un sonido grave.

Los ruidos sonaban más cercanos ahora. Se acercaba al centro de la actividad. Tras girar una esquina, accedió a una cámara de mayor tamaño con el techo abovedado y donde la luz brillaba con más fuerza. Allí también había varias mesas de gran tamaño, algunas de las cuales estaban ocupadas. Dos guerreros del cielo yacían sobre ellas, ambos conscientes, que estaban siendo operados por varios equipos de sirvientes con

máscaras de cuero. Los mortales trabajaban con rapidez y precisión, cortando la carne, remendando músculos y tratando las heridas con agujas y analgésicos. Todos tenían visores de acero con las lentes de color verdoso, cada uno de ellos proyectaba varios haces de luz.

—Mortal —dijo una voz grave. Morek se volvió hacia ella. Un sacerdote lobo que por su aspecto parecía uno de los acólitos de Hojadragón caminaba hacia él enfundado en una armadura negra como la noche, tenía las manos descubiertas y llenas de sangre—. ¿Qué haces aquí?

Morek hizo una reverencia.

—He recibido órdenes de traer a este guerrero, Aunir Frar, para que sea tratado por Hojadragón.

El sacerdote lobo profirió un gruñido.

—¿Acaso crees que está aquí? ¿Con el Aett en pleno asedio? —Movié la cabeza—. Nos ocuparemos de él. Regresa a tu puesto, maestro de riven.

Mientras hablaba, los sirvientes cogieron la plataforma y la llevaron hasta una de las mesas. Le insertaron varias sondas metálicas en el cuerpo y colocaron escanogramas sobre las heridas. El maestro de riven se volvió hacia el nuevo paciente y comenzó a dirigir la operación.

Morek hizo otra reverencia, se dio la vuelta y se retiró caminando por las cámaras vacías de los creadores de carne tan rápido como le fue posible. Había algo en aquel lugar que lo incomodaba. Los aromas eran extraños, muy diferentes del olor a cerrado y a fuego al que estaba acostumbrado.

Había demasiada luz.

Atravesó una nueva habitación, giró a la izquierda y cruzó las puertas corredizas. Dio varios pasos más antes de darse cuenta de que se había equivocado de dirección. La cámara en la que acababa de entrar era más pequeña que las demás, aunque también estaba recubierta de baldosas blanquecinas. En el centro había tres enormes tanques, todos llenos de un líquido translúcido. Eran recipientes cilíndricos de apenas un metro de diámetro, pero eran tan altos como la propia cámara. La maquinaria que había a sus pies vibraba y zumbaba rítmicamente.

Sabía que debía apartar la mirada, pero el contenido de aquellos tanques acaparó toda su atención. Había cuerpos flotando en el interior, siluetas oscuras suspendidas en el líquido. Enormes cajas torácicas, brazos musculosos, cuellos corpulentos. Parecían marines espaciales, fuertes y voluminosos. No se movían, simplemente flotaban oscilando ligeramente. Morek pudo ver los tubos de los sistemas de respiración acoplados a la parte inferior de los tres rostros.

Se dio la vuelta. Sabía que había llegado demasiado lejos y tenía que contener su curiosidad.

«Una mente curiosa abre la puerta de la condenación».

Al darse la vuelta vio la mesa de metal, a su izquierda, lejos del resplandor de los globos de luz. Sus ojos se quedaron clavados en lo que había sobre ella.

Poco a poco, casi de forma inconsciente, Morek sintió que sus pies se dirigían hacia la mesa. Pasó junto a los tanques sin prestar atención a lo que contenían. No podía apartar la mirada, no podía darse la vuelta.

Sobre la superficie de metal había un cuerpo, o quizá un cadáver. Sus enormes pulmones no contenían aire, o al menos eso era lo que parecía. Estaba en la misma posición que los demás, desnudo, postrado de espaldas y con los brazos pegados al cuerpo.

Inmediatamente, Morek se dio cuenta de que algo no encajaba. En un principio no supo qué era exactamente. Había visto muchos cadáveres antes, pero entonces se fijó con más atención.

Los antebrazos eran suaves, sin vello. Las uñas no eran más largas que las suyas. La

mandíbula era cuadrada y yerma, no había ni rastro de colmillos. En aquella boca no había sitio para ellos, sólo para una dentadura mortal.

Morek se acercó más, sintiendo como el pulso se le aceleraba. El cadáver tenía los ojos abiertos y la mirada perdida.

Eran grises como los suyos, con unas pupilas como las de un mortal.

El rostro no estaba cubierto de vello facial ni tenía el arco supraorbital más desarrollado de lo normal. Tenía una musculatura muy desarrollada dispuesta alrededor de una estructura ósea enorme, pero carecía de toda expresión.

Fuera lo que fuese, aquel ser no era un lobo espacial. Era una farsa, un simulacro, una caricatura.

Morek sintió que una oleada de náuseas le ascendía por la garganta. Para él, los Guerreros del Cielo eran sagrados, tan sagrados como el alma de su mundo, como los espíritus del hielo, como la vida de su hija. Aquello era una abominación, una alteración espantosa del orden de las cosas.

Dio un paso atrás. A su espalda, en la sala de operaciones, pudo oír las voces de los sirvientes que luchaban por salvar la vida de Aunir Frar.

«Esto está prohibido. No debería estar aquí».

Pronto el miedo sustituyó a las náuseas. Había visto la mirada que se ocultaba tras las máscaras de los sirvientes, y conocía bien la reputación de los creadores de carne. No toleraban las intrusiones.

Morek se dio la vuelta y se marchó por donde había entrado, apartando la mirada de las figuras que flotaban en los tanques, ignorando el equipamiento que tenían a sus pies y dejando de lado las hileras de frascos que refulgían bajo las luces.

Oyó unos pasos detrás de él, y el corazón se le aceleró. Siguió caminando sin levantar la cabeza, con la esperanza de que aquellas pisadas se dirigieran a algún otro lugar. La disposición de las cámaras resultaba confusa, y aquel sonido podía provenir de cualquier parte.

Las pisadas se alejaron. Morek había regresado a las cámaras exteriores, las que contenían las mesas de metal vacías. Tenía la salida justo delante, con el corredor que llevaba hasta la puerta del elevador.

Su corazón latía con fuerza.

«Una mente curiosa abre la puerta de la condenación».

Se miró las manos. Estaban agrietadas, llenas de callosidades y endurecidas por una vida al servicio de los Guerreros del Cielo. Estaban temblando. Entonces se detuvo, sin preocuparse de si los sirvientes lo habían visto.

«¿Qué era aquel ser?»

Permaneció inmóvil unos instantes, indeciso ante lo que acababa de contemplar. Los sacerdotes lobo eran los guardianes del Aett, los defensores de las tradiciones de los Vlka Fenryka. Si aquella cosa estaba allí, es que debía ser algo permitido.

Era una abominación.

Miró hacia atrás por encima del hombro. Las cámaras blanquecinas se extendían a su espalda, cada una de ellas dando paso a la siguiente, todas dominadas por el olor aséptico y el acre aroma de la sangre. Sintió que las náuseas volvían apoderarse de él, ascendiendo hasta la garganta.

En el Señorío del Colmillo se había sentido imbuido de fidelidad hacia los Guerreros del Cielo, la personificación del salvajismo sagrado de Fenris. Por más que lo intentaba, ahora no conseguía convocar aquel mismo espíritu.

Tembloroso, olvidando el propósito que lo había llevado hasta aquel lugar, se dirigió hacia el elevador. Cualquier certidumbre que pudiera haber iluminado su rostro fiel había desaparecido.

En su lugar, por primera vez en toda su vida, había duda.

DIEZ



DIEZ

Alanegra se reclinó desganado frente a la mesa metálica de la sala de reuniones, haciendo caso omiso a la docena de figuras que estaban a su alrededor y pasándose la mano por el pelo enmarañado. Ignoraba las luces que no dejaban de parpadear, ignoraba el grupo de kaerls que permanecían en posición de firmes con los uniformes ennegrecidos e ignoraba los chirridos agonizantes de los motores.

Se sentía atado, sucio, fuera de lugar. Cada día desde que habían escapado de Fenris había sido una sucesión de emergencias y reparaciones improvisadas, todo para evitar que la *Nauro* se viniera abajo en medio del vacío.

Era un trabajo degradante. Quizá fuera idóneo para los mortales, pero no para él. Él había sido instruido para tareas más elevadas, para asesinar entre las sombras, para alcanzar la gloria luchando en el vacío. Tener que escuchar los consejos de los trabajadores del ingeniarium y las predicciones nefastas de los tácticos lo aburría soberanamente.

La situación no era buena. Sabía lo suficiente de mecánica espacial para reconocer que la nave estaba a punto de hacerse pedazos. Francamente, ya debería haberlo hecho, aún estaban a doce días de distancia de Gangava, y esa planificación sólo era posible porque él no había cesado de exprimir los motores a pesar de las protestas del capitán de la nave. Hacía varios días había cometido el error de preguntar al ingenarius de la *Nauro*, un mortal con amplia experiencia entre los tecnoadeptos del Adeptus Mechanicus, cómo se estaba comportando el espíritu máquina.

—No para de gritar, señor —respondió con tono brusco—. Grita como un ungur degollado.

En aquel momento, Alanegra se sintió agradecido por no dar importancia a esa clase de cosas.

De hecho, había muchas cosas a las que no daba importancia. Nunca había congeniado con sus hermanos de batalla, ni había cultivado los lazos de amistad que abundaban en todas las escuadras. Despreciaba a sus oficiales y no soportaba la disciplina. Incluso en el capítulo de los Lobos Espaciales, famoso en todo el Imperio por su actitud relajada respecto al Codex Astartes, la disciplina era muy severa.

Alanegra siempre había sido diferente, movido por una personalidad oscura y un exceso de confianza que rozaba lo maniaco y que resultaba muy peligroso. Los exploradores eran perfectos para él, le permitían profundizar en el arte del asesinato en solitario lejos de los muros del Aett. Era en aquella soledad donde encontraba una mayor satisfacción.

Ahora, sin embargo, empezaba a preguntarse si había tomado la decisión acertada. Ninguno de los mortales a bordo de la *Nauro* era capaz de llevar a cabo las decisiones que él mismo tomaba, decisiones difíciles de las que dependían sus vidas. Quizá habría sido preferible tener un hermano guerrero a quien consultar, alguien con quien compartir aquella carga de vez en cuando.

Aunque ninguno de sus hermanos de batalla habría accedido a acompañarlo en una misión. Alanegra había creado a su alrededor un aura de soledad casi perfecta, haciendo que incluso aquellos que no sentían ningún rencor previo hacia los exploradores se alejaran de él.

Ése era el camino que había elegido, y hasta entonces se había sentido muy a gusto con él. No todos los hijos de Russ tenían que ser unos chalados estruendosos.

—¿Señor?

Era la voz del capitán de la nave, un hombre de pelo gris llamado Georyth. Alanegra levantó la vista. Incluso sin la armadura, la presencia del marine espacial dominaba

toda la estancia. Cuando sus ojos amarillentos, hundidos en las cuencas oculares, se posaron sobre el mortal, Georyth no pudo evitar estremecerse.

—¿Quería escuchar el informe sobre el estado de los incendios?

—Sí, capitán. Póngame al corriente de las buenas noticias.

—No tengo ninguna buena noticia. Hay tres niveles a los que no se puede acceder, ni siquiera los servidores. El fuego se ha extendido a las cámaras de propulsión. A medida que los suministros comiencen a agotarse nuestra capacidad para controlarlo disminuirá.

—¿Y qué sugiere que hagamos?

Georyth tomó aire.

—Mi opinión sigue siendo la misma, señor.

—Cree que debemos salir de la disformidad, exponer los niveles incendiados al vacío y efectuar reparaciones.

—Así es.

—Y suponiendo que se cumplieran los plazos, ¿cuánto se tardaría en llevar a cabo esa maniobra?

—Una semana, señor. Quizá menos.

Alanegra le dirigió una sonrisa de superioridad. Fue un gesto desprovisto de humor, simplemente una muestra de desdén.

—Demasiado.

—Señor, si los conductos de promethium...

Alanegra suspiró y se reclinó aún más sobre el respaldo.

—¿Si explotan? Moriremos, capitán. Incluso un belicoso ignorante como yo sabe eso.

Volvió a fijar su mirada sobre el hombre.

—Pero piense en esto —le dijo—. Sin la ayuda del señor lobo el Aett caerá irremediablemente. La flota de Ironhelm aún debe de estar en la disformidad. Si continuamos avanzando a este ritmo, sin pausas ni retrasos, llegaremos a Gangava muchos días después que ellos. Y entonces, si consigo transmitir el mensaje de lord Greyloc y persuadir a Ironhelm para que regrese a Fenris, necesitaremos otros veinte días para ello. Lo que significa que Greyloc, a quien sé que este capítulo no tiene en muy alta estima, deberá defender la ciudadela con una única Gran Compañía durante al menos cuarenta días. Usted mismo ha visto la flota orbital del enemigo, capitán. Ha visto como han aniquilado nuestras defensas. Ahora dígame, sinceramente, si de verdad cree que ese ejército podría contenerse durante cuarenta días.

El rostro del capitán se volvió adusto.

—Si la voluntad de Russ... —comenzó a decir con un tono diligente, aunque su voz había perdido todo convencimiento y se apagó progresivamente.

—Exacto. Quizá ahora comprenda mi insistencia en llegar a Gangava cuanto antes. Ya hemos esquivado a Morkai a lo largo de este viaje, y tendremos que seguir engañándolo. Considérese afortunado por contar con la ayuda de un explorador, capitán. Eso es precisamente lo que hacemos: engañar.

El capitán no respondió y se reclinó sobre el respaldo con el semblante apagado. Alanegra pudo sentir como su mente se había puesto en funcionamiento, tratando de averiguar el modo de evitar que el fuego alcanzara cualquier sustancia explosiva. No parecía demasiado confiado.

Alanegra se volvió hacia los demás comandantes, ninguno de ellos había hablado aún.

—¿Algo más que comentar? —preguntó con tono seco.

El táctico no dijo nada. El hombre había sido puesto bajo mucha presión, y tenía los ojos rojizos a causa de la fatiga. El ingenarius ya había informado sobre las reparaciones que debían llevarse a cabo, y el armero estaba muerto, abrasado por una explosión que se produjo pocas horas después de la traslación desde Fenris.

Neiman, el navegante, era el único que parecía tranquilo. También era el único no

fenrisiano de toda la tripulación, era un belisario de Terra, y su complexión delgada y fría contrastaba con el aspecto vigoroso de sus compañeros de tripulación. Le resultaba muy poco común abandonar su puesto guiando la nave entre los peligros del immaterium. Cuando estaba en presencia de no-mutantes, su ojo permanecía cubierto por un parche de seda sobre un óvalo de acero.

No había hablado. Miraba fijamente hacia el otro extremo de la mesa, a los kaerls que permanecían en posición de firmes junto a la pared. Sus ojos naturales no se movían.

Alanegra encontró aquella actitud muy molesta. No había reclamado la presencia de aquel hombre para que permaneciera en silencio durante toda la reunión.

—¿Hay algo que quiera compartir con nosotros, navegante? —le preguntó.

Neiman no se inmutó.

—¿Quién es ese hombre? —dijo por fin. Su mirada permanecía fija sobre un kaerl particularmente desaliñado. Alanegra miró al hombre en cuestión. Era más bajo que los demás y un poco más encorvado, tenía el pelo grasiento y la piel amarotada alrededor de los ojos. También estaba mucho más sucio que el resto de kaerls, aunque lo cierto era que las exigencias de aquel viaje estaban cobrando un alto precio a todos los miembros de la tripulación. Sin embargo, resultaba extraño; no parecía un soldado.

Para nada.

—¿Qué importancia puede tener esto? —preguntó Georyth visiblemente irritado—. Tenemos otros asuntos más apremiantes que resolver.

El hombre no respondió. Continuó con la mirada perdida y una expresión totalmente vacía. A su alrededor, los demás kaerls parecieron darse cuenta de su presencia súbitamente. Uno de ellos miró alarmado al sargento, como si el hombre hubiera permanecido invisible hasta aquel momento.

Alanegra sintió que el vello se le erizaba. Su humor pasó súbitamente del aburrimiento a un estado de alerta. ¿Por qué no se había percatado antes de la presencia de aquel hombre? ¿Qué era lo que había sentido el navegante?

—Deténganlo —dijo, poniéndose en pie.

Los kaerls cogieron al hombre por los hombros. Como si alguien hubiera accionado un interruptor, el hombre del rostro inexpresivo pareció volverse loco. Se deshizo del kaerl que tenía a su izquierda lanzándolo contra el muro, acto seguido agarró al otro por el cuello y le dio un golpe con la cabeza. Sin pronunciar una sola palabra, el hombre se dio la vuelta y comenzó a correr hacia la puerta, empujando a otro kaerl que intentó cerrarle el paso.

Sus movimientos eran terriblemente rápidos. Pero a pesar de eso, no dejaba de ser un simple mortal. Alanegra fue más rápido. Saltó por encima de la mesa y cayó sobre él antes de que alcanzara la puerta. Ambos rodaron por el suelo de metal. Alanegra lo agarró del pelo y golpeó el rostro del hombre contra la pared dejándolo aturdido. Acto seguido se levantó y lo obligó a ponerse en pie.

—Tenga cuidado, señor —le advirtió Neiman—. Puedo sentir...

El hombre volvió su rostro ensangrentado hacia Alanegra. De pronto, sus ojos se iluminaron con un resplandor verdoso.

Alanegra sintió la presencia del maleficarum. Con un único movimiento lo lanzó por los aires haciendo que se estrellara contra la pared del otro extremo de la cámara. Antes de que tocara el suelo, Alanegra desenfundó la pistola bólter y efectuó un único disparo. El proyectil impactó en la cabeza del hombre esparciendo una nube de sangre y materia gris por toda la estancia.

El cuerpo sin vida cayó al suelo produciendo un sonido sordo. Se retorció durante un instante y después quedó inmóvil.

—¡Por la sangre de Russ! —exclamó Georyth, apuntando su arma hacia el cadáver—.

¿Qué demonios...?

—Sabía muy bien cómo permanecer oculto —dijo Neiman, mirando a Alanegra con

expresión de alarma—. Brujería. La hemos tenido justo delante de nuestros ojos. Alanegra se agachó para recoger algo a sus pies: una esfera del tamaño de un globo ocular que había salido rodando por el suelo. Refulgía con un resplandor verdoso e irradiaba una luminosidad fantasmagórica.

Se puso en pie sin dejar de mirar la esfera ensangrentada que tenía en la palma de la mano. Mientras la contemplaba, un dolor apagado se dejó notar detrás de sus ojos.

Alanegra la aplastó entre los dedos.

—Parece que tenemos otro problema —dijo con tono grave mientras se volvía hacia los tripulantes, que lo miraban sorprendidos—. Hay algo más en esta nave. Algo que quiere hacernos daño. Y sea lo que sea, ahora sabe lo débiles que somos.

* * *

El sacerdote de hierro se había ido. Sin su presencia, la oscuridad parecía incluso más fría, más impenetrable. Resultaba difícil evocar la idea de la luz del sol tanto como el concepto del paso del tiempo. Freija era incapaz de hacer ambas cosas. Quizá el asalto ya hubiera empezado, o quizá los Guerreros del Cielo aún hostigaban al enemigo en las montañas. Si la batalla se había desatado sobre el Aett, ¿llegaría algún indicio de ello hasta allí abajo?

Pasó la mirada por toda la cámara. Era un lugar enorme, aunque no sabía hasta qué punto; incluso con el sistema de visión nocturna era imposible atisbar los límites. Uno de los muros, junto al que estaba su escuadra, estaba repleto de tallas. Tenía unas puertas enormes justo en el centro, también decoradas con los dos rostros de Morkai. El espacio junto a ellas estaba repleto de maquinaria, tubos de refrigeración, transformadores de energía tan grandes como estatuas, carcasas de acero que ocultaban una maquinaria extraña... Por increíble que pudiera parecer, a pesar del intenso frío, los motores de las máquinas parecían funcionar sin problemas.

Resultaba evidente que los servidores sabían qué hacer con ellas. En cuanto su maestro hubo atravesado las puertas, se pusieron a trabajar, conectándose a los puertos de entrada y comenzando una serie interminable de protocolos. Fuera lo que fuese lo que estaban haciendo, resultaba una tarea ruidosa y repetitiva. De vez en cuando, las luces de las máquinas parpadeaban, iluminando lo que, por otro lado, era una oscuridad perfecta. Los servidores que no se habían conectado a las máquinas habían comenzado a efectuar una serie de ritos frente a los nódulos principales; ungiendo con aceite las partes móviles y leyendo listas interminables de bendiciones con voces secas y metálicas, inclinados ante las carcasas de hierro y acero como si fueran altares dedicados a dioses inertes.

Trabajaban de forma mecánica y repetitiva. No había ninguna comunicación entre ellos y el sacerdote de hierro que estaba al otro lado. Arfang estaba solo, en un lugar al que supuestamente sólo los Guerreros del Cielo tenían acceso. No había nada que pudiera indicar durante cuánto tiempo se prolongaría su trabajo, ni cuál era el estado de éste.

Freija debía luchar contra el peso del aburrimiento. La oscuridad, combinada con las entonaciones monótonas de los servidores, hacía que le resultara difícil mantener la concentración.

—No os distraigáis —dijo a través del comunicador, tanto para ella como para sus tropas.

Cuatro de los seis kaerls que componían la escuadra estaban a su lado, de espaldas al muro y con los rifles apuntando hacia la oscuridad. Los otros dos estaban descansando, tratando de dormir entre sus camaradas y los ritos de los servidores mitad humanos mitad máquinas.

Entonces volvió a oír el ruido. En un instante el aburrimiento desapareció y sintió como sus manos empezaban a sudar debajo de los guantes.

Los demás kaerls también lo oyeron y se pusieron alerta. Los dos que estaban

descansando se levantaron y cogieron las armas en medio de la oscuridad.

Fue un gruñido grave, húmedo y gutural que retumbó sobre el suelo de piedra.

—Mantened la posición —susurró a través del comunicador, tratando de distinguir algo a través del visor nocturno.

Los servidores continuaron trabajando detrás de ella. Las armas de los kaerls apuntaban hacia el otro extremo de la cámara, moviéndose lentas y temblorosas. Podía notar la tensión en todos sus movimientos.

De pronto, el bramido inconfundible de un skjoldtar pareció salir de la nada. El destello de los disparos iluminó la oscuridad. Freija también estuvo a punto de apretar el gatillo en un acto reflejo.

—¡Alto el fuego! —gritó, tratando de ver algo entre las sombras. El escáner de proximidad no indicaba nada aparte de las seis figuras que tenía tras ella.

Los ecos de los disparos tardaron lo que pareció una eternidad en extinguirse. El culpable, probablemente Lyr, aunque no estaba segura, inclinó la cabeza. El corazón de Freija latía a toda velocidad. Había algo ahí fuera, algo que no podía ver, algo que emitía un sonido y un presentimiento aterradores.

—Mantened la posición —repitió con un nudo en el estómago.

«Tranquilízate, mujer. Eres una hija de Russ, una hija de la tormenta».

—No vamos a poder ver nada con los visores —dijo—. Voy a separarme.

Ningún soldado respondió. Permanecieron inmóviles formando un semicírculo alrededor de los servidores.

Freija dio un profundo suspiro y empezó a caminar. Avanzó despacio, sintiendo su propia respiración entrecortada. Lo único que veía era una oscuridad impenetrable.

Entonces sonó de nuevo, en esta ocasión más cerca. Un ruido imponente y aterrador. No provenía de ninguno de los túneles. Estaba en la cámara, entre ellos, observándolos. En algún lugar.

Freija avanzó diez metros antes de detenerse. Miró por encima del hombro para comprobar la posición de su escuadra. Seguían allí, rodeando a los servidores y protegiendo las puertas.

Miró hacia adelante.

A menos de un metro de ella, un par de ojos acuosos y enormes la miraban fijamente.

Freija se quedó helada.

«*Skítja*».

* * *

La potencia de fuego desatada sobre el Aett era aterradora, vaporizaba el hielo y la nieve y hacía saltar la roca por los aires, destrozando los afloramientos de granito y convirtiéndolos en nubes de guijarros. La artillería pesada del enemigo había conseguido aproximarse, y ahora el Colmillo se estremecía bajo la cortina de fuego. Las laderas de la montaña se habían cubierto de humo mientras la nieve se deshacía y los nidos de artillería eran destruidos uno tras otro. Todo el pico estaba envuelto en llamas, como si el magma del núcleo planetario hubiera sido liberado y estuviera derritiendo el permafrost de las cimas de Asaheim.

Los defensores esperaban detrás de los muros; dejarían que las baterías defensivas hicieran su trabajo durante tanto tiempo como fuera posible. Los emplazamientos de las baterías fijas se estremecían cada vez que hacían una descarga de fuego letal, consumiendo enormes cantidades de munición en pocos instantes y causando estragos en el avance del ejército enemigo. Las escuadras de kaerls trabajaban sin descanso para mantener las baterías operativas.

Aquello no duraría eternamente. Los Mil Hijos continuaban con su avance inexorable, ganando cada metro de tierra a base de sangre y fuego. Los lobos entrarían en acción inmediatamente después de que traspasaran las puertas, recibiendo a los invasores

con el abrazo de Morkai.

Hasta entonces, había otras fuerzas que entrarían en juego.

Odain Sturmhjart estaba enfadado. Su bravuconería habitual había desaparecido, resquebrajada por su incapacidad para predecir el ataque de los Mil Hijos y aplastada por su fracaso a la hora de descubrir al engaño de los traidores. Ya no sonreía con júbilo ante la inminencia de la batalla; sus ojos centelleaban bajo el ceño fruncido desde el interior de su capucha psíquica y ancestral. Para empeorar aún más las cosas, no había conseguido vigilar a Hojadragón tal y como le habían ordenado, y sabía que la Furia seguía su curso al otro lado de las puertas. Había fracasado en todo lo que importaba, y la confianza que el Gran Lobo había depositado en él no se había visto recompensada.

Hasta el momento.

Sturmhjart había trabajado incansablemente desde que comprendió su fracaso, exprimiéndose más allá de sus límites. Había reforzado las runas de protección de todo el Aett. Había trabajado hasta que las manos se le cubrieron de llagas, bañando las figuras de piedra con su propia sangre y transmitiéndoles toda la fuerza del espíritu de su mundo. Ahora que el enemigo estaba allí, el tiempo para las preparaciones había terminado.

Estaba enfundado en su armadura rúnica, en la cámara de observación del Colmillo, contemplando como los escudos de vacío repelían la lluvia de fuego. Ningún misil sobrevivía a aquella cortina protectora, aunque había otras armas a su disposición.

Sturmhjart golpeó el suelo con el báculo, y la empuñadura de acero retumbó con el impacto. El alma de la tormenta empezó a concentrarse a su alrededor. Sintió como el aire comenzaba a moverse, como se volvía más frío. La rabia que sentía contra sí mismo no hizo sino alimentar la tempestad. Podría usar esa rabia y convertirla en algo de una potencia indescriptible.

Los vientos comenzaron a enfurecerse alrededor de la montaña, haciendo silbar el aire empapado de plasma que azotaba las rocas carbonizadas. El cielo, que antes había sido azul y límpido, empezó a cubrirse de nubes. Un murmullo grave comenzó a soplar entre las cimas.

«Sentid esto. Sentid el despertar del alma de este mundo. Éste es un poder que ningún brujo podrá dominar».

Sturmhjart cerró los ojos y aferró con fuerza la empuñadura del báculo. Su segundo corazón comenzó a latir a un ritmo acelerado. La invocación era dolorosa. Se regodeó en el dolor, que como el hierro candente cauterizaba el sufrimiento que sentía en su interior.

Más y más nubes fueron tomando forma, cubriendo las cimas de las montañas de la cara norte y asolando las laderas con sus relámpagos. Bajo ellas se desató el granizo, un muro de destrucción que se precipitaba hacia el suelo.

«Levantad los ojos hacia el cielo, traidores».

Pudo ver a los hechiceros entre las líneas enemigas, refulgiendo como estrellas; sus poderes físicos destacaban incluso en medio de la confusión. Eran muy poderosos, envueltos en sus halos de energía impía. Pudo percibir su arrogancia, su confianza. Y uno de ellos, la estrella más brillante de todas, caminaba hacia su perdición.

«Vosotros sois muchos, nosotros muy pocos. Pero éste es nuestro mundo, y nosotros ostentamos su poder».

La tormenta se extendió, sobrevolando las cimas y acercándose al Colmillo impulsada por los vientos huracanados. El cielo se oscureció, haciendo que las explosiones de la batalla parecieran las brasas de una hoguera. El granizo comenzó a caer con más fuerza, resquebrajando la superficie de las rocas.

«Pensabais que habíais venido a luchar contra mortales, como vosotros».

El viento ganó fuerza progresivamente, desatando un crescendo de destrucción. Los

remolinos giraban más y más rápido avivados por el poder de la tormenta. Los tanques comenzaron a volcar azotados por la fuerza del viento. Columnas enteras del ejército invasor eran arrastradas hasta los precipicios y enviadas a una muerte segura.

«Pensabais que sucumbiríamos ante la hechicería, como vosotros».

Sturmhart podía sentir el sabor de la sangre que le llenaba la boca y le goteaba por la barba. No le prestó atención. El dolor se perdió en el remolino de fuerza psíquica que se había apoderado de todo su cuerpo. El no era más que un conducto, una vía por la que discurría la furia de la tormenta. El aullido del viento se convirtió en un rugido incesante. Los fuegos que rodeaban el Colmillo fueron apagados por la fuerza implacable del huracán.

«Pero os equivocáis».

Los hechiceros respondieron, protegiendo tantos vehículos como les era posible y proyectando escudos centelleantes para resguardar a sus tropas de la tormenta. Eran muy poderosos, y había docenas de ellos. Mientras luchaban contra los elementos, el asalto pareció amainar. Las cañoneras fueron lanzadas contra el suelo como si fueran cometas, destrozadas por el poder eléctrico del cielo. Los gritos aterrorizados de los soldados se mezclaron con el estruendo de la tempestad.

Sturmhart se regodeó en su sufrimiento. Dejó que alimentara su poder, el poder del planeta. Los invasores habían traído el maleficarum con ellos, y aquel castigo era la justa consecuencia.

Incluso mientras trataban de ponerse a cubierto, los brujos estaban aprendiendo una lección; la misma lección que todo sacerdote rúnico había aprendido desde que el Padre de Todas las Cosas abrió los caminos de lo oscuro al mundo helado de la muerte.

Sturmhart la conocía. La conocía desde hacía siglos, y disfrutó haciendo que aquellos que habían osado desafiarlo también la vieran tan clara como el hielo.

«Nosotros no defendemos Fenris. Fenris nos defiende a nosotros. El mundo, su gente, son uno solo. Compartimos un alma, un alma henchida de odio, y ahora ese odio cae sobre vosotros en las alas de la tormenta.

»Aprendedla bien, pues pronto esta verdad acabará con vosotros».

* * *

La sombra que se movía en la oscuridad se desplazó y sus ojos amenazantes desaparecieron. Freija retrocedió, levantando el rifle con torpeza y lanzando una ráfaga que iluminó las tinieblas. Los proyectiles skjoldtar podían hacer más daño que los de las armas automáticas de la Guardia Imperial cuando se disparaban con decisión, y un alarido inhumano se extendió por toda la cámara.

—¡Huskaer!! —dijo una voz a su izquierda.

Varios disparos sonaron desde aquel flanco; sus hombres habían abierto fuego hacia la zona donde estaba el mismo... animal que hacía un instante estaba delante de ella.

—¡Retroceded! —gritó, dejando de disparar y tratando de interpretar las señales de su visor. El escáner de proximidad no había detectado nada. Nada.

Los hombres se retiraron y se colocaron junto a ella. Estaban disparando a ciegas, movidos por el miedo.

«Por la sangre de Russ, ¿dónde está nuestro valor?»

—¡Mantened la calma! —gritó, zarandeando al soldado que tenía más cerca—. ¡No abráis fuego si no tenéis un objetivo!

El hombre continuó disparando, su dedo no se separaba del gatillo. Bajo la máscara, Freija pudo ver unos ojos dominados por el miedo.

—¡Ya viene! —gritó—. ¡Viene a por nosotros!

Entonces, Freija lo vio, una silueta enorme que emergió de entre las sombras como una pesadilla. Las armas no dejaron de disparar, iluminando aquel perfil encorvado con

una ráfaga de destellos blanquecinos. Freija únicamente veía chispazos; unos ojos amarillentos, unos hombros descomunales, unas mandíbulas ensangrentadas; y entonces apretó el gatillo, retrocediendo hasta sentir el tacto metálico de los servidores que tenía a la espalda.

Había más formas terribles moviéndose entre las sombras, deslizándose por el suelo y merodeando a su alrededor. Todas eran diferentes pero igualmente horribles, como si los sueños de los creadores de carne se hubieran convertido en aberraciones caninas.

—¡Mantengan la posición! —gritó mientras vaciaba un cargador y extendía la mano para coger uno de repuesto—. ¡Impidan que cierren el cerco!

Pudo ver como uno de los monstruos se retiraba asediado por un torrente de fuego, encogiéndose atenazado por el dolor. Lanzó un aullido de rabia y dolor, y acto seguido se abalanzó de nuevo.

«Por la sangre de Russ, es imposible abatirlos».

Entonces, otra bestia apareció en su campo de visión, emergiendo de entre una nube de disparos que parecían incapaces de hacerle el menor daño. Era una bestia gigantesca y musculosa recubierta de pelo. Caminaba a cuatro patas, pero conforme avanzaba se irguió sobre sus cuartos traseros como queriendo imitar a un hombre.

Freija terminó de recargar y abrió fuego.

El arma se encasquilló.

Maldiciendo, se retiró hacia las sombras para intentar arreglarla, escuchando los gritos de sus hombres al ver como la bestia caía sobre ellos. La criatura cogió a uno y lo lanzó por los aires. El hombre impactó contra el muro con un sonido sordo y se deslizó hasta el suelo. Inmediatamente, otras criaturas cayeron sobre él chillando y gritando.

Freija se agachó mientras trataba de introducir un nuevo cargador, aventurándose a lanzar una mirada fugaz hacia los servidores. Continuaban trabajando con sus reverencias y sus rituales como si no ocurriera nada. Las puertas de la cámara permanecían cerradas.

«Maldita sea».

Entonces volvió a ponerse en pie y disparó frenéticamente. Oyó como otro de sus hombres era arrastrado hacia la oscuridad, y su miedo se disolvió en un rostro de rabia e impotencia.

—¡Malditos seáis! —exclamó sin presionar el gatillo, lanzando su insulto tanto a las criaturas del Subcolmillo como al sacerdote de hierro que los había arrastrado a la muerte.

«Vamos a morir para nada. Podría haber luchado junto a mi padre».

Uno de los monstruos, una aberración que parecía un cruce de lobo y oso, se irguió lanzando un alarido desafiante. El hedor del aliento del animal llegó hasta ella a través del respirador.

Freija retrocedió, más por instinto que por cualquier otra cosa, tratando de coger el cuchillo que llevaba en una de las botas.

«Mírala a los ojos».

Haciendo acopio de valor levantó la mirada, y sostuvo el cuchillo con una mano temblorosa mientras la criatura se abalanzaba sobre ella.

«Mírala a los ojos».

Pero el impacto nunca se produjo. Entonces se dio cuenta de que tenía los ojos cerrados. Los abrió.

La criatura colgaba de una especie de gancho que tenía clavado en el cuello. Los disparos cesaron, sumiendo la cámara en la oscuridad absoluta.

Entonces, lentamente, una luz roja comenzó a refulgir. La luz regresó a la cámara. Aún podía oír gruñidos y aullidos. Las criaturas aún estaban allí, pero no atacaban.

Freija levantó la vista hacia la criatura que colgaba delante de ella, siguiendo el contorno de su caja torácica hasta llegar al cuello. Una enorme garra sostenía a la

bestia con dedos metálicos. Aunque pareciera increíble, algo aún más poderoso que aquel ser acababa de irrumpir en la cámara. Se dio cuenta de que las puertas estaban abiertas. Los seres que Arfang había acudido a despertar acababan de cruzar el umbral.

¿Te atreves a interrumpir mi sueño para esto, sacerdote de hierro?

La voz retumbó con un tono grave. Resonó en los muros de roca y reverberó por la espina dorsal de Freija hasta hacer que el vello se le erizara. Era mucho más grave que la del jarl Greyloc, más grave que la de Ironhelm. Una dignidad ancestral dominaba aquellas palabras, una seguridad dominante, una profunda melancolía teñida de una amargura eterna. Incluso a través de la maquinaria de la unidad vocal, era la voz más poderosa e imponente que Freija había escuchado jamás.

—Has tardado mucho en despertar, mi señor —respondió Arfang. Resultó extraño escuchar un tono de disculpa en sus palabras.

Lentamente, movida por la curiosidad que siempre había sido su perdición, Freija se volvió para contemplar lo que acababa de atravesar el umbral.

Mucho, es cierto, sonó de nuevo la voz de Bjorn, aquel a quien los skjalds llamaban *Garra Implacable* cuando relataban las sagas, el último miembro del capítulo que caminó junto a Russ sobre el hielo, el más poderoso de todos los lobos, un eslabón vivo de la era de las leyendas.

Los muertos habían despertado.

Bjorn apartó a la criatura hacia un lado como si fuera un cachorro, y la masa de piel y colmillos se perdió gimiendo entre las sombras. Envuelto en el zumbido de los servos y de los sistemas neumáticos, la enorme silueta metálica dio un paso y accedió a la cámara. Freija no pudo evitar que su mandíbula se abriera de par en par y tuvo que cerrarla súbitamente.

Pero ahora que se me ha restablecido, recuerdo cuál es mi propósito.

El venerable dreadnought pasó junto a ella sin ni siquiera percatarse de su presencia. Las bestias se retiraron al ver la figura descomunal, inclinando la cabeza en actitud sumisa. Incluso Arfang parecía poco más que un cachorro al lado de aquella figura legendaria.

Estoy aquí para matar. Llévame ante el enemigo.

TERCERA PARTE
TERCERA PARTE

L a s o g c a e r r a d a

ONCE



ONCE

Aphael miró hacia arriba. La furia de tormenta martilleaba contra el escudo cinético. La barrera translúcida se estiraba como si fuera de tela bajo los repetidos impactos. El poder de los sacerdotes de los perros era impresionante, pero aquél era su mundo y quién sabe qué primitivos poderes existían aquí, listos para que los salvajes los sacaran a rastras con sus rituales mal comprendidos. El remolino podía causar algún daño en los límites exteriores de su ejército pero sólo conseguiría enlentecer el avance hacia las puertas.

Una nueva ola de granizo ardiente chocó contra el escudo poniendo a prueba la hechicería protectora. Aphael echó un vistazo a los localizadores de posición de la pantalla de su casco. Sus hechiceros estaban esparcidos uniformemente por la hueste, alimentando con su poder las protecciones de todo el ejército. Hett, el más poderoso de los raptora, estaba cerca, trabajando con calma experta, manteniendo las cúpulas de las protecciones mágicas que salvaguardaban a los grupos de mando de las tropas mientras se acercaban al enemigo.

Aphael prestó atención a la situación táctica. Estaba en medio de las filas de su legión, rodeado de su séquito de exterminadores. A ambos lados tenía sendos Land Raider, cada uno con un complemento de rubricae, que avanzaban como apisonadoras un poco más de prisa que si fueran andando. Por delante de los Land Raider estaban los transportes Chimera de tropas, tambaleándose por los impactos de los proyectiles de los perros que penetraban por las partes más débiles de la barrera y explotaban entre su formación. Después estaban las piezas de artillería móvil, todavía acercándose a la montaña. Había unidades más grandes apostadas en filas estáticas tras ellos, fijando brazos de sujeción para ampliar su alcance y colocando sus gigantescos cañones en ángulo de tiro.

Delante, el pináculo del Colmillo ocupaba todo su campo de visión. Tras otro día de artillería pesada y demoledora, el alto cono estaba completamente cubierto por el fuego, desgarrado en hojas rizadas de plasma por el azote de los vientos. La descarga defensiva de artillería aguantó firme, más de lo que él había esperado, enviando muerte en columnas con forma de rastrillo desde cien emplazamientos de cañones alrededor de las altísimas puertas, pero ahora, por fin, el torrente se hacía menos caudaloso a medida que los emplazamientos eran destruidos.

El resto caería, uno a uno. El daño que habían causado se había tenido en cuenta; los corvidae lo estimaron meses atrás y lo pusieron en los libros de contabilidad de la batalla. Se quemarían tanques y morirían mortales pero el avance no se detendría. En unas horas, los rompepuertas tendrían sus objetivos a tiro, aquellos pedazos sin gracia de piedra y hielo serían franqueados.

Entonces comenzaría el trabajo de verdad.

¿Qué avances hay, hermano?

Hubo una larga pausa antes de la respuesta.

Acabas de entorpecerlos. No puedo seguir en comunicación contigo, no en este estado.

Mis disculpas, pero debes saber que el ataque a las puertas es esta noche.

¿Para qué? No significará nada hasta que se eliminen las protecciones.

Aphael se sintió dolido por el tono de Temekh. El corvidae estaba a salvo de todo peligro, rodeado de las amplias comodidades que contenía la *Herumon*. A la intemperie, en el hielo, las cosas no eran tan cómodas.

Caerán en breve. Necesito saber que tu trabajo progresa a la misma velocidad que el mío.

Avisaré cuando esté listo. Hasta entonces, no vuelvas a establecer contacto.

El enlace entre los hechiceros se rompió. La ruptura fue casi dolorosa y a Aphael le lloraron los ojos.

«¿Por qué está tan hostil?»

Sintió una punzada de enfado, y luego un estremecimiento de frustración por los aires de superioridad del corvidae. Al hacerlo, el cuello empezó a picarle de nuevo.

Se tensó e hizo una pausa en la marcha hacia las puertas. Sin hacer un solo ruido, sus exterminadores imitaron su paso.

El contagio se extendía.

«Lo sabe».

La irritación dejó paso al frío vicio de la inquietud. Desde la Rúbrica de Ahriman, la amenaza de mutación se había convertido en el mayor de los estigmas, el gran tabú. En una legión que lo había sacrificado todo para huir de las garras del Señor de la Transformación, cualquier signo de que las artes mágicas habían sido menos que un éxito rotundo estaba a la par con la herejía.

—Más de prisa —ordenó por el canal de la misión.

A ambos lados, los Land Raider apretaron el acelerador y lo alcanzaron. Más piezas de artillería llegaron a la posición de tiro y fueron fijadas en la roca dura como el acero.

«¿Por qué ahora? ¿Por qué vuelve este cambio de la carne cuando se acerca el momento de mi victoria?»

Alzó la vista hacia las puertas y recorrió con la mirada la piedra ardiendo. Había sellos grabados en ella, símbolos de protección diseñados para rechazar el poder mutante de la hechicería. Aquéllas eran las cosas que tenía que destruir para allanar el camino del poder superior que estaba por venir.

«¿Por qué razón estoy condenado a esto?»

Aphael miraba las poderosas runas grabadas en los altos precipicios frente a él y su humor iba a peor. Los diseños místicos simplemente le recordaban lo que él ya sabía: que no había forma de escapar de la trama del destino. Si existía la salvación para él, no estaba en la fortaleza de los perros del Emperador.

«Sea. Lo aceptaré y convertiré esta corrupción en fortaleza».

Retomó la marcha, sin apenas notar a los exterminadores que seguían sus pasos. Podía sentir que la mutación se aceleraba en su interior, cómo hervía bajo la piel como una nube de insectos atrapados. La armadura escondería sus efectos un poco más.

Sobre su cabeza, nuevas explosiones de plasma formaban olas contra los escudos cinéticos. Un transporte de tropas quedó despanzurrado bajo una lluvia de proyectiles, y el casco al rojo vivo se vino abajo por el viento de la tormenta. Los hombres morían a cada instante, cientos de ellos eran combustible para un fuego que llevaba siglos ardiendo. A él sus destinos le importaban poco, y mucho menos ahora que su futuro se extinguía.

—Señor, los rompepuertas están en posición en ambos objetivos —dijo un guardián de la torre por el comunicador—. Esperan sus órdenes.

Aphael notó que se le curvaba el labio, aunque el movimiento no fue voluntario. La infección había llegado a la cara.

—Diles que abran fuego en cuanto estén listos —respondió, haciendo un duro esfuerzo para mantener su voz habitual por el comunicador. El sudor empezó a manar de su piel temblorosa—. Métenos ahí dentro rápido, capitán. Esta ociosidad no me sienta bien y estoy sediento de derramar sangre.

* * *

Alanegra avanzaba a grandes zancadas por el corredor con dos docenas de kaerls totalmente armados detrás de él. Llevaba su armadura caparazón y empuñaba una pistola bólter. Sus hombres caminaban recelosos, con las armas listas para disparar y

los ojos bien abiertos tras las placas faciales. Incluso después de tantas horas de búsqueda, Alanegra todavía seguía alerta. Ahora que la tarea había pasado de mantenimiento del motor a misión de cacería, el cansancio lo había abandonado.

Neiman había examinado el cadáver del miembro de la tripulación en la cámara del consejo y dijo a los demás lo que ya sabían. El hombre era un espía modificado para mimetizarse con el entorno, y había estado enviando información con sus ojos antinaturales a quien o lo que fuera que lo estuviera controlando. Desde entonces, Alanegra había peinado toda la nave, una cubierta tras otra, con una eficiencia implacable. Habían encontrado otros espías durante el registro, todos con los mismos globos oculares trasplantados. Ahora estaban todos muertos y sus cuerpos arrojados a los fuegos de la sala de máquinas.

Alanegra buscaba a su alrededor con cuidado. Estaban muy abajo en la nave, atravesando zonas con poca iluminación y a las que pocos miembros de la tripulación tenían razones para ir. El lugar perfecto para esconderse.

El explorador lobo sabía lo vulnerable que era. La inteligencia que había controlado aquellas marionetas era un maestro de la hechicería. Alanegra carecía de armas con las que combatir semejantes poderes, y sus hombres eran aún menos capaces de defenderse. Aunque consiguiera encontrar el lugar en el que se escondía el polizón, todo indicaba que tendría que enfrentarse a algo que no tenía posibilidad de matar.

La perspectiva no le daba miedo pero lo fastidiaba bastante. Como mínimo, había esperado vivir lo suficiente para incluir su maniobra sobre Fenris en las sagas. La idea de que todo aquello hubiera sido para nada lo incomodaba.

Por supuesto, también estaba el tema de la supervivencia del Colmillo. Eso también era importante.

—¿Dónde demonios estamos? —dijo por el comunicador, mirando con asco los túneles sucios y oscuros que tenía delante.

—Bajo los tanques de combustible de popa, señor —se oyó la voz de Raekborn, el huskaerl. Su voz sonaba tensa. Tampoco estaba asustado pero sí tenso. A Alanegra a veces se le olvidaba que los humanos necesitaban unas pocas horas de sueño en cada ciclo. Si no daban pronto con la aguja del pajar, tendría que decirles que descansaran un rato.

Tan débiles. Débiles hasta el aburrimiento.

Miró la pantalla de su casco. Los exploradores pocas veces llevaban yelmos en combate, una costumbre que Alanegra no entendió nunca. El arriesgarse a perder la cabeza por un rayo láser perdido no parecía una cuestión de fanfarronería sino simple y llana estupidez. Su unidad de visor transparente tenía una pantalla táctica que le mostraba toda señal de vida a treinta metros de distancia y lo informaba del estatus de su unidad. No era tan exhaustivo como el yelmo MK-VII que llevaba cuando era cazador, pero casi.

Todas las runas que aparecían en el visor eran llamadas irrespetuosas de Neiman solicitándole que volviera al puente. El navegador lo quería de vuelta en el puente desde hacía seis horas para que firmara los vectores de rumbo antes de retirarse a su cámara de observación.

Alanegra sonrió. Era imposible que le hiciera abandonar la búsqueda por un asunto tan mundano como ése. Incluso aunque la necesidad por descubrir al infiltrado no hubiera sido tan apremiante, disfrutaba haciendo rabiar al mutante de tres ojos haciéndolo esperar.

—¿Tenéis algo por ahí abajo? —preguntó a su escuadrón con la vana esperanza de que su equipo hubiera detectado una señal que se le hubiera escapado al otro.

—Negativo.

Alanegra dejó que sus lentes fotorreactivas hicieran el trabajo visual por él. Como todos los de su clase, poseía una increíble sensibilidad al movimiento incluso en la casi total

oscuridad. Sus fosas nasales podían distinguir el más sutil de los aromas que flotaban en el aire viciado de aceite de motor y suciedad. Su sentido del tacto podía detectar movimiento en el suelo a cientos de metros, y su oído era capaz de oír la tos de un kaerl en el puente de mando.

Pero nada.

—Vamos —gruñó, moviéndose hacia adelante. El túnel se estrechaba, rodeando un mamparo cubierto de cables. Las luces parpadeaban a intervalos irregulares a lo lejos, e iluminaban durante unos instantes el perfil de las barreras de malla metálica.

Alanegra zigzagueó alrededor del mamparo. Los pasos de las tropas eran sigilosos para ser de mortales, pero aun así anunciaban su presencia a quien supiera escuchar. El escuadrón avanzó unos veinte metros antes de llegar a un cruce de tres túneles. El pasillo que iba de derecha a izquierda estaba en mal estado. Haces de cables colgaban del techo como matas de hierba silvestre, crepitantes iluminados por el brillo de las chispas. Había grietas en el suelo, donde algo había desencajado las riostras, y no era lo bastante alto para poder estar de pie. Hasta los kaerls tenían que agacharse, y Alanegra avanzaba encorvado en una posición muy incómoda. La única luz que quedaba estaba a nivel del suelo. Parecía iluminar sólo a un cuarto de su intensidad.

—¿Izquierda o derecha? —musitó Alanegra, apuntando con su pistola a las sombras y moviéndola de un lado a otro. Al hacerlo notó una leve comezón en las palmas. Una sensación indefinible de expectación se apoderó de él.

Pocos metros más adelante, en el corredor de la izquierda, había una escotilla de servicio abierta, con la compuerta colgando perezosamente de una sola bisagra.

A veces, los sentidos sobrenaturales proporcionados por la Canis Helix superaban cualquier tecnología. Alanegra miró el agujero y sintió que sus músculos se tensaban por su propia voluntad.

—A mi señal —dijo, preparándose para avanzar— Quedaos...

Fue la última palabra que consiguió pronunciar antes de que la pared explotara. Una figura titánica con armadura y casco de guerra de color zafiro emergió de los desgarrones arremolinados de metal, apuntándolos con el bólter y disparando.

Alanegra se tiró al suelo, sintiendo los proyectiles silbar sobre su espalda y detonando en sus hombros. Detrás de él, el corredor se llenó de gritos salpicados de descargas que pasaban echando chispas por encima de su armadura.

Alanegra giró y se tumbó sobre la espalda ignorando los proyectiles, intentando apuntar a la vez que esquivaba las ráfagas de proyectiles. Fue entonces cuando vio a la segunda figura salir de entre las sombras, caminando con dificultad bajo una cresta como la capucha de una cobra y resollando como un fuelle.

—Eso no es nada bueno —gruñó, maldiciendo su estupidez y arrastrándose hacia atrás—. Pero que nada bueno.

* * *

El estallido de las detonaciones recorrió el suelo y sacudió las raíces de la montaña, venas de roca que se extendían varios kilómetros hacia abajo. Los rompepuertas, enormes máquinas de destrucción, estaban dispuestos en formación de fuego. Con un solo cañón, montados en gigantescas orugas blindadas de doscientos metros de largo, oscuras como las sombras del Subcolmillo y cubiertas por la pátina humeante de la guerra, los habían colocado en posición de combate bajo la barrera de fuego de artillería.

Cada motor era una pieza de tecnología hechicera, una fusión de componentes prohibidos y mecanismos proscritos procedentes de una docena de mundos perdidos. Extrañas energías zigzagueaban como el mercurio por la superficie de los cañones, brillando con una luz medio invisible y fantasmal. Un aullido grave salió de las fauces de tiro cavernosas, un sonido sombrío que retumbó como los sollozos entrecortados de

grandes multitudes sin nombre. Las bocas de los cañones estaban enmarcadas con las formas esotéricas de bronce que tanto apreciaban sus creadores, todas distintas, aprovechando cualidades olvidadas hacía mucho por la cada vez más oscura galaxia mortal.

Aquellos monstruos tenían nombres. Cuando los ensamblaron a lo largo de los siglos en fundiciones asoladas por los demonios en las profundidades del Ojo del Terror, los Mil Hijos insistieron en eso. Ahí estaban *Pakhet*, *Talamemnom* y *Maahex*, y el dañado *Gnosis*, al que había tumbado el fuego pesado de las baterías enemigas. Este último echaba mucho humo, soltaba columnas de hollín negro como la muerte y temblaba a causa de los impactos.

Dispararon. Todos siguieron disparando. Las detonaciones eran tremendas, dispersaban las filas de tropas a su alrededor, embarrullaban las lecturas de los áuspex, sobrecargaban los canales auditivos, y cuando descomunales rayos amarillos cortaban el aire en dirección a sus objetivos, incluso éste quedaba reducido a átomos. Las explosiones de los impactos eran como *tsunamis*; enormes, atronadores muros de llamas ondulantes que se escurrían por los castigados flancos del Colmillo.

Los rompepuertas liberaron su poder una y otra vez, ahogando los sonidos de todo lo demás, bloqueando la incesante lluvia de plasma del bombardeo orbital, tapando los gritos de los moribundos y de los heridos en los accesos a las puertas.

No eran armas sutiles. Dependían de que un elevado número de tropas de apoyo las protegiera, consumían enormes depósitos de promethium en cuestión de segundos, y las operaban cientos de mortales encadenados, muchos de ellos conectados por cable al chasis en una grotesca fusión de hombre y arma.

Su único propósito era destrozarse las puertas del Colmillo, desintegrar la protección de la fortaleza de Russ y reducirlas a las tierras yermas brutalmente purgadas de Prospero. Miles habían muerto para crearlas; y sus almas fueron soldadas a las estructuras para unir sus poderes infernales. La legión se había dejado la piel en ellas, había puesto a su disposición todos los recursos que le quedaban, pues sabían que sólo las utilizarían una vez.

Aquellas máquinas eran una declaración de intenciones.

«Nos condenaremos, nos mataremos de hambre, mutilaremos nuestra viabilidad futura y quedaremos desamparados, todo con tal de poder destruir las puertas que guardan vuestra ciudadela».

Así que volvieron a disparar, vomitando rayos de esencia destructora como fragmentos de una supernova, descargando el odio que había bullido durante más de mil años y concentrándolo en las puertas.

Y aquellos gigantescos arcos, cada uno tallado en la fría roca por máquinas milenarias no menos poderosas, empezaron a ponerse al rojo vivo por los impactos, temblando en el brillo incandescente. Kaerls desesperados reforzaron los escudos de vacío, los alimentaron con más energía de las inagotables fuentes que había bajo el Colmillo hasta que las barreras invisibles chirriaron. La piedra se resquebrajó y se combó, sacudida por el torrente de fuego y de energía.

Sobre el dintel de la Puerta del Amanecer estaba grabada la runa Gmorl. Significaba «Desafío».

Cuando al fin quedó abierta, un vasto suspiro recorrió la piedra. Se produjo un chasquido en el aire y una ola de fuerza en forma de arco brotó a toda velocidad de la ciudadela. Pilares de granito y adamantio se colapsaron y rompieron la simetría de los arbotantes. Bajo las puertas se abrieron grietas que corrían por el suelo como riachuelos de lava.

Los escudos de vacío que quedaban se colapsaron y los que estaban a nivel del suelo se apagaron. Una ráfaga de fuego se precipitó por las brechas y alcanzó la montaña. Los rompepuertas recalibraron y apuntaron al punto más débil. Sus enormes cañones

lanzaron columnas de inmolación y Amanecer desapareció tras un muro de plasma. Cuando las bolas de fuego clarearon, las poderosas puertas estaban destruidas, balanceándose colgadas de goznes del tamaño de cañoneras Thunderhawk, con el único sostén de las explosiones que seguían produciéndose a su alrededor. Por un momento, nadie se movió. Como si de repente estuviera horrorizada por lo que habían hecho, la hueste entera de los Mil Hijos se echó atrás, contemplando el agujero en la ladera de la montaña. El aullido del viento azotaba el campo de batalla, las notas de furia habían sido reemplazadas por un lamento de angustia.

Entonces, la parálisis pasó. Los hombres echaron a correr hacia adelante, flanqueados por hileras de tanques y transportes de tropas. La artillería reanudó su aplastante acometida. La horda de guerreros de vanguardia, formada por miles, una fila tras otra, corrió hacia las puertas, henchidos de repente con la esperanza de la victoria.

Tras las máscaras respiradoras todos habían empezado a darse cuenta de lo que habían hecho, aquello que nadie había conseguido antes. Ante ese hecho, incluso el miedo que tenían a los lobos disminuyó un poco.

Cada soldado, desde el servidor de artillería más insignificante al hechicero más poderoso, sabía la verdad, una verdad que nunca se borraría de los anales de la historia galáctica.

Habían ido a la ciudadela de Russ, la fortaleza humana más poderosa fuera de Terra, y la habían doblegado.

* * *

Alanegra se agachó y corrió, serpenteando entre los proyectiles de bólter que abrían boquetes en las paredes del túnel. Los cables eléctricos quedaban expuestos y tormentas de chispas salpicaban el suelo. Sus hombres estaban muertos o corriendo delante de él por el corredor. Era un desastre.

Alanegra dobló por el cruce y se acuclilló contra la pared más cercana, dando la espalda a sus perseguidores. El cuerpo de uno de sus kaerls cruzó volando su campo de visión, con las extremidades girando como las aspas de un molino, antes de que apareciera un marine de Rúbrica a la carrera.

Alanegra abrió fuego, disparando una docena de balas a quemarropa antes de ponerse en pie de un salto y salir zumbando por el corredor. Podía oír los chasquidos de los impactos de sus proyectiles por encima del hombro y se arriesgó a mirar atrás.

El marine traidor se tambaleaba y su armadura estaba abollada y humeaba, pero ya estaba recuperando el equilibrio. Su bólter rugió y Alanegra se puso a cubierto tras un mamparo roto. Seis proyectiles se empotraron con un ruido sordo contra la estructura y explotaron, destrozándola, obligando a Alanegra a seguir huyendo bajo una lluvia de fragmentos de metal.

Sólo uno de vosotros —dijo una voz en su mente. Era vacilante, como si el que hablaba estuviera sufriendo lo indecible—. *No me lo podía creer hasta ahora.*

Alanegra no tenía forma de responder y se concentró en mantenerse vivo unos momentos más. Esquivaba y saltaba, confiando en su agilidad modificada genéticamente, consiguió huir precipitadamente del marine de Rúbrica, disparando hacia atrás a ciegas mientras corría.

El corredor daba a una cámara más grande, una por la que había patrullado momentos antes. Sus hombres habían levantado una defensa allí, una trinchera hecha con mesas tumbadas de costado y cajas. Abrieron fuego en cuanto Alanegra entró corriendo en la habitación, apañándose a duras penas para no dispararle a él en vez de al leviatán que llevaba pegado a los talones.

Alanegra saltó detrás de una de las mesas. Desenvainó su espada de energía, una hoja corta para apuñalar, y activó el disruptor de campo. En un abrir y cerrar de ojos tenía al marine de Rúbrica detrás.

Ignoraba los disparos de skjoldtar como si fueran una lluvia de piedrecillas. El marine traidor se movía a una velocidad increíble para su gigantesco tamaño, lanzando barricadas contra la pared y disparando proyectiles de bólter a las tropas sin protección antes de darse media vuelta para seguir apartando más endeble objetos de cobertura. «Y no es más que un simple explorador. Parece que estoy de suerte».

Alanegra apartó su barricada de un empujón y lanzó un torrente de proyectiles directamente contra el marine de Rúbrica. Esquivó algunos con una agilidad asombrosa. El resto dio en el blanco, explotaron contra la armadura e hicieron añicos los adornos del yelmo y de las hombreras.

Entonces Alanegra atacó, blandiendo su hoja en la zona de contacto y dirigiéndola a los cables del cuello. La armadura MK-IV del traidor sólo tenía unos pocos puntos débiles, pero aquél era uno de ellos. La hoja silbó hacia su destino.

Nunca lo alcanzó. El traidor esquivó la acometida haciéndose a un lado, echó atrás el brazo y asestó un puñetazo. Alanegra apartó la cabeza, pero aun así el guantelete lo golpeó con fuerza bajo la mandíbula y lo lanzó por los aires.

No hay punto de comparación, ¿verdad?

Alanegra giró a mitad del vuelo y cayó con la cara contra el suelo. Su visor se hizo añicos por el impacto y su visión se convirtió en un caleidoscopio de lentes angulares fracturadas.

«Por eso no llevan casco».

Aturdido, se puso en pie con esfuerzo. Oyó el fuego esporádico del ataque desesperado que habían lanzado los kaerls que quedaban contra el marine de Rúbrica. Al fondo, cojeando por el corredor, llegaba el hechicero.

Cuando estés muerto, perro —resolló la figura con la máscara de cobra—, *llevaremos esta nave justo al centro de tu flota.*

Alanegra se despejó la cabeza, curvó los dedos alrededor de la empuñadura de su espada y calculó la distancia. El último de sus kaerls fue despachado con desdén y el marine de Rúbrica se dirigió hacia él.

Luego detonaré el conductor de vacío. ¿Qué opinas de eso?

Alanegra se puso de pie. Moviéndose con toda la fuerza que pudo reunir, disparó al marine traidor con su pistola a la vez que lanzaba su espada de energía contra el hechicero. Lanzaba destellos durante la trayectoria, con la punta afilada apuntando directamente hacia su objetivo.

Era la maniobra más perfecta que Alanegra había ejecutado nunca, un impresionante ataque a dos manos a una velocidad imparable. Apuntó a la perfección. Sus proyectiles de bólter dieron en el blanco y se hundieron con un sonido sordo en la armadura del marine de Rúbrica, desgarrando las placas.

La hoja también giraba como una rueda hacia su objetivo, lanzando destellos de energías cortantes de ceramita al hacerlo. Incluso en mitad de todo aquello, preparado para saltar sobre el hechicero para rematar la faena, Alanegra se llenó de orgullo. No muchos de sus hermanos de batalla podrían haber hecho lo que él acababa de hacer. Era magnífico.

Entonces, la hoja chocó contra el escudo cinético del hechicero y se hizo pedazos. El marine de Rúbrica se tambaleó, su brazo derecho salió despedido y dejó un agujero en el hombro. Luego se enderezó y siguió avanzando.

En aquel punto, Alanegra supo que estaba muerto. No había nada más que él pudiera hacerles.

«Aunque os dejaré cicatrices, desgraciados».

—*¡Fenrys!* —rugió, cargando contra el hechicero, vaciando el cargador a la silueta jorobada, sintiendo el retroceso del arma contra la palma al descargar sus contenidos reactivos a la masa.

Una explosión salvaje de luces de colores que se retorcían estalló desde el interior del

hechicero, seguida del estruendo ensordecedor de algo terrible al abrirse a la fuerza. Brotó el hedor del immaterium y Alanegra salió despedido de espaldas una vez más. Aterrizó con violencia entre cadáveres y restos de barricada. Algo pesado le golpeó la cabeza abriendo más el maltrecho visor. El mundo empezó a dar vueltas, expulsado de su eje por la liberación de la energía impura del vacío.

Por un momento se quedó tumbado en el suelo, anonadado. Hubo más estruendos, más explosiones de energía del vacío que hacían llorar los ojos. Luego cesaron.

Entonces, muy despacio, le vino algo a la cabeza.

«No estoy muerto».

Levantó la cabeza con mucho dolor, sintiendo la compresión en el cuello. El marine de Rúbrica estaba de pie a tres metros, inmóvil, helado a mitad de la zancada hacia delante. El hechicero estaba encogido en el suelo, con la túnica envuelta en llamas y la armadura arrancada. La carne del interior era... horrible.

—No mires aún —dijo una voz familiar.

Alanegra ignoró el consejo y volvió la cabeza para ver de dónde procedía.

Neiman estaba allí, vinculando de nuevo su ojo disforme. El navegante parecía tembloroso y estaba pálido.

—Venía a buscarte —espetó furibundo—. Y da gracias al maldito Emperador de que lo haya hecho, estúpido bastardo.

* * *

Greyloc corrió hacia la brecha, con su séquito un paso por detrás de él, las garras gemelas brillando en la oscuridad por los campos disruptores.

Tenía delante las puertas hechas pedazos, todavía ardiendo a causa de las explosiones que las habían destruido. Más allá de los pilares aplastados, parcialmente ocultos por las cortinas de humo y el granizo, estaba el enemigo. Las primeras líneas de invasores se cerraban ya sobre la abertura, envalentonadas por el devastador poder de los rompepuertas. El casco de Greyloc parpadeaba con indicadores y el espíritu máquina de su armadura entendió rápidamente las miles de señales vitales y las convirtió en runas objetivo por orden de prioridad.

Salió al exterior rugiendo desafiante, ignorando las trayectorias de los rayos láser enemigos, regocijándose una vez más con el aire frío y lacerante de Fenris. Aunque contaminado por el aceite de motor y el acre olor penetrante de los explosivos, seguía siendo mejor que estar confinado tras los muros.

«Somos depredadores. Este es nuestro sitio».

Iba a la carga junto con su escuadrón, sus enormes armaduras de exterminador avanzando a través de montones de metal humeante y restos de manipostería. Ráfagas de fuego capaces de perforar una armadura volaron por encima de sus cabezas, las disparaban los Colmillos Largos, todavía en las sombras de la montaña. Llevaba kaerls detrás, mortales con armadura de caparazón que disparaban proyectiles con sus armas pesadas en andanadas controladas. Les costaba mantener el paso de los lobos en la vanguardia, pero Greyloc sabía que tenían las mismas ganas que ellos por hacer contacto. Muchos murieron bajo la lluvia de rayos láser que caía en la tierra azotada por la tormenta, pero otros muchos llegaron a sus puestos y se apresuraron a asegurar el terreno antes de que lo tomara la horda que se aproximaba.

Apoyado por la feroz tormenta de Sturmhart, que se arremolinaba a su alrededor, Greyloc arremetió contra las primeras filas de invasores. Eran mortales, engalanados como sus kaerls, con trajes ambientales y láseres al hombro. Ya había matado a cientos de guerreros como éstos desde que las naves de desembarco profanaron por primera vez su mundo. Estaba entre ellos antes de que pudieran dispararle al unísono, abriéndose paso entre las filas.

—¡Matadlos! —rugió, sintiendo que la intensidad de las ganas de acabar con ellos le

distorsionaba la voz—. ¡Matadlos a todos!

Apenas oyó el sonido sordo y el choque del impacto cuando su séquito se arrojó a la batalla a su lado, cada uno bramando su juramento de combate, cada cual abriendo un canal en la vanguardia de los Mil Hijos. Los cuerpos volaban por los aires, se cortaban extremidades, se arrancaban armaduras...

Los Land Raider grises avanzaron a trompicones desde las puertas devastadas, y así, rechinando sobre el terreno pulverizado, disparando fuego pesado de bólter y lanzando rayos de cañón láser, penetró la arrolladora marea de hombres y vehículos. Más lobos daban zancadas junto a ellos, cazadores grises y garras sangrientas, de cuyas corazas colgaban horripilantes tótems de muerte y de venganza. Ante el ataque inminente, la carga de los Mil Hijos contra las puertas flaqueó.

Greyloc permanecía en la punta de la lanza. Al lobo que había en él se le hacía la boca agua, hambriento de más muerte; disfrutaba de placer con los hombres que caían bajo sus pies. Siguió bramando juramentos de odio y maldiciones mientras mataba, cada sílaba amplificada por su armadura en un crescendo de euforia salvaje.

Los rugidos de desafío y furia no eran porque sí. Formaban parte de la estrategia de intimidación, una muralla de sonido que enloquecía de miedo a hombres inferiores a él. Cada golpe apuntaba a una perfección dolorosa, cada mandoble se ponderaba con exactitud, cada disparo de bólter se hacía con precisión exacta. Estos lobos cazaban como sus jarls les habían enseñado a hacerlo; de forma rápida, letal y eficiente. A la cabeza, el Lobo Blanco se abrió camino a través de muros de carne viva, con las garras empapadas en la sangre de sus presas, energía que manaba de sus garras y despedía chispas de fría furia.

«Debemos hacerles pagar por el paso de las puertas».

Greyloc apartó a un guerrero de un puñetazo que lo partió en dos antes de lanzarse contra el flanco de un transporte de tropas que intentaba virar en el revoltijo de nieve medio derretida y gravilla. Estaba en constante movimiento, rodeaba y desgarraba como una manada entera de depredadores combinada en una única y terrible amalgama. Sintió las poderosas guardias de Sturmhart protegiéndolo mientras avanzaba, una barrera contra los intermitentes conjuros de los hechiceros. Conocía el valor de esa protección: durante ese breve espacio de tiempo era libre de matar sin impedimentos, de bañarse en la sangre de aquellos que se habían adentrado en sus dominios para traer la muerte.

Aprovecharía bien ese tiempo.

Bajo las sombras de las puertas, los dos ejércitos se apretujaron, uno colosal, lento y poderoso; el otro, rápido y fiero. Mientras el Colmillo ardía, torturado por las implacables descargas de largo alcance, en sus laderas resonaba al fin el eco del combate cuerpo a cuerpo, y mientras los hombres morían y los vehículos ardían, mientras las cañoneras escaseaban para nuevas rondas de ataque, entre la carnicería y el asalto por tierra, todos los guerreros en el campo de batalla conocían la fría realidad de la situación.

El nudo se había cerrado y estaba empezando a apretarse.

DOCE



DOCE

Freija se sentía como si hubiera caído en un trance inducido por las drogas. Le dolía el cuerpo tras la escaramuza y todavía podía notar la sangre que le chorreaba por las costillas. El haber venido hasta aquí había sido una locura. Tres de sus hombres habían muerto, todo para proteger a un hatajo de mestizos huidizos mientras su maestro hacía lo que tuviera que hacer en aquella cámara acorazada. Hasta la imponente visión de Bjorn, una figura de la que nunca estuvo segura que fuera más que un mito, sólo consiguió disminuir parcialmente la sensación de futilidad.

La *Garra Implacable* era sólo uno de los dreadnoughts a los que despertó Arfang. Otros habían emergido desde entonces, marchando en una procesión de aplastante y señorial majestuosidad. Pasaron horas en las que fueron despertados más venerables guerreros. Durante todo ese tiempo, la manada de bestias se mantuvo oculta en las sombras, rugiendo y esperando. No estaba claro cuántos eran; quizá un docena, quizá muchos más.

Freija no sabía de quién recelar más, de los horrores deformes del Subcolmillo o de las lúgubres estructuras sepulcrales de los muertos vivientes. Cuando los dreadnoughts atravesaban las puertas hacia la cámara, flexionaban sus puños titánicos y hacían molinetes con los gigantescos cañones automáticos. Incluso para los estándares de un capítulo salvaje, su aspecto era aterrador. Bufaban y resoplaban al moverse, lanzando nubes de humo por los tubos de escape bajo gruesas capas de armadura. Todos llevaban grabadas antiguas runas e iban envueltos en pieles milenarias, ennegrecidas por el tiempo y áridas como la piedra. A medida que cada uno de ellos entraba en la cámara, el aire vibraba un poco más por las rugientes sacudidas de sus motores.

Bien hecho, dijo Bjorn.

Bjorn no había dicho nada desde que llegó, y meditaba melancólico en solitario. De vez en cuando alzaba su enorme garra relámpago y hacía girar las cuchillas, como si se estuviera recordando a sí mismo algo del pasado remoto. Ninguno de los mortales se atrevía a acercarse a él, aunque las bestias, sí. En silencio, con la cabeza gacha, babeando. Se mostraban sumisas ante él, como cachorros de la manada rindiendo homenaje al macho alfa.

Cuando se arrastraron por la escasa luz de las puertas abiertas de la cámara, Freija pudo distinguir mejor sus siluetas. Eran un surtido variopinto de formas bestiales, todas jorobadas y extrañas. Había destellos de metal entre pelo y tendones en movimiento. Uno con forma de lobo carecía por completo de ojos visibles en su rostro liso, otro tenía garras de acero y un tercero mostraba una sonrisa casi humana en sus fauces repletas de dientes. Todos eran titánicos, tan grandes como los lobos de Fenris que acechaban desde los lugares elevados, aunque ninguno poseía su gracia salvaje.

No los mires. Se lo toman como un desafío.

La voz resonó por encima de su hombro, casi tan profunda y mecánica como la de Bjorn. Freija se dio la vuelta y vio la silueta de otro dreadnought en la oscuridad. Por lo que observó, tenía el mismo aspecto que los demás: enorme, anguloso, con un zumbido constante de amenaza inminente. Quizá éste estaba menos cubierto de cicatrices de guerra, un poco más limpio, pero sólo un poco. Pudo distinguir la runa Jner, «Orgullo», en su colosal pierna cubierta por una armadura.

—Gracias, señor —respondió Freija con humildad, sin mostrar la amargura en su voz. Tal vez habría sido mejor que se lo hubieran dicho antes de pedirle que vigilara este lugar. El amor que sentían los lobos por el peligro exuberante era demencial. ¿Por qué, por el amor de todos los infiernos, se toleraban tamaños horrores en el Aett?

El dreadnought caminaba pesadamente junto a ella. Se quedó inmóvil por un instante,

inescrutable tras su exterior carente de expresión. Apestaba a combustible y a gases de tubo de escape.

Eres mortal. ¿Por qué no hay guerreros del cielo aquí?

«Buena pregunta».

—Tienen las manos ocupadas, señor. El Aett está bajo ataque.

El dreadnought no respondió de inmediato. Su forma de hablar era lenta y entrecortada.

Bajo asalto, repitió, como si fuera un concepto difícil de entender.

El dreadnought se sumió en sus pensamientos. Una hilera de luces brilló en sus flancos. Quizá fueran algunos sistemas que la edad había hecho más lentos y que por fin se ponían en línea. Cada uno de sus movimientos era pesado, vacilante y tardío.

«Y yo que pensaba que las mañanas no eran lo mío».

Una bestia del Subcolmillo se acercó a ellos en ese momento, doblada por la cintura. Freija se puso tensa y levantó su arma.

Déjalo.

Freija mantuvo la boca de la pistola apuntando al montón de pelo y dientes. Tenía los ojos ámbar pálido y brillaban en la oscuridad. Notó que tensaba la mandíbula.

He dicho que lo dejes.

Despacio, bajo el arma. La bestia no le prestó atención, pero efectuó ante el dreadnought los mismos gestos de humillación que los demás habían hecho ante Bjorn.

—¿Qué son estas cosas? —preguntó Freija, que contemplaba perpleja la singular escena.

Eres curiosa.

Freija se estremeció por dentro.

—Eso me han dicho, señor. Es una debilidad e intentaré corregirla.

Así debe ser.

La bestia lanzó una única e indescifrable mirada a Freija, que retrocedió tímidamente hacia la penumbra. Mientras los pistones que se movían con suavidad cuando la bestia caminaba.

Son armas, mortal. Todos somos armas. Incluso tú, a tu manera, eres un arma.

Que eso te baste.

—Sí, señor —asintió Freija con una reverencia. Pudo sentir cómo le ardían las mejillas de enfado ante la evasiva.

«¡Mis hombres han muerto por tus malditos misterios!»

Me llamo Aldr. En vida era un garra sangrienta, aunque el Largo Sueño ha... cambiado eso.

Su sinceridad fue una sorpresa. Freija no sabía qué contestar. El entablar conversación con un dreadnought no formaba parte de su entrenamiento. ¡Russ, ya era bastante duro hablar con los marines espaciales corrientes!

Es mi primer despertar. El proceso es difícil. Cuéntame sobre el mundo de los vivos. Me ayudará.

—¿Qué desea saber, señor?

Hubo una pausa. En las profundidades de la cámara, Arfang seguía ocupado. Freija no tenía ni idea de cuántos de los venerables caídos se guardaban allí abajo, ni cuántos más tenía pensado despertar. El proceso podía estar a punto de terminar o quizá quedaran todavía horas por delante.

Todo, respondió Aldr. Su lenta y pesada voz parecía teñida por una nota de impaciencia. O tal vez fuera desesperación. El intenso anhelo era casi infantil.

Cuéntamelo todo.

* * *

—*¡Fenrys hjammar koldt!*

Odain Sturmhjart rugió los maleficios hasta que los pulmones se le quedaron en carne viva. Estaba en pie frente a la devastada Puerta del Fuego Sangriento, con el báculo firmemente agarrado con ambas manos, posicionando y reagrupando la furia de la vorágine. El campo de batalla se estaba oscureciendo bajo el sol de Fenris, esa vieja bola de sangre que daba nombre al portal se hundía lentamente en el horizonte serrado. El cielo ya era de un oscuro color rojo vino, salpicado por rastros de humo y la parpadeante iluminación de fuegos de promethium. El granizo golpeaba con fuerza, montado en remolinos letales por la maestría del sacerdote rúnico.

—*¡Hjolda!* —aulló, enseñando los colmillos, sintiendo el apabullante poder de su llamada responder las invocaciones. Rayos blancos como el hielo y resplandecientes de energía espectral embestían en los albores del granizo, atravesando las líneas enemigas y destrozando columnas enteras de hombres y vehículos allá donde caían.

Frente a él, la infantería de los lobos había cargado contra las formaciones invasoras más avanzadas, obligándolas a retroceder desde la brecha. Los Cazadores Grises se abrían paso a mandobles y puñetazos a través de regimientos enteros de tropas mortales de Prospero, con el refuerzo del fuego de largo alcance de los Colmillos Largos y los escuadrones de kaerls con armas pesadas. Los Garras Sangrientas corrieron a la batalla junto a ellos, aullando en un frenesí de ansia asesina destilada, flanqueados por los rugidos de las formaciones de Land Raider y líneas de kaerls. Protegidos y al amparo del control sin igual que Sturmhjart ejercía sobre la tormenta, los lobos tenían espacio para matar y lo hacían con gusto. La magia de los hechiceros de los Mil Hijos había fracasado y no había podido hacer nada para responder al violento ataque del sacerdote rúnico en las horas posteriores a la caída de las puertas, ocupado en defender a sus propias tropas de la furia de los elementos.

Por todo eso, la posición de Fenris era precaria. Los lobos luchaban como los semidioses que eran y arrasaban compañías enteras de mortales, pero había miles y miles de tropas tan sólo en la vanguardia enemiga. Demasiado a menudo, un denso amasijo de rayos láser derribaba a un cazador al instante, o el proyectil de un tanque daba en el blanco con una fuerza que hacía añicos una armadura. Cada vez que un guerrero del cielo caía, una punzada de ira frustrada henchía el pecho de Sturmhjart y el majestuoso remolino de la tormenta se elevaba a un nivel letal superior.

Estaban perdiendo terreno. Perderían más terreno durante la noche, y perderían terreno mientras lucharan hacia el alba. Los marines traidores habían conseguido llegar a las primeras líneas y se habían unido a la batalla. Eran el reflejo opuesto de los Vlka Fenryka, igual de letales pero completamente distintos en el método. Mientras que los lobos luchaban con una habilidad exuberante, llamativa, exultante en su destreza bruta, los Mil Hijos llegaron en silencio al campo de batalla, marchando como extraños fantasmas animados coronados de bronce. Había ya demasiados como para poder contenerlos, decenas más de los que los defensores eran capaces de contrarrestar, y llegaban tropas adicionales a la zona de contacto cada hora.

Con este pronóstico por delante, los guerreros de la Duodécima luchaban con un celo que llenaba de orgullo salvaje el corazón de Sturmhjart. No se daba cuartel, no se pedía ni se contemplaba. Los lobos se lanzaban al combate sin tener en cuenta nada más que el dolor que podían infligir a un enemigo al que odiaban más que palabras había para expresarlo. Cuando el sol finalmente se hundió en el horizonte, Sturmhjart vio a un cazador gris solitario embestir contra un escuadrón entero de marines de Rúbrica, su hacha de energía brilló en la oscuridad antes de desaparecer en un bosque de armaduras zafiro. La maniobra le costó la vida, pero le dio a una compañía de kaerls tiempo para retirarse a una zona elevada y establecer nuevas posiciones de tiro.

Fue amargo, tan amargo como la hiel, perder hermanos guerreros en una causa como aquélla. La retirada completa llegaría en su momento, y entonces el terreno se cedería

al enemigo.

Pero todos conocían el marcador. Iban a pelear por cada metro de piedra, cada roca, cada trozo de hielo ennegrecido, hasta que por ellos corrieran ríos de sangre enemiga. Era el modo de Fenris, como lo había sido desde los albores del Imperio, y como lo sería siempre.

Sturmhart echó un vistazo rápido por encima de su hombro, hacia atrás, a las devastadoras ruinas de las puertas. Los orgullosos arcos habían quedado reducidos a escombros, salpicados de gigantescos dinteles caídos, como megalitos. A la luz de los disparos pudo ver escuadrones de kaerls que se apresuraban al frente, muchos de ellos cargaban cajas con munición de repuesto. Algunas contenían proyectiles para bólter. Esos portadores arriesgarían sus vidas con tal de llevar su carga a los lobos en la línea del frente.

Sturmhart vio la mirada de fiera determinación en sus ojos mortales.

«Sin miedo. ¡Por la sangre de Russ!, no tienen miedo».

Más atrás, bajo el arco caído de la Puerta del Fuego Sangriento, más kaerls estaban trabajando en las salas que había tras él. Sturmhart sabía lo que estaban haciendo y se le heló la sangre en las venas.

Valía la pena. Los sacrificios valían la pena. Éstas eran las hogueras en las que se forjaba la fe.

Volvió a centrar su atención en el campo de batalla. Hasta donde alcanzaba la vista, el vasto plano estaba plagado de enemigos. Su campo visual estaba lleno de líneas de infantería, salpicadas de robustas formaciones de acorazados móviles.

De forma inexorable, inevitable, el enemigo los estaba llevando de vuelta a las puertas.

—Aún no habéis llegado, bastardos sin fe —gruñó Sturmhart, haciendo girar su báculo y extrayendo más poder de la tormenta. Los rayos se arquearon en el cielo, destrozaron una columna de lentos portadores y lanzaron los vehículos por los aires, al viento castigado por el granizo.

Por primera vez desde la guerra orbital, Sturmhart volvió a sentirse él mismo. Durante demasiado tiempo se había revolcado en la culpa y en la necesidad de expiarla. Su fracaso para predecir el ataque supuso un duro golpe para él, lo que llevó a su pletórico espíritu lobo al desconocido reino de la duda.

«Basta. Mi alma vive para esto».

El ejercicio de poder fue catártico. Cuando gobernaba los elementos por la causa de una muerte justa, la sangre le corría tan caliente como el mjod.

Sintió el avatar de la hélix, las bestias de flancos grises que merodeaban por los corredores de su mente, sus garras curvadas de placer salvaje.

Miró hacia arriba. Una formación de tanques enemigos estaba descendiendo de la noche oscura, con los motores en marcha y preparando las armas para abrir fuego. Habían fracasado en sus intentos por acabar con él mediante la hechicería y ahora empleaban armas más convencionales.

—Adelante —gruñó Sturmhart, invocando el infierno que borraría al escuadrón del cielo. De su báculo manó fuego wyrd a chorros, poseído por el poder de tamaña ferocidad en estado puro; el mero hecho de sentirla le hizo sonreír.

Para cuando los tanques estaban en posición de tiro, Odain Sturmhart, gran sacerdote rúnico del capítulo de los Lobos Espaciales estaba riéndose con todo su antiguo poderío forjado en combate.

Doce dreadnoughts habían emergido para cuando Arfang terminó sus ritos. Acechaban en las sombras con los motores retumbando. Los servidores iban de aquí para allá a su alrededor, ajustando rodamientos y engrasando piezas de metal expuestas al aire. Las enormes máquinas esperaban pacientemente, como bestias gigantes de las llanuras tolerando las atenciones de los parásitos limpiadores.

—No puedo hacer más, señor —anunció Arfang, inclinándose hacia el perfil más

poderoso de todos—. Han atravesado ambas puertas y están bajo ataque. El jarl Greyloc requiere de nuevo de mi presencia en la superficie.

Lento y torpe, Bjorn giró el torso para mirar frente a frente al sacerdote de hierro.

¿Greyloc? ¿Vuestro Gran Lobo?

—El jarl de la Duodécima. Tan sólo una compañía permanece en el Aett. El capítulo ha sido llamado a Gangava, donde se ha localizado a Magnus el Rojo.

Un largo gruñido brotó de Bjorn al escuchar aquel nombre, un estruendo mecánico que emanaba del interior de su núcleo.

Infórmame mientras ascendemos. Tus nuevas me enfurecen, sacerdote de hierro. Se me debió haber consultado antes de hacer esto.

La voz del venerable dreadnought había perdido su lentitud subyacente. De forma gradual, dolorosa, la inteligencia milenaria que albergaba estaba despertando a su estado de plena consciencia. Había algo poco familiar en el acento que empleaba, incluso a pesar de estar filtrado por capas de generadores de voz. Cada sílaba que Bjorn pronunciaba resultaba antigua en cierto sentido, la encarnación de una era que ya había pasado.

Freija se encontró maravillada ante esa forma de hablar. Se le erizaba la piel de anticipación. Era irascible y severa, tan dura como las raíces de granito de la montaña, pero había otra cosa: la misma cualidad que tenía la voz de Aldr.

«Los paraliza la culpa. La oscuridad, el frío. Ha entrado en sus almas».

Arfang se inclinó ante Bjorn a modo de disculpa y volvió a su báculo. Se oyó un pequeño clic cuando algo en los mecanismos de su coraza comunicó una señal a los servidores. Se pusieron en fila. Todos aquellos horrores medio humanos habían sobrevivido intactos.

No como los soldados de Freija. Tres de ellos yacerían en la oscuridad al menos hasta que la batalla en la superficie hubiera cesado, sin incinerar y sin que se pronunciaran los ritos.

Arfang lanzó entonces una mirada a Freija.

—Es hora de volver, huskaerl —dijo. Su voz era tan metálica y cortante como siempre, pero denotaba un cansancio que no podía ocultar. Lo que hubiera estado haciendo en aquella cámara lo había llevado al límite—. Has venido a través de la oscuridad profunda. Mis servidores están intactos.

Freija sintió una punzada de amargura ante esa afirmación tan osada. Estaba rodeada de monstruos deformados y fantasmas del pasado, todos ellos indiferentes a cualquier cosa que no fueran sus propias preocupaciones misteriosas. Mientras buscaba las palabras adecuadas estuvo a punto de responder con demasiada sequedad, cosa que habría sido un gran error.

Afortunadamente para ella, las siguientes palabras de Arfang contuvieron su respuesta. Fijó en ella la mirada, aunque lo que pasara por aquel casco de metal cubierto de cicatrices era, como siempre, indescifrable.

—Gracias —respondió con aspereza.

Entonces se dio la vuelta y se encaminó por la antecámara hacia los túneles. En su despertar, la procesión de dreadnoughts se estremeció sobre sus servos y se puso en marcha. Con un chirrido de motores que habían estado sin funcionar durante mucho tiempo, los gigantescos cascos acorazados se pusieron en fila. Las bestias del Subcolmillo, todavía amedrentadas por su presencia, permanecieron en las sombras, contemplando la desgarrada procesión de las máquinas de guerra.

Uno de los hombres de Freija se le acercó.

—¿Y ahora, huskaerl? —susurró por el canal de la misión.

Por un instante, Freija no supo qué contestar. Entonces se sacudió de encima la sorpresa ante la breve concesión a la cortesía de Arfang y puso a sus skjoldtar en posición.

—Manteneos cerca, kaerl —dijo—. No os acerquéis a las bestias, pero tampoco las incomodéis si os siguen.

Freija hizo una mueca al recordar de lo que eran capaces. La situación en general era una locura tan grande que no había palabras, pero no se podía hacer más que sobrellevarla. Por encima de todo, su escuadrón todavía necesitaba liderazgo.

—Marcharán igual que todos —dijo, mirando la silueta angular de Aldr ponerse en fila entre los otros dreadnoughts—. A la guerra.

* * *

Los Garras Sangrientas volvieron al ataque, saltaron por encima de cantos rodados y atravesaron el terreno escabroso. Brakk iba en la vanguardia, con el cuerpo bajo, zigzagueando entre cañonazos. Aunque el alba se acercaba, todavía estaba oscuro, y las cuestas que conducían a la Puerta del Amanecer tan sólo estaban iluminadas por los fuegos de plasma que todavía ardían por las laderas del Colmillo.

—¿Cansado, hermano? —preguntó Puñoinfernal, que entró en zona de contacto y de un golpe envió a un soldado de Prospero tres metros más atrás, de vuelta con sus aterrorizados camaradas.

—De ti, sí —respondió Rojapiel, dándose la vuelta para disparar a una línea de mortales antes de accionar su espada sierra—. Por lo demás, estupendo.

Puñoinfernal se rió, y se sumergió entre las ondulantes filas con su atronador puño de combate.

—Me echarías de menos —dijo, atrapando a un soldado en retirada y aplastándolo contra el suelo con tal ímpetu que le rompió la espina dorsal—, si no estuviera aquí.

Aunque ninguno lo admitiría nunca, estaban nerviosos. La batalla ya llevaba horas, una carnicería en la que los lobos habían ido perdiendo terreno de forma constante, obligados a retroceder hacia sus propias puertas en ruinas con una inevitabilidad deprimente. A pesar de que los garras habían lanzado carga tras carga y habían roto las filas enemigas con cada embestida, no había sido posible mantener el terreno. Había demasiadas columnas de artillería disparando aplastantes cortinas de fuego, demasiadas tropas listas para llenar los huecos.

Y demasiados marines de Rúbrica. Incluso cuando la manada de Brakk superó su oposición mortal, más gigantes de color zafiro surgieron de la oscuridad para plantarles cara, con sus armas de energía brillando entre las sombras.

—¡Escoria traidora! —bramó Puñoinfernal, corriendo hacia ellos en cuanto vio la silueta con armadura que tanto odiaba. Su voz estaba bañada en el desprecio.

Rojapiel estuvo junto a él en un instante, y los dos guerreros se abalanzaron sobre el marine de Rúbrica juntos, golpeándolo y haciéndole perder el equilibrio. Hubo un murmullo de choques y golpes secos cuando más garras sangrientas se lanzaron al combate, bramando su furia con un maremoto de fervor.

Y entonces Brakk apareció entre ellos, blandiendo su espada en enormes arcos mortales. El guardián del lobo había permanecido tan silencioso como siempre en el canal de comunicación, pero su presencia se hizo notar. Se plantó frente a un marine de Rúbrica y sus hojas chocaron con un retumbante golpe atronador. Las cuchillas gemelas de metal bailaron, casi borrosas a causa de la velocidad, atacando y defendiendo con un control y una fuerza que dejaba boquiabierto.

Puñoinfernal y Rojapiel mantuvieron su propio ataque e hicieron retroceder al marine de Rúbrica un paso más. Rojapiel lanzó una estocada baja al tiempo que Puñoinfernal atacó por arriba con su campo disruptor. Si su adversario hubiera sido humano, habría muerto al instante. Pero el traidor bajó su espada y rechazó la atronadora hoja mecánica antes de esquivar con pericia el fuerte puñetazo de Puñoinfernal. Enderezándose, el marine de Rúbrica disparó una ráfaga de fuego bólter a Rojapiel que derribó de espaldas al garra sangrienta y lo dejó fuera de combate.

De repente, Puñoinfernal estaba solo. Durante una décima de segundo vio la cara de su enemigo iluminada por la tormenta. El yelmo-máscara era muy antiguo. Una luz fantasmal verde pálido sangraba de sus lentes.

El guerrero que había en su interior había luchado durante siglos, igual de desapasionado, con la misma habilidad. Había algo espeluznante en aquel rostro mudo; la irreversible corrupción de lo que antaño había sido la apoteosis de la humanidad.

Por un instante, Puñoinfernal se quedó petrificado, impresionado por la visión de aquello en lo que los Adeptus Astartes podían convertirse. Su propio reflejo era visible en aquellas horribles lentes.

—¡Maleficarum! —bramó una voz cercana, apremiante y desesperada.

Una nueva figura se lanzó contra el marine de Rúbrica, y lo hizo retroceder. Puñoinfernal negó con la cabeza mientras se recobraba, ardiendo de vergüenza.

«Me habría matado».

Volvió a ponerse en acción. Brakk era el que lo había salvado. Aislado y fuera de posición, el guardián del lobo se llevó por delante tres marines de Rúbrica él solo, incluyendo al que había tumbado a Puñoinfernal. El viejo guerrero luchaba como una fiera de las de antes, armado con la temible espada *Dausvjer*, sus pieles ennegrecidas al viento. Su puño libre dio un puñetazo que hizo añicos la máscara de serpiente de un traidor al tiempo que su espada se hundía profundamente en la armadura de otro.

—¡Por la sangre de Russ! —gritó Puñoinfernal, corriendo en su ayuda, sintiendo como la fuerza en su puño de combate explosionaba de vuelta a la vida con un rugido.

Llegó a tiempo de ver a Brakk partido en dos. La placa del yelmo explotó en pedazos por el fuego bólter a bocajarro mientras el tercer marine de Rúbrica le clavaba su hoja bajo la placa del pecho. Más traidores se apilaron sin hacer ruido, cortando y despedazando como carniceros, tan impasibles en la victoria como en la derrota.

—¡Morkai!

Puñoinfernal saltó entre ellos, sobrecogido por un alud de horror y de culpa. El lobo de su interior aulló, con las fauces abiertas de par en par y los ojos en blanco. La sangre le hervía en las venas, veía estrellas negras de afiladas aristas. Olvidó su adiestramiento, olvidó la técnica, lo olvidó todo salvo la ira. Sólo sentía sus miembros moverse, golpeando con una velocidad terrorífica y antinatural. Vio a los marines de Rúbrica desperdigados bajo sus mandobles, convertidos en cáscaras vacías bajo sus golpes devastadores.

En algún lugar, muy adentro, sus labios se apartaban dejando al descubierto los dientes amarillos.

—¡Kyr!

Podrían haber pasado segundos, podrían haber pasado minutos. El combate lo reclamaba, lo transformaba en una enloquecida máquina de matar. Mataba y mataba y mataba.

—¡Kyr!

Los sonidos de la batalla desaparecieron en un solo rugido de locura, un continuo de rabia animal. El era el lobo. El lobo era él. La barrera había caído.

—¡Kyr!

Un nuevo adversario apareció frente a él, grande como una montaña, con los ojos rojos. Puñoinfernal se tensó para saltar, listo para arrancar la garganta del monstruo con sus dientes, para bañarse en sangre caliente, para bebérsela y aliviar el dolor acuciante...

Un enorme guantelete se enroscó en su brazo y lo detuvo. Durante un segundo. Puñoinfernal siguió empujando hacia adelante, consumido por la rabia asesina, perdido en el frenesí del derramamiento de sangre.

—Kyr, hermano. Vuelve.

La voz era firme, implacable.

La visión de Puñoinfernal se aclaró. Lo había inmovilizado un descomunal guardián del lobo con armadura de exterminador gris cañón: Tromm Rossek. Sus lentes rojas como la sangre del corazón, su puño sierra listo para acabar con él. Estaban rodeados por los restos destrozados de los marines de Rúbrica. Las placas de sus armaduras estaban esparcidas como si un huracán hubiera hecho picadillo el escuadrón.

La sangre de Puñoinfernal seguía bombeando en sus venas. El horror seguía fresco. El lobo todavía lo llamaba, todavía lo invitaba a abrazar la dulce locura.

—Se ha ido, garra sangrienta. Ahora nos retiramos. No dejaré que más guerreros mueran en balde ante mis ojos.

Su voz estaba cargada de pesar. No admitía discusión.

¿Cuánto tiempo había permanecido en aquel estado de locura? Puñoinfernal miró la pantalla de su casco. Su escuadrón estaba mermado. Incluso ahora, más señales enemigas se estaban acercando a su posición, atraídas por la carnicería.

—Si te quedas, el lobo se adueñará de ti.

Puñoinfernal sabía que era cierto. Nunca había estado tan cerca. Rojapiel se había reído antes de los Wulfen; hacía chistes malos sobre los aulladores locos cuando los sacerdotes no podían oírlo.

Ahora lo había visto. Ahora había visto en qué podía convertirse.

Puñoinfernal desactivó el campo disruptor del puño y la energía se apagó. El cuerpo de Brakk yacía, en pedazos, bajo sus pies. Se había subido a él, perdido en sus ganas de matar. El frenesí había terminado y se sentía exhausto.

Mareado.

Se agachó y recogió a *Dausvjer* de las manos rígidas del guardián del lobo. No tenía ni una mancha de sangre, sólo había sido usada contra los cascarones vacíos de los marines traidores. Al menos recuperaría esto.

Rossek asintió en señal de aprobación. Luego se marchó, de vuelta a las puertas. A su alrededor, los lobos retrocedían. Los pasos elevados se habían perdido.

Temblando, su alma se retorció a causa del estupor y el sufrimiento. Puñoinfernal dio media vuelta para seguir a los guardianes del lobo. Al hacerlo, acribillado renqueó hasta él. El peto del garra sangrienta estaba abierto de par en par y estampado de agujeros de bórter. Su respiración era húmeda y crepitante, como si todavía le saliera sangre por la boca.

Apoyó torpemente su guantelete en el hombro de Puñoinfernal.

—Hermano —dijo.

En el pasado, tras una batalla, los dos garras sangrientas siempre le habían quitado hierro a lo que hubieran visto. Era su estilo, su forma de rendir homenaje a la energía vital que corría por sus venas genéticamente modificadas.

Esta vez no. Cuando Rojapiel habló, la única emoción era el respeto; un respeto horrorizado y cauteloso.

* * *

La retirada había sido bien planificada y no cundió el pánico cuando se produjo. Los kaerls se disgregaron primero, de vuelta a los refugios precarios y a las puertas devastadas, acosados por los disparos que los perseguían. Los lobos llegaron después, enfrentándose al enemigo, disparando a la altura de la cintura y listos para castigar la menor intentona de meterles prisa. Los sacerdotes lobo de Hojadragón, tan sólo cuatro incluyendo al mismísimo perro viejo, fueron los que más aguantaron, y recogieron toda la semilla genética que pudieron antes de empezar a retroceder. Los escuadrones de colmillos largos aumentaron la cobertura de artillería, pero era a todas luces insuficiente. Los emplazamientos en los acantilados alrededor de las puertas habían desaparecido en su mayor parte, aniquilados por el volumen de proyectiles y

rayos láser de la artillería enemiga.

Aunque la vanguardia de los Mil Hijos había salido malparada por la ferocidad de las problemáticas tropas defensoras, estaba claro que por presión numérica mantenía su cohesión. Cuando las vías de acceso a las descomunales puertas fueron finalmente tomadas, vehículos de transporte aseguraron su camino hasta el frente, descargando aún más compañías de soldados mortales en la zona de combate. Entre ellas estaban los marines de Rúbrica, ahora cerca de la centena, a los que guiaban los hechiceros protegidos a sus espaldas. Con la retirada de Sturmhart y Rompenubes, el terreno estaba de nuevo despejado para ellos, y centelleantes escudos cinéticos encapsulaban a los rangos de la avanzadilla. La tormenta que tanto daño había causado comenzó a amainar y soplar sin fuerza.

Greyloc observaba cómo sus últimos ejércitos cubrían la Puerta del Amanecer y desaparecían en el Colmillo. Estaba sobre un afloramiento de piedras apiladas justo bajo la zona resguardada de la brecha. Sus garras todavía vibraban de energía. Los dos corazones le latían con fuerza y tenía el aliento entrecortado. Había peleado duro, quizá más que cualquiera de sus guerreros. Como siempre, la tentación había sido ceder a la alegría inherente, olvidar las demandas estratégicas de la batalla y de la gloria por la emoción inmediata de la caza.

«Soy un jarl. Debería estar por encima de estas cosas».

Quizá lo sobrecompensaba. Conocía la reputación que tenía entre los Garras Sangrientas, y era posible que se esforzara demasiado por corregir la imagen de frialdad. De ser así, tampoco valía la pena.

En cualquier caso, al final había dado la orden. Los pasos elevados habían sido evacuados y enjambres enemigos se dirigían a las puertas abiertas del Colmillo. Los más cercanos estaban a tan sólo unos pocos metros de distancia. Les habían hecho pagar por el ataque a la cuesta, pero sólo el destino diría si habían pagado suficiente.

—¿Cómo está Fuego Sangriento? —pronunció Greyloc con calma, mirando las filas de la avanzadilla enemiga acercarse hacia él.

—Despejada, jarl —fue la respuesta de Skrieya desde el extremo más alejado de la montaña.

—Bien. Estás al mando allí.

Con un último gesto desafiante, se retiró al fin de su posición y bajó hacia la enorme garganta de las puertas.

De nuevo a cubierto, se movió con rapidez, corriendo desde las zonas devastadas a los espacios acorazados de los vestíbulos de la entrada. Pasó junto a enormes estatuas en la oscuridad intermitente, guerreros de antaño de rostro imperturbable decoraban el pasaje al interior de la montaña. Runas de intimidación y destrucción habían sido grabadas en roca viva sobre sus cabezas. Nunca ningún enemigo vivo había visto aquellas estatuas ni había puesto los pies en los portales sagrados. Aunque en unos instantes cientos de enemigos pasarían en tropel junto a las tallas, corriendo para terminar lo que habían empezado en los pasos elevados.

No encontrarían oposición. Las salas estaban vacías. No se habían construido barricadas, no se habían excavado fosos, no se habían preparado emplazamientos para la artillería. A medida que Greyloc se apresuraba hacia el corazón de la montaña, sólo sus pesados pasos resonaban en el suelo irregular.

Un kilómetro después, el túnel terminó y Greyloc salió a una cámara acorazada alta iluminada por crepitantes hogueras. Era el lugar en que se dividían los caminos, donde la única ruta de entrada al Colmillo se ramificaba en otros corredores y en huecos de ascensor. El gran sello de Russ colgaba de una gigantesca cadena en el centro.

Aquí esperaban los defensores. Estaban Rossek y Rompenubes, Rojk y Hojadragón. Todos se erguían desafiantes, esperando la llegada de su señor. Los lobos supervivientes también estaban allí, recargando armas y reparando a toda prisa sus

armaduras. Más atrás, tropas mortales iban de un lado para otro, haciendo lo posible por estar a la altura de las expectativas de los implacables huskaerls. Entre ellos estaban los camilleros, que apartaban a los heridos del frente y los llevaban hacia el corazón de la ciudadela. Las cureñas de artillería rotaban en posición de disparo, con los cañones apuntando fijamente al arco por el que Greyloc acababa de entrar.

Ninguna de esas cosas llamó la atención de Greyloc al entrar en la cámara. Una sola figura alta dominaba el amplio espacio, reduciendo incluso a los guerreros con armadura de exterminador a sombras pálidas e infantiles. En el centro de la sala, justo bajo el sello de Russ, estaba la leyenda.

En cuanto miró a Bjorn, Greyloc sintió que la esperanza renacía de nuevo en su corazón.

Sin pensar en el honor o en los derechos, cayó de rodillas.

—Ha respondido a la llamada, señor —dijo, y había alegría en aquella voz cansada.

El dreadnought bajó su garra y lentamente le hizo un gesto para que se levantara.

¿Eres el jarl Greyloc?

—Lo soy —respondió el señor lobo, poniéndose en pie.

¿Y es aquí donde planeas resistir?

Tras pronunciar Bjorn aquellas palabras, los primeros sonidos de persecución empezaron a llegar por el corredor a la espalda de Greyloc. Se oían miles de pisadas a lo lejos, un crescendo de gritos de guerra enfervorecidos procedentes de tropas que intentaban retomar la masacre que la retirada de los lobos les había negado.

—No.

Bjorn no dijo nada, pero inclinó el torso en un gesto inquisitivo, casi humano. Greyloc sonrió y asintió hacia Hojadragón.

—Ahora, Thar —dijo.

El sacerdote lobo cogió un detonador y presionó la runa de control.

Las explosiones se produjeron al instante. Descomunales bolas de fuego manaron por los túneles de un kilómetro, rompiendo las rocas que los rodeaban y derrumbándose sobre ellos. El fuerte y seco estampido de la detonación fue rápidamente reemplazado por el inmenso rugido de los pesados techos al caer y enterrar a los invasores que habían logrado entrar.

Una marea de escombros voló al interior de la Cámara del Sello y trajo consigo los últimos gritos de aquellos que habían quedado sepultados. Fuera del Colmillo, enormes columnas de polvo negro se elevaron desde las puertas del Fuego Sangriento y del Amanecer. Rocas sueltas de la entrada rodaron por las laderas y causaron estragos entre las compañías de soldados que se preparaban para seguir a sus camaradas al interior.

Los flancos de la montaña temblaron. Siguieron los últimos estertores de las explosiones del interior. Luego, las nubes de polvo se perdieron en la noche, deshilachadas por el viento moribundo de la tormenta.

El Colmillo estaba sellado.

Bjorn miró a Greyloc. El señor lobo le devolvió la mirada.

TRECE



TRECE

Gangava Prime. Un mundo oscuro, alejado de su estrella roja gigante. Mientras el sol abrasador arrasaba el paisaje planetario rojo óxido, el lado nocturno se hundía profundamente en la oscuridad. Había pequeños destellos de luz por todo el hemisferio en sombras pero se concentraban en un racimo cercano a la alta latitud septentrional. Remolinos de azufre amarillo coronaban una ciudad. Una ciudad inmensa e irregular.

Desde el puente del *Russvangum*, Ironhelm observó las luces titilar abajo, a lo lejos. Los habitantes de aquel lugar sabían que los lobos habían llegado. Tenían detectores, mecanismos sensores y los escudos de vacío activados. Toda la Flota del capítulo, a excepción de las pocas naves escolta que quedaban en Fenris, estaban en órbita estacionaria. La potencia de fuego reunida era inmensa, tan potente como todo lo que se usó en la Gran Purga conjuntamente. Gangava carecía de defensas orbitales, pero habrían sido irrelevantes de todas formas. Cruceros de asalto ligeros y destructores de arcos enrejados merodeaban por el vacío con total impunidad, dispuestos a convertir en un infierno el mundo que tenían debajo.

El Gran Lobo sentía diversas emociones cuando miraba hacia abajo, a la ciudad que estaba a punto de destruir. Había dormido mal durante los veintiún días en la disformidad. Magnus se le había aparecido en sueños con regularidad, retándolo, restregándole su incapacidad para atraparlo a lo largo de las décadas. Ironhelm no había visto entonces el rostro del primarca, ni tampoco lo había visto en las visitas previas de todos aquellos años.

Pero había oído su voz. Era una voz inolvidable. Orgullosa, poderosa, educada pero con un toque de petulancia que no estaba del todo bajo control. A pesar de todas sus cualidades de primarca, se antojaba una presencia empuñada, quejumbrosa.

«Mi padre genético te partió la espalda, monstruo».

Magnus se había reído ante tamaña insolencia, pero quedaba un resto de dolor. Real y mortal.

Mientras meditaba ante los visores del espacio real en sus aposentos privados, Ironhelm notó que le picaban los dedos bajo los guanteletes. El viaje había sido demasiado largo. Sólo quedaban horas antes de que las cápsulas de desembarco empezaran a caer, acelerando hasta convertirse en una granizada de semillas negras procedentes del vacío, todas apuntando más allá de la protección de los escudos de la ciudad.

Ironhelm vio las rutas de entrada en el ojo de su mente. Estaban disponibles en todo momento en la pantalla de su casco pero sabía que no debía usarlo. Podía visualizar todos los detalles de la batalla a medida que se desarrollaba. Si cerraba los ojos, el plan táctico seguiría allí, un patrón de líneas hololíticas y runas de despliegue colocadas sobre las calles de la inmensa ciudad.

Muchos en la galaxia creían que los Lobos Espaciales no eran más que unos simples bárbaros salvajes, unos brutos que se lanzaban sin pensar al combate gritando maldiciones incomprensibles. Sólo más tarde, cuando se encontraron con sus rutas de abastecimiento cortadas, las comunicaciones bloqueadas y a sus aliados alzándose en rebeldía a sus espaldas, se dieron cuenta de la inconsistencia de aquella interpretación. La planificación lo era todo, la coordinación de los movimientos de las manadas, el rodear a la presa, el darle una muerte limpia.

Los lobos eran salvajes, pero no estaban en estado salvaje. Gangava sería destruida con rapidez y sin piedad. Primarca o no, Magnus se arrepentiría de haberse establecido a una distancia desde la que Fenris podía atacar.

Se oyó un repiqueteo procedente de la unidad de pared que tenía detrás.

—Entra —dijo Ironhelm sin darse la vuelta.

Oyó los pasos pesados de Kjarlskar junto a los ligeros pasos del sacerdote rúnico Frei. Ambos gigantes acorazados venían a acompañar al Gran Lobo.

—¿Está todo listo? —preguntó Ironhelm, con la mirada todavía tija en el planeta que tenía debajo.

—Tal y como ordenó —dijo Kjarlskar—. Nueve Grandes Compañías están listas para la primera oleada de ataques; las reservas están preparadas para cuando se las necesite.

—¿Noticias de Fenris?

—Se han concertado actualizaciones astropáticas —dijo Frei—. No hay novedades. Creo que se aburren.

Ironhelm se rió con satisfacción.

—Qué pena. Les llevaremos trofeos.

Kjarlskar dio un paso hacia los visores. Sus tropas llevaban veintiocho días en órbita por encima de la ciudad. Ironhelm sabía que el señor lobo había estado desesperado por lanzar un ataque durante aquel tiempo, pero obedeció sus órdenes de mantener el bloqueo. Hasta que toda la flota estuvo reunida, no se disparó ni un solo bólder.

—¿Todavía lo sientes, Frei? —preguntó Kjarlskar.

El sacerdote rúnico asintió.

—Está ahí abajo. Igual que lo ha estado durante semanas.

Kjarlskar frunció el ceño.

—¿Por qué tanta pasividad? Es algo que no entenderé nunca.

—Pasó lo mismo en Prospero —replicó Ironhelm con calma—. Confía en que la hechicería lo protegerá, que nos amedrentarán unos pocos conjuros. Para él es inconcebible que nada, ni siquiera el Rout, pueda ponerlo en peligro en una ciudadela que él mismo ha construido.

—¿Y podemos?

Ironhelm volvió el rostro hacia el jarl de la Cuarta Compañía.

—Parece que tienes dudas, Arvek. No me gusta, no en la víspera de una batalla.

A Kjarlskar no lo intimidaba el tono de Ironhelm. Era demasiado viejo, estaba demasiado curtido en combate para que le importaran ni el prestigio ni la reputación.

—No me crea con miedo, señor, ni desganado; lucharía a su lado más allá de las puertas de infierno, y lo sabe. Sólo hago explícita la pregunta que todos dejamos en el aire. —Devolvió la mirada a su señor con tranquilidad—. ¿Alguna vez los mortales han matado a un primarca en combate? ¿Puede hacerse?

Ironhelm no vaciló en su respuesta.

—No lo sé, amigo mío —respondió—. Aunque antes de que esto termine, de un modo u otro sabremos la respuesta a esa pregunta.

* * *

Amaneció otro día sobre los restos inertes de Asaheim. El exterior del Colmillo tenía un aspecto maltrecho y empequeñecido. La descarga de plasma desde la órbita había cesado; su trabajo estaba hecho. La lluvia de artillería ofensiva también se había detenido, pues no quedaban baterías defensivas en la superficie de la montaña que les ocasionaran problemas.

El humo salía en tétricas columnas de los muros de roca ennegrecidos. Había pasado la tormenta de wyrd y la magnitud de la devastación estaba iluminada por la blanca luz de la mañana.

Los Mil Hijos controlaban ahora ambos pasos elevados. Sus tropas se movían a su voluntad por las amplias extensiones de piedra. Las compañías disgregadas recuperaban la forma. Los suministros se llevaban al frente y se recogía a las bajas. Los tanques se arrastraban por las laderas, libres de la intromisión de las defensas. La montaña se erguía sola, rodeada por una alfombra de invasores, con sus habitantes

enterrados en las profundidades de su interior. Salvo por las plataformas de aterrizaje que aún se podían ver en la cumbre, aquél podía ser cualquier otro pico de Asaheim, despoblado y desolado.

El sol ascendía en el cielo, y Aphael se abrió camino hacia una plataforma de observación a un kilómetro de la ciudadela quemada. Empezaba a tener frío. Su constitución debería haberlo hecho inmune, desde el punto de vista funcional, a tales extremos climáticos, especialmente cuando llevaba la armadura, pero aun así estaba temblando.

Sabía por qué. El cambio de tejido estaba cobrando velocidad. Aphael dudaba de que pudiera quitarse el casco aunque quisiera. Los músculos de sus dedos presionaban con fuerza contra el interior de sus guanteletes. Estaba cambiando. La respuesta inicial (no creérselo) había dado paso a una especie de resignación temerosa.

Habría algún propósito para la transformación. Siempre lo había. Simplemente, él no lo sabía aún.

La plataforma estaba rodeada de marines de Rúbrica. Muy pocos habían perecido en el ataque a las puertas, aunque cientos de mortales habían caído. La fiereza de los lobos era algo que esperaban, y Aphael había hecho uso de las numerosas fuerzas a su mando para mermar su inigualable pericia marcial. Un lobo espacial era, sin duda, el mejor exponente del combate cuerpo a cuerpo en la galaxia, pero aun así sólo podía matar a un número finito de enemigos antes de que acabaran con él.

Hett estaba esperándolo en la plataforma. Llevaba la túnica rasgada y chamuscada de cuando su escuadrón de marines de Rúbrica había estado en apuros. Aphael había oído historias sobre algunos de los lobos cayendo en ataques de locura asesina y matando a decenas antes de que pudieran eliminarlo. Si era cierto, mejor que mejor. Tenía tropas de sobra, y los lapsus indicaban el estrés mental bajo el que estaban los perros.

—Te ha cundido la noche, ¿eh, Ramsez?

El raptora inclinó la cabeza para saludar.

—Quizá para ti. Yo he perdido a mis rubricae por culpa de un perro que se ha vuelto loco al morir su mentor.

—Entonces tendrás que responsabilizarte de unos cuantos más, amigo mío.

Aphael miró la montaña humeante. Los acantilados, antaño prístinos, ahora eran marrón sucio. Todavía quedaban fuegos en los pasos elevados por donde el promethium había ardido. Las impresionantes vistas habían sido convertidas en una caldera de devastación.

«Hemos logrado mucho, perros. Ahora mirad cómo profanamos vuestro mundo un poco más».

—Me asombra —musitó Hett, mirando en la misma dirección— la rapidez con la que los perros son capaces de matar. No he visto nunca luchar así. Cualquier otro ejército de la galaxia se habría escondido tras esos muros, esperando que fuéramos a por ellos. Sin embargo, salieron a luchar a campo abierto, luchando como demonios. ¿Qué los mueve? ¿Qué los hace ser como son?

—¿Detecto admiración, hermano? —preguntó—. Porque de ser así, no estás donde corresponde. Fueron creados para hacer el trabajo que ninguna otra legión haría. Son los exterminadores, el control de plagas del Imperio. No pueden cambiar y no pueden mejorar. Igual que nosotros, son prisioneros de la imagen de su primarca.

A la mención de Russ, Hett hizo un gesto protector. Aphael se rió con fuerza.

—No temas, ahora no puede venir a ayudarlos, como bien sabes.

Ambos hechiceros quedaron en silencio. Bajo la plataforma, más vehículos blindados se abrían paso entre las filas. Su diseño era antiguo e incomprensible, aunque un historiador del Ejército Imperial habría sido capaz de detectar el casi invisible emblema de la Legio Cybernetica en los flancos.

—¿Y ahora qué? —preguntó Hett.

—Es como te dije antes, hermano —respondió Aphael, observando los vehículos con distraído interés. Las plumas del cuello le picaban—. Se desplegará a los catafractos. Los perros han decidido esconderse en su madriguera.

Aphael tomó una profunda bocanada de aire, aún exhausto por el combate, y sintió las punzadas del aire incluso a través de los filtros.

—Nosotros hemos decidido excavar y sacarlos.

* * *

Alanegra había retomado su puesto en el trono de mando de la *Nauro*. Neiman volvía a ejercer de navegante de la nave en sus aposentos aislados y los kaerls que quedaban permanecían en sus puestos. Se había mantenido el curso, todavía a toda velocidad a pesar de que los motores sangraban combustible y refrigerante.

Había pasado un día terrano desde el encuentro con el hechicero de los Mil Hijos y su guardaespaldas mudo. Era un periodo sin importancia, que ni se correspondía con el ciclo diurno de Fenris ni con el ritmo natural de una astronave, pero al que de todas formas se aferraba la tripulación, pensando quizá que reflejaba algo de su humanidad esencial.

Fuera cual fuese la razón, veinticuatro horas no habían sido tiempo suficiente para que la *Nauro* recobrara el equilibrio. La reputación de la autoridad de Alanegra se había resentido. Todos los kaerls que se había llevado de caza consigo habían muerto y la tripulación era consciente de que el uso fortuito del ojo disforme del navegante era lo único que le había salvado la vida. En el transcurso normal de los acontecimientos, quizá ni siquiera eso habría dañado la posición de Alanegra entre la tripulación, pero todos estaban exhaustos, agotados por las infinitas exigencias a las que estaban sometidos. Así es como empezaron los rumores, lo bastante bajos como para que el que susurraba se sintiera seguro, pero lo suficientemente altos para que el agudo oído animal de Alanegra captara lo que se decía.

Los cotilleos y las quejas no le molestaban. Lo que le molestaba era el hecho de haber sido superado de una forma tan abrumadora por un lanzaconjuros malherido y un solo guerrero en armadura de combate. El encuentro debía haber ido mejor. El estaba en su elemento, acechando en las sombras, como debía hacer un explorador lobo. Debería haber detectado a los intrusos antes, haber preparado una emboscada y haberlos atrapado igual que los habían atrapado a ellos.

El hecho de que hubiera caído en el tiroteo de una forma tan obvia era peor que ser descuidado. Daba vergüenza.

Al menos, gracias al Padre de Todas las Cosas, el asunto no había terminado aún peor para él. El marine de Rúbrica había sido medio destruido por la mirada asesina del navegante. Cuando al hechicero le llegó la hora, lo último que quedaba de su energía vital desapareció y el torpe guerrero se tambaleó hasta quedar inactivo. Los motores consumieron sus restos y convirtieron el metal corrompido y los músculos rotos en combustible para sus calderas hambrientas.

Alanegra había pasado mucho tiempo pensando en los dos polizones desde entonces. El cuerpo del hechicero, a pesar de estar muy dañado por haber sido transportado sin ninguna clase de cuidado, era muy similar al suyo: fisiología expandida, osamenta fuerte y ancha, con una musculatura hiperdesarrollada y órganos modificados. En muchos aspectos, el cuerpo del hechicero se acercaba más al ideal de Adeptus Astartes que el de Alanegra, que era alto, delgado, desgarrado y poseía peculiaridades derivadas de la hélix.

Pero el marine de Rúbrica... Eso sí que había sido raro. Bajo la armadura fragmentada no había nada. Ni carne, ni huesos, sólo un pequeño montón de polvo gris. Alanegra había oído las historias, claro está. Los sacerdotes lobo declamaban las sagas de los

restos sin sangre de la legión de Magnus, condenados por la brujería negra de Ahriman, el sin fe, a marchar para siempre con sus almas destruidas, así que no debería haberlo sorprendido. Debería haber sido rutina, otra rareza de la trágica y tortuosa historia de la galaxia.

Pero no se le iba de la cabeza. Por alguna razón, la idea de que los marines espaciales pudieran mutilarse así sólo para evitar un inexorable defecto en su constitución se le antojaba una abominación. Había cosas con las que simplemente había que lidiar. Los hijos de Russ tenían el Wulfen, el espectro oscuro del lobo que los atormentaba a todos por dentro.

Quizá los Mil Hijos sufrían un defecto similar. De ser así, no le habían hecho frente como hombres, sino que se habían convertido en monstruos. Cuanto más lo pensaba, más horrible le parecía.

«Ésa es la diferencia. Todas las antiguas legiones están corruptas, pero los lobos no huyen. Le hacemos frente a diario. Mantenemos el peligro cerca, lo usamos para hacernos fuertes. Hagamos lo que hagamos, eso debemos recordarlo».

—Señor.

Alanegra salió de su introspección. Georyth estaba ante él, en la plataforma de mando. Como todos los mortales a bordo, tenía un aspecto horrible. Llevaba el uniforme arrugado y mostraba unas oscuras ojeras bajo los ojos.

—Habla. —Alanegra arrastró la palabra; se sentía desfallecer. Llevaba días despierto.

—La búsqueda secundaria ha sido completada. No se han detectado más anomalías en ninguna cubierta.

—Bien. ¿Y los motores?

Georyth soltó una larga exhalación.

—Tengo personal trabajando en tres turnos sin cesar. Mantenemos a raya los peores incendios, pero no sé cuánto podremos aguantar.

—Necesitamos seis días.

—Lo sé. Si tuviéramos más hombres... —se calló lo que estaba pensando—. Pero no los tenemos.

¿Era aquello un reproche? ¿Le habría pedido Georyth que pusiera a los kaerls, si no estuvieran muertos, a trabajar en la sala de máquinas? Se le erizó el pelaje del enfado.

—Eso es, maestro —replicó—. No tenemos suficientes hombres. No tenemos suficiente antillamas, no tenemos suficientes piezas para reparar los daños en el conductor de plasma y tenemos un generador Geller sujeto con pinzas. Ya sé todo eso, así que no necesito que me lo repitan. Necesito que me digan lo que no sé. ¿Tienes algo más que decir?

El maestre dejó que le cruzara el rostro una poco frecuente expresión beligerante. En su estado de agotamiento, estaba listo para explotar a la mínima.

—Ya le he dado mi consejo, señor —respondió con frialdad.

Así que todavía defendía la cisterna de vacío. El hecho de que se lo mencionara dos veces era prueba suficiente de que Alanegra estaba perdiendo autoridad.

De repente, Alanegra se dio cuenta de que los servidores que operaban el puente bajo la plataforma de mando estaban escuchando con interés. Georyth estaba hablando por todos ellos. Era algo que habían planeado de antemano.

Le atravesó una sensación fría. Las implicaciones eran serias.

—Sé qué consejo es ése —respondió. Habló con claridad, sabiendo que podían oírlo en todo el puente, y dejó que un gruñido bajo y cortante terminara sus palabras. Fijó sus ojos, con las pupilas del tamaño de la cabeza de un alfiler, en Georyth, y separó los labios llenos de cicatrices para enseñar los colmillos—. Quizá mi instrucción previa sobre el asunto no quedara lo bastante clara. Esta nave tiene un propósito: entregar el mensaje al Gran Lobo Harek Ironhelm en Gangava y pedir que las tropas vuelvan a Fenris. No me importa si lo hace con todos los demonios del infierno correteando por

las cañerías, o si tenemos que echar a los sirvientes a la caldera para mantener la velocidad, pero llegaremos, y llegaremos a tiempo.

Alanegra se inclinó hacia adelante en su trono, y alzó una garra con la que señaló directamente a Georyth. La expresión amenazadora de la cara del explorador hizo que el maestro se estremeciera visiblemente.

—Y que te quede claro: soy el señor de esta nave. Existe porque ésa es mi voluntad. Su wyrd está en mis manos, así como el de todos vosotros. Si detecto el más mínimo intento de minar mi voluntad para que la nave se rebele contra el propósito que se le ha ordenado, entonces no dudaré en infligiros el mayor grado de dolor. Mantendremos la velocidad. Mantendremos el programa de reparaciones. No nos caeremos de la deformidad. ¿Ha quedado claro?

El maestro asintió a toda prisa, pálido de miedo. Las medidas que había tomado con timidez para transmitir la insatisfacción de la tripulación se habían vuelto en su contra.

Alanegra sonrió, pero no era un gesto de amabilidad.

—Bien —confirmó en un tono que sólo ellos dos pudieran oír. El gruñido de amenaza todavía reverberaba en su voz, un simple eco de la barbarie que podía desatar si así lo deseaba—. Entre nosotros dos podemos hablar aún más claro. Quizá puedas transmitir ese sentir al resto de la tripulación. El primer mortal al que se le pase por la cabeza la idea de amotinarse en esta nave se topará con una aplastante bienvenida bajo mis garras. Le arrancaré la piel del cuerpo y la usaré para tapar las brechas del casco. No ayudará mucho a nuestra integridad, pero me hará sentir mejor.

Se echó atrás y se reclinó contra el duro acero del trono.

—Ahora márchate —gruñó—, y encuentra el modo de mantenernos con vida durante otros seis días.

* * *

Una figura se había formado sobre el altar. No era enteramente corpórea; Temekh podía ver el extremo de la sala de invocaciones a través de su piel translúcida. Aún era más preocupante que no fuera lo que se esperaba. No era el icono de un ojo en llamas que sus sueños le habían prometido, ni el colosal perfil de un primarca, vestido de rojo y oro y con un altísimo yelmo.

Era un niño. Un chico pelirrojo que llevaba puesta una camisola blanca y tenía un aspecto dolorosamente inmaduro.

—Señor —dijo Temekh, descendiendo por las Enumeraciones con rapidez.

Su trabajo no había terminado, y muchos días difíciles estaban aún por llegar, pero lo más duro había pasado. En ausencia de las interrupciones de Aphael, se habían hecho muchos progresos.

—Hijo mío —contestó el niño.

—No tenéis el aspecto que yo esperaba.

—¿Cómo creías que sería?

Temekh halló consuelo en el dialecto familiar. Había aprendido tiempo atrás que no había que fiarse de las apariencias. La forma de hablar de un hombre, sin embargo, era muy difícil de imitar.

—Más como aparecéis en la Torre. No estoy seguro de que los lobos encuentren este aspecto... amenazador.

El chico sonrió y la piel alrededor de su ojo cerrado se arrugó.

—¿Y qué te hace pensar que mi imagen en el planeta de los hechiceros tenga nada que ver con la realidad? Eres un corvidae, Ahmuz. Sabes que lo que vemos depende, en gran medida, de lo que queremos ver.

—Tal vez. En ese caso, yo quería ver un reflejo de vuestro verdadero poder.

—Mira bien.

Temekh se concentró. Quizá fuera una especie de prueba. Si lo era, no la entendía.

El niño parecía tan humilde como la leche, aunque el único y calmado ojo y la forma de expresión de adulto eran desconcertantes.

—Creo que sois sólo un fragmento, señor —dijo al fin—. Una posibilidad. A pesar de mi trabajo, representáis sólo los primeros pasos de un viaje.

—Muy bien —asintió el niño—. Gran parte de mí sigue en Gangava. Debe ser así, o la ilusión se romperá.

Temekh frunció el ceño.

—No lo entiendo, señor. Lo he intentado, pero los principios se me escapan.

El niño no pareció molesto.

—Ahriman era igual. A pesar de todos sus dones, escogió la solución errónea. No hay honor en permanecer inmóvil, en intentar combatir el poder del océano con hechizos. ¿Qué nos ha aportado? Cascarones vacíos esclavizados a los hechiceros. Hay una verdad superior en nuestra transformación, una verdad que necesitamos aprender a aceptar.

—El estar en todas partes y en ninguna.

—Me alegro de que lo recuerdes.

—Recuerdo los términos que usasteis, aunque sigo sin entenderlos.

El niño se encogió de hombros.

—Hay tiempo para que aprendas. Y también para Hett, Czamine y los demás. En cuanto las distracciones de este episodio hayan terminado, tendremos la oportunidad de volver a empezar.

Temekh hizo una pausa. Un pensamiento indeseable se le vino a la mente.

—No habéis mencionado a Aphael.

—¿Por qué debería hacerlo?

—Es el mejor de todos nosotros, el más poderoso de aquellos que rechazaron a Ahriman.

—Y se hará aún más poderoso, más de lo que él mismo puede imaginar, pero no he alcanzado tal nivel de emergencia para hablar de su destino.

—No. Ya imaginaba que no.

—He venido a darte ánimos. He invertido mucho en ti, Ahmuz Temekh. La flota y el ejército que hemos reunido se marchitarán pronto; era su único propósito, y después nuestras metas serán distintas.

El niño sonrió. El gesto era simple pero transmitía un conjunto de sutiles emociones.

—No me falles, Ahmuz —dijo Magnus con suavidad— Es muy grave que un hijo le falle a su padre.

—No fallaré, señor —dijo Temekh, a sabiendas de a qué se refería y contestando a toda prisa—. Esa lección, al menos, ha sido bien aprendida.

* * *

A Gangava finalmente le llegó la hora, y las señales fueron enviadas a toda la flota. Sin un fallo, sin más ceremonia, los escudos sobre los portales de lanzamiento de las naves de guerra se apagaron. Oleadas de cápsulas salieron de los tubos de lanzamiento, cayendo en la atmósfera incandescentes como cometas. Varias cañoneras Thunderhawk las siguieron en escuadrones con forma de flecha, descendiendo en espiral a una velocidad formidable, con las proas bajando abruptamente en picado en su salto al aire cada vez más denso. Tras ellas llegaron las cápsulas de desembarco más pesadas, que caían de prisa y maniobraban con la ayuda de propulsores de chorro. Todas lucían el gris de los Lobos Espaciales, con bandas negras y amarillas y el emblema del hocico gruñendo en los flancos.

Había decenas de zonas de despliegue, todas ellas más allá del perímetro de la ciudad protegido por el escudo. Ironhelm tenía un ejército abrumador a sus órdenes y había situado sus tropas en consecuencia. Existían tres objetivos principales. Las

instalaciones donde se generaba la electricidad habían sido detectadas en el sector noroeste del desarrollo urbano, y para destruirlas se habían asignado dos Grandes Compañías. Se desplegaron otras dos compañías para atacar los proyectores de escudo de vacío de la ciudad, situados en el suroeste y rodeados de formaciones defensivas pesadas.

El centro de la gigantesca ciudad era, 110 obstante, el premio gordo. Se había construido todo un distrito, de decenas de kilómetros, a imagen y semejanza de Tizca, con pirámides que se alzaban hacia el cielo polvoriento, aunque no eran los brillantes edificios plateados que resplandecían bajo los cielos pálidos de Prospero. En Gangava, la suciedad industrial teñía sus fachadas y tornaba los edificios del mismo rojo sucio que el resto del planeta. Desde el espacio, casi parecían orgánicos, como extrañas montañas geométricas que sobresalían del caótico entramado de bloques de habitáculos y manufacturums a su alrededor.

Magnus estaba en aquellas pirámides. Frei había vuelto a confirmarlo. Todos los sacerdotes rúnicos del capítulo podían sentirlo, podían sentir la horrible presencia acechando bajo las estructuras más grandiosas, contaminando el wyrd como una mancha de petróleo en el agua. Ironhelm lideró el ataque al objetivo central; tomó cinco Grandes Compañías y a la mayoría de los sacerdotes rúnicos del capítulo en una punta de lanza con una potencia de fuego colosal. Su punto de recalada estaba directamente al este de los límites del escudo de vacío, un tramo a cien kilómetros del fuertemente defendido corazón de la ciudad.

El tácticae de la Flota había estimado que cientos de miles de tropas, posiblemente millones si todos los civiles iban armados, estarían esperándolos tras extensas fortificaciones protegidos por emplazamientos de artillería. Los augures habían captado el movimiento de piezas de artillería móvil por las calles en convoyes, tapando cuellos de botella y bloqueando el paso en las autopistas principales. Fueran cuales fuesen las fuerzas que Magnus había reunido era obvio que estaban bien armadas y listas para entrar en acción, a pesar de carecer de cobertura orbital.

Las comunicaciones interceptadas daban una idea de la estrategia defensiva. Los órdenes estaban en clave, pero durante el bloqueo de Kjarlskar habían descifrado gran parte del código y había poco que los comandantes del ataque no supieran. Lo que habían interceptado dejaba claro que los habitantes de Gangava sabían perfectamente la furia que los esperaba. Su única respuesta eran los números. Números enormes. No podían soñar con acabar con los lobos en combate, por lo que planeaban desgastar a los invasores por pura inercia, arrastrándolos a fosos de alquitrán en los que morteros enterrados y cañones láser constituirían, o eso esperaban ellos, zonas de matanza.

Los habitantes de Gangava también hablaban en voz baja, por el miedo y el terror, de lo que había en las pirámides. Una y otra vez, la charla por el comunicador hacía referencia al Azote de los lobos. La primera vez que la oyó, la expresión pintó una sonrisa en el castigado rostro de Ironhelm.

—¿El Azote de los lobos? La vejez lo ha vuelto melodramático.

Se rieron a gusto cuando lo contó en el puente de mando de la *Russvangum*, rodeado de sus jarls, pero el tiempo de las risas había pasado. Cada guerrero de la primera ola se había entregado a su propósito con una clara y fría atención al detalle. Los ritos de odio se realizaron con sumo cuidado, se puso laca en las crines revoltosas en preparación de los cascos de combate, los bólters se revisaron y guardaron con veneración. No había sonrisas, ni piques escandalosos de los garras sangrientas, ni bromas desenfadadas de los colmillos largos. Todos sabían lo que valía esta presa.

Entonces empezaron a caer las cápsulas, cortando en su descenso las turbulencias atmosféricas y el esporádico fuego antiaéreo procedente de los resplandecientes suburbios en tierra.

La cápsula de Ironhelm, bautizada *Hekjarr*, fue una de las primeras en llegar a la zona

de aterrizaje oriental. Proyectó una enorme nube de polvo y suciedad al aterrizar en el planeta; la estructura de adamantio estaba al rojo vivo a causa de la fricción de la atmósfera. Con un leve estallido, los pernos de la escotilla saltaron y los segmentos exteriores del blindaje cayeron con estruendo sobre las paredes del cráter que había formado el impacto.

Los bólters de la parte superior descendieron y empezaron a disparar en cuanto los arneses de seguridad se soltaron y traquetearon de vuelta a su lugar.

Cuando las tiras de metal que sujetaban a Ironhelm se soltaron, el señor lobo corrió rampa abajo, al suelo de Gangava. El cielo nocturno era del color de la sangre vieja, estriado con las estelas negras de los vehículos de su capítulo que caían en picado. A su alrededor había edificios, largas torres negras de hierro que se inclinaban hacia adelante, unidas por puentes y tubos de tránsito de masas. Luces de observatorio serpenteaban en un valiente intento de dar a sus tiradores defensivos algo a lo que apuntar y las sirenas aullaban a lo lejos. El tamborileo entrecortado de las armas de fuego pesadas había empezado a acercarse a su posición, haciendo eco en los flancos de los precipicios que formaban las estructuras que lo rodeaban.

Ironhelm respiró hondo, disfrutando de los sonidos y aromas familiares de la guerra a medida que se filtraban a través de su casco. Las ganas de matar fluían por su sistema, preparándolo para las situaciones extremas y la violencia contenida que estaba al caer.

—Por fin ha llegado la hora, hermanos —gruñó, sopesando su espada gélida y activando el campo de energía con el pulgar—. Que empiece la matanza.

CATORCE



CATORCE

El Señorío del Colmillo era un hervidero de actividad. El espacio sagrado estaba lleno de los gritos afónicos de siervos que se apresuraban a cumplir las órdenes de sus amos. Cada vez más cajas de proyectiles perforantes se descargaban de renqueantes transportes y se apilaban con pulcritud detrás de las torreras de bólter pesados y de las baterías de cañones. La barricada que cruzaba el extremo occidental de la gigantesca sala estaba casi terminada.

Morek la miró con gesto sombrío. Había oído los informes del enemigo y tenía una vaga idea de sus poderes. Las barricadas y las líneas de tiro sólo servirían para hacer que fueran más despacio. En el pasado, había confiado en que los Guerreros del Cielo fueran capaces de repeler a cualquier atacante, pero ya los habían masacrado dos veces. Visto lo visto, ya no estaba seguro de nada.

Morek negó con la cabeza, intentando librarse de las emociones deprimentes que lo atenazaban desde el viaje a los creadores de carne. A su alrededor habían organizado un improvisado hospital de campaña. En el extremo este de la sala, bajo la mirada de una colosal estatura de Russ, habían colocado varias filas de camas de metal.

Como los viales de la mesa de Hojadragón.

Las camas estaban reservadas para los mortales; a los marines espaciales los llevaban a los hospitales de arriba, en el jarlheim. Mientras caminaba por los corredores, Morek vio los rostros de los heridos contorsionados de agonía. Siervos creadores de carne trabajaban con rapidez y habilidad, cosían y cauterizaban. Sus métodos eran efectivos, pero hacían pocas concesiones al alivio del dolor. Morek vio a habitantes de Fenris, duros como el hielo, curtidos a base de tribulaciones y privaciones, llorar de dolor cuando las hojas de acero los abrían en canal.

Un hombre estaba a punto de perder una pierna por debajo de la cadera. Si sobrevivía, con el tiempo le implantarían una pierna básica augmética, pero ya no jugaría ningún papel en la batalla. Morek vio al hombre hacer una mueca cuando los bisturís empezaron a cortar. El paciente estaba aturdido por las sustancias sedantes, pero seguía lo bastante consciente para entender lo que estaba pasando. Apretaba la mandíbula con fuerza, con los músculos agotados. Mientras los creadores de carne hacían su trabajo, se agarró a los lados de la cama, temblando y con los nudillos blancos como el hueso.

Morek apartó la vista. Se oían gemidos y, por lo bajo, sollozos por todas partes. Había cientos de hombres preparados para el bisturí, y otros tantos yacían todavía en los pasos elevados, sus cuerpos ya helados. Por primera vez desde que empezó la batalla, Morek se dio cuenta de que se alegraba de que se hubieran llevado a Freija abajo, al Subcolmillo con el sacerdote de hierro, en vez de lanzarla a primera línea en el frente. Sólo habían hablado una vez desde que ella regresó de los niveles inferiores. Después, el deber los había alejado de nuevo, así que pasaron poco tiempo juntos.

Morek recordó el abrazo que se dieron. La apretó con fuerza, sintiendo su cuerpo seguro de nuevo entre sus brazos. Le costó soltarla.

«¿Me necesitaba ella a mí o la necesitaba yo a ella?»

—¿Estás bien, padre? —le preguntó, mirándolo a los ojos con preocupación.

—Como siempre, hija —le respondió él.

—¿Ha ocurrido algo?

Morek se rió.

—Ha ocurrido la guerra.

Cruzaron unas pocas palabras después de aquello, un puñado antes de que a ella la llamara de nuevo el dreadnought que la seguía.

—Me han asignado a él, padre.

Casi sonó como si la enorgulleciera. Antes nunca se había sentido orgullosa de nada, por lo menos de trabajar para un guerrero del cielo.

—¿Para qué necesita él a un mortal?

Freija negó con la cabeza.

—No lo sé. Pero lo necesita. Son extraños. Hay cosas que las recuerdan como un skjald. Otras las olvidan. Lo ayudo cuando eso ocurre.

Morek miró su rostro dispuesto y redondo. El cabello rubio le caía sobre los ojos, igual que cuando era pequeña. Tuvo que contenerse para no echárselo hacia atrás. Su madre siempre le decía que no lo hiciera. Encontró palabras yendo de un lado a otro, libres, en su mente.

«¡Eres todo lo que tengo! Mi único vínculo con ella, que era tan hermosa y tan fiera. Ten cuidado, hija mía; ten cuidado con lo que dices y con lo que haces. Sobrevive. Que el luego consuma el Aett y todas sus salas, pero tú sobrevive».

Pero no dijo nada de eso. La besó en la frente.

—Llámame cuando puedas por el comunicador.

—Lo haré, padre. Que la Mano de Russ te proteja.

—Que nos proteja a todos nosotros.

Y entonces se fue, trotando detrás de aquel dreadnought, ese al que llamaban Aldr *Forkblade*.

Morek suspiró y levantó la vista hacia la estatua que se alzaba por encima de él, intentando desterrar el recuerdo.

La gigantesca imagen de Russ seguía allí igual que antes, con los pies en paralelo y el rostro contorsionado, enseñando los dientes. Sus rasgos eran los de un verdadero lobo; la mandíbula distendida, los colmillos pronunciados y las pupilas pequeñas como cabezas de alfiler.

Habían pasado diez días desde que Greyloc se pusiera en pie bajo el poderoso rostro y alzara el Aett en una furia desafiante. Por encima de todo, estuvo Lemán Russ, su espíritu velaba por todos.

«¿Sabes? ¿Sabes, señor, lo que les están haciendo aquí a tus hijos? ¿Es capaz tu mirada de penetrar las salas de los sacerdotes? ¿Y tú lo apruebas?»

La piedra no le dio respuesta. No había nada en aquellas facciones impertérritas salvo una mueca de ansia asesina.

Entonces, desde el extremo más lejano del hospital, hubo una conmoción. Un guerrero enorme con placas negras como el carbón había vuelto del frente. Su armadura estaba abollada y agrietada, las pieles se desprendían de ella. Atravesó corriendo las hileras de camas y una bandada de servidores intentó seguirle el paso.

Hojadragón había vuelto. Llevaba la cabeza desnuda y sus ojos dorados brillaban en las cuencas hundidas. Se dirigía a grandes zancadas hacia los huecos de los ascensores, de vuelta a su madriguera en el Valgard, el lugar en el que hacía su trabajo.

Los ojos de Morek lo siguieron. No se atrevió a moverse. No sabía si estaba mirando al guardián de todo lo que amaba o a su destructor.

De repente, Hojadragón pareció sentir algo. Se puso tenso y dejó de andar. Su rostro lúgubre, marcado por la severa nariz aguileña, se volvió.

Los ojos, aquellos ojos de depredador se clavaron en Morek. Por un instante los dos hombres se miraron.

Morek sintió que el corazón se le salía del pecho. No fue capaz de darse la vuelta.

«¡Lo sabe! ¿Cómo lo sabe?»

Entonces, Hojadragón gruñó y siguió su camino. Su séquito corrió tras él.

Morek se sintió mareado y se apoyó en una cama. Miró a su alrededor sintiéndose culpable. Los ordenanzas volvieron a su trabajo como si nada hubiera pasado. Nadie

se dio cuenta. ¿Por qué deberían? Él sólo era un kaerl, un mortal prescindible. Tomó una temblorosa bocanada de aire. Empezaba a estar tan nervioso que saltaba al menor ruido. Morek se apartó de la estructura de metal y retomó su patrulla. Había mucho trabajo por hacer y tenía a todo un riven de kaerls a los que mantener en su sitio. Empezó a andar, intentando ignorar los gritos y los gemidos. Necesitaba mantenerse ocupado.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba deseando que los invasores rompieran las defensas y llegaran pronto. Al menos eran enemigos a los que sabía cómo combatir.

* * *

Veinticuatro días después de que Ironhelm convocara al consejo de guerra que había autorizado la misión a Gangava, la Cámara del Anillo estaba abierta de nuevo. Era tan fea y sombría como siempre, aunque las antorchas ardían un poco más bajas en sus rejillas esta vez, y el ánimo de los camaradas reunidos era lúgubre en vez de anticipatorio.

Sólo siete personas estaban en pie alrededor del enorme círculo de piedra, con las cabezas desnudas pero con el resto del cuerpo ataviado con la armadura completa. Greyloc estaba allí, así como Sturmhjart, Arfang y Hojadrágón. De la Guardia del Lobo estaban presentes Skrieya y Rossek. El guerrero de pelo color del fuego todavía tenía un aspecto medio salvaje y su crin estaba enredada y despeinada.

En la cabeza del círculo, el puesto de honor, estaba Bjorn. Cuando entró en el lugar sagrado una hora antes, permaneció inmóvil mucho tiempo, contemplando en silencio las placas de piedra colocadas en el suelo. Nadie osó molestarlo mientras recordaba el pasado, y nadie ocupó su respectivo puesto hasta que Bjorn volvió a la realidad.

Cuando el consejo prosiguió, Greyloc examinó el monumental exterior del dreadnought. El sarcófago de ceramita estaba decorado con un cuidado extraordinario. Dibujos en pan de oro de cabezas de lobos y bestias gruñendo habían sido tallados en los pesados paneles frontales. Runas grabadas por todas partes, cada una situada en la posición adecuada por un sacerdote rúnico muerto hacía mucho, imbuidas con complejos ritos de protección.

Bjorn era magnífico, más que muchos lobos espaciales vivos y mucho más que la mayoría de los que habían muerto.

«¿Sabes cuánto cuidado se ha derrochado en tu ataúd viviente? ¿Te importa?»

Bjorn se revolvió, como si los pensamientos de Greyloc hubieran, de algún modo, llegado hasta él.

Así que ahora planificamos nuestra supervivencia. Jarl, tu evaluación.

—Todas las entradas accesibles al Aett están llenas de escombros —informó Greyloc—. Los explosivos son una combinación de dispositivos de fusión y de fragmentación. Algunos se han colocado de forma que permanezcan intactos, listos para detonarse cuando se los perturbe. Si el Padre de Todas las Cosas lo quiere, hará que las excavadoras vayan más despacio.

—¿De cuánto tiempo disponemos? —preguntó Skrieya.

Greyloc negó con la cabeza.

—Depende de los juguetes que tengan. Una semana. Quizá menos.

Un sonido bajo y chirriante brotó de las entrañas de Bjorn.

Encerrados aquí dentro no es una forma noble de librar una guerra, gruñó.

Greyloc gritó un poco. Había tomado las decisiones que tenía que tomar, enfrentado a un ejército invasor más de veinte veces mayor que sus fuerzas de defensa.

—Tiene razón, señor —admitió Greyloc—. No es noble, pero los augurios están en nuestra contra. Tenemos ochenta y siete hermanos que todavía son capaces de luchar, sin contar con los doce venerables caídos. Tenemos unos pocos miles de kaerls; los

suficientes para encargarse de las defensas pero poco más. Necesitamos un tiempo para recuperar fuerzas, las que podamos. Cuando el enemigo vuelva a entrar en el Aett, tendremos que luchar sin descanso hasta el desenlace, dure lo que dure.

Bjorn gruñó otra vez. Incluso el menor de sus gestos producía algún sonido sordo en el interior del milenarior cuerpo mecánico.

¿Qué fuerza posee el enemigo?

—Muchos marines traidores. Puede que unos seiscientos, aunque hemos matado a muchos escuadrones durante los primeros aterrizajes y las aproximaciones. Sus tropas mortales son, a todos los efectos, inagotables. Las divisiones acorazadas exceden con mucho cualquier cosa que intentemos ponerles por delante, aunque eso no les servirá de nada en los túneles.

¿Y no hay comunicación más allá de Fenris?

—Ninguna, señor —confirmó Sturmhjart—. Nuestros astrópatas fueron asesinados por medios remotos. Las comunicaciones con el espacio están bloqueadas y los intentos por penetrar la barrera que tenemos encima han fracasado.

¿Qué puede causarlo?

Sturmhjart parecía incómodo.

—Los brujos poseen muchos poderes oscuros, señor —dijo de forma poco convincente—. Sea cual sea la causa, no tenemos poder para vencerla. Necesitaríamos, como mínimo, un flota de combate completa para poder atravesar el bloqueo sobre nuestras cabezas. Estamos solos.

¿Y el Gran Lobo?

—Sus pensamientos se concentraban en Magnus, señor —dijo Hojadragón—. Si se le ocurre contactar, no estará fuera de los poderes de nuestro enemigo el aparentar que aquí todo va bien. Lo atrajeron hasta un lugar lejano a propósito, y habrán considerado todas las formas posibles de mantenerlo lejos de aquí.

Tras esa reflexión, Bjorn se sumió en sus pensamientos. La cámara quedó en silencio, excepto por los sonidos amortiguados y distantes del ajetreo que había mucho más abajo. En el jarlheim, los preparativos para la invasión proseguían sin descanso.

Todas las miradas estaban fijas en el dreadnought. La veneración que le profesaban seguía siendo absoluta y nadie hablaría hasta que lo hiciera él.

Irán a por los reactores —dijo Bjorn al fin—. **Debemos posicionar el grueso de las tropas en el Sello de Borek.**

—¿Y qué pasa con el Hould? —preguntó Hojadragón.

No se puede defender. Demasiados túneles. Debemos mantener el jarlheim desde el Señorío del Colmillo.

—Eso significa dividir nuestras fuerzas —apuntó Greyloc.

Cierto. Pero no podemos ceder ninguno de esos objetivos. Si toman los reactores, el Aett será destruido. Si penetran en el Señorío del Colmillo, entonces no se podrá defender ninguna otra parte de la ciudadela superior. Son los dos cuellos de botella, los dos lugares en los que un ejército pequeño puede plantarle cara a uno mucho más grande.

—Existen otras consideraciones, señor —intervino Sturmhjart—. Hay runas de protección por todo el lugar. Las más poderosas estaban en las puertas, pero ya no existen. Mientras defendamos hasta las runas menores, el poder de los hechiceros dentro de la montaña será limitado. Si profanan los lugares sagrados, entonces su poder aumentará.

No necesitas darme lecciones sobre su poder —le espetó Bjorn, y había una repentina nota de fervor en los gruñidos de su voz. Su garra tembló como si recordara un dolor muy antiguo—. **Protegeremos las runas donde podamos, pero hay que hacer sacrificios. Si intentamos salvarlo todo, lo perderemos todo.**

—Se hará como ordenes —dijo Greyloc, haciendo una reverencia—. Haremos de los

baluartes un matadero, pero ofreceremos resistencia en los lugares por los que tienen que emerger. No permitiré que sus primeros pasos en el Aett estén libres de sangre. Bjorn asintió con torpeza en señal de aprobación.

Entonces estamos de acuerdo. Mis hermanos caídos y yo nos situaremos en el Sello de Borek. El combate llegará antes allí, y hace demasiado tiempo que no siento las ganas de matar más que en mis sueños.

El dreadnought inclinó el cuerpo para mirar al dispositivo central del Anillo, un lobo erguido sobre las patas traseras en un campo de estrellas.

Yo estuve en Prospero, hermanos —dijo—. Estuve allí cuando quemamos su herejía de la galaxia. Vi a Lemán Russ reducir a escombros sus lugares queridos. Vi a traidores llorar con ojos corrompidos cuando convertimos sus pirámides de cristal en un páramo yermo.

El consejo escuchaba con atención. Los relatos fragmentados que hacía Bjorn del pasado se escuchaban con gran interés siempre que él los ofrecía.

Eso no ocurrirá aquí. El saberse traidores los hizo débiles. A nosotros nos hace fuertes el sabernos fieles. Donde Tizca cayó, el Aett permanecerá.

La voz del dreadnought se iba haciendo más fuerte. A medida que pasaban los días, se recordaba a sí mismo, volvía a ser el dios de la guerra del que los skjalds hablaban en susurros. En medio de toda la desesperación, había razón para la esperanza.

Aunque nos cueste la vida a todos nosotros —gruñó Bjorn, en cuyo interior los generadores vocales hicieron que sus palabras tuvieran la entonación seca de una máquina—, el Aett resistirá.

* * *

Cuando terminó el consejo, Rossek observó a Bjorn caminar con fuertes pisadas por el corredor que había fuera de la Cámara del Anillo, con Greyloc y el resto de los comandantes superiores acompañándolo. Se quedó atrás, entre las sombras, ansioso por evitar todo contacto. No había hablado durante las deliberaciones. De hecho, apenas había cruzado dos palabras con Greyloc desde la retirada de los puntos de aterrizaje. Intentó acercarse a su viejo amigo en varias ocasiones pero el jarl había evitado todo lo que no fueran intercambios de rutina.

Quizá fuera lo mejor. Rossek ni siquiera sabía qué diría si tuviera la ocasión.

¿Que lo sentía? Las disculpas no eran para la Guardia del Lobo.

¿Que veía las caras de los guerreros a los que había matado todas las noches en sus atormentados sueños? Era verdad, pero no cambiaba nada.

La contrición no era fácil para un hijo de Russ. Durante unos pocos momentos de bendición, mientras Rossek había tenido la sangre de sus enemigos fluyendo por sus garras, se había librado de la nube de sopor y había recordado su legado salvaje. Hubiera deseado que el ataque a las puertas hubiese durado mucho, mucho más. Porque mientras luchaba el sentimiento de culpa no era tan agudo.

Pero siempre volvía.

—Guardián del lobo Rossek.

La voz era dura como una piedra, y su tono, sardónico. Rossek sabía quién era sin tener que darse la vuelta. Hojadragón debía de haberse quedado atrás esperando a que los demás se marcharan.

—Lord Hraldir —devolvió el saludo Rossek. Su voz sonaba hosca, incluso para él. Su armadura negra salió de entre la penumbra del ábside y se sumergió en el mar de luz de las antorchas. Los dispositivos de hueso de su peto estaban mellados y tenían marcas de quemaduras de plasma, y las pieles desiguales que antes cubrían la ceramita habían sido arrancadas. Sus ojos dorados todavía brillaban como siempre, encerrados en el viejo rostro disecado, como piedras de ámbar engastadas en cuero.

—No eres el de siempre, Tromm —dijo el sacerdote lobo, torciendo la boca en una

amarga sonrisa.

Rossek era mucho más alto que Hojadragón con su armadura de exterminador, pero de algún modo parecía el más insignificante de los dos. Siempre había sido así. Los sacerdotes lobo poseían autoridad sobre todo el capítulo, una autoridad que trascendía los patrones de mando normales.

—Anhele el combate —respondió Rossek, cosa que era cierta.

—Como todos nosotros —dijo Hojadragón—. No hay un solo garra sangrienta en el Aett que no lo anhele. ¿Qué hace que tu estado de ánimo sea especial, guardián del lobo?

Rossek achinó los ojos. ¿Lo estaba pinchando el viejo? ¿Estaba intentando provocar una reacción furibunda?

—No demando ningún privilegio especial. Sólo deseo hacer aquello para lo que se me crió.

Hojadragón asintió.

—Contigo siempre ha sido así. Recuerdo cuando te saqué del hielo. Entonces eras un monstruo, el portador de un hombre. Te fichamos por tu grandeza desde el principio.

Rossek escuchaba con recelo. No estaba de humor para una homilía ensayada. Odiaba cuando alguien hacía la menor referencia a su potencial, a su destino en el capítulo. Había ambicionado el puesto de señor lobo durante años, por más que intentó no hacerlo, y nunca perdonó que el ascenso de Greyloc fuera a su costa, pero ahora la prueba de su ineptitud había quedado dolorosamente manifiesta.

—Bueno, quizá os equivocara —dijo con despreocupación.

—¿Lo que oigo es autocompasión? Eso es cosa de mortales. Sea cuál sea la culpa con la que cargas, olvídala. No puedes traer de vuelta a tus hermanos, pero sí puedes recordar cómo se lucha.

Rossek había empezado a responder, así que no vio venir el gancho.

Tan agudo como una mandíbula al desencajarse, Hojadragón había dejado volar su puño izquierdo, golpeó limpiamente y derribó al guardián del lobo. Un instante más tarde, el sacerdote lobo lo tenía inmovilizado en el suelo, con el guantelete cerrado sobre la piel desnuda del cuello de Rossek y los colmillos curvos al aire.

—Quería que te disciplinaran por lo que has hecho —bufó Hojadragón, con la cara a pocos centímetros de la de Rossek—. Greyloc lo impidió. Dice que vamos a necesitar de tus espadas. Por la sangre de Russ, más te vale demostrar que está en lo cierto.

Por instinto, Rossek se reprimió de zafarse del sacerdote. Era capaz de hacerlo. Su armadura era como mínimo dos veces más fuerte que la de Hojadragón, y el sacerdote era ya viejo.

Sin embargo, no podía hacerlo. El poder sagrado del sacerdocio era demasiado fuerte. La cara de Hojadragón fue la primera que Rossek había visto al entrar en el Aett cuando sólo era un aspirante amilanado. Posiblemente también sería la última cara que vería antes de partir hacia las Salas de Morkai.

—¿Y qué quiere, señor? —gruñó Rossek; tenía el sabor de su propia sangre en la boca—. ¿Que luche contra usted? No le gustaría el resultado.

—Quiero despertar tu espíritu, muchacho —musitó—. Recordarte el fuego que te corría por las venas desde que llegaste aquí. Quizá llegue demasiado tarde. Quizá hayas permitido que el fracaso lo extinguiera.

Rossek se puso en pie, sintiendo cómo se quejaban los servos forzados de su dañada armadura.

—Esa melancolía te hace perder toda utilidad —continuó Hojadragón—. ¿Crees que eres el primer guardián del lobo que conduce un escuadrón a la derrota?

—Me voy haciendo a la idea.

—Pues no se nota.

—Quizá deba mirar mejor.

—¿A qué?

—A los guerreros que salvé —espetó Rossek, que notaba como la ira surgía al fin—. A los garras sangrientas a los que libré de ser los siguientes cuando acabaron con Brakk. A los traidores que maté a continuación. Al cachorro que fue tomado por el lobo y al que yo saqué del abismo.

Hojadragón dudó un instante y lo miró con atención.

—¿Lo hiciste? ¿Sin un sacerdote?

—Sí. Y ahora que Brakk ya no está, lideraré lo que queda de su manada. Necesitan guía. —La mirada torturada volvió brevemente a sus ojos—. De alguien que ha aprendido una lección sobre autoridad.

Hojadragón seguía sin apartar la mirada del rostro de Rossek.

—Hazlo, pues —dijo al fin. Su voz había perdido el tono de desaprobación—. Pero sal ya de la melancolía. Cuando todo esto haya terminado, conseguiré que el veredicto de Greyloc sobre ti se haya cumplido.

Rossek gruñó, deseando dejar atrás de un empujón al sacerdote lobo y que terminara la lección. Las jaulas de entrenamiento lo llamaban y tenía frustraciones de las que librarse en ellas.

—Una última cosa —dijo Hojadragón, agarrando con su guantelete el peto de Rossek para evitar que se marchara—. El cazador que yace en mis aposentos, Aunir Erar, vivirá.

A su pesar, Rossek sintió que una oleada de alivio le recorría el cuerpo al oírlo, y tuvo que esforzarse para disimularlo.

—Gracias por decírmelo.

—Pero tú no lo llevaste a los creadores de carne.

Rossek negó con la cabeza.

— Lo llevó un maestro de riven.

—Eso tenía entendido. ¿Cómo se llamaba?

Rossek lo recordó al instante. El mortal del Señorío del Colmillo, el del rostro sincero y cansado.

—Morek. Morek Karekborn. ¿Por qué desea saberlo?

Hojadragón se mostró evasivo.

—Por cerrar el círculo —dijo el sacerdote lobo, y dejó caer la mano para que Rossek pudiera pasar—. No es nada importante. Ahora vete. Recuerda mis palabras. Que la Mano de Russ esté contigo, Tromm.

—Y con todos nosotros —respondió Rossek antes de desaparecer lentamente entre las sombras, de vuelta al jarlheim, de vuelta a donde los lobos se preparaban para la guerra.

* * *

Las bestias se movían sin descanso de un lado a otro en la cada vez menor oscuridad del Sello de Borek, refugiándose en las pequeñas áreas en penumbra tras los anchos pilares. Caminaban con sigilo sobre densas almohadillas y mantenían bajos sus hocicos distorsionados. Sólo cuando deseaban anunciar su presencia salían al descubierto, con un repentino destello de grandes ojos líquidos o un gruñido grave procedente de sus enormes cajas torácicas.

Era imposible saber cuántos había. A veces parecía que sólo una docena había salido del Subcolmillo; otras, daban la impresión de ser cientos. Algo los había atraído a las secciones vivas del Aett y, fuera lo que fuese, seguía ejerciendo su magia. Desde que el mismo Bjorn emergió del Hammerhold con el séquito de horrores que gruñían y enseñaban los colmillos, nadie podía negar que tenían algún tipo de extraño derecho a estar ahí. Pero eso no significaba que a los kaerls les gustara verlos o que no hicieran la señal de la lanza cuando no tenían más remedio que acercarse a ellos.

Así que las tropas mortales se quedaban lo más lejos posible, pasaban todo el tiempo que podían en el extremo iluminado por las antorchas de la cámara cavernosa. Las escaleras y los ascensores de subida y de bajada estaban en el extremo oriental, así que fue allí donde se construyeron las defensas, iluminadas por hogueras crepitantes. En el Señorío del Colmillo se habían trazado las líneas de artillería y se habían erigido barricadas en los puntos de acceso. Más munición, suministros de construcción y armaduras se repartían cada hora; algunos, recién forjados en las inagotables profundidades carmesí del Hammerhold, todavía estaban calientes al tacto.

Freija hizo su parte cargando y almacenando, aunque pasó la mayor parte del tiempo con Aldr. Como muchos dreadnoughts, lo habían ubicado en el Sello de Borek y ahora esperaba de mal humor que empezara la acción. Cuando el enemigo llegara, se encontraría sus cañones por delante para enviarlos de nuevo al infierno de la mano de los de sus hermanos de batalla.

El dreadnought se volvía menos raro a medida que el recuerdo de su encierro se borraba. Las expresiones sensibleras de incomodidad y de pérdida habían sido sustituidas por una seguridad mucho más tranquilizadora. Freija podía notar que esperaba con ganas el combate. El haber sido despertado de la Larga Oscuridad para pasar días de preparativos y espera se le hacía muy difícil; él hubiera preferido haber salido de la cámara para meterse directamente en un bombardeo. En vez de eso, había tenido que esperar pacientemente mientras los servidores-esclavos armaban revuelo a su alrededor, realizaban ritos incomprensibles y preparaban su sarcófago de adamantio para la guerra.

—¿Cómo es? —le preguntó Freija, masticando un trozo duro de carne seca durante un período de descanso.

¿Cómo es el qué?

—Que te fusionen la armadura —dijo ella—. ¿Puedes sentir cuando te tocan, como si fuera piel?

Freija podía notar cuándo lo había molestado. No sabía cómo, pues no lo revelaba en su rostro, pero la sensación que ella tenía solía ser acertada.

Esa curiosidad. Esa falta de respeto. ¿De dónde proviene?

Freija sonrió ante la irritabilidad del dreadnought. No sentía ningún aura de intimidación en Aldr. A pesar de su inimaginable potencial mortífero, que sobrepasaba con mucho el de los jarls, sus estados de ánimo eran curiosamente inmaduros, y ella sentía curiosidad por él, un tipo de curiosidad que nunca habría sentido por un garra sangrienta vivo.

—De mi madre. Ella vino del hielo y heredé sus hoscas modales.

Al hablar, Freija recordó su cara. Robusta, como la suya, el cabello rubio y los rizos alborotados, con la boca apretada que rara vez sonreía, los rasgos endurecidos por el trabajo sin descanso y por las vicisitudes. Pero los ojos, aquellos ojos oscuros y vivos, mostraban un gran intelecto, un alma inquisitiva y rebelde a la que nunca domaron del todo. Ni siquiera al final, cuando las excesivas demandas de castigo de los Guerreros del Cielo exacerbaban la enfermedad que la mataría, habían dejado aquellos ojos mostrarse vivos e inquisitivos.

Deberías aprender a controlarlos.

—Lo sé —asintió con cautela—. Conduce a la perdición.

En efecto. Así es.

Freija meneó la cabeza con resignación y dejó de hablar. La obsesión de los lobos con los rituales, la tradición, las sagas y el secretismo era algo que no entendería nunca. Era como si el mundo en el que vivían estuviera congelado en un momento medio olvidado, cuando todas las fuerzas del progreso y la ilustración se apagaron de repente de un soplo y fueron reemplazadas por un ensayo adormecido de antiguas y gastadas rutinas.

Un rato después, Aldr se revolvió en su columna central de propulsión.

Es como estar vivo pero sin estarlo. Cuando algo toca mi armadura, lo siento más aún que cuando era un guerrero con vida. Mis ojos ven mejor, mi oído es más fino, mis músculos son más poderosos porque son de plastifibra y ceramita. Todo es más inmediato. Y sin embargo...

Freija miró a la placa facial del dreadnought. La rendija de la armadura estaba oscura, un manantial opaco hacia el cadáver desintegrado en el interior. Aunque no daba pistas visuales y su rostro carecía de expresión, Freija podía sentir su tristeza con tanta fuerza como si estuviera llorando. Por un instante, vio la imagen de un garra sangrienta corriendo por el hielo azotado por el viento, haciendo molinetes con sus espadas, el pelo alborotado, embargado por la alegría salvaje de su instinto.

«Nunca volverá a ser así».

—Lo sien...

Basta de preguntas. Hay mucho por hacer.

Freija se calló. Ya podía ver una nueva entrega de suministros médicos y raciones de campaña en la parte de atrás de un transporte. Había que almacenar todo aquello en alguna parte. Se inclinó ante el dreadnought y fue hacia el huskaerl al mando de la entrega. Mientras caminaba, miró de reojo a la gigantesca mole de Aldr, inmóvil en las sombras.

No lo hizo mucho tiempo. Tenía la impresión de que ya había violado bastante su privacidad. En cualquier caso, no le gustaban las emociones que sus conversaciones estaban engendrando en ella. Durante años, dolida por lo que le había pasado a su familia de sangre bajo el régimen implacable del Aett, había odiado a los Guerreros del Cielo casi tanto como los había temido y respetado. Ahora que la guerra había llegado a Fenris, aquellos sentimientos estaban siendo puestos a prueba en modos que la tenían sorprendida.

Había aprendido a vivir odiándolos. Quizá hubiera podido aprender a vivir amándolos, como hacía Morek, o incluso despreciándolos, como hacían los Mil Hijos. Lo que no podía era resignarse a sentirse como se sentía. Sabía que tenía que librarse de esos sentimientos o pondrían en peligro el papel que debía desempeñar en la lucha que estaba por llegar. Eran sentimientos extraños para ella, no eran propios de Fenris, eran débiles y estúpidos.

No había manera. Por más que lo intentara, no podía evitarlo.

«Ahora veo en sus almas, veo las vidas que llevan, las decisiones que han tomado... A esto he llegado.

»Por la sangre de Russ, me dan lástima».

QUINCE



QUINCE

—*¡Fenris hjolda!*

Harek Ironhelm cargó hacia la calle devastada sin preocuparse de los pequeños brazos de fuego que resonaban desde su peto. Su séquito iba con él, una veintena entera de guerreros de élite con armaduras de exterminador. Mientras avanzaban como truenos, el asfalto se resquebrajaba bajo sus poderosas pisadas. Llevaban los protectores de los hombros embadurnados de sangre, parte de ella aplicada de forma ritual antes del combate, parte como resultado de la masacre que habían llevado a cabo en los últimos cuatro días. Ninguno había dormido durante ese período; de hecho, apenas se habían tomado una pausa de la carnicería. De forma inexorable e irresistible, la punta de lanza de los lobos se había abierto camino hacia el centro de la ciudad triturando, rebanando, disparando y aplastando.

Ironhelm había combatido con todo el vigor de su juventud, blandiendo su espada gélida a dos manos en grandes arcos capaces de partir un cuerpo en dos. Ni siquiera se había molestado en llevar un arma de largo alcance, pues prefería luchar cuerpo a cuerpo. Casi toda su guardia iba igual, equipada con garras, espadas y hachas, gritando de alegría y lanzando vítores mientras usaban las hojas letales contra las frágiles armaduras de aquellos que osaban oponerse a ellos.

—La torre —gruñó Ironhelm, señalando hacia la derecha mientras avanzaba por la carretera. Al instante, su manada ajustó la trayectoria—. Llegan, por arriba.

La manada de cazadores había llegado a una vasta autopista recta rodeada de altos edificios en fila. Antaño hubo raíles de tránsito masivo que bajaban por la avenida central y pasos elevados que cruzaban la autopista desde arriba. Ahora, gracias al intenso bombardeo aéreo, la calle entera se había convertido en un valle de metal castigado, puntales que ardían lentamente y cráteres de rococemento fundido. Nubes de humo rodaban y lo oscurecían todo, acres y ácidas por las descargas de proyectiles de bólter pesado. Las paredes como precipicios a ambos lados del abismo en llamas estaban ciegas, las ventanas estaban rotas mucho antes de que se lanzara el ataque. Enormes zonas de la ciudad estaban así ahora, una extensión yerma de esperanzas rotas, tras sólo tres días de intensa y brutal actividad de los lobos.

La autopista conducía directamente al haz de pirámides centrales. El gigantesco canal de circulación antes reverberaba con el sonido de los vehículos civiles y los aviones semigravíticos, aunque ahora sólo repetía el crepitar de las llamas y el zumbido lejano de los tanques en movimiento. Los lobos atravesaron el terreno destruido como si fuera metal fundido, esquivando los obstáculos con facilidad, desdeñando el ponerse a cubierto y confiando en la velocidad y la agilidad para esquivar el fuego enemigo.

Ante ellos, en el carril derecho de la autopista, una única torre de fachada roma seguía ocupada por la resistencia. Cuando la manada se acercó, proyectiles pesados cayeron sobre el asfalto a su alrededor, destrozando lo que quedaba de la superficie de la calzada y haciéndolo pedazos. Se produjeron explosiones más violentas entre el estruendo de los cañones manejados por hombres; estaba claro que tenían piezas de artillería, todas apuntando a las fugaces siluetas con aspecto de lobo que se dirigían a la torre.

El número de disparos era elevado. Demasiado. Estaban apretando los gatillos presas del pánico, aterrorizados por lo que los lobos harían cuando llegasen.

«Hacéis bien en tener miedo, traidores, y os lo agradecemos; vuestro miedo nos atrae aún más rápido hacia vosotros».

—Hora de hacer callar a esos cañones —rugió Ironhelm, corriendo a grandes zancadas hacia la base de la torre.

Actuando por puro instinto, saltó a un lado. Un segundo más tarde, el suelo que pisaba desapareció en una explosión de cordita y promethium.

—Nivel seis.

Los lobos corrieron a la base sin dudarlo, a toda velocidad. La entrada tuvo que ser grandiosa en su momento, revestida de acero y cristal y adornada con el emblema del Ojo que estaba pintarrajeado por todo Gangava Prime. Ahora no era más que un cascarón, un agujero con encaje de paneles de vidrio rotos y pilares de plasticemento chamuscados.

Los lobos irrumpieron corriendo entre montones de escombros y desperdicios que seguían en llamas. Ironhelm permanecía en la punta de lanza y se abría paso hacia los pozos de los ascensores que estaban en el centro de la estructura.

—¿Podemos usarlos? —gritó por el canal de misión.

Un guardián del lobo llamado Rangr abrió de golpe un áuspex remoto, le echó un vistazo y negó con la cabeza.

—Cableado para explotar.

—Entonces haznos sitio —ordenó Ironhelm, haciendo un gesto al hermano Aesgrek, que cargaba con un bólter pesado en sus gigantescos puños blindados.

La descomunal arma bramó y lanzó una lluvia de proyectiles a los ascensores que esperaban. Explotaron en una granizada de luces y placas que caían al suelo, chocaban y rebotaban. Aesgrek los destruyó todos. Los seis ascensores cayeron en picado por los huecos, hacia abajo, hacia el olvido. Para cuando hubo terminado, los huecos rectangulares estaban abiertos como heridas, negros y desnudos.

Sin esperar a que las llamas se extinguieran, Ironhelm corrió y se lanzó por el hueco más cercano, se agarró al armazón de metal de la pared opuesta al boquete de entrada y se colgó de él. Las vigas de metal se curvaron al soportar su peso y empezaron a desprenderse de las paredes de rococemento, pero él ya estaba en movimiento, escalando los niveles como un gigantesco insecto acorazado.

El resto de la manada siguió su ejemplo. Se lanzaron a los huecos de los ascensores, agarrándose a otras partes de los puntales y los armazones de acero, empleando los otros cinco huecos para distribuir mejor el peso a lo ancho de la estructura dañada. Como ratas de cloaca, los lobos treparon por las columnas de los ascensores, cerrando sus guanteletes con precisión sobre las asideras de metal, ascendiendo por los tramos despejados con una desdeñosa facilidad.

Al ascender, empezaron a llover disparos desde lo alto. Los defensores, al darse cuenta de la destrucción de los ascensores, no habían hecho nada para ganar tiempo ante el ataque inminente, e intentaban, demasiado tarde, impedir que la manada alcanzase su posición.

Ironhelm se rió sin perder la compostura cuando los primeros rayos láser le dieron en los hombros protegidos por la armadura.

—¡Qué calor tan agradable para los brazos! —cacareó, saltando hacia un saliente de metal y propulsándose aún más alto.

—Se aproximan múltiples señales —comunicó Rangr, y dejó entrever las ganas de matar en su voz—. El siguiente es el nivel seis.

Las ganas del guardián del lobo se contagiaron al resto del escuadrón, que empezó a escalar aún más rápido, haciendo enormes abolladuras en las paredes del hueco del ascensor en su determinación por llegar al matadero los primeros.

Pese a sus años, a su calma forjada en siglos de guerra, el señor lobo llegó en cabeza, saltó al saliente de la plataforma que señalaba el nivel y derribó las puertas del ascensor. De un empujón con el hombro apartó los paneles a un lado y se lanzó directo a un torrente de disparos láser. Los rayos chocaron contra la armadura y se apagaron sin causar el menor daño. El nivel entero de la torre los llamaba, despejado, sin trampas civiles ni lugares donde esconderse.

—¡Sentid la ira de los lobos, traidores! —bramó Ironhelm, lanzando gotas de saliva contra la rejilla de su yelmo, y cargó contra las filas de aterrorizadas tropas que había más allá de los restos de las puertas del ascensor. El eco atronador de su desafío hizo añicos lo que quedaba del vidrio de las ventanas en las esquinas de ese nivel de la torre. Más lobos salieron de los huecos de los ascensores y cargaron hacia la zona de contacto, liberando las armas de energía de sus cierres magnéticos e imbuyéndoles vida.

La lucha fue corta, brutal, aterradora. Había unos pocos cientos de soldados mortales desplegados en el nivel, muchos de ellos con armas pesadas. Algunos eran refugiados de escaramuzas previas que habían sobrevivido y se habían quedado rezagados; otros eran refuerzos procedentes del centro con armaduras relucientes y rifles láser. Contaban con armas pesadas, incluyendo las piezas de artillería que los gangavanos habían empleado para intentar detener el avance de la manada a golpe de francotirador. Estaban ocupados intentando apuntar con ellas hacia el interior del nivel en un intento de poner fin a los horrores que iban a matarlos.

No les sirvió de nada. Ironhelm se lanzó contra ellos, con su espada silbando y riéndose a carcajadas. Amplificado por las unidades de comunicaciones de su armadura, el aterrador sonido reverberó por todo el nivel. Rangr se unió a él, riendo con una risilla extraña que helaba la sangre mientras segaba haces enteros de soldados enemigos.

—¡Plantadme cara, escoria! —rugió Ironhelm, rajando a un hombre en canal con un golpe hacia atrás de su espada mientras con la mano libre le daba un puñetazo en el pecho a otro—. ¡Luchad como los hombres que fuisteis antaño!

En el extremo opuesto del nivel, expuesto a los elementos allá donde antes estaban las ventanas rotas, la dotación de un cañón automático estaba intentando girar el arma para poder apuntar a los lobos que arrasaban con todo. Ironhelm los vio de refilón y rugió de placer.

—¡Bien hecho, muchachos! —bramó, lanzando el cuerpo con la espina dorsal rota de un defensor gangavano contra un pilar y corriendo hacia la dotación del cañón—. ¡Ahora intentad disparar!

Los aterrorizados soldados estuvieron a punto de conseguirlo. El pesado cañón giró tres veces sobre el lento cilindro de la base, se calibró hacia adelante y hacia atrás hasta que tuvo el objetivo a tiro y tiró del cinturón de munición listo para disparar. El cargador entró en la ranura y el indicador de seguridad se apagó. Con una mirada agónica en el rostro, el tirador apretó el gatillo al tiempo que apartaba la vista del señor lobo, que, como un rayo, ya los tenía al alcance de su espada.

Tan rápido como la muerte en el hielo, Ironhelm cayó sobre ellos y arrancó el cañón de la base con una sola mano. Le dio la vuelta como si fuera una porra, con la que lanzó a tres de los operadores limpiamente a través de la ventana sin cristales. Antes de que sus alaridos dejaran de oírse, abrió al resto en canal con su hoja gélida. Entonces, con una patada salvaje, envió la base del cañón automático a volar por el precipicio de la torre, hacia la autopista.

—¡Hjolda! —rugió, alzando los brazos al viento, con la espada en un puño y el autocañón en la otra.

Desde la ventaja de esa posición elevada, justo al borde de la torre, Ironhelm podía ver toda la ciudad. En todas las direcciones se veían incendios que ardían sin control. Vio otras torres tambaleándose sobre sus cimientos, golpeadas por explosiones. El cielo estaba tatuado con las estelas de sus cañoneras. El estruendo de la artillería hacía retumbar el suelo, salpicado del inconfundible gruñido de los Land Raider al avanzar.

La ciudad estaba siendo destruida, manzana a manzana, distrito a distrito. Daba igual cuántas tropas enviaran a la masacre. Quedaba poco para el fin.

Miró el esquema de la misión en la pantalla de su casco. Las metas estaban siendo

conseguidas en todos los escenarios. Como un gigantesco par de garras, los lobos se cerraban sobre los objetivos principales. Los generadores del escudo de vacío caerían antes del amanecer y las centrales eléctricas no tardarían en seguirlos.

Sus hermanos se habían superado. Nunca su perfección en la guerra había quedado tan manifiesta. Ironhelm sonrió, y sintió como sus colmillos curvos arañaban el interior del yelmo.

Fue entonces cuando las cortinas de niebla y el humo del combustible quemado se disiparon al oeste, dejando al descubierto los perfiles jorobados de las grandes pirámides en el horizonte. Ahora estaban mucho más cerca, oscuras y titánicas, rodeadas por las mejores defensas que quedaban en la ciudad.

—No podrán ayudaros —gruñó Ironhelm, apuntando su espada gélida hacia la dirección en la que sabía que tenía que viajar—. A los sin fe, nada puede ayudaros ahora. Habéis jugado con fuego con los lobos de Fenris.

Su sonrisa lupina volvió a dibujarse en su rostro. El placer de matar recorría su cuerpo. —Y ahora os están mordiendo los talones.

* * *

Los catafractos eran máquinas asombrosas, fusión de tecnología cibernética e investigación armamentística de una era más capaz. Las moles, con una vaga forma humanoide pero más anchas y pesadas, trabajaban sin descanso, troceando y excavando las paredes de roca de los túneles, abriéndose camino con sus enormes brazos excavadores sin pausa y sin queja. Sus pesadas piernas segmentadas se aferraban para no retroceder, encogiéndose ante la tormenta de fragmentos de roca y caminando entre las pilas de escombros. Dejaban una estela de cientos de ingenieros de Prospero, que apartaban fragmentos de roca, apuntalaban el túnel con pilares de sujeción y eliminaban los salientes de los muros de roca derribados. Los trabajos progresaban como lo hacía todo en la flota de los Mil Hijos: con calma, eficiencia y experiencia.

No era lo bastante rápido. A Aphael cada vez le costaba más controlar su frustración por el ritmo de la excavación. Ya habían pasado días, días que no podía permitirse perder. Los túneles no sólo estaban llenos de trozos de roca, sino que estaban plagados de detonadores de fusión. A veces, el residuo era tan difícil de excavar como lo habría sido la roca viva. La corteza de Fenris, tal y como era de esperar, era tan dura como el hierro. Para empeorar aún más las cosas, los perros habían colocado minas y bombas de fragmentación sin detonar dentro de la piedra fundida, y muchos catafractos de valor incalculable se habían perdido cuando sus brazos excavadores activaron las trampas residuales.

Los retrasos lo sacaban de quicio. Aphael sabía que Temekh se estaba acercando a su objetivo. Si el Colmillo no se ponía en peligro y sus alas de aversión eran destruidas para cuando él terminara, entonces la posición de Aphael como comandante del ejército se vería amenazada, todos ellos, los hechiceros al mando de la Flota de invasión, sabían lo que estaba en juego.

Desde su posición en el túnel, Aphael observaba como un trío de catafractos excavaban cada vez más cerca del corazón de la montaña. Los globos de luz suspendidos en el aire bañaban los robots en una tenue luz naranja. El techo del túnel llegaba apenas por encima de sus anchos hombros mientras trabajaban. Estaban metidos hasta las rodillas en trozos de roca, y las hileras apresuradas de trabajadores mortales se las veían y se las deseaban para sacar los escombros al mismo ritmo que se generaban.

El cuello de Aphael empezó a picarle otra vez. La sensación era enloquecedora, como si pequeñas garras se hubieran clavado bajo su piel y trataran de salir a arañazos. Cuando giraba la cabeza, notaba los dedos y los raquis de las plumas crujiendo dentro de

su armadura. Algo había estado creciendo en su cara desde hacía tiempo, presionando contra la placa del casco. Pronto, él lo sabía, empezarían a verse las grietas. Su guantelete derecho ya no se cerraba.

Aphael le dio la espalda a la pared de roca y se fue por donde había venido, pasadas las filas de vehículos de transporte, con las puertas de la tolva abiertas y las grúas de carga extendidas. Mientras avanzaba, los hombres en los túneles se apartaban de su camino a toda prisa. Desconfiaban de sus cambios de humor desde que el ataque se había estancado en la arena.

Los ignoró. Al acercarse a la salida del túnel, las marcas de la excavación dieron paso a una carretera rudimentaria y una iluminación permanente.

El techo del túnel y las paredes se habían excavado lo suficientemente anchas para que los Rhino y los Land Raider pudieran pasar; era una de las razones por las que vaciarlo había llevado tanto tiempo. El armamento ligero ya estaba siendo transportado al espacio cerrado. A medida que los catafactos se acercaban a su objetivo, se le sumaría el armamento pesado. Para cuando rompieran los últimos muros, compañías enteras de rubricae estarían esperando para atacar.

Aphael llegó a la entrada del túnel y salió a la luz brillante y dura de la mañana de Fenris. Sus ojos parecían haber perdido su velocidad fotorreactiva de siempre y, por un instante, el resplandor lo dejó medio ciego. La nieve recién caída cubría gran parte de la devastación, pero los pasos elevados seguían sembrados de hombres y material. Había nubes de humo por todas partes, ya fueran de los motores de los vehículos que operaban en el interior o de las hogueras que las tropas encendían para calentarse.

Un capitán de Prospero corrió hacia él. El rostro del hombre estaba oculto tras su máscara medioambiental, pero Aphael podía sentir su miedo. No iban a ser buenas noticias.

—Señor —dijo el hombre, inclinando la cabeza con torpeza.

—Que sea rápido —ordenó con aspereza Aphael, deseando poder rascarse aunque fuera sólo por un instante.

—El capitán Eirreq ha contactado desde la nave insignia.

—Si lord Temekh desea hablar conmigo, puede hacerlo él mismo.

—No es eso. —El hombre tragó saliva—. Es lord Fuerza. Su firma vital ha desaparecido del éter.

Afael sintió que se le paraba el corazón.

—¿Está fuera de alcance?

—No lo creo, señor. Se me ordenó que lo informara de que, por lo que los psíquicos han podido averiguar, está muerto.

Aphael sintió entonces que la presa de su furia acumulada se rompía. La frustración, el enfado, el miedo a aquello en lo que se estaba transformando, todo se le vino encima. Sin pensar, agarró al guerrero por el peto y lo levantó del suelo con una mano.

—¡Muerto! —bramó sin preocuparse de quién lo escuchara. Con el rabillo del ojo podía ver a los soldados que dejaban las armas y se lo quedaban mirando—. ¡Muerto!

«Que miren».

—¡Señor! —suplicó el capitán, intentando en vano zafarse del puño acorazado que lo sujetaba—. Yo...

Nunca tuvo la oportunidad de terminar. Aphael dio una vuelta para coger impulso y estampó el frágil cuerpo contra la pared más cercana de la entrada del túnel. Impacto con un sonido fuerte y denso que provocaba náuseas y luego se deslizó hasta caer sobre la nieve medio derretida. Una vez allí, no se volvió a mover.

Aphael se dio la vuelta para mirar al resto de sus hombres. Había cientos alrededor de él; todos lo miraban. Por un instante, un único y terrible instante, Aphael sintió ganas de abalanzarse también sobre ellos. Sus guanteletes crujió con las primeras chispas de su fuego de hechicero, el sello mortal de los pyrae.

Despacio, con dificultad, consiguió dominarse.

«¿Qué me está pasando?»

Conocía la respuesta. A todo hechicero en la legión se le enseñaba cómo responder a eso. Llegado el momento, el Señor de la Transformación siempre pagaba el precio de los dones que concedía, y ni siquiera la Rúbrica garantizaba el poder escapar.

«Me estoy convirtiendo en la cosa que odio».

—¡Volved al trabajo! —aulló a los hombres.

Se apresuraron a obedecer. Ninguno hizo un solo movimiento hacia el cuerpo del capitán que yacía boca abajo. Quizá lo harían más tarde, cuando Aphael se hubiera marchado, moviéndose furtivamente y temerosos de que lo que los amos les harían.

Aphael levantó la vista. Lejos, lejos en la distancia difusa, el pináculo del Colmillo se alzaba en el aire gélido. Incluso tras haber quedado ennegrecido por los días de bombardeos seguía siendo magnífico. Se erguía desafiante, tan impasible y gigantesco como la torre de obsidiana del planeta de los hechiceros. Por primera vez, Aphael notó los parecidos entre ambas estructuras. Era una burla más.

—Lo doblaré —masculló sin importarle si lo estaba diciendo en alto. Apretó el puño de la mano izquierda y lo lanzó con fuerza contra su casco. El dolor del impacto lo ayudó a aliviar el picor incesante.

Así que lo hizo otra vez. Y otra.

Sólo paró cuando notó un hilo tibio de sangre bajándole por el cuello.

Aquella sensación lo calmaba de una forma extraña, como si le hubieran aplicado la medicina rudimentaria de las viejas sanguijuelas para aliviar la presión de su cuerpo torturado.

El respiro fue efímero. Al darle la espalda a la montaña, listo para regresar a la plataforma de mando sobre el paso elevado, sintió que la quemazón empezaba a volver. Nunca lo dejaría en paz. Lo acosaría, lo atormentaría y aguijonearía hasta que consiguiera lo que quería.

—Lo doblaré —volvió a mascullar, y mantuvo ese pensamiento en su mente mientras se alejaba a trompicones del Colmillo.

Cuando se marchó del frente, los soldados mortales se miraron unos a otros. Entonces, lentamente, regresaron a sus quehaceres, preparándose para el próximo ataque, intentando no pensar demasiado en el comportamiento del guerrero al que se les había enseñado a venerar como a un dios.

DIECISÉIS



DIECISÉIS

La parte posterior de la pirámide, vasta y oscura en el cielo roto por el fuego. Los flancos carecían de brillo, estaban cubiertos por el polvo rojo que cubría todo Gangava. Las armas pesadas habían dejado enormes agujeros en sus costados y el fuego todavía lamía las grietas.

La resistencia había sido eliminada por los lobos, que la habían arrasado con tajante desdén. Toda la ciudad estaba en llamas, y los pocos defensores que no habían perecido durante el ataque se enfrentaban a una muerte lenta a manos del fuego. El grado de violencia había sido sobrecogedor. No hubo tregua, ni cuartel, ni piedad. Otro capítulo, quizá los Salamandras, habrían hecho planes para la evacuación de los civiles, o hubieran hecho pausas durante el ataque para no descartar la posibilidad de recuperar efectivos por el bien del Imperio.

Pero no los lobos de Fenris. Se les había confiado una tarea y ellos la habían llevado a cabo. Gangava había sido destruida, convertida en cenizas y hierro fundido. No quedaba nada que conservar, nada para recordar. La ciudad había sido arrancada de la taz de la galaxia, igual que lo había sido Prospero.

Casi.

Quedaban las pirámides, desafiándolos con insolencia, todavía libres de la terrible presencia de los Vlka Fenryka. Ironhelm había insistido al respecto. Ningún hermano de batalla atacaría los bastiones centrales hasta que la ciudad hubiera sido reducida a ruinas.

«Quiero que veas fracasar tus sueños, traidor, antes de que yo vaya a por ti. Quiero oírte llorar, igual que lloraste antes».

Ahora había llegado el momento. La punta de lanza se había reunido en un gigantesco patio frente a la pirámide principal, al aire libre, sin preocuparse por no tener dónde ponerse a cubierto, con el pelo erizado por el deseo de lanzarse a la yugular. En total, trescientos hermanos de batalla estaban allí: la Gran Compañía de Ironhelm al completo, dos manadas que llegaron a la asamblea antes que sus hermanos, más los doce sacerdotes rúnicos que acompañaban a los escuadrones de asalto de la vanguardia. Los maestros del wyrd estaban con la hermandad de mando de Ironhelm, sus armaduras cubiertas de glifos lanzaban destellos de un color rojo arterial.

Ironhelm se volvió hacia Frei, el que los habría traído a Gangava.

—¿No hay duda? —preguntó por última vez.

Por toda respuesta, el sacerdote rúnico sacó una bolsa de fragmentos de hueso de una cápsula de su cinturón. Los trozos parecían insignificantemente pequeños cuando los dejó caer en la palma de su guantelete. Con devoción, los echó al suelo, donde produjeron un sonido como de traqueteo al chocar contra la piedra rota.

Durante un momento, Frei no dijo nada, se quedó mirando los dibujos de los huesos. Cada pieza llevaba inscrita una runa. Trysk, Gmorl, Adjarr, Ragnarok, Ymir. Los sellos tenían un significado individual (el hielo, el destino, la sangre, el final) y uno colectivo. Para alguien que dominara la videncia de los misteriosos poderes de Fenris, podían revelar facetas ocultas del presente, o secretos del pasado, o augurios del futuro. En su presencia, toda risa brutal callaba y toda arma se deponía. Los lobos veneraban las runas, al igual que lo hizo su padre genético.

Frei tardó en hablar. Cuando lo hizo, la voz le brotó ronca por los días que llevaba gritando órdenes e invocando tormentas.

—Las runas me dicen que está aquí —dijo—. Su rastro apesta, atrapado en el corazón de la pirámide. Pero hay algo más.

Ironhelm aguardó pacientemente. A su alrededor, sus hermanos de batalla hicieron lo

mismo.

—Veo otra presencia. El Azote de los lobos.

Ironhelm dio un respingo.

—Así es como se refiere a sí mismo. Eso ya lo sabíamos.

Frei negó con la cabeza.

—No, mi señor. Ése no es su nombre. Es otro poder, atrapado junto a él en los muros. Si entramos, tendremos que luchar con él.

—¿Y eso te preocupa, sacerdote? ¿Crees que hay poder en la galaxia capaz de enfrentarse a nuestra furia? Ni siquiera un primarca resistiría contra nuestras espadas combinadas.

Frei se agachó para recoger los fragmentos de hueso. Cuando sus dedos se acercaron a la más antigua, Fengr, el Lobo Interior, la pieza se rompió limpiamente, separándose en dos mitades por el centro.

Frei se quedó helado un segundo, contemplando la runa rota. Ironhelm podía notar su espanto. No había tocado el fragmento de hueso; simplemente se había roto.

Desde la pirámide que tenían frente a ellos, una débil explosión, como un trueno que retumba a lo lejos, sacudió el suelo. El cielo sobre sus cabezas se estremeció y las llamas a su alrededor parpadearon.

Entonces, el momento pasó. Ironhelm movió la cabeza intentando sacudirse de encima la chispa de temor que atenazó su alma brevemente. La ira reemplazó a la incertidumbre.

«Todavía me desafías. Incluso ahora, no puedes resistirte al truco barato».

—Arvek —dijo a través del comunicador—, ¿están desactivados los escudos de vacío?

—Lo están, señor —respondió la voz de Kjarlskar por las ondas del comunicador—. La flota está en posición de tiro y aguarda vuestras órdenes.

Ironhelm levantó la vista hacia la pirámide que tenía ante sí. Su grandeza era como una invitación. Podía reducirla a átomos desde la órbita cuando quisiera.

El séquito a su alrededor esperaba su respuesta. Notaba su impaciencia. Como sabuesos tirando de la correa, sus ganas de matar tiraban de ellos. A cada instante llegaban más lobos de toda la ciudad, las garras chorreantes de sangre de la reciente matanza, listos para dar el último empujón.

—Señor... —dijo la voz de Frei, temblando de un modo extraño.

Ironhelm le hizo un gesto para que se callara.

—Éste es el momento en el que se gira el wyrd, hermanos —anunció, hablando con la voz baja pero firme por el canal de misión—. Esto es lo que hemos venido a hacer. No habrá bombardeo desde la órbita. Entraremos en la madriguera del traidor y lo mataremos mirándolo a los ojos.

Retiró el seguro de su espada gélida y con el pulgar activó el arma de energía.

—Así es como hacemos las cosas. Mantenemos el peligro cerca. Coged vuestras armas y no os separéis de mí.

* * *

Los fuegos llegaron a los niveles de servicio bajo el puente de mando de la *Nauro*. Ahora rugían fuera de control por el ochenta por ciento de la nave y habían hecho que fuera imposible salvarla. Georyth había desistido de combatirlo por medios tradicionales y recurrió a la construcción de cortafuegos de dos metros de ancho en las principales intersecciones, entregando enormes áreas de la nave de guerra a la inmolación.

Ahora esos muros defensivos habían caído. La temperatura en los niveles habitables había alcanzado los límites de la supervivencia, incluso dentro de los trajes ambientales que llevaba lo que quedaba de la tripulación. La nave estaba en las últimas fases del colapso, con los motores listos para explotar, el campo Geller a punto

de resquebrajarse y los escudos de vacío sin poder ser activados.

«Hemos hecho bien, hemos llegado hasta aquí. Por los dientes de Russ, sólo un poco más lejos».

Alanegra estaba sentado en el trono de mando, supervisando impasible la ferviente actividad del puente a sus pies. Todos los supervivientes, unos doscientos, pululaban por las plataformas y los puentes, tropezando unos con otros y haciendo como podían las tareas necesarias para ocuparse de lo poco que funcionaba en la nave.

No tenían ningún otro lugar al que ir. A escasos trescientos metros más abajo, los corredores estaban al rojo vivo por los incendios y el aire era irrespirable. Sólo quedaban el puente y algunas otras cámaras auxiliares, focos habitables en medio de una montaña de basura espacial ardiendo y que viajaba a toda velocidad. Cuánto tiempo permanecerían intactos aquellos focos era difícil de predecir. Minutos, seguro. Horas, con suerte.

—¿Estamos ya alineados, navegante? —preguntó Alanegra por el comunicador.

Neiman era hombre muerto. Su célula de observación estaba aislada, separada del puente de mando por corredores de metal que se fundían lentamente. Tuvo la oportunidad de retirarse a una zona segura pero eligió no hacerlo. Ese gesto fue el que había dado a la *Nauro* la mejor oportunidad de llegar a su destino, ya que el navegante únicamente podía realizar la difícil transición al espacio real con precisión desde su santuario.

—Cuantas más veces lo pregunte, señor —respondió irritado—, más tardaré en hacer los cálculos.

Para alguien condenado a una muerte agónica entre las llamas, Neiman sonaba de un flemático fuera de lo común. A Alanegra ya le había llamado antes la atención este rasgo de los navegantes. Algo en su mapa genético mutante parecía invocar una especie de fatalismo. Quizá veían cosas en la disformidad, cosas que los hacían preocuparse menos de su propio destino. O quizá sólo fueran unos insensibles.

—No tenemos mucho tiempo, Djulian —respondió Alanegra, viendo en el áuspex la lectura de cómo caía otro cortafuegos. Llamó al navegante por su nombre de pila por cortesía; le parecía que era lo menos que podía hacer—. Dame una estimación.

—Una hora, quizá. Menos si dejas que me ponga con esto.

—Gracias. Informa tan pronto como puedas.

Alanegra cerró el enlace de comunicación. Tenía una conmoción enfrente. Uno de los visores del espacio real sobre el puente de mando, una gigantesca cúpula de plexiglás de un metro de espesor y varios de ancho, se estaba resquebrajando. La línea de fractura se extendía desde el marco de adamando y se ramificaba en afluentes al llegar al centro de la cúpula.

No había escudos de vacío activos. Cuando el casco desapareciera, todo el puente quedaría expuesto al espacio.

Alanegra se puso en pie.

—Es suficiente —anunció por el canal abierto de la nave—. Hemos hecho todo lo que hemos podido. A las cápsulas de salvamento. Ahora.

Algunos miembros de la tripulación lo miraron, de repente la esperanza les brillaba en el rostro. Otros, los kaerls sobre todo, parecían consternados.

—Todavía no hemos emergido, señor —se oyó decir a Georyth.

El maestro estaba de pie en la escalera que había justo debajo de Alanegra, muerto de cansancio. Su voz, gutural y pesada, dejaba entrever que había hecho uso de estimulantes para mantenerse despierto.

Alanegra tuvo que sonreír. Georyth había sido un grano en el culo, un quisquilloso, pero también había sido un buen maestro y se había ganado su lugar en las sagas que saldrían de aquel lamentable episodio.

—Ya me he dado cuenta, maestro —respondió Alanegra—. Nuestra trayectoria ha sido

fijada y sólo Neiman puede sacarnos de la disformidad. He hecho preparar las cápsulas de salvamento para que se lancen tan pronto como se retire el campo Geller. Por mucho que personalmente me parezcáis todos muy desagradables, sería una pena dejar que las cápsulas se fueran vacías.

Georyth tragó saliva.

—¿Y usted, señor?

Alanegra cogió del suelo el casco que tenía al lado. Llevaba puesta la armadura de vacío de explorador, el último traje que había logrado salvar de la armería de la nave antes de que se la tragaran las llamas. Era una extensión de su placa caparazón habitual, y servía para poco más que para mantener el vacío fuera y la temperatura a niveles de supervivencia. No era la primera vez durante aquella misión que echaba de menos su antigua armadura de cazador.

—Me conmueve tu preocupación —dijo, poniéndose el casco y notando cómo se sellaba—. Vuelve a tratarme con condescendencia y derribaré tu cápsula yo mismo.

Georyth asintió, respondiendo al sarcasmo con cansada resignación. Había aprendido a sobrellevarla en los últimos diecisiete días.

«Diecisiete días. Cuatro menos de lo estimado. Por la sangre de Russ, amo esta nave. Cuando haya desaparecido, lloraré por ella».

—Muy bien, señor —dijo Georyth, apretando el puño contra el pecho al estilo de Fenris y preparándose para partir—. Que la mano de Russ lo proteja.

—Eso estaría bien —asintió Alanegra.

Los mortales ya habían empezado a abandonar sus puestos y se dirigían a los corredores de servicio que llevaban a la plataforma de las cápsulas. El puente se vació en seguida. Toda la tripulación sabía cuán precaria era la situación, y el apartarse lo más posible del visor del espacio real a punto de romperse era cuestión de sentido común.

Vacío, el puente parecía inmenso. Inmenso y frágil. Las grietas en los visores siguieron creciendo. No mostraban nada salvo oscuridad, pero no era la oscuridad del vacío. Si se eliminaran los cromofiltros del plexiglás, la vista sería la del immaterium, un remolino demencial de color y movimiento. Ningún humano quería ver aquello, por eso, en tránsito, los visores estaban programados para no mostrar nada.

Por un momento, Alanegra sopesó el abrirlos, mostrar la verdadera sustancia de la materia por la que viajaba a toda velocidad la nave condenada. Era una idea tentadora y algo que nunca se había permitido hacer. ¿Se volvería loco sólo de mirarla? ¿O lo dejaría indiferente, como casi todo lo demás en la galaxia?

Un crujido abajo, a lo lejos, interrumpió sus pensamientos. Algo grande y pesado había cedido. A su pesar, a pesar de todo su condicionamiento, Alanegra sintió que lo atravesaba un estremecimiento de alarma. El estar de pie, en el puente de una nave que se estaba literalmente cayendo a trozos mientras salía del vacío y se adentraba en una zona de guerra planetaria, era la locura más grande que se podía hacer.

Y en cuanto se lo planteó en esos términos, la situación cobró mucho más sentido.

«Soy un hijo de Russ. No soy un buen ejemplo, eso seguro, pero sigo siendo parte de su loca progenie, y ésta es la clase de cosa con la que sueñan los Garras Sangrientas».

Fue hacia la barandilla que rodeaba la plataforma de mando, como si por acercarse a la proa fuera a afrontar mejor el invierno que se avecinaba.

Entonces algo más se rompió, una riostra o una abrazadera, muy atrás, en la espina dorsal de la nave. Los ecos de su defunción se filtraron a través de los corredores en llamas provocando más golpes sordos en la parte inferior.

La *Nauro* se estaba muriendo bajo sus pies, pieza a pieza, remache a remache.

—Venga, Neiman —bufó con el pulso acelerándose, mirando cómo crecían las grietas en el plexiglás sobre su cabeza—. Venga...

* * *

Los Colmillos Largos soltaron su carga de destrucción y las puertas de la pirámide se disolvieron en pilas de escombros humeantes. Enormes dinteles de bronce se desplomaron contra el suelo, derribados por tambaleantes columnas corintias. Imágenes de bestias del zodiaco explotaron en pedazos, obras maestras de la representación destruidas en unos pocos instantes de fuego concentrado.

El Ojo fue lo último en caer. El metal esculpido colgaba sobre las puertas de entrada principales, y le hizo falta sufrir más que al resto antes de caer; una lluvia de trozos sobre la basura del suelo. Al romperse, un suspiró surcó el aire, como si se hubiera retirado la presencia de un guardián.

La pirámide gigante se estremeció y fragmentos de hierro y piedra cayeron dando tumbos por sus laterales casi perpendiculares. Las poderosas puertas habían quedado reducidas a una boca abierta de bordes irregulares, completamente oscura e imponente.

Ironhelm no lo dudó. Fue el primero en entrar, pasando a través del entramado de desechos que había en la base de la pirámide y apartando puntales del tamaño del flanco de un Rhino. La Guardia del Lobo llegó con él, irrumpiendo entre la devastación con sus armaduras de exterminador, caminando a grandes y veloces zancadas por el terreno desigual. Los seguía la Gran Compañía, una hueste de guerreros de color gris metálico de un cañón sedientos de pelea.

—¡La venganza de Russ! —resopló Ironhelm por el canal de misión.

De cada poro de su cuerpo brotaban ganas de matar. Podía sentir el lobo en su interior despertándose de nuevo, desperezándose en la oscuridad, movido ante la perspectiva de sangre fresca. Intensos ojos amarillos ribeteados de rojo se abrieron en su mente.

La brecha daba paso a un salón interior. El techo desaparecía en la oscuridad de lo alto, apoyado en gigantescos pilares de negra roca volcánica. El aire era caliente y estaba lleno del espeso polvo que habían levantado las explosiones. Sellos gigantescos de los Mil Hijos habían sido grabados en la piedra, poco iluminados y medio entrevistados en las sombras. El lugar hedía al dulce aroma de la corrupción, como si un mal milenarío se hubiera hundido en la piedra y siguiera allí, durmiente y letal.

Los lobos siguieron adelante, atravesando a toda velocidad el salón en el que resonaban sus pasos, con sus armaduras negras en la oscuridad y las lentes de sus yelmos brillantes. Todos llevaban las armas preparadas; algunos llevaban bólters, otros espadas. No proferían vítores ni gritos de guerra, sólo un murmullo de gruñidos entre dientes. Habían dejado a la Gran Compañía suelta para la búsqueda, y la mente de cada miembro estaba concentrada sin descanso ni distracción en la tarea que tenían entre manos. Igual que la sangre que corre por el filo de un hacha, los lobos iban a la carrera derechos al corazón de la pirámide.

Ningún enemigo salió a recibirlos. La primera sala desembocaba en otra, aún más inmensa, dispuesta de la misma forma. Los pasos de los lobos reverberaban hacia las sombras y volvían rebotados desde la oscuridad.

Ironhelm no sintió que su furia vengativa disminuyera ni un ápice en el espeluznante silencio. Encontrar a adversarios mortales en un lugar como ése habría sido algo irrelevante, sólo habrían retrasado el encuentro que tanto ansiaba, el que llevaba deseando desde siempre, desde que empezaran los sueños.

Al correr, se dio cuenta de que reconocía la manipostería. Recordaba los sellos que se cernían fuera de la oscuridad. Sus diseños habían caminado por su mente durante décadas. Ya había recorrido este camino antes, una y otra vez.

«Mi destino es estar aquí. Este lugar, esta presa, han sido ordenados para mí, fijados en el wyrd. Estoy preparado. Por el Padre de Todas las cosas que estoy preparado».

La segunda sala dio paso a una tercera, y ésa a una cuarta, cada una más larga que la

anterior. La magnitud de la pirámide empezaba a mostrarse. En su majestuosidad deprimente y envolvente era igual a, por lo menos, aquellos edificios con fachada de cristal que fueron destruidos en Tizca. Aunque aquí no había bibliotecas, ni repositorios de erudición y aprendizaje. Esto era una pobre imitación, una copia vacía de lo que una vez existió, pues el original era imposible de duplicar. Lo que los lobos destruían permanecía destruido.

Las manadas pasaron por una puerta final, alta hasta más allá de lo imaginable. Una cámara central se abría a su alrededor en todas direcciones, gigantesca bajo el ápice de la pirámide. El aire aún se sentía más denso, como si algo enorme lo presionara con fuerza. Grandiosos braseros, cada uno del tamaño de un bípedo centinela de la Guardia Imperial, enviaban luz color zafiro sangrando por el suelo de mármol. Estandartes de cientos de metros de largo colgaban pesadamente de cadenas suspendidas en el distante techo, todos inscritos con dibujos sutilmente iluminados.

Eran emblemas de compañías. Ironhelm no las miraba. No deseaba que le recordaran lo que los Mil Hijos fueron una vez.

En el centro de la cámara había una plataforma elevada a la que se llegaba por una escalera que se extendía en cuatro direcciones. Era la pirámide en miniatura, coronada por un espacio llano de apenas unos cien metros.

En la plataforma había un altar.

Ante el altar había un hombre de pie.

Ironhelm aceleró el paso al ver a su objetivo. La pantalla de su casco no captó nada, pero sus ojos no lo engañaban. Ahí de pie había una figura jorobada, algo por debajo de la altura media de un humano, esperándolos. Incluso desde lejos, la aguda vista de Ironhelm discernía los detalles del rostro del hombre.

Tenía la piel arrugada y muy vieja, cuarteada como el cuero y adornada con manchas de vejez. Vestía túnica rojo vino que colgaba de un cuerpo delgado, y se apoyaba en un largo báculo de madera. Sus manos eran como garras, delgadas, huesudas y con las uñas sin cortar. Su cabello debió ser antaño largo y abundante, pero ahora colgaba gris y alborotado de un cráneo calvo.

Cuando los lobos se acercaron, la figura levantó la vista para observarlos. El hombre vio a Ironhelm aproximarse y le lanzó al señor lobo una extraña mirada. Era una mezcla de muchas cosas.

Desprecio. Lástima. Orgullo. Pena. Odio hacia uno mismo. Odio hacia los demás.

Quizá la expresión fuera difícil de interpretar, porque el rostro del hombre era inusual en un aspecto importante.

Ironhelm subió la escalera dejando a su séquito unos pocos pasos por detrás, como siempre, y dejó que el campo de energía de la espada gélida se encendiera con una llamarada.

—¡Que la galaxia sea testigo de tu segunda muerte! —rugió, alzando la espada por encima de la cabeza mientras subía los últimos escalones, tensando su cuerpo antes de entrar en contacto.

El hombre levantó un dedo marchito.

Ironhelm se quedó helado a mitad de la zancada. Detrás de él, su manada permaneció petrificada en una postura similar. Toda la Gran Compañía se paró en seco, encarcelada en sus gestos de matanza inminente.

Ironhelm rugió en silencio por la frustración, flexionando sus haces musculares duros como el acero contra el maleficarum. Los servos de su armadura chirriaron, luchando contra las ataduras antinaturales que los constreñían. Sintió que le manaban chorros de sudor de la frente y le resbalaban por las sienes. El hechizo permanecía, aunque cedía un poco.

«Puedo combatirlo».

El señor lobo cerró con fuerza la mandíbula, sintió los colmillos arañándole la carne,

luchando contra la brujería que atenazaba sus extremidades.

—Eres poderoso, Elarek Eireik Eireiksson —dijo el anciano. Su voz era fina, seca, y tintineaba con un remordimiento paternal un tanto extraño—. No debería sorprenderme, te he visto crecer a lo largo de muchos siglos.

Ironhelm sintió sus pulmones trabajando, sus corazones bombeando. Si hubiera podido gritar, habría vociferado su desafío. Uno de sus brazos se movió un poco. El poder que privaba a su cuerpo de movilidad pareció temblar.

—Todo lo que deseas es matarme —apuntó el anciano, mirando a su asesino a través de un único ojo legañoso—. Quizá tengas éxito. Incluso ahora siento tu espíritu vital superando las ataduras que le he colocado.

Movió la cabeza con respeto reticente.

—¡Tan fuerte! Vosotros, los lobos, siempre fuisteis las armas más poderosas de mi padre. ¿Qué podía hacer para resistir? Incluso en el punto álgido de mis poderes, ¿qué podía haber hecho yo?

Ironhelm sintió que sus labios se separaban en un gruñido. El control sobre sus músculos estaba volviendo. Sintió que a sus guerreros les ocurría lo mismo. La espada gélida se acercaba a su objetivo.

El hombre no hizo ningún esfuerzo por apartarse.

—No hay tiempo —dijo—. Así que permíteme que te explique por qué os he traído a Gangava. Ha sido para daros una elección. Así es como funciona mi mente. Pensáis que no tenemos honor ni escrúpulos, pero ese juicio oscurece muchas verdades. Tenemos estándares de conducta, aunque difieren de los que vosotros tanto amáis. Yo mismo procuro cumplirlos siempre.

Ironhelm sintió que las ataduras cedían aún más. Sus brazos se movieron un centímetro antes de que las tenazas que los constreñían se reafirmaran. Si hubiera podido sonreír, habría soltado una risa lobuna.

«Tu brujería te fallará pronto. Entonces, mi espada pondrá fin a tu cháchara».

—Una vez me dijeron la verdad y no hice caso. Teniendo eso en cuenta, te ofrezco ahora la verdad. He pasado más allá de tu comprensión, hijo de Russ. Incluso ahora, mi alma está dividida. Aquí sólo queda un fragmento. Fue suficiente para traerte, para mantenerte alejado de la gran batalla y su transcurso. Si me matas, quedaré libre para ir al otro lugar, y mi presencia allí será terrible. Pero si contienes tu mano, tu futuro quizá aún pueda ser diferente. Ésa es la elección.

El anciano miró fijamente a Ironhelm, su único ojo clavado en él.

—Con esto honro mi vocación. Te aguarda un camino de devastación y te he mostrado cómo evitarlo. Si haces lo que tu primarca no pudo hacer, y detienes tu mano, entonces el Azote de los lobos nunca verá la luz.

Ironhelm se las apañó para soltar un gruñido gutural, aunque unas estáticas gotas de sangre brotaron de sus labios por el esfuerzo. Volvió a mover los brazos. Las ataduras que atenazaban sus extremidades de repente parecían frágiles, como si un empujón más bastara para hacerlas añicos.

«Siento cómo te debilitas».

El anciano permaneció impávido en su sitio, aunque pestañeó. Sus manos arrugadas se agarraron con más fuerza al báculo y se apoyó en él con esfuerzo. Su control empezaba a verse llevado al límite.

—Ha llegado la hora. No puede detenerte por más tiempo. Esta es tu elección, Harek Eireik Eireiksson. Puedes marcharte y no volverás a verme jamás.

Entonces bajó la voz y el rostro marchito cobró una expresión de terrible amenaza.

—Pero mátame, perro del Emperador, y volveremos a vernos muy pronto.

* * *

El visor del espacio real se combó hacia atrás, atrapado entre dos fuerzas terribles que

lo atenazaban. Había sido bien diseñado y bien construido, un ejemplo sin igual del buen hacer imperial de una era en la que la humanidad aspiró de verdad a dominar sin rival alguno las estrellas. Alanegra observó como el material se doblaba intentando no romperse en pedazos. Había durado más de lo que Alanegra esperaba, pero aun así parecía a punto para estallar en cualquier momento.

—Neiman... —dijo por el comunicador, agarrándose para lo que viniera a continuación.

—Cálmate —gruñó el navegante—. Vamos a salir ya.

La voz del mutante estaba rota y jadeante. Las llamas crepitaban de fondo.

Alanegra sintió una especie de alivio. Abajo, las llamas eran un torbellino que devoraba las cabinas de los siervos. Los autómatas semihumanos seguían trabajando incluso cuando la piel se les arrugaba y se les desprendía. De atrás, lejos, en las entrañas de la nave, Alanegra oía las enormes espirales de disformidad empezando a detenerse. Hacían un ruido extraño, chirriante, como si se hubieran desincronizado y estuvieran intentando negociar algún tipo de prioridad.

—Eso era lo que quería oír. Lo has hecho bien.

—No lo sabes tú bien, lobo espacial.

Alanegra se erizó al escuchar el término. Era como los extranjeros llamaban a los Vika Fenryka, ignorantes de las costumbres y de la lengua de Fenris. Como a todos los de su raza, el nombre le parecía estúpido.

Pero Neiman no era ningún ignorante, conocía sus costumbres. Hablaba con toda la precisión de su profesión, y ahora se estaba muriendo. Así que Alanegra respondió también con cuidado, con la solemnidad con que lo haría con un hermano de manada.

—Hasta el próximo invierno, Djulian —dijo.

No hubo respuesta por el intercomunicador, sólo un chasquido y luego una tormenta de estática. Alanegra lo intentó de nuevo, con idéntico resultado. El navegante se había ido.

Después el suelo del puente se torció, como si la nave hubiera chocado con una turbulencia. Alanegra se sujetó con torpeza en su traje de vacío, trepando de vuelta al trono. El puente se colapso cerca de donde él acababa de estar, golpeando la barandilla que rodeaba la plataforma de mando y estampándose en las cabinas de abajo. El resto del puente gimió mientras las fuerzas de reentrada al espacio real retorcián y tensionaban el metal.

Alanegra llegó otra vez al trono y se sentó pesadamente en el asiento bruñido. Hubo un temblor y más explosiones. Las sirenas empezaron a aullar por las cubiertas superiores.

«No queda nadie que os oiga. Nadie excepto yo».

Alanegra notó los efectos de la traslación antes de que el instrumental informara de ella. Todo su cuerpo se sacudió, como si le hubieran sacado los órganos, se los hubieran reorganizado y se los hubieran vuelto a meter dentro. El tejido de la realidad empezó a tornarse indistinguible, a arrastrarse, antes de volver a imponerse. Una poderosa ola de náusea lo atravesó, tan intensa que casi lo cegó.

Entonces ocurrió. La *Nauro* había salido de la disformidad.

Alanegra presionó una runa de control y el eco del chasquido que indicaba que las cápsulas de salvamento habían sido eyectadas de sus jaulas de soporte resonó por los pasillos en llamas. Entonces retiró la protección de los visores del espacio real. El auténtico negro del espacio reemplazó el falso negro de los protectores de disformidad. Los augures de largo alcance captaron señales. Señales de naves. Decenas.

Y a lo lejos, pasado el cordón de naves de guerra, estaba la firma planetaria que él mismo introdujera en los cogitadores diecisiete días antes.

Gangava Prime.

El suelo empezó a resquebrajarse. Las lentes agrietadas del espacio real temblaron y en ellas aparecieron nuevas líneas serpenteantes. El estrépito de más explosiones

recorrió la nave e hizo temblar su espina dorsal. Todas las runas de alerta de la consola táctica estaban rojas y parpadeantes.

Alanegra se levantó del trono, y al hacerlo pasó su dedo enfundado en el guantelete por el reposabrazos.

—Me alegro de haber insistido para conseguirme, preciosa —dijo en voz alta, viendo como la estructura del puente empezaba a doblarse sobre sí misma—. Arfang tenía razón: Oirreisson tiene muy mal gusto.

Entonces se puso tenso. Vio el primer visor salir despedido hacia el exterior. No había esperanza de llegar a las cápsulas de salvamento, y mucho menos a los hangares de las lanzaderas. Quedaba la suerte.

O, como diría un sacerdote rúnico, el *wyrd*.

La primera cúpula se hizo añicos, estalló en una corona de puntos titilantes. El vendaval de aire escapando lo agarró con fuerza, y una vorágine de escombros salió volando por la brecha del casco arremolinándose en el espacio. Entonces cayó la otra, y más materia suelta fue succionada por el vacío. Al explotar otros visores, Alanegra vio a un servidor arrancado de su arnés y rodar hasta salir por la abertura, envuelto en llamas que sólo se extinguieron con el vacío frígido.

Alanegra se aferró al trono empleando toda su fuerza modificada para elegir su momento, viendo cómo se desintegraba sobre su cabeza el encaje de lentes transparentes.

Ahora.

Se apartó del trono de un empujón y fue arrastrado hacia arriba.

Tan pronto como dejó el suelo del puente, perdió el control, empezó a dar vueltas como una peonza hacia los visores del espacio real succionados por el vacío. Vio el remolino de caos, el puente de mando devastado deslizándose frente a sus ojos, antes de ser succionado fuera, arrastrado al vacío, y que empezara a hacer mucho, mucho frío.

Su aliento se hizo ensordecedor en el espacio cerrado del casco, rápido y entrecortado. Por un momento, estuvo casi completamente desorientado. Estrellas, vividas como nunca las había visto, pasaron a su lado mientras él giraba, fuera de control y a la deriva.

Mientras daba vueltas otra vez vio los flancos rotos de la *Nauro* cruzar su campo de visión, alejándose en la distancia. El daño era peor de lo que se atrevió a imaginar. Todo el nivel de los motores estaba abierto al espacio, al rojo vivo, desafiando al vacío que lo rodeaba, vertiendo componentes en una nube de metal quemado ennegrecido. Era una sombra de la nave de la que había sido comandante en Fenris, unos restos maltrechos y sin esperanza. Las cápsulas de salvamento se alejaban de sus restos formando espirales, como semillas al caer de un pino *ekka*.

Algo en el silencio del espacio hacía que todo pareciera ocurrir en una especie de extraña cámara lenta. Alanegra vio explotar los conductores de plasma antes de sentirlos. Una luz brillante y amarilla floreció del oscurecido armazón del casco, lanzándose al vacío en una preciosa esfera de impresionante destrucción monumental. La nave se partió limpiamente en dos, con sus componentes saliendo despedidos, como un fémur al romperse, cada trozo iluminado por detonaciones subsidiarias.

Entonces lo alcanzó el impacto. Alanegra pasó de dar vueltas a la deriva en el espacio a ser lanzado de un lado a otro como un esquife de hielo en un temporal infernal. Sintió un impacto seco, como si algo duro y metálico golpeará el escudo de su armadura de vacío, y luego otro, y luego muchos más.

Intentó, infructuosamente, enderezarse, o al menos acurrucarse contra la lluvia de detritus, todo mientras se movía a una velocidad increíble por el vacío carente de fricción. En eso estaba cuando un eje conductor auxiliar, una pieza de metal puro de la longitud de una *Thunderhawk*, corrió a su encuentro con la decidida inevitabilidad de la física elemental.

Alanegra tuvo tiempo para tres pensamientos. El primero era que, después de todo aquello a lo que había sobrevivido en las últimas dos semanas, aquélla era una triste forma de morir. Lo segundo era que, cuando impactara, le iba a doler mucho. Muchísimo.

Entonces, el eje lo golpeó a toda velocidad, estampándose contra su armadura con toda la inercia de la explosión del impulsor de plasma, haciendo añicos el visor del yelmo y abriendo una brecha de par en par en el blindaje del peto. El vacío entró, succionando tanto el aire como su consciencia.

Mientras daba tumbos por el choque, dejando un reguero de gotas de sangre y oxígeno de sus heridas, la visión se le tornó borrosa, y mientras caía inconsciente tuvo el tercer pensamiento: una silueta familiar entró en el límite de su consciencia menguante, gris y roma, mucho más grande que la *Nauro* y en mucho mejor estado.

«Bendito Padre de Todas las Cosas —se dio cuenta antes de que la sangre que le corría por los ojos lo cegara—. Es el *Gotthammar*».

* * *

Las ligaduras cedieron. El anciano dio un traspié hacia atrás, el báculo se le cayó de las manos y rebotó varias veces en el suelo.

Rápido como un corte en la garganta, Ironhelm cayó sobre él. La espada gélida silbó en el aire, retomando su curso como si no se hubiera producido la menor interrupción. El señor lobo ajustó sutilmente la trayectoria, compensando instantáneamente el movimiento de su objetivo.

El hombre no hizo ningún intento por protegerse ni por escapar de la hoja. Libres del peso que los aplastaba, los músculos de Ironhelm volvieron a la vida al instante, propulsando la hoja chispeante hacia la zona de ejecución. La espada gélida dio en el blanco, y separó el pecho del hombre en una diagonal que iba desde el hombro a la cintura.

El anciano miró a Ironhelm por última vez, aterrándose de alguna manera a una astilla de vida. Su único ojo seguía abierto, mirando de forma inescrutable.

Y pereció, la sangre corriendo por la piedra. Ironhelm se puso a su lado, inmenso, listo para clavarle la espada de nuevo, respetuoso con las costumbres del traidor. Su recién liberada Guardia del Lobo corrió a su lado sobre la plataforma, dispuesta a defender a su amo contra el formidable poder del primarca caído y de sus aliados demoníacos.

Pero no aparecieron. Un suspiro cruzó el aire denso de la cámara haciendo crujir los estandartes. El único sonido era el persistente zumbido de las botas de las armaduras de combate sobre la escalera, y el gruñido rítmico y constante de las manadas.

El hombre estaba muerto. Permaneció muerto.

Ironhelm bajó la mirada al cadáver, todavía jadeante por el esfuerzo contra el maleficarum.

Sabía que debía sentir la felicidad absoluta. Sabía que debía sentir algo. En vez de eso, todo su ser se sentía vacío. En su interior notó un fino aullido de profunda tristeza. Frei se le acercó. Al igual que el señor lobo, el sacerdote rúnico no desprendía ni un poco de la exuberancia salvaje que debiera.

—¿Qué acaba de pasar? —preguntó Ironhelm, tan desconcertado como un niño. Empezó a encontrarse enfermo por dentro. Las décadas de ardua búsqueda habían dado fruto y no había nada salvo una leve confusión y náuseas para celebrarlo.

—El primarca estaba aquí —confirmó Frei, mirando el cuerpo caído ante el altar—. Ahora no está.

—Entonces, ¿lo he matado?

La voz de Ironhelm delataba su desesperación. Sabía que no.

—Algo ha muerto —dijo Frei. Al igual que su amo, su voz carecía de la certeza terrenal que solía poseer—. Pero no entien...

—¡Señor!

Era la voz de Rangr y estaba llena de alarma.

Los braseros estaban cobrando mayor intensidad. Las llamas de color zafiro refulgieron, creando columnas de energía fluorescente que se contorsionaba. La luz era poderosa, obligaba a retroceder incluso a las sombras más oscuras en los rincones más recónditos de la sala. Los estandartes estaban completamente iluminados, con los emblemas de las compañías expuestos. Ironhelm se volvió para mirarlos, sintiendo al fin su importancia. Se había equivocado. No eran de los Mil Hijos. Nunca lo habían sido.

—La manada de Adgr —musitó al reconocer los colmillos en cruz sobre la luna en forma de hoz—. Y la de Gramm. Y la de Beor...

La mirada de Frei recorrió los estandartes recién iluminados. Tras ellos, grabados en las paredes de la cámara, había relieves en piedra. Representaban eventos familiares con un estilo anguloso y estilizado. Un friso mostraba pirámides en una ciudad, de las mismas dimensiones que las de Gangava. En otro, se veía al *Gotthammar* llegando a su órbita. Los refuerzos de Fenris emergiendo directamente al sistema, la destrucción del generador del escudo de vacío, todos los acontecimientos estaban ahí. Incluso había una representación del señor lobo lanzando la base de un cañón automático desde una torre en llamas.

«Estaba todo previsto».

Rangr mantenía su espada sierra en posición de ataque. Como todos los lobos en la cámara, estaba en alerta máxima, erizado y con los corazones latiendo a buen ritmo.

—¿Qué significan esos estandartes, señor? —preguntó el guardián del lobo—. Son Fenryka pero no de ninguna Gran Compañía que yo conozca.

Ironhelm empezó a bajar de la plataforma, descendiendo los escalones con solemnidad. Al igual que sus tropas, mantenía activa la espada gélida. Lo peor de la náusea había pasado; había sido sustituida por la mano helada del miedo.

—Son nuestros primos —gruñó. Su voz estaba teñida de aversión—. Los Hermanos del Lobo. Los perdidos.

Frei se unió al señor lobo, y ambos descendieron con rapidez los últimos peldaños de la pirámide. El séquito los siguió, pegado a sus talones.

—Los Hermanos fueron disueltos hace más de doscientos años —dijo Frei—. No lo entiendo...

—Eso ya lo has dicho, sacerdote rúnico —le espetó Ironhelm, perdiendo la paciencia. Toda su furia, todas sus ganas de matar, habían desaparecido de repente y el resultado era un dolor casi físico—. Basta de incertidumbre. Este lugar se burla de nosotros. Regresaremos a la flota y lo destruiremos desde la órbita.

Al acercarse al extremo opuesto de la cámara, cerca de donde un arco dorado marcaba la salida hacia los salones, los braseros cambiaron súbitamente de color. De zafiro refulgente a verde enfermizo, intenso y autoritario. El emblema de los Hermanos del Lobo se distorsionó y se tornó grotesco bajo la luz cambiante.

Y entonces, con el sonido agudo del metal al rozar contra metal, enormes puertas automáticas aparecieron en las paredes de la cámara. Por todas las direcciones se abrieron enormes cámaras acorazadas, cada una vomitando más esmeralda enfermizo hacia la cámara central. Siluetas oscuras emergieron de la niebla verde, retorcidas y enfermas. Eran marines espaciales en apariencia, pero habían sido modificados de forma espantosa. Algunos mostraban tentáculos en vez de extremidades, otros tenían la cabeza colocada donde no correspondía, coronada por cuernos. Sus armaduras estaban deformadas, con las placas rasgadas por lo que crecían debajo y que se fundían con la carne antinatural allí donde la armadura se había roto. Las lentes de los cascos brillaban con la misma luz hechicera enfermiza, perforando incluso las volutas cambiantes de miasma que se arrastraban desde las cámaras. No avanzaban

limpiamente, sino que cojeaban, se arrastraban o reptaban, remolcando sus cuerpos rotos hacia el exterior, tambaleándose sobre pezuñas y patas de cuervo con garras. Cuando alcanzaron la luz de los braseros, sus orígenes se esclarecieron. Sus armaduras antaño fueron grises, adornadas con los tótems y los fetiches de la caza. Todavía colgaban pieles de la ceramita corrompida, tan deformes y manipuladas como las armaduras que había debajo. Imágenes de colmillos y runas seguían grabadas en sus peto y sus espinilleras, aunque deformados en nuevos y blasfemos diseños por algún artificio sutil y oscuro. A trompicones, los guerreros murados quedaron plenamente a la vista y empezaron a gruñir una parodia de los gritos de guerra que entonarían antaño con tanto orgullo. El sonido era aterrador, un coro de espirales de miseria y distorsión que reverberaba en las altas paredes que los rodeaban y llenaba la cámara de perverso odio.

—El Azote de los lobos —exhaló Frei, comprendiéndolo al fin—. No era él. Ni nosotros. Eran ellos.

Rangr y el otro guardián del lobo titubearon. Normalmente se habrían lanzado al combate a la primera señal de corrupción, pero esta vez nadie se movió. Todos podían ver las runas en las armaduras, las pieles marchitas y los yelmos con máscaras de bestias.

Todos sabían, sin necesidad de que se lo dijeran, que la semilla genética de cada uno de aquellos horrores era la misma que la del lobo que les daba vida.

—¿Órdenes, señor? —preguntó Frei, cogiendo su báculo con las dos manos, tan paralizado por la indecisión como todos a su alrededor.

Ironhelm se irguió mostrando por completo su temible estatura, observando con terror sombrío a los mutantes en movimiento. No sólo el nombre los hacía hermanos. Eran los únicos sucesores que los Lobos Espaciales jamás permitieron crear, los únicos vástagos de Lemán Russ que quedaban en la galaxia además de ellos mismos.

Llevaban la misma sangre. Tenían la misma memoria genética. Lo compartían todo.

—Recuerda quién eres, sacerdote —gruñó Ironhelm, eligiendo a su primer objetivo de entre los centenares que tenían frente a sí—. Ya no son Hermanos del Lobo. Mátalos. Mátalos a todos y no pares hasta que su abominación haya sido erradicada del universo para siempre.

* * *

El jarl Arvek Kjarlskar se apartó de la mesa de la cubierta médica del *Gotthammar*. El explorador lobo que habían sacado del vacío, Alanegra, yacía sobre el metal, más muerto que vivo, aunque de alguna manera todavía era capaz de emitir sarcasmos en cantidades muy molestas. La nave en la que había llegado no era ahora más que una peonza de ceniza, aunque desde el *Gotthammar* todavía estaban recogiendo cápsulas de salvamento.

—¿Tenemos enlace de comunicación? —preguntó Kjarlskar. Su voz sonaba tan profunda y fuerte como siempre, aunque había en ella una nota inusual de premura.

—Todavía no, señor —respondió Anjarm, el sacerdote de hierro de la nave—. Ironhelm está en la pirámide central, en plena contienda. Hay sobrecarga.

Los ojos de Kjarlskar brillaron peligrosamente.

—¿Cómo es posible que haya sobrecarga? Lo hemos destruido todo.

Apretó los gigantescos puños, moviéndolos como si quisiera abrirse camino a puñetazos por las paredes de azulejos de la zona médica. Controlando su ira con dificultad, se dio media vuelta para quedar cara a cara con Alanegra.

—¿Estás seguro, explorador lobo? —preguntó—. Hemos recibido comunicados de Fenris, todos de rutina.

Alanegra se las apañó para soltar una risa débil y entrecortada. La sangre salió a borbotones de su garganta.

—¿Seguro? No, no del todo, jarl. Quizá a la *Skraemar* no la partió en dos una nave de guerra dos veces más grande que ella. Quizá no perdimos nuestras baterías espaciales en unas pocas horas. Y quizá el jarl Greyloc no me ordenó realmente que viniera hasta aquí, a costa de perder mi nave y a la mayor parte de mi tripulación. Es que no puedo estar seguro...

Kjarlskar se agachó, agarró a Alanegra por la armadura de vacío destrozada y se lo acercó a la cara.

—Basta de jueguecitos —resopló, enseñando los colmillos—. Pides el regreso de todo el capítulo. Es el momento de gloria de Ironhelm.

La cabeza de Alanegra colgaba mientras el señor lobo lo sacudía. Se le pusieron los ojos vidriosos y la sonrisa sardónica abandonó su rostro.

—Casi muero para traerle este mensaje, señor —dijo, arrastrando las palabras, al borde de la consciencia y locuaz a causa de la medicación—. Lo cual tampoco importa. Pero el hecho de que esté tardando tanto me cabrea demasiado. Los Mil Hijos están en Fenris, una maldita legión entera. Aunque la flota regresara ya, todo indica que el Aett caerá. ¿Qué más quiere que le diga? ¿Que se lo pida por favor?

Kjarlskar lo miró otro segundo, como si sus ojos pudieran penetrar en el alma del explorador y descubrir la verdad. Entonces, con un gesto de desprecio, arrojó a Alanegra sobre la dura mesa de metal.

—Consígueme un enlace de comunicación —gruñó al sacerdote de hierro—. Hazlo ya. Luego organiza transportes y envía un mensaje a las otras naves para que se preparen para ejecutar de nuevo la traslación. Vamos a volver.

Anjarm asintió.

—Se hará, pero tenemos informes sobre la presencia de marines traidores en la pirámide; Ironhelm no saldrá de esa contienda con facilidad.

Kjarlskar escupió en el suelo.

—Por eso están allí. Por la sangre de Russ, con qué facilidad hemos sido manipulados.

—Empezó a ir de un lado a otro por la cubierta médica, lanzando por los aires las bandejas de los creadores de carne que se le ponían por delante—. Descenderé al planeta yo mismo. Por el Padre de Todas las Cosas que me escuchará.

El inmenso señor lobo estaba cerca de la salida cuando Alanegra levantó su maltrecha cabeza por última vez. El encontronazo con el eje conductor lo había dejado más deforme que nunca. Tenía la nariz y los pómulos hechos pedazos, el pecho hundido hacia dentro y ambos brazos presentaban fracturas severas. Eran heridas graves incluso para un marine espacial. Las grandes cantidades de sedantes que circulaban por su torrente sanguíneo parecían hacer efecto al fin, y los párpados amoratados se entrecerraron.

—Hazlo, jarl —farfulló de vuelta a la deriva medio inconsciente—. Y no creas que te tendré nada de esto en cuenta. Soy un tipo generoso, así que ya me darás las gracias por todo como corresponde cuando hayamos vuelto.

CUARTA PARTE
CUARTA PARTE

E R e ç a r m e s

DIECISIETE



DIECISIETE

Las luces estaban bajas en la habitación de Greyloc. Ninguno de los jarls tenía aposentos ostentosos y todos estaban dispuestos más o menos de la misma manera: paredes de roca desnuda, estantes con armas recogidas en batallas pasadas, tótems regalo de los sacerdotes lobo y una cama dura cubierta de ásperas pieles. La de Greyloc era quizá un poco más sencilla que las de otros, pero no mucho. El único objeto que marcaba su territorio era la antigua hacha *Frengir*, que colgaba sobre la piedra de afilar como un amuleto.

El señor lobo estaba sentado en un taburete bajo de tres patas, del tipo que los hombres del hielo usaban para los consejos tribales. Estaba hecho para un mortal, e incluso sin armadura resultaba raro ver a Greyloc sentado en él, todo manos y extremidades.

Tenía los ojos cerrados y la pálida piel del rostro relajada. Los sonidos del Aett, el martilleo, los gritos, el chirriar de la maquinaria, le llegaban amortiguados. Una hoguera, de la que apenas quedaban las brasas brillaba en un rincón de la habitación. Un mortal habría tenido dificultades para ver en la penumbra y el frío le habría resultado insoportable. Lo extremo de las condiciones de la habitación era prueba de la majestuosidad de los Adeptus Astartes, no así los objetos que contenía.

Solo con sus pensamientos, Greyloc dejó vagar su mente por las posibilidades, que volaban como los halcones gyr por el cielo despejado. Podía sentir la inmensa marea de odio que se cerraba sobre su ciudadela, presionando cada piedra, escarbando en sus raíces, decidida a entrar y destruir la vida que había en ella. Un guerrero inferior habría sentido un estremecimiento de frustración, una quemazón de injusticia por el hecho de que su tiempo al mando hubiera resultado tan cruelmente corto.

Greyloc no sentía nada de eso. Sus humores estaban equilibrados y el lobo interior estaba tranquilo. Era raro que uno de su clase estuviera en ese estado antes del inicio de una contienda, y era un rasgo que nunca le desveló a nadie. Hubo veces, y lo sabía, en las que sus compañeros de lucha sentían que había perdido algo esencial, que había pasado a ser demasiado parecido a un mortal, así que no tenía sentido echar más leña al fuego de los rumores.

Entendía que pensarán esas cosas. Greyloc era tan hijo genético de Russ como ellos, pero poseía autoridad, una cualidad de la que ellos solían carecer a pesar de toda su fanfarronería y su aparente confianza en ellos mismos.

Certidumbre.

Eso nunca le había faltado. No desde que le pusieron los primeros implantes, no desde que aprendió a usar el nuevo y poderoso cuerpo que le dio la hélix, no desde que ascendiera por las distintas órdenes para convertirse en cazador, luego guardia y luego señor. En cada paso había sabido cuál era su destino.

En otra alma, aquello podría ser arrogancia. Greyloc pensó que nunca se vanaglorió ni se sintió satisfecho con ello. Era cosa del universo, tan sagrado como el equilibrio entre cazador y presa, entre causa y efecto.

«En cada momento elegí el camino que tenía que elegir. Cada nota del wyrd era cierta. Ahora no será distinto. Las runas guían, y ellas nunca mienten».

Por la puerta, un luz roja parpadeó un instante. Greyloc abrió los ojos, tenía las pupilas dilatadas, como si hubiera estado cazando. Encogieron rápidamente, de vuelta a su estado normal.

—Adelante —dijo con tranquilidad.

Las puertas de hierro que daban a su habitación se abrieron y una silueta jorobada hizo su aparición. Hojadragón, como siempre, llevaba puesta la armadura. Al andar,

resonaba como si estuviera artrítica, rompiendo la paz de la habitación. Las puertas se cerraron, dejándolos a ambos en el interior.

Greyloc no se levantó. Sentado, parecía haber menguado. Más que muchos de sus hermanos de batalla, era capaz de controlar su aura de intimidación. Un guerrero como Rossek siempre era aterrador; Greyloc sólo daba miedo cuando quería darlo.

—Lo siento, señor —dijo Hojadragón, mirando las brasas, el hacha y las sencillas túnicas que vestía el jarl—. Puedo venir en otro momento.

Greyloc hizo un gesto displicente con la mano.

—Puedes entrar y salir cuando te dé la gana —dijo—. ¿O es que los sacerdotes lobo han renunciado a ese derecho?

—Aún no —reconoció Hojadragón—. Y no es probable que lo hagamos.

No se sentó. El peso de su armadura podría haber aplastado un taburete como el de Greyloc y no había otras sillas.

—Has estado recluido mucho tiempo —dijo, apoyado contra la pared de piedra.

—Había mucho sobre lo que reflexionar —replicó Greyloc—. Mucho que planificar.

—¿Estás contento con lo que se ha hecho?

Greyloc dio un respingo.

—Estaría contento si tuviéramos otras tres compañías y una flota de guerra. Pero como no las tenemos, entonces sí, lo estoy. El derrumbamiento del túnel nos ha proporcionado unos valiosos días. No tardarán en entrar y estaremos preparados. Bjorn está con nosotros, así que tendrán pelea.

Hojadragón lanzó al jarl una mirada críptica.

—¿Una que podamos ganar?

Greyloc se encogió de hombros.

—¿De qué sirve pensar así, Thar? Haremos aquello para lo que hemos sido creados. Después de eso, está en el regazo del Padre de Todas las Cosas.

—Ya sabes por qué pregunto. Hay cosas... Secretos en el Aett. Hay conocimientos que jamás deben salir de aquí. Ironhelm lo sabe, y unos pocos más, pero ya está. Si nos derrotan, entonces...

Hojadragón dejó la frase sin terminar.

—Hablas como si fueras el único que ha pensado en esas cosas —dijo Greyloc—. También lo tengo en mente. Pero ¿qué propones? ¿Qué destruyamos la Forja? Ironhelm tendría que aprobarlo.

—Seguro que te has dado cuenta de que no está aquí.

—¿Y eso es lo que tú quieres?

Hojadragón parecía dolido.

—Sabes que no. Le he dedicado mi vida y tú también, puesto que se te comunicó su existencia. Pero hemos de tener un plan. Esta batalla ya ha complicado mucho mantener el nivel de secretismo que necesitamos, y se va a poner mucho peor. Si llega el momento, necesito saber que tengo tu autoridad para actuar.

Greyloc y Hojadragón se miraron. Los dos eran físicamente muy distintos; uno frío, blanco y vital, el otro maltrecho, oscuro y cínico, y aun así guardaban un parentesco, un entendimiento común.

Durante muchos latidos permanecieron en silencio.

—La tienes —dijo finalmente Greyloc—. Pero no actúes hasta el último momento, y sólo si el Aett cae sin posibilidad de reconquista. Hasta entonces, guarda lo que tienes. Se pueden sacrificar vidas, se pueden perder reliquias, pero no veré el fin de la obra a menos que se deba poner fin a todo lo demás.

Cerró los pálidos puños al hablar.

—Es nuestro futuro, Thar —reconoció—. Nuestra oportunidad de crecer. Si lo perdemos ahora, no volverá nunca.

Hojadragón volvió a asentir.

—Sientes como yo —dijo—. Me alegro y se hará como ordenas. Pero tengo una petición más: mantén a Sturmhjart lejos del Valgard. Ha recibido órdenes de interferir y no entenderá la necesidad de más secretismo.

—Ya me he encargado de Sturmhjart. Luchará con Bjorn y conmigo en el Sello de Borek. Tú contarás con los servicios de Rompenubes en el Señorío del Colmillo. Así que no te preocupes, la necesidad de dividir nuestras fuerzas te ha librado de tu topo. El viejo sacerdote lobo sonrió.

—Habrías sido un señor lobo formidable, Vaer —dijo, y su sonrisa torcida era melancólica.

—¿Habría? —respondió Greyloc—. ¿Tan poco confías en nuestras posibilidades? Hojadragón se encogió de hombros y bajó la vista.

—Está en el regazo del Padre de Todas las Cosas —repitió, aunque las palabras sonaron vacías por segunda vez.

* * *

Dos días más tarde y el Señorío del Colmillo estaba al fin preparado. Todos los que permanecían allí concentrados sabían que la brecha se abriría de inmediato. La demolición le había dado al Aett un más que necesario descanso del combate, y ya habían pasado diez días desde que se perdieron las puertas. Ahora la lucha empezaría de nuevo. Habría más retiradas, más abandonos del combate, todos encaminados a infligir el máximo dolor posible por la mínima cantidad de terreno. Pero ahora el espacio al que retirarse era limitado. El Aett era gigantesco, pero incluso su red de túneles tenía un fin.

Rojapiel estaba arrodillado en los peldaños de piedra que llevaban al Señorío del Colmillo. Tenía el casco a su lado mientras se lacaba con cuidado el pelo rojizo, listo para ponérselo. Como siempre, su armadura estaba cubierta de capas de sangre y el maxilar inferior de su yelmo tenía una hilera de dientes engastados. Muchos habían caído a causa de los golpes, pero quedaban suficientes para distinguirlo. Su placa pectoral era nueva, sustituía a la que habían reventado las balas del bólter del marine de Rúbrica. A pesar de haber pasado días aclimatándose, se le hacía raro el contacto contra la interfaz negra del caparazón, y los nodos de entrada todavía le rozaban.

Terminado su trabajo, levantó la vista. Sus hermanos de manada estaban a su alrededor, los catorce. El escuadrón de combate era una amalgama de otras manadas de Garras Sangrientas, apiñados juntos a aquellos que habían sobrevivido a los ataques a la puerta. Como era habitual, los Garras Sangrientas habían sufrido muchas bajas, prueba de su forma testaruda de combatir.

A Dienteroto lo habían matado durante la retirada, de un cañonazo láser en la espalda, mientras corría a ponerse a cubierto tras las puertas. Ésa sí que era una forma horrible de que le cortaran a uno el hilo.

Brakk también había caído, claro. El que lo había entrenado durante tanto tiempo, el que le había inculcado tanto sentido común para la lucha como era posible, y el que los había dirigido con tanta y tan calmada habilidad. El guardián del lobo nunca dijo mucho, y prácticamente nada durante el fragor de la batalla, pero ahora que estaba muerto, el Aett parecía, de alguna manera, un lugar más vacío y silencioso.

Su sustituto, el reluciente gigante Rossek, había cambiado más la naturaleza de la manada que los recién llegados de otros escuadrones. Brakk había sido directo y brusco, Rossek parecía haber estado al borde de un brote de locura y haber sobrevivido a duras penas. Él tampoco era muy hablador, pero Rojapiel adivinó las razones por las que eran tan distintos. Brakk siempre había tenido los andares seguros de uno mismo de un depredador; con autocontrol, firme y eficiente. Rossek, por el contrario, imponente en su armadura de exterminador, parecía angustiado y triste. Le había pasado algo, algo le había succionado el espíritu alegre y combativo que antaño

lo convirtió en el favorito para capitanear la Duodécima. En su apática presencia, gran parte de la charla que antes animaba a los Garras había desaparecido para ser reemplazada por una lúgubre sensación de expectación.

Y luego estaba Puñoinfernal. Permanecía en cuclillas a pocos pasos de Rojapiel, con su cresta de pelo de caballo colgándole del yelmo y el peto todavía adornado con las figuras de Ymir y de Gann. En apariencia no había cambiado. A pesar de su encuentro con el lobo había recuperado su humor juvenil y su amor toscos por la caza. Sólo en la manada Puñoinfernal generaba esa sensación de energía impredecible que hacía de los lobos lo que eran.

Puñoinfernal sintió que lo estaban mirando y se volvió con su máscara ensangrentada para observar a Rojapiel.

—Ponte el dichoso casco, hermano —dijo—. Emplear esa cara contra ellos es muy injusto.

Rojapiel se habría reído en el pasado. Ahora no. La ligereza de Puñoinfernal era demasiado forzada, demasiado consciente. El joven garra sangrienta había quedado profundamente tocado por la muerte de Brakk y por su encontronazo con el lobo; y no tenía las herramientas para superarlo.

Rojapiel le dio la vuelta al casco, se lo puso y lo deslizó por la suave cabellera, encajó los rodamientos en sus ranuras y oyó el chasquido de los sellos atmosféricos al cerrarse. Las runas de guerra brillaron por la pantalla, mostrando las formaciones defensivas por todo el Aett.

Las principales fortificaciones del Señorío del Colmillo se habían construido en la ancha escalera de doscientos metros que llevaba desde los túneles del Aett a la cámara principal de la cima. Las defensas estaban dispuestas en una serie de barricadas escalonadas, que iban desde la base de la escalera hasta la cumbre, en la que Freki y Geri hacían guardia. Los cuarenta y siete lobos asignados a la escalera del Señorío contaban con cientos de kaerls de refuerzo, todos protegidos por búnkeres de pesado adamantio y por las paredes de la barricada. Los Guerreros del Cielo estaban capitaneados por Hojadragón; los mortales, por un maestro de riven de rostro sincero y ojos hundidos.

En el centro del perímetro defensivo, a la mitad de la escalera, estaban las máquinas de matar más poderosas de todas: seis dreadnoughts. Los venerables caídos eran enormes, tanto que hacían sombra a Hojadragón y a Rompenubes cuando los comandantes estaban a su lado. Skrieya estaba al mando de tres manadas de cazadores grises en la base de la cuesta, alineados con los garras sangrientas de Rossek, y Rojk estaba cerca del final de la escalera con sus colmillos largos, tan calmados y firmes como siempre.

Había más fortificaciones más arriba, en la cima, excavadas en el suelo y en las paredes de la cámara, refugios a los que los defensores podrían retirarse escalonadamente si era necesario. Por todas partes, en los gigantescos flancos de la cámara del Señorío, se habían colocado cañones, capaces de disparar proyectiles bólter al enemigo incluso mucho más rápido que cualquier colmillo largo.

Era una muestra de poder de fuego devastadora, supervisada por la distante estatua del mismísimo Russ. El hospital de campo que había estado a sus pies se había desmantelado días antes, trasladado a una zona más alta en el Hould. Ahora, en el Señorío del Colmillo sólo había sitio para los instrumentos bélicos. Todo eran cañones, bocas de armas de fuego y espadas apuntando hacia las enormes y silenciosas puertas en la base de la escalera, los portales por los que el enemigo tendría que entrar.

Era un espacio de menos de cien metros. La zona de destrucción.

—Ten cuidado cuando estén aquí —le dijo Rojapiel por un canal cerrado a Puñoinfernal.

Este soltó una carcajada.

—¿Te estás poniendo tierno, Ogrim? —le preguntó.

—Tienes al lobo cerca.

—Todos tenemos al lobo cerca, hermano.

Puñoinfernal sacó su pistola bólder y comprobó la munición por duodécima vez. La espera se alargaba y todos buscaban alguna actividad que los distrajera.

—No deberías preocuparte por mí —añadió como si nada—. Preocúpate de ti, que eres un lento de cuidado.

Rojapiel intentó pensar en una réplica, una que lo mortificara adecuadamente. No se le ocurrió ninguna.

Entonces, desde abajo, a lo lejos, llegó el estrépito de enormes choques. Tras ellos se produjeron explosiones aún más fuertes cuyo eco subía por los túneles. Eran distantes, amortiguadas por kilómetros de serpenteantes corredores, pero inconfundibles.

—¡Guerreros del Aett! —dijo la voz seca y anciana de Hojadragón. Desenvainó la poderosa espada de energía con el dibujo del dragón en la hoja y el campo de energía brilló en la penumbra—. ¡El destino cae por última vez! Los túneles están abiertos. Sed de acero, manteneos firmes y alimentad vuestro odio.

Dio una gran zancada hacia adelante y levantó la brillante punta de su arma bien alto.

—¡Por Russ! ¡Por el Padre de Todas las Cosas! ¡Por Fenris!

Los defensores respondieron a una.

—¡Por Fenris!

El eco del rugido de la masa recorrió el cascarón vacío de los túneles del Señorío del Colmillo y poco a poco se hundió en la piedra.

Rojapiel sacó su pistola y empuñó la espada sierra con la otra mano. Las ganas de matar empezaron a bullir en él. Tan pronto como el primero de los traidores entrara por aquellas puertas, él se transformaría en el ejemplar de guerra que rugía y echaba espuma por la boca que lo habrían creado para ser.

—Que Russ te acompañe, hermano —le dijo a Puñoinfernal.

—Y a ti —le respondió Puñoinfernal, un poco demasiado de prisa.

Fue entonces cuando, por primera vez en la vida, Rojapiel sintió inquietud en la voz de su camarada. Sus bravuconadas, por impresionantes que parecieran, eran tan superficiales como una armadura.

A Puñoinfernal algo lo preocupaba sobremanera, y no era la llegada del enemigo.

* * *

La pared de roca lanzó un destello rojo, luego naranja y luego blanco puro. En el otro extremo del túnel se estaban liberando enormes cantidades de energía. La barrera aguantó un poco más, cedió y luego explotó.

Grandes trozos de piedra medio fundida volaron por la Cámara del Sello y se estamparon contra la pared del otro extremo, a cien metros de distancia. Los siguieron rayos láser gruesos como un brazo humano que surcaban el aire. Fornidas siluetas entraron con torpeza por la brecha, cortando los bordes con brazos perforadores humeantes.

Aparecieron más grietas, que al abrirse derribaron una enorme sección de piedra fundida que al chocar contra el suelo envió escombros en todas direcciones. El fuego láser siguió parpadeando a través de las nubes de polvo sin causar mayores daños.

No había nada a lo que dar. Cuando los Mil Hijos penetraron en el corazón del Colmillo, no había baterías defensivas esperándolos, ni filas de kaerls listos para vender cara su vida en una defensiva desesperada. Los catafactos, que seguían operando de acuerdo con sus sencillas instrucciones para el espíritu máquina, salieron a trompicones, sacudiéndose las capas de polvo y preparando sus brazos de cañones de plasma listos para disparar.

—¡Alto! —rugió una voz desde el túnel.

Rodeado por exterminadores de Rúbrica, Aphael trepó por la brecha. Los escudos cinéticos brillaron a su alrededor, distorsionando su imagen detrás de las cortinas cambiantes de energía disforme.

Salieron más rubricae, dando grandes zancadas por la cámara y armados con bólters. Entre ellos estaba Hett, rodeado por su propio séquito y protegido por un pesado escudo.

—¡Que sigan avanzando! —exhortó, dejando que su báculo de hechicero brillara con poder ancestral.

Aphael asintió con la cabeza.

—Saben que venimos —dijo, inspeccionando con cautela la cámara.

Se agachó y cogió un fragmento de roca del tamaño de la cabeza de un hombre. Lo levantó con la misma facilidad con la que un mortal levantaría un guijarro y la lanzó por la cámara, hacia el túnel del extremo opuesto. Mientras surcaba la oscuridad, el espacio tembló a causa de las explosiones. La roca quedó reducida a polvo en un instante. Desde alguna parte, escondidos profundamente en los huecos de los túneles, rugieron rifles automáticos que enviaron una tormenta de proyectiles hacia la vanguardia de los Mil Hijos.

Aphael movió un dedo y el escudo cinético se amplió hacia el exterior, cobijando a los catafractos bajo una red de energía. El ataque de los rifles automáticos se estrelló contra la barrera en una ondulante ola de fuego.

—Aunque van a tener que hacerlo mejor —dijo, levantando su báculo bien alto.

Con una sola palabra, la barrera cinética se precipitó hacia adelante, barriendo la cámara y transmutándose en un muro de arrolladora electricidad. Brotaron relámpagos que serpentearon hacia las sombras, levantando la piedra y haciéndola añicos. La oleada de energía acabó con los rifles en una serie de impresionantes detonaciones.

Las explosiones cesaron de forma gradual y los rayos cayeron sobre la nada dejando un recuento de despojos de rifles quemados. El humo vagó hacia los túneles.

—Ahora, avancemos —dijo Aphael con calma.

Los rubricae se pusieron en marcha. En silencio, con los ojos brillando suavemente en la oscuridad, los últimos guerreros de la XV Legión avanzaron, cubiertos por un rastro de protección etérea que rizaba las pestañas. Tras ellos iban los catafractos, aplastando la piedra bajo sus pies al moverse.

Por detrás de la vanguardia, todavía en el túnel que llevaba a las puertas, se oía un sonido vasto y nebuloso. Era el paso sordo de miles de botas que golpeaban la tierra al unísono, el sonido de miles de armas preparándose, el sonido de miles de plegarias pronunciadas en un susurro a los maestros hechiceros.

Era el sonido de la destrucción de Fenris al acercarse.

* * *

De la Cámara del Sello de Borek decenas de corredores se ramificaban hacia el interior de la montaña. Todos estaban oscuros como el aceite, sin iluminar, sus hogueras se habían apagado tiempo atrás. Zigzagueaban y volvían atrás, dirigían a los incautos a estrechos túneles sin salida o los llevaban directamente a los grandes ascensores que conducían a otros niveles. Ni siquiera los kaerl conocían el millar de caminos para moverse por el Aett y se limitaban a las rutas antiguas, abrazaban la luz de las antorchas y evitaban la profunda oscuridad. Sabían, todos ellos sabían, que el Colmillo te mataría más rápido que una grieta en el hielo si lo cruzabas.

Los rubricae pasaron por los senderos sin luz; su visión sobrenatural los guiaba en la oscuridad total. Se movían con fluidez. Los seguían los hechiceros, arreándolos como distantes pastores en armaduras de bronce.

Eran cautelosos. Sabían que era extremadamente peligroso. Pero también sabían que

eran los siervos de élite del Primarca Rojo, guerreros casi sin igual. Eran sigilosos, silenciosos y aterradores. Habían tomado por sorpresa a muchos ejércitos mortales que esperaban hordas de fanáticos y se encontraban emboscados por el terrorífico y preciso método de los sin alma.

Pero los defensores no eran mortales.

Pegado a la pared de piedra del corredor, con sus sentidos hélix modificados sensibles a la más mínima variación en la densidad del aire, Greyloc oyó venir al primer escuadrón a cientos de metros de distancia. Entrecerró los ojos, calculando el número y la formación, apretando los dedos contra las vainas de sus garras y sintiendo los antiguos dispositivos responder al tacto. Las garras estaban aletargadas, invisibles en la penumbra, pero se activarían con un pensamiento.

Tras él, sus tropas hicieron lo mismo. Cuatro guerreros, eso era todo lo que quedaba de su séquito de exterminados todos equipados con armas para el combate cuerpo a cuerpo, con sus armaduras desactivadas y tan negras como el aire a su alrededor. Entre ellos estaba Sturmhart, que hizo una reverencia con la cabeza. A pesar de que el casco cubría sus facciones, Greyloc podía sentir la concentración del sacerdote rúnico. Sturmhart mantenía a toda la manada bajo un velo, a salvo de los ojos psíquicos curiosos de los hechiceros. Las runas de su armadura estaban hundidas y sin brillo, como líneas de ónice incrustadas en ceramita, pero por dentro ardían.

El largo corredor que tenían delante estaba vacío, libre de las trampas y los fosos que abundaban en los niveles superiores. Greyloc observaba con atención, escuchaba el sonido amortiguado del impacto de las botas de los escuadrones de marines de Rúbrica acercarse, esperando la primera aparición del enemigo.

Cuando se produjo, fue como la visión de una pesadilla de un mortal. Puntos de luz de color lima aparecieron al final del túnel, el brillo de las lentes de los yelmos impuros de los rubricae. Había muchos, marchaban en formación cerrada, seguros de sí mismos pero cautelosos.

Greyloc sintió las primeras punzadas de odio clavarse en sus corazones.

«Venís aquí. A mi reino. A saquear a mi gente».

Surgieron más luces verdes. El escuadrón se acercaba, ignorante de la bienvenida que lo aguardaba al final del corredor. Sturmhart soltó un gruñido bajo que sólo los lobos podían oír. Estaba trabajando duro para mantener el velo protector.

«Os haré pedazos. Arrastraré vuestras almas corrompidas al castigo eterno. Os abriré en canal y tiraré el polvo de vuestras almas al fango».

El último rubricae entró en el túnel. La pantalla del casco de Greyloc indicaba dieciocho objetivos más una señal que se movía más despacio en la cola. Ese era el hechicero, aquél con el que tendría que lidiar Sturmhart.

«Porque para mí sois una cosa y sólo una».

Tras él, podía sentir las armas de energía de sus hermanos de batalla precalentándose. Se notaba la feromona de sus ganas de matar, densa y acre. Tras días de inactividad y de entrenamiento, la gloria del combate volvía a ellos. Greyloc sintió una oleada de felicidad cuando las endorfinas llegaron a su torrente sanguíneo.

«Presa».

Llegó el momento.

—¡Por Russ!

Sus garras brillaron y enviaron sombras que se proyectaron por el corredor, entonces cargó contra el marine de Rúbrica líder, bañado en torrentes de furia de tormenta encendidos por Sturmhart. Su guardia se lanzó a la contienda a su lado, aullando con fiero abandono, la viva imagen de la vorágine. Sturmhart iba con ellos. Las runas de su armadura volvieron a la vida rojas como la ira, empapando las paredes del túnel de brillantes manchas de sangre.

—¡Hjolda! —rugió Greyloc al entrar en contacto, cortando con sus garras la armadura

de su primera víctima y viendo como la placa vacía cedía a la profunda mordida de sus garras. Pronto el corredor se llenó de los estallidos, los golpes sordos y los crujidos del combate cuerpo a cuerpo.

Había comenzado. El asalto final. Desde ese momento, todos sabían que la lucha no cesaría hasta que el último de los Mil Hijos estuviera muerto o el Colmillo fuera pasto de las llamas.

* * *

Primero, la tormenta de fuego.

Desde detrás de su barricada, Morek vio a través de un augur de mano cómo el ataque de los Mil Hijos llegaba a la escalera del Señorío del Colmillo. El volumen del fuego era cegador y ensordecedor, una mezcla de plasma y de proyectiles sólidos que salían de los túneles de aproximación y chocaban con los contrafuertes en la base de la escalera. No podía ver la fuente, pues los invasores estaban todavía protegidos por los techos bajos y las paredes ondulantes del túnel que había pasada la escalera. Se mantuvieron atrás, a cubierto, disparando a las barricadas desde lejos.

Morek se deslizó contra el enorme baluarte de adamantio de tres metros de alto y cuatro de ancho que le habían asignado mantener, comprobando por última vez su skjoldtar. A su alrededor, agachados y a cubierto, estaban los hombres de su riven. Todos habían combatido antes y ninguno tenía ningún problema para lidiar con la descarga de artillería. El escudo que los protegía fue erigido a lo largo de muchos días, construido a partir de materiales aptos para un sitio, y era capaz de absorber grandes cantidades de castigo antes de caer.

Pero aquello no era más que el preludio, y quedaba mucho antes de que la verdadera contienda comenzara.

—¡Agachad la cabeza! —dijo automáticamente por el comunicador. Era una orden superflua; casi todos sus hombres tenían el casco entre las rodillas y estaban agazapados en la base de las gigantescas barricadas. La lluvia de plasma y proyectiles de bólter o bien se estampaba en las barreras o bien pasaba por encima de sus cabezas sin causar daños para impactar en el techo del enorme túnel.

El ruido era lo peor; un coro devastador y desorientador de golpes y de fuego ardiendo que resonaba por los corredores cerrados y rebotaba al vasto espacio más allá. Hacía que pensar resultara difícil, mucho más escuchar las órdenes por el comunicador.

Morek clicó con un parpadeo una runa en la pantalla de su casco para aumentar su alimentación auditiva y compensar así el ruido atronador del exterior. Mejoró la situación, pero sólo un poco.

En su pantalla táctica pudo ver a los lobos en cuclillas en las posiciones avanzadas. Estaban utilizando también las barricadas en la base de la escalera. Eran las tropas mejor equipadas para enfrentarse a ese nivel de devastación, pero ni siquiera ellos se lanzaron a ciegas al torrente. Hojadragón los mantenía en su puesto, ataba corto a los garras sangrientas, a la espera de que hubiera objetivos aptos para su dominio de la lucha cuerpo a cuerpo.

Rojk y los colmillos largos permanecían también inactivos, situados en lo alto, en la retaguardia de las líneas defensivas, rodeados de buenos escudos. Soportarían la tormenta de fuego, dejarían que las barreras aguantaran la presión y esperarían a que el verdadero enemigo diera la cara.

Sólo Rompenubes estaba activo al ciento por ciento. El sacerdote rúnico, el acólito más poderoso de Sturmhart, había invocado sobre los portales un remolino, una tormenta de turbulencia que devoraba misiles, y la empleaba para desviar proyectiles y hacer explotar balas antes de que dieran en el blanco. No era perfecta ni de lejos, pero salvaba a las barricadas de tener que soportar la fuerza completa y sin paliativos del bombardeo enemigo.

Morek respiró hondo, saboreó el borde metálico de su filtro respirador y dejó que su pulsaciones bajaran tan pronto como se pasó el susto inicial. Había combatido muchas veces y sabía apañárselas en un campo de batalla. Aun así, cuando comenzaban los disparos no había forma de librarse de la descarga de adrenalina inicial que le revolvía el estómago.

Entonces, como siempre, vio a Freija en su mente. Sabía que estaba en el Sello de Borek junto con las otras fuerzas defensoras. Era mejor así. Si los hubieran puesto juntos, lo habría distraído la necesidad de mantener un ojo puesto en ella. Así ni siquiera tenían contacto por el comunicador. Los dos escenarios de la guerra estaban casi completamente separados, bloqueados por kilómetros de roca pura y los dispositivos de interferencias de comunicación del enemigo.

—La Mano de Russ, hija —dijo con una exhalación, olvidando que el comunicador de su casco todavía estaba activo.

—¿Qué? —le preguntó el kaerl que tenía más cerca, levantando la cabeza como si esperase recibir una orden especial.

Morek sonrió con tristeza.

—Aún no, muchacho —dijo mientras sentía el temblor de las barricadas al absorber una ráfaga continuada de proyectiles pesados de bólter—. Pero pronto.

Greyloc giró sobre la planta del pie y dio un golpe a un marine de Rúbrica cuya armadura color zafiro chirrió contra la pared del túnel. El traidor se deslizó pegado a la pared hasta el suelo y la luz de brujería de sus ojos se apagó.

Greyloc miró a su séquito, sabía que la manada necesitaba replegarse. Los túneles de aproximación estaban llenos de enemigos y su escuadrón tenía que retirarse al Sello de Borek antes de que quedara aislado.

—Herm... —empezó a decir antes de sentir un dolor agudo en la pierna derecha.

El marine de Rúbrica no había muerto. Había logrado ponerse de rodillas y clavarle a Greyloc la espada corta de combate en la espinilla.

«¡Sigue vivo! *Skítja*, ¿qué es lo que tengo que hacer?»

Levantó ambas garras y las bajó con fuerza, cortando al marine de Rúbrica del hombro a la cintura. Las garras cargadas con disruptores atravesaron la servoarmadura vacía, abrieron el caparazón y dejaron expuesto el espacio vacío del interior. Se oyó un silbido, como cuando el aire escapa de una cámara al vacío, y los componentes cayeron cada uno por su lado. El yelmo del traidor cayó al suelo junto a las lentes oscuras. No volvió a moverse.

Con eso bastaba.

—Ahora —gruñó Greyloc por el canal de misión, furioso por la herida que le habían hecho, furioso por haber bajado la guardia—. Volvamos al Sello.

Su grupo se dio la vuelta de inmediato. A cuchilladas se libraron de la batalla y se abrieron paso a base de fuerza bruta. Los seis, incluido Sturmhart, salieron del cuerpo a cuerpo y atravesaron los corredores serpenteantes, dejando tras de sí un buen número de traidores discapacitados o destruidos. A medida que avanzaba, Greyloc sintió un lastre en las piernas. Por un momento pensó que era por la herida. Luego reconoció la verdadera causa.

—Sacerdote rúnico —llamó, e hizo con la mano la señal del maleficarum.

Sturmhart asintió, sin dejar de correr y apretando el puño. Las runas de su armadura lanzaron de repente destellos rojos. Hubo un débil grito de angustia a lo lejos, en los túneles, y la sensación de lastre cesó. Los lobos aceleraron el paso, corriendo a toda velocidad por la oscuridad total de los corredores, atravesando sin un tropiezo el terreno irregular y guiándose tanto por la memoria como por los sentidos.

Descendían con precisión, dejando atrás con facilidad a los marines de Rúbrica. Torrentes de fuego de bólter los siguieron mientras estuvieron a tiro de sus perseguidores, pero era esquivarlo o desprenderse de la pesada armadura Terminator

y morir pronto. Los músculos de la pierna de Greyloc habían empezado a cicatrizar antes de que hubiera avanzado unos pocos cientos de metros; era una prueba del asombroso poder de recuperación de su legado genético.

—Señales al frente —dijo Sturmhart por el comunicador, mientras se dirigían a un cruce en los túneles donde coincidían varias rutas.

—Mortales —gruñó Greyloc con desprecio. Sus ganas de matar no habían desaparecido, y unas muertes tan fáciles no iban a apaciguarlas—. Que sea rápido.

Un segundo más tarde y un desventurado escuadrón de asalto de Prospero, que iba por delante de la lenta vanguardia rubricae, se topó con los vengativos lobos. Greyloc pasó por encima de ellos como un tornado, lanzando cuerpos contra la roca con fuerza capaz de romperles la espina dorsal antes de abrirlos en canal y seguir adelante. Rayos láser y gritos parpadearon en la eterna noche subterránea, sin ninguna esperanza contra la furia de Greyloc.

—Necesitamos movernos —advirtió Sturmhart, agarrando a un soldado aterrorizado y rompiéndole el cuello con un giro de muñeca—. Se acercan más señales.

Greyloc gruñó, y cargó contra un nuevo grupo de cuerpos en retirada y acabando con ellos con sus garras que sonaban como látigos.

—Déjalos —replicó, empalando a dos mortales a la vez, uno en cada garra, antes de echarlos a un lado en una ducha de sangre—. Acabo de empezar.

—Habrá mucha lucha en el Sello —insistió el sacerdote rúnico, lanzando de revés a un mortal contra el techo y disparando una sola bala de bólter al estómago de su aterrorizado camarada—. Jarl, tenemos que movernos.

Entonces llegó el sonido familiar de proyectiles de bólter de los túneles que tenían por delante, a lo lejos. Sólo los marines espaciales usaban esas armas, y estaban muy cerca.

—Malditos sean —maldijo Greyloc, viendo como los pocos mortales supervivientes se arrastraban y huían de vuelta por donde habían venido, buscando la protección de los escuadrones de marines de Rúbrica que se acercaban. Tenía la voz entrecortada y jadeante, no por el cansancio, sino por la energía de miedo y muerte que sólo los lobos de Fenris eran capaces de desatar.

Permaneció de pie aún un momento, sin ganas de ceder más terreno. Su manada se quedó con él; sus colosales armaduras zumbaban con una amenaza latente. Se quedarían y lucharían si él se lo ordenaba.

«Por los dientes de Russ, le plantarían cara al mismísimo Magnus si yo se lo ordenara».

—Vámonos —gruñó, y oyó las pesadas pisadas de un centenar de botas en los túneles superiores. Si se quedaban, su superioridad numérica acabaría con ellos, como le había pasado a Rossek.

La manada siguió hacia abajo, siguiendo la ruta más directa hacia el Sello de Borek. Mientras corrían, pasaron conjuros contra la brujería, recién consagrados por los sacerdotes rúnicos unos días antes. Había miles en las madrigueras del Aett, y todos servían para mermar y diluir los poderes de los hechiceros de los Hijos. Hasta que los dismantelaran, el Colmillo sería un lugar hostil y agotador para ellos.

«Como debe ser, brujos sin fe».

La manada bajó corriendo por una leve pendiente. Greyloc reconoció los túneles de aproximación al Sello en cuanto los vio. Estaban cerca de la cámara final; el muro defensivo estaba a unos pocos cientos de metros, bajo otro corredor largo y recto excavado en la roca.

Por un momento, Greyloc no comprendió el motivo de la confusión del sacerdote rúnico.

Entonces lo vio.

Entre las tropas mortales que huían de ellos, intentando desesperadamente organizar

algún tipo de defensa contra los exterminadores que de repente habían caído sobre ellos, había dos gigantescas máquinas de guerra. Tenían el aspecto de antigua brujería mecánica, ahora proscrita, y le sacaban una cabeza incluso a Sturmhjart. Poseían amenazadores taladros montados en un brazo y cañones de plasma en el otro. Sus movimientos eran deliberados y metódicos, y casi tan rápidos como los de ellos.

Cuando Greyloc entró en la cámara, un rayo de plasma se arqueó hacia él procedente de una de las máquinas. Se apartó a la izquierda y esquivó la peor parte, aunque la bola de energía le dio en el brazo derecho y lo empujó contra la roca.

—*¡Fenrys!* —bramó Sturmhjart, acumulando energía a lo largo de su báculo, haciendo un molinete, y lanzando una bola de relámpagos a la cara de la máquina.

—*¡Hjolda!* —rugió el resto de la manada, cargando sin pensárselo dos veces contra la otra máquina de guerra. Los mortales de Prospero empezaron a disparar una cortina de fuego láser, pero los rayos parpadeantes eran más una molestia que una amenaza. Las máquinas, sin embargo, eran oponentes serios. Greyloc se puso en pie de un salto al ver a uno de sus guerreros despedazado por un rayo de plasma y cómo lanzaban a otro contra el suelo de un puñetazo con el brazo taladro.

«Lo ha tirado al suelo. Con una armadura táctica dreadnought».

Greyloc activó la suya y se dirigió al leviatán más cercano haciendo caso omiso a la segunda máquina, que estaba envuelta en capas de relámpagos de Sturmhjart.

—Catafractos —gruñó el sacerdote rúnico por el comunicador, comprendiendo lo que las señales habían estado intentando decirle—. Máquinas sin alma.

Greyloc se lanzó al cuerpo a cuerpo, evitó otro rayo de plasma a mitad del salto y clavó sus garras en los protectores de los hombros del catafracto.

—Caerán igual que todas —gruñó, hundiendo las garras en el metal y utilizando el peso de su cuerpo para hacer que el catafracto perdiera el equilibrio.

La descomunal máquina de guerra se tambaleó, empujada por el peso de Greyloc. Mientras intentaba recuperar la estabilidad, el señor lobo lanzó un gancho hacia arriba con las garras que reventó la armadura y dejó al descubierto unos intrincados circuitos. Se disponía a arrancar los cables, cuando un colosal golpe del brazo taladro lo derribó. Greyloc chocó con tuerza contra la roca y cayó despatarrado panza arriba. El catafracto se irguió amenazador frente a él y le apuntó con el cañón de plasma a la cabeza. Greyloc rodó a un lado justo cuando el arma relampagueó e hizo añicos la roca.

Entonces se puso de nuevo en pie con un movimiento fluido, anticipando el siguiente golpe del catafracto. Giró para evitar un golpe aplastante del brazo taladro antes de volver a acercarse, con las garras brillantes por los disruptores.

—Prueba esto —gruñó entre dientes, lanzando las garras hacia arriba en la zona descubierta de la armadura del catafracto.

Cuando las garras se hundieron en el metal, la máquina de guerra quedó suspendida en alto y luego fue lanzada por los aires, con sus enormes extremidades sacudiéndose. Chocó contra un racimo de tropas mortales. Tenía el peto completamente hundido y el metal milenario estaba resquebrajado y humeante.

Greyloc se dio la vuelta, seguro de que él no le había pegado tan fuerte.

Bjorn estaba allí.

El gigantesco dreadnought emergió ante él, dominando la cámara igual que dominaba todas las cámaras en las que entraba; su imponente cañón de plasma todavía desprendía el calor de la descarga.

Siente la ira de los ancestros, abominación.

El aura de intimidación era formidable. Incluso Greyloc, curtido por siglos de combate contra los peores enemigos de la humanidad, se sintió intimidado ante semejante odio. Era como si un fragmento del poder de destrucción del mismísimo Russ hubiese sido traído de vuelta al mundo de los vivos, tan devastador e insaciable como lo había sido cuando lo soltaron por primera vez en la galaxia dos mil años atrás.

«¡La *Garra Implacable* está entre nosotros! Por la sangre de Russ, me habría enfrentado a cien muertes sólo para poder ver esto».

Un nuevo contingente de marines de Rúbrica estaba entrando en la cámara, moviéndose con lentitud por la infinidad de túneles y disparando a cada paso. Entre ellos había catafractos, hechiceros, y escuadrones de asalto mortales con armaduras de blindaje pesado.

Bjorn atacó con tuerza, tan dominante y tan poco preocupado por las probabilidades como siempre. Su garra relampagueante brillaba con una energía apabullante, implacable, dejando rastros de filamentos de electricidad estática en la roca al cortarla. Su cañón de plasma disparó un torrente de proyectiles al conmocionado enemigo, echó a un lado incluso a los rubricae cuando las bolas de energía explotaban contra ellos.

¡Desataos!, gritó el venerable dreadnought con su voz rugiente y atronadora elevándose por encima de la creciente marea de explosiones y gritos de guerra.

Y tras él llegaron las bestias. Como una ola saltaron de su sombra a campo abierto. Enormes monstruos galopantes de ojos amarillos con placas de metal y fauces desproporcionadamente grandes llenas de colmillos afilados como alfileres. Avanzaron sin piedad, devorando el terreno que los separaba del enemigo.

Si los invasores mortales antes tenían miedo, ahora estaban aterrorizados. Gritos agudos rebotaban en el techo de la cámara mientras el Subcolmillo se preparaba, se abalanzaba contra las líneas enemigas y rodaba por el suelo con su presa.

Más dreadnoughts lobos entraron a grandes zancadas en la cámara con sus cañones automáticos escupiendo fuego. Los seguían grupos de galopantes criaturas del Subcolmillo, escuadrones de cazadores grises cuyos gritos de guerra retumbaban atronadores y amplificados por el eco y manadas de voraces garras sangrientas. Los bólter vomitaron fuego en respuesta y se activaron las espadas de energía. La oscuridad desapareció de la montaña y fue sustituida por los remolinos de luz y los destellos de las bocas de cañón y los rayos de plasma.

Greyloc vio todo esto en una sola barrida de su casco. Fue todo el tiempo que necesitó. Se puso en pie, con las garras todavía incandescentes con la energía de la muerte.

—¡Por Russ! —rugió y el sonido de su desafío hizo temblar la tierra bajo sus pies.

—¡Por Russ! —rugieron los lobos del Colmillo, lanzándose al combate, deleitándose con las embestidas salvajes de las armas.

¡Por Russ!, atronó Bjorn, sus palabras amplificadas por los filtros de guerra de su comunicador, ahogando cualquier otro sonido, haciendo temblar las paredes de la cámara y abriendo grietas bajo el suelo que pisaba.

DIECIOCHO



DIECIOCHO

Temekh tuvo que esforzarse para no rendirse a un entusiasmo indecoroso. Sabía, igual que todos los hechiceros, que sus emociones eran del todo transparentes para su padre genético, como lo habían sido siempre.

—Bienvenido a Fenris, señor —dijo, haciendo una profunda reverencia.

—Déjate de reverencias —protestó el recién llegado con un gesto para que cesara tanta ceremonia—. Te estás dejando llevar por las apariencias. Como creo haberte demostrado a estas alturas, eso es lo que menos importa de mi presencia aquí.

Temekh levantó la cabeza y sonrió.

—Quizá —dijo—. Pero mis corazones se alegran de veros restablecido.

Los dos permanecieron de pie en el santuario de Temekh a bordo de la *Herumon*. El señor hechicero corvidae vestía sus túnicas de siempre, no llevaba casco y sus ojos violetas brillaban.

Ante sí tenía a un primarca, uno de los veinte hijos favoritos del Emperador, los maestros de la forja del Imperio, los semidioses que tallaron los reinos de los hombres de la inmensidad indiferente del vacío. Ya no era la imagen de un niño o de un anciano, sino que había revelado bajo la forma que tuvo durante los largos años de la Gran Cruzada. Alto, de anchas espaldas, piel color bronce y armadura del mismo tono, envuelto en un manto dorado decorado con plumas brillantes. Llevaba un yelmo dorado coronado por una crin roja de caballo. Su cabello era largo y abundante, del rojo profundo de la cochinilla. Una mano descansaba en la cintura sobre un tomo encuadernado en cuero, encadenado a su enorme cuerpo con una cadena de hierro, aunque no la que solía llevar antes de la Herejía. Con la otra mano cogía la empuñadura de su espada envainada.

Magnus el Rojo, el Rey Carmesí, el Cíclope de Prospero.

El bendito, lo llamaban, y el ilustrado.

El maldito, lo llamaban, y el tonto.

Ahora estaba de nuevo en pie en el espacio real, totalmente corpóreo, resplandeciente a la luz difusa de las velas del santuario. Para la contienda había tomado la apariencia que tuvo antaño por defecto, una pieza más de la simetría de la venganza. Tenía una sonrisa fina y cansada en su rostro imperfecto.

—¿Qué se siente? —preguntó Temekh, al que el humor en el que parecía encontrarse su amo lo ayudó a reunir el valor suficiente.

—¿Volver a llevar una forma física? Diferente a la última vez. Nunca volveré a ser de carne y hueso de verdad. No obstante, me siento bien. —El primarca levantó una mano gigante y abrió los dedos, uno a uno—. Muy bien.

—¿Tenéis órdenes para mí, señor?

Magnus dejó de admirar su cuerpo y miró con afecto a Temekh.

—Has hecho todo lo que se te ha pedido, hijo mío. La madriguera de los lobos no es para ti. Descenderé solo, aunque me taparé la nariz.

—Lord Aphael ha penetrado en los niveles inferiores. Sus tropas están eliminando las runas de protección para permitir su emersión y han acorralado a los perros en muros defensivos separados en el interior del Colmillo. Quizá pasen varios días hasta que se den las condiciones que le permitan entrar.

—¿Siguen luchando? Impresionante. Aunque quizá no debería sorprenderme. Al fin y al cabo, es su especialidad.

—Están desesperados, señor, y son tan salvajes como las bestias.

A Magnus se le borró la sonrisa.

—Ya no los veo como animales, Ahmuz, aunque antes los viera así. Ahora creo que

son los más puros de todos nosotros. Incorruptibles. Determinados. La visión de mi padre llevada a la perfección.

Temekh miró a su primarca, sorprendido.

—Los admiráis.

—¿Si los admiro? Por supuesto que sí. Son únicos. E incluso en un universo infinito, ésa es una cualidad mucho más rara de lo que puedas suponer.

Temekh hizo una pausa antes de responder, sopesando si iba a arriesgarse a decir algo que pudiera condenarlo.

—Siendo así, señor, ¿por qué seguimos con esta guerra? Los demás, los raptora, los pyrae, continuaron por venganza, para infligir el daño que ellos nos habían infligido a nosotros. No comparto ese sentimiento. Me parece... indigno de nosotros. Somos mejores que eso.

Magnus se acercó hechicero y le puso una pesada mano en el hombro.

—Lo somos —dijo—. Somos mucho mejores que eso. Deja que la sed de venganza motive a los demás; los hará combatir con más ganas. Esta batalla va más allá de zanjar viejas rencillas.

Su único ojo lo miraba fijamente, un círculo de oro salpicado de todo el espectro de luz visible. A Temekh se le hacía imposible mirarlo, y también apartar la mirada.

—Luchamos para evitar un posible futuro. Un futuro que, incluso ahora, se gesta en la montaña. Si tenemos éxito, el daño infligido a los lobos de Fenris rivalizará con el que nos hicieron a nosotros. Si fracasamos, entonces será como si no hubiéramos conseguido nada desde nuestra llegada al planeta de los hechiceros.

* * *

La intensidad de la primera oleada de ataque fue absorbida, contenida, y debilitada. Había un reflujó en el patrón en los túneles bajo el Señorío del Colmillo, y en aquel momento los marines de Rúbrica asaltaban los peldaños al pie de la escalera. Los lobos saltaban a darles la bienvenida, y la estrecha zona de destrucción se atascaba al instante. Aprovechando que estaban sobre terreno elevado y que su cobertura de artillería estaba mejor posicionada, los defensores se llevaron la mejor parte al principio. Los garras sangrientas luchaban con el mismo furor de siempre, apenas controlados por la monstruosa silueta de Rossek. Como complemento tenían a los metódicos cazadores, bajo el mando de Skrieya, que durante años había aprendido a sacar el máximo partido a los espacios cerrados de la montaña.

Aun así, sufrían bajas. Los marines traidores causaban dolor a dos manos y no mataban con menos eficiencia por hacerlo en un silencio enloquecedor. Cuando los atacantes se dispersaron al fin, retirándose para recuperarse de las magulladuras sufridas en los acercamientos a la escalera, también yacían cuerpos con armaduras grises sobre la piedra, destrozados y ensangrentados.

Y siguió así. No se producía un avance repentino, ni un cambio decisivo en el equilibrio de poder. Los atacantes llegaban en oleadas, los marines traidores, en la vanguardia, intentando empujar hacia arriba a los lobos y hacerse con las barricadas. Cada ataque llegaba un poco más lejos antes de que los hechiceros invisibles llamaran de vuelta a sus almas esclavas, dejando tras de sí roca caliente y roja y sangre enfriándose.

Pasaron horas, marcadas por el impredecible ritmo de ataque y rechazo. Las tropas mortales rotaban en las barricadas, reemplazadas por kaerls frescos que se mantenían en la reserva. Se reponía la munición, se reparaban las armaduras y las paredes de la barricada y llegaban nuevos suministros del Señorío del Colmillo. Se apartaban los cuerpos de la línea del frente. A los mortales se los llevaban por un lado, a los lobos por otro. Los Guerreros del Cielo no morían con facilidad, pero tras cada ataque de los Mil Hijos se retiraba otro haz de cadáveres, cada uno de ellos prueba de una resistencia heroica contra la abrumadora superioridad numérica de las hordas

invasoras.

El primero en lanzarse al ataque y el último en retirarse a las barricadas después de cada escaramuza era Tromm Rossek. No había perdido ni un ápice de su aterradora y lúgubre ferocidad. (Con la muerte de cada defensor parecía retirarse más y más a su interior, transmutándose en el triste leviatán asesino y no en el dios guerrero, sonriente y enérgico que fuera antaño. Sus movimientos eran más firmes, sus órdenes más secas y sus golpes más formidables. El haber perdido su manada había hecho más que apagar el fuego de su alma; lo había vuelto más sombrío y lo había hecho más letal.

Su nueva manada, los restos al mando de otros que se habían podido salvar de la batalla, habían respondido a aquel nuevo espíritu. Habían perdido parte de su arrogancia y había menos cháchara por el intercomunicador cuando disfrutaban de su talento natural para causar muerte, pero no se habían olvidado de cómo luchar. Los Garras Sangrientas se movían con rapidez, daban patadas, repartían puñetazos y se enfrascaban en el cuerpo a cuerpo contra un número de enemigos algo más ortodoxo, tomando ejemplo del resplandeciente gigante que estaba con ellos, alimentándose del odio crudo que desprendía como el hedor de la muerte.

Y morían. Los Garras siempre morían, estaban entre las fauces de Morkai por su forma de combatir: sin miedo a los riegos y sin pensar en sí mismos. Pero cuando caían siempre había más armaduras destrozadas a su alrededor, más restos de cuerpos sin alma, de marines de Rúbrica hechos añicos, libres de su misteriosa vida en el vacío. Brakk se habría sentido orgulloso al ver que las semillas que había plantado al fin daban fruto.

Los ataques continuaron, haciéndose más feroces a medida que las horas y los días se hacían imposibles de distinguir. Los Mil Hijos contaban con las tropas, el tiempo y la paciencia. Los Cazadores tomarían el relevo para dar a los Garras Sangrientas unas pocas horas de descanso. Entonces, el proceso se invertía. Y otra vez, una y otra vez hasta que la escalera cubierta de sangre pareciera una visión de la puerta del infierno.

La línea resistió. Cada asalto se repelía a un precio enorme y con terribles sacrificios, pero mientras la barricadas permanecieron intactas y los lobos siguieron en pie, el Señorío del Colmillo permaneció sin conquistar.

* * *

Bjorn se sumergió más en el combate, viendo a través de consolas de implantes ópticos cómo cortaba enemigos a la altura de sus espadas. Apenas registraba la constante lluvia de proyectiles contra su armadura. Su campo de visión estaba lleno de objetivos, runas rojas brillantes contra un fondo parpadeante.

Las ignoró. Luchaba como había luchado siempre: por instinto. Los reflejos de animal de los que disfrutara antaño habían desaparecido, un recuerdo lejano de sus extremidades naturales, pero todavía se movía más rápido de lo que uno se podía imaginar al ver su enorme cascarón.

Ser el dreadnought más antiguo del Subcolmillo tenía sus privilegios. Su chasis era de un diseño increíblemente antiguo e incorporaba tecnologías que ya eran escasas antes de la conflagración de la Herejía. Los siglos venideros habían visto llegar nuevas mejoras de la mano de los sucesivos sacerdotes de hierro, cada uno de ellos desesperado por añadir más gloria que su predecesor al sarcófago de la *Garra Implacable*.

«Creen que no sé lo que le han hecho a mi tumba».

A Bjorn le daban igual los adornos. Habría perdido con gusto todos los emblemas de oro incrustados en su ataúd viviente, habría perdido cada runa de plata pintada sobre la ceramita con tal de volver a tener la oportunidad de mirar cara a cara a su presa.

Nunca volvería a sentir el calor de la sangre caliente al salpicar su cuerpo, el momento

en el que la espada se hundía y cortaba el hilo de su presa.

Los transmisores del encaje de sus nervios eran buenos, mucho mejores que los de cualquier otro dreadnought del Imperio, pero nunca captarían igual la sensación.

«Así que para apaciguar la culpa cargaron mi tumba de calaveras y tótems. Baratijas. Las odio».

Bajó el cañón de plasma, registrando apenas la explosión de energía golpear la oscuridad. Los gritos de aquellos a los que había matado eran ruido de fondo. El solo había eliminado la chispa vital de más enemigos que algunos capítulos al completo. Con ese récord, la muerte había dejado de tener mucho significado. El placer había desaparecido hacía mucho. Sólo quedaba la necesidad.

«Y necesito matar. Por Russ, necesito compartir mi dolor».

Siempre había sentido dolor desde que Russ se fue. No hubo una explicación ni palabras de consuelo.

Una noche, una noche de invierno azotada por la furia de la tormenta, el primarca se fue.

Leman Russ se marchó sin decir por qué, marchó hacia el vacío, como siempre lo había hecho, sin tener en cuenta el peligro, sin tener en cuenta a aquellos que dejaba atrás.

Bjorn giró sobre su eje, aplastando a un marine de Rúbrica con su garra y lanzándolo por los aires. Cuando el cuerpo aterrizó, las bestias se pusieron a trabajar, troceando la armadura hueca con sus garras como cuchillas. Para entonces, Bjorn se había llevado por delante otros dos objetivos agujereando la ceramita a tiros y cortando las bandas de acero de las costillas.

«¿Sabes lo mucho que me cabrea que nunca dijeras el porqué?»

Cuando estaba vivo luchaba de otra forma. Por aquel entonces, hace muchas vidas, corría al combate con Godsmote, con Oje, con Dos Espadas, y sus wyrds estaban más unidos que las hebras de una cuerda. Los lobos que tenía ahora a su alrededor cortaban hilos con la misma majestuosidad inigualable que los de antes, pero no era lo mismo. Bjorn sabía que la galaxia había envejecido y él no. No tenía sitio aquí, no con los cachorros de sangre caliente que habían heredado la responsabilidad del Colmillo.

«Creo que lo sabías. Sabías que odiaría esto. Sabías que cada momento sería una tortura para mí».

Un hechicero se puso a tiro, medio tapado por filas de marines traidores. Empezó a reunir maleficarum en las palmas de las manos, conjurando bolas de fuego, listo para unirse al combate.

Bjorn examinó al brujo con desprecio. O, al menos, su mente sentía desprecio. Era posible que la emoción se tradujera en una expresión física en su deteriorada cara, sumergida en Huido y marchita por el despiadado paso de los siglos, pero el protector de su rostro no registró tanta sutileza.

«Y eso, por encima de todo, me lleva a pensar que me ocultaste la verdad por una razón».

Dio una enorme zancada, se puso firme y disparó su cañón. El hechicero desapareció bajo una marea de explosiones, ardiendo y desintegrándose. Bjorn siguió disparando, siguió canalizando todo su odio y hastío y angustia hacia el traidor lisiado. Para cuando paró y se dio la vuelta en busca de más presas, la armadura de su víctima no era más que un charco caliente de hidrocarburos al rojo.

«La ira, la traición, me mantienen vivo».

Las bestias no se separaban de él y le arrancaban la cabeza a todo enemigo que se acercara demasiado, pero permitían a Bjorn que usara su arma de corto alcance cuando lo necesitaba. Saltaban y corrían como flechas por la zona de combate tal y como habían sido diseñados para hacer, e igualaban la agilidad sobrenatural de los lobos que iban detrás de ellos. Bjorn sabía que eran capaces de todo eso y por qué

habían sido creados. Muy pocos lo sabían.

«Te amé como ningún otro hijo te ha amado, y lo sabías».

Ausente, Bjorn se percató de que uno de sus colegas dreadnoughts, Hrothgar, lo estaba pasando mal bajo una arremetida coordinada de un escuadrón de marines de Rúbrica al completo, dio un paso atrás ante la indomable presencia de un catafracto. Molesto por la distracción, se dio media vuelta, se puso en posición de tiro y le voló la cabeza a la máquina. Había vuelto al ataque, con las garras metálicas hundidas en carne fresca, antes de que la cabeza de bronce de la máquina de guerra llegara al suelo.

Muchas gracias, señor, dijo Hrothgar por el comunicador.

Bjorn no contestó. Estaba ocupado matando. Eso era todo lo que hacía. Era el letargo o matar. La inconsciencia o la furia.

«Sabías que te odiaría. A ti, que me abandonaste a esta suerte. Habría rasgado el tejido de la realidad por ti, habría marchado contigo hacia tu destino, me habría enfrentado contigo al enemigo que sabías que nos acechaba».

Su cañón aulló y devastó hileras de enemigos. Era invencible, titánico, colosal, muy superior a los enemigos que tenía delante. Nada de lo que los Mil Hijos habían traído estaba a su altura. Igual que en Prospero, Bjorn no tenía rival.

Puede que, quizá, así fuera como un primarca se sentía en combate.

«Y sé lo que estabas haciendo. Hiciste nacer este odio en mí, tan potente como el amor del que no consigo librarme».

Si hubiera tenido lagrimales, habría llorado. Si hubiera tenido mandíbula, la habría apretado en una mueca eterna de horror. Si hubiera tenido cuerdas vocales, habrían vibrado en un aullido de angustia que desgarraría y quemaría el alma.

«Porque el odio es la motivación más poderosa del universo, y necesitabas darme ese poder para que los lobos nunca se vieran sin alguien que los defendiera».

Pero Bjorn no tenía ninguna de esas cosas. Sólo tenía la furia del hijo favorito al que su padre había rechazado. Y, como bien sabía la galaxia por su amarga experiencia, esa furia no contenía más que la promesa de muerte, devastación y lluvia de sangre como lágrimas derramadas por el cielo.

* * *

Repelieron otro ataque. Cansados, los defensores del Señorío del Colmillo dejaron caer sus armas en silencio, preparándose para contar los muertos y los heridos y apartarlos de la línea del frente. Aunque la lucha se había detenido un rato, su trabajo no terminaba. Los escuadrones de kaerls se alternaban durante los breves respiros, y los que habían soportado el ataque durante más tiempo se retiraban y los reemplazaban tropas frescas. Como el enfrentamiento se había asentado en una secuencia brutal mortal de ataque y contraataque, ningún mortal había dormido, e incluso los recién llegados a su posición tenían los andares pesados de un hombre cansado. La arrogancia habitual de los kaerl de Fenris hacía tiempo que había desaparecido, y su lugar lo había ocupado una resistencia desafiante, inexpresiva y testaruda.

Morek llevaba de guardia trece horas cuando lo llamaron. Un guardián del lobo le dio sus órdenes. Llevaba la armadura abollada y chamuscada como si se hubiera bañado en un lago de magma.

—Maestro de riven —gritó, con la voz distorsionada por un comunicador en mal estado—. ¿Qué haces todavía en tu puesto?

—Cumpló mi deber —respondió Morek, con la voz temblorosa por el cansancio, incapaz de pensar en nada más que decir.

Entonces, el guardián del lobo lo empujó escaleras arriba, hacia las posiciones de la retaguardia, más allá de las barricadas y la artillería, hacia la sala del Señorío del Colmillo.

—Tu deber es obedecer los esquemas de rotación —le gruñó—. Asegúrate de que tu reemplazo esté aquí antes de la siguiente oleada.

Por fin Morek dejaba a pasos torpes la línea del frente, sin apenas poder levantar la cabeza de la gorguera de la armadura, sin apenas poder sostener el rifle entre las manos.

Había perdido la noción del tiempo que había durado la carnicería. Las horas se tornaron días, que a su vez se convirtieron en una sucesión de terribles y brutales combates y tensos y agotadores períodos de espera. Había echado alguna cabezada, pero no había dormido lo suficiente. En cierto momento se había despertado sobresaltado durante un alto el fuego, gritando algo sobre unas abominaciones en los laboratorios de los creadores de carne. Afortunadamente, el combate se reanudó inmediatamente después y la atención de los exhaustos kaerls volvió a temas más urgentes. Tuvo suerte, pero lo asustó su falta de autocontrol.

Morek pasó por las defensas de la retaguardia, caminando entre las sombras de cuatro enormes torreras de cañones de artillería. Apenas era consciente de la actividad a su alrededor. Había kaerls por todas partes, trasladando cajas de munición, armaduras o raciones, arrastrándose desde la primera línea o preparándose para ocupar sus posiciones en el frente. Algunos todavía se movían con firmeza y resolución. Otros arrastraban los pies y el agotamiento era visible en sus movimientos.

Ninguno, ni de lejos, parecía achicarse ante su deber e intentar buscar posiciones menos peligrosas. Los rivens de Fenris no tenían una figura equivalente a los comisarios de la Guardia Imperial. No hacían falta. La idea de evitar el combate para conseguir un poco de seguridad le resultaba tan extraña como la compasión.

Cuando Morek salió de entre los cañones y entró en la sala, estuvo a punto de tropezar con un escuadrón de armas pesadas que se apresuraba hacia el frente. Murmuró una breve disculpa y se apartó de ellos, aunque tropezó con una pila de cajas de carne seca que estaban esperando que las llevaran a los defensores. Cayó torpemente al suelo, y sus piernas flaquearon al intentar ponerse en pie.

Se quedó allí un momento, sintiendo la roca dura en la espalda, dejando que la tentación de descansar, sólo un instante, se apoderara de sus huesos.

«Sólo un minuto. Sólo dos minutos. Luego me levantaré».

El mundo se volvió borroso y notó como sus párpados cansados se cerraban.

Una presencia enorme se le acercó. Un instinto le dijo que dejarse vencer por el sueño ante ella sería un error terrible, y se obligó a ponerse de rodillas.

—Perdone, señor —murmuró, intentando no desparramar las cajas al levantarse.

Para su asombro, el gigante que tenía ante sí extendió un guantelete gigantesco. Cuando consideró si lo cogía o no para intentar levantarse, Morek se dio cuenta de que la ceramita no era gris, sino negra.

Su mirada recorrió un peto lleno de cicatrices, adornado con huesos de animales. La máscara del yelmo era una calavera con una raja producida por el impacto de una espada y negra como el carbón, igual que el resto de la armadura. Sus lentes brillaban furiosas, coloreando los protectores de las mejillas como si fueran lágrimas de sangre.

—¿Morek Karekborn? —preguntó la voz seca, suavizada por los años, de Thar Ariak Hraldir, aquel al que llamaban Hojadragón, el creador de carne—. Es hora, creo, de que hablemos.

Morek miró el rostro de calavera del sacerdote lobo. El cansancio desapareció. Fue sustituido, y él sabía que por mucho tiempo, por el frío abrazo del miedo.

—Como ordene, señor —respondió, pero su voz era seca como las brasas.

* * *

Aphael acechaba por los túneles vacíos del Hould. Las batallas en los dos cuellos de botella ya llevaban días en marcha y no había indicios de que fueran a avanzar en un

sentido o en otro. Pensaba que durarían muchos días más. Los perros se defenderían con tenacidad. Tenían que hacerlo, no tenían adonde huir.

A él eso le iba bien. La finalidad de la primera oleada de ataques no era infligir daño sino mantener alejados a los defensores del corazón del Colmillo el tiempo suficiente para poder destruir las runas de protección contra la brujería. Era un trabajo difícil y agotador, especialmente en su estado febril.

Aphael seguía sufriendo el cambio de la carne. Los combates eran sólo un alivio temporal. En su ausencia, se tornaba errático, con tendencia a violentos cambios de humor, incapaz de tomar decisiones a sangre fría. Sabía qué estaba pasando. Como si se observara de lejos, podía sentir cómo sus procesos mentales se desintegraban a medida que pasaban las horas.

Y ahora, una nueva presencia había empezado a presionarlo, reclamando el poco control que le quedaba. Algo consciente se revolvía en las profundidades de su mente. Una conciencia que no era la suya había arraigado en sus pensamientos y se hacía más fuerte poco a poco. Su cuerpo se rebelaba contra él y también había empezado a perder la cabeza.

Cuando la inevitabilidad de su propia destrucción quedó clara, Aphael pasó por el típico patrón de respuesta. Negación. Rabia. Tristeza. Ahora entraba en una especie de aletargada aceptación. No había nada que pudiera hacer para combatir el proceso. Su cuerpo y su armadura ya estaban íntimamente unidos, tanto que sabía que ya nunca podría quitársela. La única tarea que le quedaba era seguir cumpliendo con su deber mientras pudiera.

«Veré a los perros arder. Después de eso, haced conmigo lo que queráis. Pero no pasaré al olvido sin haber completado nuestra venganza. No lo haré».

Sabía que la bravuconería no tenía sentido. El Señor de la Transformación no era un poder al que se pudiera amenazar o convencer. Aun así, aquellas palabras lo hacían sentir mejor. Todavía era capaz de mostrarse desafiante, al menos verbalmente.

Aphael llegó a otra de las protecciones. Estaba emplazada en la intersección entre cuatro túneles. El cruce era una cámara circular con un foso en el centro en el que ardía una hoguera. La protección estaba en un pilar de piedra que nacía junto al foso. Tenía forma de ojo garabateado en la piedra y la atravesaba una incisión irregular. Había sangre humana y unas pocas runas grabadas debajo.

Así de sencillo. Un niño podría haberlo hecho. Aun así, el poder bruto que sangraba de los símbolos mermaba su hechicería como una mano tapando una boca. Los sacerdotes rúnicos, a pesar de su forma torpe y rudimentaria de entender la disformidad, eran expertos en manipular sus signos. De alguna manera, ignorantes y analfabetos, habían aprendido a centrar las energías paralelas del éter mediante el uso de nombres, sellos y gestos. A gran escala, las protecciones del Colmillo actuaban como un poderoso drenaje de energía hechicera, hasta el punto de que incluso el invocar la más nimia de las magias se hacía difícil y peligroso.

Había que ponerle fin.

Aphael se puso frente a la protección, cansado y preparando el rito que la destruiría. A su alrededor, su guardia formada por seis rubricae tomó posiciones en la cámara. Las últimas llamas del fuego del loso se apagaron y el espacio quedó sumido en la oscuridad. Distráido, Aphael parpadeó para ajustar los filtros de las lentes del casco.

Fue entonces cuando vio a los niños. Había siete, escondidos en la oscuridad, apretándose unos contra otros como ratas.

A pesar de todo, a pesar del tumulto interior, a pesar de la necesidad de eliminar las protecciones, Aphael sonrió.

Volvió su cabeza de bronce hacia ellos. En la total oscuridad, su casco distinguía las siluetas de los niños en el verde borroso de su visión nocturna. Vio sus caras aterrorizadas, sus diminutos dedos garabateando en las paredes de roca.

¿Cómo los habían dejado atrás en el Hould? ¿Tan poco se preocupaban los bárbaros de Fenris de sus niños que los abandonaban al enemigo? ¿O acaso se había producido un terrible error?

En cualquier caso, le daba a Aphael la oportunidad de ejercitar sus habilidades por puro placer. Sus muertes serían lentas, un castigo adecuado por todo el daño que los perros de Fenris habían infligido a su legión.

—Gritad si queréis, pequeños —ronroneó Aphael, desenvainando su espada y cogiendo a su primera víctima—. Tenemos todo el tiem...

Algo lo golpeó con fuerza en el casco, algo lanzado con una asombrosa precisión. Entonces explotó y lo hizo trastabillar hacia atrás.

—¡Fekkehofud! —gritó uno de los cachorros al pasar volando junto a él y desaparecer en la oscuridad.

Aphael rugió con rabia y lanzó un mandoble bajo con su espada, destinado a partir en dos al pequeño monstruo mientras huía corriendo. Otra granada desvió la estocada, esta vez le dieron en el estómago.

«¡Van armados! ¡Los han dejado aquí y con armas!»

—¡Matadlos a todos! —gritó Aphael, dándose la vuelta e intentando agarrar a una de las pequeñas y veloces ratas. Sacó la pistola bólter de la cintura. Para entonces, los rubricae habían entrado en acción, intentando coger a los niños con tan poco éxito como él.

Eran veloces como ratas y se encontraban a sus anchas en los túneles. Lanzaron más granadas, incluyendo una que derribó a un marine de Rúbrica; explotó en un remolino de fragmentos en su cara y lo dejó tirado en el suelo.

Habían desaparecido por el corredor como cachorros fantasmas, dando saltos y riéndose en el eco de la oscuridad.

Aphael apuntó con la pistola y disparó un torrente de balas a la entrada del túnel. Ninguna dio en el blanco. Los pilluelos del Colmillo, criados en la oscuridad y expertos en supervivencia, eran demasiado rápidos, demasiado astutos y estaban demasiado preparados.

Las risas cesaron. El rubricae se puso de nuevo en pie, aún más ridículo al no mostrar ni una pizca de vergüenza. Retomó su posición, tan serio y silencioso como antes.

No habían causado daños. Pese a su sigilo y a su velocidad, las ratas de los túneles carecían de medios para hacer daño a un marine espacial.

Pero era humillante. Muy humillante.

—¡Como odio este mundo! —bramó Aphael, dando media vuelta hacia el pilar y dejando que la ira prendiera su báculo.

El eje de hierro explotó con una luz terrible y devastadora que desterró la oscuridad y envió rayos parpadeantes de electricidad etérea en todas las direcciones. El infierno ardiente chocó contra la protección, atraído hacia ella como un imán. Los símbolos resistieron un momento, con un brillo rojo furioso, absorbiendo la ingente cantidad de energía que emanaba del báculo del hechicero.

Entonces, inevitablemente, se rompió. Una grieta recorrió el dibujo, destruyó la unidad del diseño y fragmentó el texto rúnico que había debajo. El aire gélido se onduló con un calor tórrido y repentino y luego se hundió de nuevo en la fría oscuridad.

Aphael dejó que el poder se drenara de vuelta a su báculo, jadeando con fuerza. A su alrededor, los rubricae tenían la vista al frente, inescrutables.

La protección estaba rota y Aphael notó al instante cómo aumentaba su poder. La sensación de alivio fue efímera. Se sentía humillado y frustrado. Quedaban kilómetros y kilómetros de túneles en los que seguir trabajando, y todos estaban plagados de trampas para los incautos.

Era un trabajo de poca categoría, apto para acólitos, no para comandantes. Si alguno de sus subordinados pyrae hubiese sido lo bastante hábil para ocupar su lugar, le

hubiera encomendando la tarea con gusto y no habría tenido que hacerla él. Pero no lo eran, y en cualquier caso el grueso de los hechiceros hacía falta para dirigir a los marines de rúbrica al combate.

«Maldito Ahriman. Nos ha convertido en una legión de tontos, yendo de un lado para otro con nuestras marionetas a remolque».

—Seguidme —musitó, saliendo de la cámara a grandes zancadas para dirigirse al siguiente túnel. Los rubricae obedecieron. Mientras caminaba, Aphael sintió acelerarse el cambio de la carne, estimulado por sus explosiones de ira.

Se le acababa el tiempo, se le escapaba como la arena entre los dedos, apresurándose hacia el horror que lo esperaba. Ya no tardaría mucho. Llegaría en seguida.

* * *

Hojadragón guió a Morek lejos de la escalera, por el amplio terreno del Señorío del Colmillo y bajo los pies de la estatua de Russ. El aire se iba llenando del rodar lento y pesado de los transportes de suministros, de los gritos de los huskaerls que ordenaban a sus tropas que volvieran a sus puestos, del sonido amortiguado de un combate en alguna otra parte del inmenso Aett. Nadie miró dos veces al sacerdote lobo y a su acompañante humano.

A Morek le dio pena. Si caminaba hacia su muerte habría estado bien que alguien, sólo una persona, hubiera lanzado una mirada comprensiva en su dirección. Pero, por supuesto, no podían saber qué se llevaba entre manos Hojadragón con Morek. De saberlo, ¿habría cambiado algo? ¿Era el poder de los sacerdotes lobo tan absoluto que no existía ninguna sanción, ninguna, para lo que hacían con los mortales a su cargo?

«Eso pensaba yo también, y no hace tanto. Antes, cuando mi fe era incondicional, como tenía que ser».

Dejaron atrás la estatua, salieron del Señorío del Colmillo y se adentraron en los fríos y oscuros corredores que había más allá. El ruido de los combates en las barricadas defensivas desapareció y dio paso al aislamiento y el frío del jarlheim. Hojadragón daba grandes y poderosas zancadas, y Morek tenía que trotar para poder seguirlo. El cansancio volvió; no había miedo capaz de mantenerlo a raya.

Al fin, Hojadragón se detuvo ante una puerta corredera en la pared del túnel. Hizo un gesto para abrirla y le indicó a Morek que pasara. Cuando la puerta se cerró, quedaron a solas. Estaban de pie en una cámara estrecha de techos altos, carente de muebles a excepción de un taburete de madera y un pequeño hogar para el fuego. Una colección de huesos suspendidos de una larga cuerda colgaba sobre las llamas y (Jaba vueltas con suavidad por efecto del calor. Aunque modesto, el lugar parecía ser la morada de un creador de carne. Quizá una cámara para realizar ritos de algún tipo. O quizá fuera de un verdugo.

—Siéntate —ordenó Hojadragón, señalando el taburete.

Morek obedeció, y al instante se sintió más pequeño y más insignificante. El sacerdote lobo permaneció de pie, gigantesco y amenazador, a menos de dos metros. No se quitó el casco, lo que hacía que su voz fuera más seca y sobrenatural que de costumbre.

Por un momento, Hojadragón se limitó a mirarlo sin decir nada. Morek hizo lo que pudo para no dejar ver su inquietud. En circunstancias normales probablemente lo habría conseguido pero tras tantos días de constante batalla la tarea era muy complicada.

Y era viejo. Quizá demasiado viejo. Lo cual en sí mismo ya era motivo de vergüenza. Pocos fenrisianos morían de vejez, y era algo a lo que nunca había aspirado.

—¿Sabes por qué estás aquí? —pregunto Hojadragón al fin.

No era una voz amable, pero tampoco demasiado severa. Era resolutiva, serena, autoritaria.

—Creo que sí, señor.

No tenía sentido andarse con evasivas. Hojadrágón asintió, como si estuviera satisfecho.

—Entonces no necesitamos repetir qué te ha traído a mis aposentos. Sé por qué estás aquí y lo que viste. Desde que descubrí tu nombre he estado observándote. Quizá lo hayas notado. No sentí la necesidad de ocultarlo.

Por supuesto que no. Los Guerreros del Cielo nunca tenían que preocuparse de lo que un mortal pudiera pensar de ellos.

—Me ha llevado muchos días decidir qué hacer con el nombre que Tromm Rossek me dio. Como el enemigo nos está llevando al límite, ya no puedo posponerlo más. Aun así, incluso ahora, mi mente no se decide. Tu destino se ha convertido en una carga para mí, Morek Karekborn.

Morek no dijo nada pero intentó mantener sus ojos fijos en la máscara de calavera que tenía encima. Siempre le decía lo mismo a Freija:

«Míralos a los ojos. Siempre, siempre debes mirarlos a los ojos».

También cuando los ojos en cuestión estaban ocultos tras la alargada calavera de marfil de una bestia muerta y atrapados tras unas lentes brillantes color rojo sangre.

—Bien —dijo Hojadrágón todavía con un tono de voz calmado y prosaico—. ¿Qué crees que viste?

—Me sorprendió, señor.

«Di la verdad. Es tu única oportunidad».

—Me sentí horrorizado.

Hojadrágón asintió de nuevo.

—Te has criado en el Aett. Todo aquello en lo que crees está aquí. Te hicimos a nuestra imagen y semejanza, una versión interior a nosotros mismos. No se te ha enseñado a cuestionar el orden de las cosas y no deberías haberlo hecho.

Morek escuchaba, intentando todavía controlar su respiración. Podía sentir su pulso, pesado en las venas. El fuego que tenía detrás daba demasiado calor tras las privaciones de las barricadas.

—Lo que viste estaba prohibido. En otras circunstancias, tu presencia en aquella habitación habría significado la muerte. Lord Sturmhjart ha intentado entrar allí durante semanas sin conseguirlo. Si los acontecimientos no hubieran conspirado para que la guardia bajara más de lo debido, los contenidos de la habitación seguirían siendo secretos. Así que ahora tengo que decidir qué hago contigo.

Aunque era imposible de afirmar, Morek sintió como si el terrible rostro tras la máscara estuviera sonriendo; una sonrisa curva, enseñando los dientes.

—Como has sido sincero conmigo, yo lo seré contigo, Morek Karekborn —dijo Hojadrágón—. He decidido cortar tu hilo. El peligro de que el trabajo que desarrollamos allí se filtre ha sido siempre muy grande y, debes entenderlo, es algo que jamás se debe permitir que ocurra.

La perspectiva de que el sacerdote lobo acabara con su vida tuvo poco efecto en Morek. Ya estaba preparado para eso. Llevaba preparado desde la noche de la misión en los aposentos de los creadores de carne. Sólo que la extraña indecisión del sacerdote lobo había pospuesto el momento más de lo necesario.

—Si ése es mi wyrd... —respondió Morek, y hasta se las apañó para sonar convincente.

—Creo que lo dices en serio. Tu fe es encomiable, Karekborn. Aunque noto que tu devoción ha disminuido en los últimos días, lo cual no es de extrañar.

El sacerdote lobo soltó un largo y sibilante suspiro.

—No creas que he perdido mi determinación para matar, mortal —dijo—. He matado antes por ese trabajo y, si el Padre de Todas las Cosas lo permite, lo volveré a hacer. Pero a ti no te mataré. Tu wyrd no termina aquí, encerrado en esta habitación. Eso, al menos, puedo verlo con claridad.

Morek sabía que debía sentirse aliviado. No lo hizo. Quizá fuera por el cansancio, quizá por haber perdido la fe. Fuera cual fuese la causa, lo único que deseaba era dormir, un respiro de la oscuridad infinita, del frío sin fin, del combate interminable. Desde que podía recordar, los sacerdotes lobo habían sido su inspiración, un enlace intangible con la materia de la humanidad y el asombroso ejemplo del Padre de Todas las Cosas eterno. Ahora, a la sombra de aquel coloso de casi tres metros de alto, tan cerca que podía ver las dentelladas de las espadas en la maltrecha armadura y escuchar el crepitar de su respiración a través de los filtros del yelmo, no era capaz de sentir ni un poco de aquella devoción que había sentido toda su vida. El hechizo se había roto.

«No me das miedo. Ahora, por fin, entiendo lo que Freija ha estado intentando decirme durante tanto tiempo. Hija, perdóname. Tenías razón».

—Pero debes ser castigado, mortal —prosiguió Hojadragón—. Si la Herejía nos ha enseñado algo, es que la transgresión siempre ha de tener represalias. Así que te daré el don más terrible que tengo en mi poder.

El casco del sacerdote lobo bajó un poco más, los ojos rojos quedaron casi a la misma altura que los de Morek. Tenían un brillo apagado entre el hueso chamuscado, como rubíes engastados en piedra antigua.

—Lo que presenciaste se llama la Forja. Cambiará para siempre la faz del capítulo. Escucha y te explicaré cómo destruirá y rehará todo aquello que se te enseñó a considerar sagrado.

DIECINUEVE



DIECINUEVE

El Sello de Borek vibró con el ladrido de los disparos, el bramido del avance de las máquinas de guerra y el chisporroteo de las calderas hirvientes. Los Mil Hijos empujaban de nuevo hacia adelante, sus filas se movían al unísono y lanzaban un muro cerrado de fuego de bólter.

Gracias a Bjorn y a Greyloc, el enemigo estaba contenido en los portales. Ninguno había conseguido todavía entrar en la Cámara del Sello y las posiciones de artillería seguían silenciosas en aquel lugar. Era una lucha encarnizada, lo había sido desde que Bjorn y Greyloc se encontraran en los arcos de entrada, donde los dreadnoughts y los Colmillos Largos se habían atrincherado. Las barricadas y las trincheras de adamantio cubrían a la infantería defensora. El patrón de la batalla era sencillo, infinito, los invasores intentaban una y otra vez romper el perímetro y tomar el espacio que había detrás, lo que acabaría con la ventaja que tenían las fuerzas defensoras situadas en el cuello de botella.

De momento no habían tenido éxito, pero se había pagado un alto precio. Los kaerls estacionados en la zona de barricadas habían sufrido bajo el fuego de bólter y escuadrones enteros habían caído en una sola embestida. Los guerreros del cielo tampoco eran inmunes a pesar de ir mejor armados y blindados. Excepto por el grupo al mando, que parecía casi invulnerable por sus armaduras de exterminador y sus armas de energía, los cazadores y los garras habían sufrido graves bajas a manos de los marines de Rúbrica.

Freija había hecho su parte durante las acciones repetidas, capitaneando su escuadrón de kaerls en apoyo de las operaciones y organizando el fuego de artillería para permitir que los lobos entraran en combate cuerpo a cuerpo. Era la contienda más dura y difícil en la que había tomado parte. A una señal de un guerrero del cielo, ella y sus tropas correrían hiera de la seguridad relativa de las barricadas para disparar a cualquier soldado de la infantería de Prospero que se pusiera a tiro. Los rifles skjoldtar eran más poderosos que los rifles láser del enemigo e infligían serios daños, pero los kaerls seguían siendo muy vulnerables una vez fuera de las barricadas. Habían caído decenas en salidas previas, o bien a causa de los disparos o despedazados por los marines de Rúbrica antes de que los lobos pudieran acudir en su ayuda. A Freija habían estado a punto de cortarles el hilo más de una vez y sólo la habían salvado sus reflejos, su armadura o una generosa dosis de buena suerte.

La batalla se estaba prolongando varios días y ella estaba cada vez más cansada, cosa que la hacía más lenta y más insegura. El número de bajas aumentó por la falta de sueño y la rotación constante que tenía agotados a los defensores. La infantería de Prospero también sufría. Iras tanto tiempo encerrados en un estado de lucha casi constante, el suelo de piedra estaba cubierto por una capa de sangre y líquido refrigerante que llegaba hasta los tobillos.

Freija esperaba que los guerreros del cielo se encargaran de lo más peliagudo del asunto y dejaran a los kaerls cuidarse solos. Habría sido propio de ellos, pensaba, dejar que las tropas de apoyo mortales sufrieran lo peor de la tormenta de fuego hasta que ellos fueran libres para poner fin a la batalla con el combate cuerpo a cuerpo para el que vivían.

No fue así. Cuando la lucha de verdad comenzó, los lobos parecían tratar a los kaerls casi como iguales. Era como si el mero hecho de combatir a su lado los pusiera al mismo nivel. Normalmente, un garra sangrienta no notaría la presencia de un siervo, y desde luego no le hablaría. Sin embargo, en cuanto empezaron a volar los proyectiles de bólter, esas distinciones, de repente y de forma extraña, dejaron de importar.

Freija seguía luchando, obligando a su cuerpo a resistir el cansancio que atenazaba sus músculos, y se dio cuenta de que su actitud hacia sus amos había empezado a cambiar. Había visto a un cazador gris cargar de cabeza contra una fila entera de marines de rúbrica, haciendo molinetes con el hacha y disparando una granizada de proyectiles. Se llevó a tres por delante y arrojó el cuerpo de un cuarto hacia los demás cuando se le agotó la munición, luchando únicamente con sus puños cuando le arrebataron el hacha de un disparo. Siguió atacando hasta el final, experto y brutal, sin rendirse nunca hasta que una hoja brillante penetró limpiamente en el hueco que había entre el casco y el peto y casi lo decapita.

Sin miedo. Sin ningún miedo. Había estado magnífico, el depredador perfecto, estuvo a la altura de aquello para lo que fue creado: ser el mejor arquetipo de guerrero de la galaxia. En el pasado, a Freija la sacaba de quicio la arrogancia testaruda de los Guerreros del Cielo, pero en combate entendió por qué tenía que ser así.

«No pueden dudar ni siquiera un segundo. Deben creer que son las espadas más afiladas del Padre de Todas las Cosas, sus armas más poderosas.

»Ahora los veo en estado puro y estoy impresionada».

El ejemplo había endurecido a Freija. La habían destinado cerca de la posición de Aldr, y el dreadnought había estado tan inmerso en la defensa como sus hermanos de batalla. La extraña, casi infantil, confusión que lo había hecho parecer tan vulnerable tras el despertar se había evaporado. Sin duda inspirado por el ejemplo sin parangón de tener cerca a Bjorn *Garra implacable*, Aldr se lanzó al combate con toda la extravagante seguridad de su herencia genética.

Era asombroso, un dispensador de muerte a dos manos, y cuando se acercaba, los invasores se retiraban en desbandada. Los proyectiles de bólter chocaban sin hacer el menor daño contra su blindaje como piedras de granizo, e incluso los marines de Rúbrica no tenían forma de responder a las descomunales garras con las que los aplastaba sin piedad. Igual que los otros cinco dreadnoughts en el perímetro defensivo, Aldr había creado islas de estabilidad en el fragor y la vorágine de los ataques, islas alrededor de las que se podían colocar guerreros inferiores para empujar hacia atrás al enemigo.

Quizá Freija se lo imaginara, pero el dreadnought parecía prestar especial atención a su manada. Una vez, cuando los habían pillado fuera de posición y sin cobertura, él se metió a trompicones entre ella y el enemigo que avanzaba y usó su enorme cuerpo para protegerla de los disparos y lanzar un terrible contraataque él solo.

Una vez de nuevo a salvo al amparo de las barricadas, con su escuadrón, magullado pero íntegro, Freija miró atrás, a la incontrolable máquina de guerra, muda de admiración, observando cómo corría a ponerse en peligro moviendo sus músculos duros como piedras con el furor de un nuevo aspirante.

Freija siguió observando, cautiva por la exhibición de aquel heroísmo irreflexivo. Por primera vez se sintió orgullosa. Orgullosa de su legado, orgullosa de que unos dioses de la guerra como aquéllos formaran parte del tejido de su mundo natal. Orgullosa de que los guerreros del cielo resistieran a su lado en las trincheras, luchando por conservar todo lo que habían construido juntos en Fenris.

«No os tengo miedo».

Freija colocó con fuerza un cargador de repuesto en su rifle y se preparó para disparar fuego de apoyo. Esa era su misión, su parte en la gloriosa defensa del Aett.

«Ahora, por fin, entiendo lo que mi padre lleva tanto tiempo diciéndome».

Miró a su alrededor para comprobar que su escuadrón estaba con ella, luego colocó el skjoldtar en posición de tiro en la cresta de la barricada. Descansó la barbilla en la culata, contemplando con satisfacción cómo una línea de infantería de Prospero se ponía a tiro.

«Padre, perdóname».

El retroceso del rifle golpeó la placa del hombro de su armadura, clavándose en la piel ya amoratada. Una lluvia de fuego de cobertura aulló más allá de Adir, protegiéndolo con un manto de proyectiles desgarradores que aumentaban aún más su devastador potencial de ataque.

«Tenías razón».

* * *

Cuando Hojadragón hablaba del pasado su voz cobraba un ritmo y un timbre distintos. Era similar al tono en el que declamaban los skjalds. Sin embargo, los narradores de sagas del Aett eran todos mortales, y la gigantesca complexión del sacerdote lobo le daba al discurso una resonancia que ningún skjald poseía.

—Has oído hablar del Padre de Todas las Cosas, el Maestro de la Humanidad, al que los ignorantes veneran como un dios y al que nosotros veneramos por ser el más poderoso de entre todos nosotros y el guardián del Wyrm. En estos días oscuros, mora en Terra, guardando su vasto Imperio desde su Trono de Oro y manteniendo a raya los inconmensurables poderes que buscan extinguir la luz y la esperanza de la galaxia. En el pasado, esto no era así. Caminaba entre nosotros, y concedió a sus súbditos una fracción de su poder, iba a la guerra con sus primarcas y libraba a las estrellas del terror en que estaban sumidas.

»Fue el Padre de Todas las Cosas quien creó a Lemán Russ, el primer ancestro de los Vlka Fenryka, y fue el Padre de Todas las Cosas quien diseñó la legión que sirvió bajo su nombre. Cada legión que creó tenía un propósito. Algunas fueron bendecidas con el poder de construir, o la habilidad de administrar, o la capacidad para ser cautos y sigilosos. Nuestro don era distinto: fuimos hechos para destruir. Todo nuestro ser es destrucción. Esa fue la voluntad del Padre de Todas las Cosas. Nos hizo no para construir imperios, sino para acabar con ellos. Fuimos criados para llevar a cabo las tareas que ninguna otra legión podía realizar, para luchar con tal extravagancia que incluso nuestros hermanos guerreros se abstendrían de la traición al saber lo que nosotros, los rout, haríamos con ellos.

»Se hizo uso de ese poder más de una vez. La más celebrada, como sabes, contra el enemigo que ahora golpea nuestras puertas. Pero, a pesar de todo nuestro celo, fracasamos en la tarea de protección. La traición llegó, cayó como los rayos del cielo, y la galaxia fue consumida por su fuego. Aunque el mal más temible fue atajado, mucho de lo que era grande y bueno se perdió. El Imperio es ahora un lugar más árido y las visiones de sus fundadores languidecen sin materializarse. Esto lo sabemos los que conservamos las sagas milenarias. Aunque muchos de los que confían en la transmisión incierta de la palabra escrita y de las grabaciones de voz han olvidado aquellos días, nosotros, que vivimos según las recitaciones de los skjalds, lo recordamos todo. Sabemos lo que somos. Sabemos qué se suponía que íbamos a ser.

»Ahora una nueva era amanece. La Era del Imperio, la llaman, las necesidades de la humanidad han cambiado. En vez de veinte legiones ahora hay muchos cientos de capítulos. No hay primarcas que los guíen. En su lugar, los Adeptus Astartes luchan a imagen de sus padres genéticos, repitiendo las habilidades diseñadas para un futuro distinto. Así son las cosas ahora, una visión hecha realidad no por el Padre de Todas las Cosas, sino por uno de sus hijos. Los capítulos ya no marchan en filas de diez mil o más. Crean sucesores, retoños a los que rige la misma semilla genética para que el legado de su primarca se mantenga en las estrellas. Cuantos más sucesores, más grande será el legado. Los hijos de Guilliman son los ancestros de cientos, así como lo son los hijos de Dorn, y así es como el Imperio cobra forma a su imagen y semejanza. Hojadragón hizo una pausa. Había un matiz de disgusto en sus palabras.

—Esto es lo que se ha vuelto importante. No el progreso. No el peligro.

La estabilidad. La fiabilidad. La fidelidad. Sin ellas, ningún capítulo vive para ejercer su

influencia. Sucesores; eso es lo que nuestros hermanos aspiran a crear para garantizar que los guerreros de su temple florecen y perduran y excluir a aquellos forjados a partir de un metal distinto.

»¿Y tú crees, Morek Karekborn, que los Vlka Fenryka han seguido este camino? ¿Hemos dejado que nos dividan en capítulos sucesores como han hecho los Ultramarines, los Ángeles o los Puños?

—No —dijo Morek con seguridad—. Nosotros somos distintos.

Hojadragón negó con la cabeza.

—No tan distintos. Tuvimos unos sucesores: los Hermanos del Lobo, capitaneados por Beor Arjac Grimmaesson. Iban a ser tan numerosos como lo éramos nosotros e igual de poderosos. Se les concedió un mundo, Kaeriol, un planeta de hielo y fuego, igual que Fenris. Tenían la mitad de nuestra flota, la mitad de nuestras armerías, la mitad de nuestros sacerdotes. Iban a ser los primeros de muchos, toda una línea de sucesores de capítulos fenrisianos, los Hijos de Russ, capaces de labrarse un imperio estelar del tamaño de Ultramar. Esa era la visión: ser lo bastante poderosos para rodear por completo el Ojo del Terror, para evitar que los traidores volvieran a salir de allí. Esperábamos así poder cumplir nuestro destino y encontrar un nuevo propósito en la Era del Imperio.

Morek levantó la vista y miró la máscara de calavera del sacerdote rúnico. Le pedía que asimilara demasiado rápido. Un atisbo de la galaxia empezaba a revelarse en su mente, radicalmente distinto a lo que él conocía. Aunque había salido de Fenris muchas veces y había visto muchas maravillas, esta versión de la realidad era la más extraña de todas.

—¿Qué fue de ellos? ¿De los Hermanos del Lobo?

—Ya no están.

—¿Destruídos?

—No todos. Algunos es posible que sigan vivos, aunque su wyrd es desconocido. Fueron desmantelados, esparcidos por todas las direcciones de la brújula.

—¿Por qué?

Hojadragón tomó una bocanada profunda y chirriante de aire.

—Por la misma razón por la que no puede haber más sucesores del Rout. El lobo interior. Somos demasiado peligrosos para ser duplicados. La herencia que nos hace tan poderosos también nos hace inestables. Los Hermanos, situados lejos de Fenris, cayeron pronto en la condición de bestias. Y así será con cualquier intento por ensamblar nueva vida a partir de la semilla genética de Russ.

Hojadragón inclinó la cabeza. Para entonces, sus ojos brillaban en la oscuridad, reflejando una chispa de luz del hogar a la deriva.

—Hasta ahora.

* * *

Rojapiel estaba de rodillas, disparando a la altura de la cintura y observando cómo bajaba el contador de munición de la pistola bólter. Tenía buena puntería y no malgastaba ni un tiro. Los proyectiles se estrellaban contra las filas de marines de Rúbrica de vanguardia, derribaban algunos, explotaban contra las armaduras de otros. Seguían viniendo, como siempre, en oleadas implacables, vendiendo sus almas vacías para romper el empate en la escalera del Señorío del Colmillo. Cada vez eran más, algunos al amparo de los brillantes escudos cinéticos de los brujos, casi todos confiando en la protección de sus servoarmaduras de color zafiro.

Rojapiel vació el cargador. Con tranquilidad, dejó caer el vacío al suelo, cogió uno de repuesto y lo encajó en su sitio. Para cuando volvió a disparar, el enemigo no había avanzado más de dos pasos.

El fuego de las armas pesadas pasó por encima de su cabeza procedente de la

posición de los colmillos largos e impactó en la siguiente oleada de marines traidores. La mayoría explotó contra los escudos cinéticos en titilantes cascadas de chispas y bolas de plasma, pero algunos encontraron un eslabón débil y cayeron sobre los guerreros blindados causando la devastación.

Los lobos saltaban a aquellos senderos de escombros, con las espadas sierra zumbando y aullando sus letanías de odio y desafío. Esta vez, Puñoinfernal iba en vanguardia, su puño de energía causando estragos y haciendo arcos con la espada *Dausvjer* que había recuperado.

—¡Cuerpo a cuerpo, hermano! —dijo Rojapiel por el comunicador mientras corría detrás de él.

Puñoinfernal se tiró al suelo y esquivó la estocada de un marine de Rúbrica antes de ponerse en pie de un salto y blandir su propia espada. Los bordes envueltos en disruptores provocaron una explosión de torturada energía antes de que las hojas se separaran.

—Carne de cañón —espetó Puñoinfernal con desprecio.

Había una nota extraña en su voz, áspera y húmeda de sangre.

Para entonces Rojapiel estaba cerca, con la espada sierra en marcha y la pistola bólter escupiendo proyectiles. Todo se movía a velocidades vertiginosas. No había mortales en la pelea. Los garras sangrientas de Rossek hicieron lo que hacían siempre: luchar con cuerpo y alma, disfrutando de poder ejercitar sus ganas de matar sin restricciones, manteniendo a Morkai a un mordisco, no más. Los traidores los recibieron sin miedo, bloqueando y embistiendo, esperando una brecha para atravesarla con fría habilidad y pasar a la siguiente tarea. Ambos bandos luchaban con dedicación, atrapados en una contienda que sabían que mantendría o rompería el empate.

El traidor se las apañó para estamparle un puño en la cara a Puñoinfernal, que cayó al suelo del golpe. Rojapiel apuntó con la pistola y lanzó al marine varios pasos atrás entre una nube de detonaciones.

—Hermano, no tienes cuidado —se burló por el comunicador mientras se daba media vuelta para hacer frente a la siguiente amenaza—. ¿Estás perdiendo facultades?

Puñoinfernal no respondió. Rojapiel se vio pronto ocupado en un combate mano a mano con otro traidor y no pudo darse la vuelta para mirarlo.

A Puñoinfernal no le habían pegado tan fuerte. ¿Qué era lo que le pasaba?

El siguiente marine de Rúbrica se lanzó al ataque, uno de los muchos que se amontonaban en el estrecho cuello de botella.

—¡Escoria traidora! —rugió Rojapiel, apuntando con la espada sierra al hueco bajo la hombrera derecha.

El marine de Rúbrica se recuperó y esquivó la hoja antes de contraatacar con la suya. Los movimientos de ambos guerreros eran vertiginosamente rápidos, ponderados a la perfección, cada uno capaz de perforar el adamantio si daba en el blanco. Rojapiel presionaba hacia adelante, las ganas de matar bullían en su torrente sanguíneo. Los golpes llovían con rapidez, con un estruendo metálico de la ceramita y vuelta a empezar.

Tenía ventaja. El traidor luchaba bien, pero apoyaba el peso sobre el pie de atrás. Rojapiel hizo una finta a la izquierda, luego movió sus espadas hacia arriba y a los lados intentando atrapar al marine de Rúbrica bajo la gruesa placa pectoral.

Lo habría conseguido. La espada sierra había dado un mordisco profundo, desgarrando la placa y perforando el cascarón vacío. Habría matado a otro y la pantalla de su casco habría registrado una runa de finalización más junto a las docenas que ya tenía.

No se lo impidió el enemigo, ni una explosión de un arma de largo alcance, sino Puñoinfernal. El garra sangrienta se lanzó entre los dos guerreros, derribó al marine de Rúbrica y rodó por el suelo con él. Había algo extraño y preocupante en la velocidad de

la maniobra. Antes de que Rojapiel reaccionara, Puñoinfernal se había puesto en pie, había clavado a *Dausvjer* en la gorguera de su víctima, había sacado la espada del cuerpo, había cogido el yelmo del traidor con su puño de energía y se lo había arrancado.

Sus movimientos eran aterradores, como los gestos acelerados de una pesadilla. Puñoinfernal ya no hablaba, ya no hacía bromas por el comunicador. Cuando Rojapiel se apartó esperando a que se acercaran los objetivos, oyó un resuello denso y gutural por el comunicador.

—Hermano... —empezó a decir con un escalofrío.

Puñoinfernal no estaba escuchando. Estaba luchando. Luchando como nunca había sido capaz de luchar, ni siquiera en los pasos elevados. Los marines de Rúbrica cargaron contra él y fueron despedazados. Literalmente. Las extremidades de Puñoinfernal eran un borrón gris, una sacudida de devastación que desgarraba las placas de blindaje como si fueran de cuero, partiéndolas de un puñetazo y tirándolas a un lado. Se abalanzó sobre las filas enemigas atacantes como un depredador al que han dejado suelto entre un rebaño de lentos herbívoros, consumido por un único pensamiento: matar a tantos como pudiera.

—¡Kyr! —gritó Rojapiel, viendo como su hermano se alejaba cada vez más de la formación.

Ninguno de los garras podía seguirlo tan lejos. Si lo hacían, los marines de Rúbrica irían a por ellos y no podrían aprovechar la cobertura de la artillería de los escuadrones kaerl de refuerzo. Puñoinfernal iba hacia la muerte.

Rojapiel fue a por él. No iba a quedarse mirando de brazos cruzados. Chocó contra un marine de Rúbrica y puso toda la fuerza que pudo en cada puñetazo, frustrado por no poder echarlo a un lado como hacía Puñoinfernal. Luchó con toda la pericia de su largo entrenamiento, pero no era suficiente.

Estaban aislados. Puñoinfernal se había condenado.

Fue entonces, sólo entonces, cuando unas palabras brotaron del comunicador, arrastradas, como si se tratara de un borracho intentando recordar cómo hablar. Quedaba algo de la forma de construir las frases de Puñoinfernal, pero casi todo lo demás había desaparecido. Los tonos viscosos eran más de bestia que de hombre, distorsionados por un caos de gruñidos y babas.

—Vete, hermano —dijo la voz entre jadeos y gruñidos—. No puedo protegerte.

«¿Protegerme?»

Entonces, Rojapiel lo entendió. Puñoinfernal estaba matando a todo lo que se le acercaba. Había ido demasiado lejos y no había vuelta atrás. Ni siquiera Rossek habría sido capaz de detenerlo. El lobo se había llevado a Puñoinfernal, lo había atraído a su abrazo oscuro y había consumido lo que quedaba de su vieja humanidad.

Rojapiel despachó a su enemigo, pero se acercaban más a ocupar su lugar. Puñoinfernal se había adentrado en las filas enemigas, seguía luchando como un demonio, seguía partiéndolos en dos como un berserker de leyenda.

No podía seguirlo. Nadie podía seguirlo a menos que el lobo los eligiera. Puñoinfernal era hombre muerto, aunque en sus últimos estertores mataría a más de los que muchos de sus hermanos matarían en toda su vida.

Lágrimas de ira llenaron los ojos de Rojapiel. Habían luchado juntos desde el principio, desde los días medio olvidados en el hielo, desde que los sacerdotes lobo fueron a buscarlos para convertirlos en inmortales. Habían pasado las pruebas juntos, aprendiendo las costumbres de los lobos juntos, disfrutaron matando juntos. Durante poco tiempo, tan poco tiempo, fue como si ninguna fuerza de la galaxia pudiera igualar la potencia bruta de sus espadas combinadas.

«No puedo seguirte. Demasiado lento. Por la sangre de Russ, fui demasiado lento».

Entonces, Rojapiel aulló, un aullido de rabia y pérdida, un torrente devastador y agudo

de pura ira y miseria. Por un instante, el estruendo y el eco de los cañones quedó en segundo plano y su horrible grito resonó por los largos túneles del Aett. Los soldados de Prospero apartaron la vista de la lucha pensando que algún demonio del Colmillo había cobrado vida para arrastrarlos a la oscuridad. Incluso los kaerls, que conocían los ritos y las costumbres de la montaña, sintieron que la sangre se les helaba en las venas.

Sabían lo que aquel lamento significaba. El lobo había venido y se había llevado a uno de los suyos.

Hojadragón hizo una pausa antes de volver a hablar.

—El lobo —dijo al fin—. La maldición y la gloria de los nuestros. Durante una generación de mortales he trabajado en una cura. Ningún creador de carne ha descubierto más que yo sobre las costumbres del Canis Hélix, quizá ni siquiera aquellos que llegaron a Fenris con el mismísimo Padre de Todas las Cosas. Quedó claro para mí que la maldición se podía erradicar y a la vez conservar la gloria. Esta obra ha sido mi vocación.

—La Forja —dijo Morek con una exhalación.

—Exacto. He perfeccionado la hélix. La he alterado para que ofrezca la fuerza sobrenatural de los Adeptus Astartes sin los efectos destructivos de la bestia. Los productos son tan poderosos como yo e igual de rápidos en la caza y hábiles con la espada, pero no degeneran ni caen presa del lobo. Toman las cualidades que nos hacen magníficos y purgan los factores que nos impiden crear sucesores.

Morek empezó a comprender. La náusea que sentía desde que tropezara con los cuerpos en el laboratorio empezó a subirle por la garganta.

—Los cuerpos...

—Los que se acercaban más a mi ideal. Vivieron poco tiempo. De momento, ninguno ha sobrevivido más que unas pocas horas. Sus muertes son... difíciles. Aun así he demostrado que el objetivo es alcanzable. Con más tiempo, sólo un poco más de tiempo, nos habría abierto un nuevo camino, uno que promete el dominio de las estrellas, el dominio de los Hijos de Russ.

Hojadragón levantó la cabeza con orgullo.

—¿Ves ese futuro, Morek Karekborn?

Morek tuvo dificultad para encontrar las palabras con las que responder. Imágenes de marines espaciales con armaduras grises pasaban por su mente, miles de ellos, cada Gran Compañía hecha de un capítulo distinto. Luchaban igual, mataban de la misma manera, barrían a sus enemigos en una marea de muerte controlada hasta el último detalle. Fenris sería un mundo más en el corazón de una confederación en expansión, un poder temporal en el gran circuito del imperio galáctico, un poder tan poderoso que incluso los Dioses del Caos dudarían al ver su potencial.

Y entonces, la visión desapareció. La cámara permanecía tan fría y oscura como todas las cámaras bajo la montaña. El sacerdote lobo estaba frente a él, esperando.

—Me horroriza, señor.

Hojadragón asintió.

—Por supuesto. Eres un buen fenrisiano. No ves las alternativas ni te permites sentir curiosidad por lo que podría ser. Todo lo que te importa es lo que es, lo que tienes en las manos ahora. El horizonte del futuro está muy cerca para ti. Podrías morir hoy o mañana o dentro de una estación, ¿por qué pasar el tiempo preocupándose por el transcurrir de las centurias?

Morek permanecía impasible. Hojadragón no se estaba burlando de él, sólo exponía los hechos. Hasta hacía poco se habría tomado esa letanía como algo por lo que estar orgulloso.

—Pero yo no puedo permitirme esos lujos —dijo el sacerdote lobo—. Somos los guardianes de la llama, encargados de garantizar que siempre habrá verdugos a los

que el Imperio podrá recurrir, siempre habrá guerreros capaces de responder a la brutalidad de nuestros enemigos con la misma brutalidad.

»Y cuando miro las runas con los videntes, cuando escucho los dictámenes de Sturmhart y de los demás sacerdotes, no tengo confianza en ese futuro. Veo venir tiempos oscuros, y la era en la que no hay suficientes Vlka Fenryka para contener las legiones de la oscuridad, en la que los amos del Imperio desconfían de nosotros y sus ciudadanos nos temen. Veo un tiempo en el que los mortales utilizarán las palabras «lobo espacial» no como la encarnación de un ideal, sino como una expresión de retraso y misterio. Veo un tiempo en el que las instituciones del Imperio se volverán contra nosotros en su ignorancia, creyendo que somos poco más que las bestias a partir de las cuales dibujamos nuestras imágenes sagradas.

«Recuerda mis palabras, maestro de riven: si sobrevivimos pero no logramos completar nuestra apoteosis, ésta no será la última vez que pongan sitio a Fenris.

Hojadragón apartó la vista de Morek y miró el crozius arcanum en su cinturón. Colgaba junto a su espada de energía, el símbolo de su oficio, la marca de su custodia sobre las antiguas tradiciones del capítulo.

—Por eso nos atrevemos a esto. Podemos crecer. Podemos cambiar. Podemos escapar de la maldición del pasado. Podemos movernos de los límites del Imperio y convertirnos en el poder central.

Morek sintió que la náusea se le agolpaba en el estómago, envenenándolo y haciendo que se mareara. Había escuchado antes palabras heréticas en otros mundos y siempre las había odiado. Ahora la locura salía de boca de un sacerdote lobo, el guardián de la santidad.

—¿Y esto te preocupa, Morek? —preguntó Hojadragón.

«Di la verdad».

—Me pone enfermo —dijo Morek—. Está mal. Russ, venerado sea su nombre, nunca lo habría permitido.

Hojadragón se rió, un sonido áspero y duro como el hierro que refregó la rejilla del yelmo.

—¿Así que ahora hablas en nombre del primarca, eh? Eres un hombre valiente. Nunca intenté adivinar qué habría pensado de todo esto.

Morek hizo lo que pudo para sostenerle la mirada, pero el cansancio y el estrés empezaban a apoderarse de él. Sintió que iba a desmayarse pese a estar sentado. Por un breve instante vio la calavera de la armadura del sacerdote lobo sonreír con una sonrisa rota, maliciosa y llena de dientes.

Parpadeó y la visión se desvaneció.

—¿Por qué me lo cuenta, señor? —preguntó Morek. Sabía que no podría aguantar más revelaciones; su mundo ya había sido destruido.

—Como dije —respondió Hojadragón tranquilamente—, para castigarte. Cometiste una ofensa al creerte un igual de los que guardan las cámaras de los secretos de los creadores de carne. Ahora tu arrogancia ha quedado manifiesta y debes probar un trago del terrible conocimiento con el que vivo todos los días. Si te sirviera ahora toda la copa, te ahogarías.

—¿Y eso es lo que desea para mí?

—No. Deseo que descanses, como se te ha ordenado. Luego deseo que luches para mantener la línea contra el traidor, que vendas tu posición en sangre, si llega el caso. Lo harás a sabiendas de lo que se ha hecho en el Valgard.

El sacerdote lobo hizo un gesto con el dedo y el fuego que había detrás de Morek se apagó. La oscuridad absoluta reinó en la cámara y el maestro de riven sintió que perdía la conciencia casi de inmediato.

«Le doy la bienvenida. No deseo despertar nunca».

—Exigimos que mueras por nosotros, mortal —dijo Hojadragón y su voz fue

apagándose gradualmente, fría como una tumba—. Siempre te exigiremos que mueras por nosotros. Recuerda entonces que sabes por lo que mueres.

VEINTE



VEINTE

Temekh miró al ojo de su primarca. Magnus tenía una extraña expresión en la cara, en parte expectante, en parte resignada.

—El Colmillo está abierto para mí —anunció.

Temekh sintió una punzada de entusiasmo que reprimió rápidamente.

—Aphael ha estado trabajando duro.

—Sí. Lo ha hecho muy bien.

Magnus dio media vuelta. En la luz temblorosa del santuario, Temekh podía ver el poder en estado puro que emanaba de su imagen. Tanto, que era difícil de contener. Desde que abandonó su cuerpo mortal, el primarca necesitaba de grandes cantidades de energía sólo para existir en el plano físico. Era como intentar exprimir un sol en una copa de vino.

—Protestaré de nuevo —dijo Temekh, sabiendo que era inútil—. Podría ser de ayuda ahí abajo. Los lobos siguen luchando y os vendrá bien otro hechicero.

Magnus negó la cabeza.

—No te lo diré por tercera vez, Ahmuz. Tu destino es otro.

Le devolvió la mirada al señor hechicero.

—Tienes órdenes para la flota. Cúmplelas pase lo que pase en Fenris.

Al hablar, el contorno de Magnus se transformaba en nada, como el humo.

—Por supuesto —asintió Temekh—. Pero tened cuidado; hemos alborotado un nido de avispones.

Magnus se rió y el sonido vibró por la estancia como un trueno. Su cuerpo se extinguía con rapidez, desvaneciéndose entre las sombras.

—¿Qué tenga cuidado? Me lo tomaré como una broma. Eso está bien. Hubo un tiempo en el que había más que humor negro en la galaxia.

Temekh contemplaba cómo las últimas hebras visibles de Magnus desaparecían. El último elemento en permanecer fue el ojo, rodeado de escarlata y vivo de asombro.

En cuanto la aparición se marchó, Temekh se dio la vuelta.

Lord Aphael, transmitió telepáticamente.

Me alegro de oírte —fue la respuesta, sarcástica y cansada—. *Las protecciones están muy debilitadas. Dile que puede...*

Lo sabe. Va de camino. Ponte en posición. No tienes mucho tiempo.

Aphael no contestó de inmediato. Temekh sabía que le había dolido el tono de su mensaje. Incluso ahora, la pyrae todavía pensaba que él estaba al mando de la operación. Era lamentable, aunque Temekh no tenía ganas de lamentar nada.

Estoy cerca del baluarte que llaman el Señorío del Colmillo —dijo Aphael tras una pausa—. *Puedo estar allí en un momento. Será bueno ver a nuestro padre de nuevo en el universo material.*

Me temo que no para ti, hermano. Elogió tu trabajo, comunicó Temekh.

Tuvo la leve impresión de una risa amarga, y luego el enlace se rompió.

Con un suspiro, Temekh se retiró del altar. Sentía el aire de la estancia frío en ausencia del primarca. Le recordó a sí mismo. Estaba agotado por el trabajo de tantos días y le temblaban los dedos debido al prolongado cansancio.

Hizo un gesto a las puertas, que se abrieron deslizándose con suavidad. En el corredor lo esperaba una silueta, un mortal con uniforme de capitán de la Guardia de la Torre.

—¿Llevas mucho esperando? —preguntó Temekh al salir del santuario.

—No, señor —fue la respuesta.

«Y aunque lo hubieras hecho, no me lo dirías».

El hombre parecía extrañamente nervioso y le entregó a Temekh una placa de datos.

—Son informes de los videntes de naves —dijo—. Pensé que debía verlos lo antes posible.

Temekh echó un vistazo a las runas y entendió su importancia en un instante. Los videntes de naves tenían poderes que superaban a los de cualquier navegante para ver acercarse las ondas de las naves que viajaban por la disformidad. Las señales que reflejaba la placa de datos, sin embargo, las podría haber visto un niño sordo y ciego en un isolarium. La flota que venía hacia ellos se acercaba rápido. Peligrosamente rápido.

—Gracias, capitán —dijo Temekh con calma—. Impresionante. No creía que fuera posible que el interceptor lograra llegar a Gangava.

Le devolvió la placa de datos y movió el cuello rígido para aliviar el dolor de hombros.

—Muy bien. Que la flota se prepare para salir de órbita.

El capitán empezó a hablar.

—No lo dirá en ser...

Temekh lo hizo callar con la mirada.

—Estoy cansado, capitán; le aseguro que no le conviene poner a prueba mi paciencia. Prepare la flota para salir de órbita y espere mis órdenes.

Movió un dedo y las puertas del santuario vacío se cerraron.

—La partida está a punto de terminar.

* * *

Aphael apresuró el paso hacia el Señorío del Colmillo. La amargura lo alimentaba con tanto poder como un estimulante químico. El tono de voz de Temekh era inconfundible. Mientras el corvidae se refugiaba en la seguridad del puente del *Herumon*, a él lo colocaban de nuevo en una posición peligrosa.

No le importaba el peligro. Disfrutaba del combate, como todos los pyrae. Lo que lo molestaba era el modo perentorio de su misión, el que se asumiera que Temekh era el que tomaba las decisiones ahora.

Claro está que Magnus siempre había sentido debilidad por los corvidae; los videntes y los místicos. A las disciplinas más beligerantes del culto siempre se les ponían restricciones y las mantenían bajo control. Había hecho mucho bien. Los corvidae eran díscolos. Si los Mil Hijos hubieran confiado más en la aplicación directa del poder de la disformidad, quizá hubieran vencido en Prospero en vez de estar atados de pies y manos por las dudas y las visiones.

Llegó a la cámara que llevaba al frente. Enfrente, escuadrones de rubricae esperaban entrar en combate, intercalados con formaciones más numerosas de infantería mortal. Los hechiceros, algunos de ellos renqueando a causa de heridas terribles, caminaban entre ellos. A lo lejos, cientos de metros por debajo de los túneles que llevaban a la escalera, se oía el sonido apabullante de las explosiones. Estaban golpeando con fuerza a los lobos, pero era obvio que todavía conservaban los accesos al Señorío del Colmillo.

—Saludos, señor —dijo la voz aflautada de Orfeo Czamine, el comandante de operaciones pavoni.

Aphael sintió que una expresión de odio le distorsionaba la cara. Era del todo involuntaria; sus músculos faciales estaban ya completamente fusionados con los mecanismos internos del casco y tenían una mente propia. Quizá literalmente.

—¿Cómo va el ataque? —preguntó Aphael, haciendo un gesto a su séquito para que se agacharan.

Aphael sabía que su voz sonaba como un coro de altavoces, cada uno ligeramente desincronizado de los otros. No había forma de ocultarlo ni esperanzas de mejoría.

—Los estamos machacando, como se nos ordenó —respondió Czamine, sin dar muestras de sorpresa ante las extrañas inflexiones.

—Ya deberían haber abandonado el agujero —apuntó Aphael—. Has tenido días para acabar con ellos. Podría...

Se calló de golpe.

—¿Está bien, señor?

Aphael se dio cuenta de que no podía contestar. Las palabras se formaban en su mente pero su boca ya no lo obedecía. Sintió que la frustración acumulada durante semanas lo quemaba por dentro. Hecho una furia, se aferró a su báculo con las dos manos sin saber todavía qué hacer con él. Cuando sus dedos se cerraron sobre el bastón, un fuego fantasmal empezó a arder a todo lo largo con una luz intensa y centelleante.

Czamine cayó de espaldas sin poder ocultar su espanto.

—¡Señor, está entre hermanos!

Para entonces, los movimientos de Aphael ya no le pertenecían. El báculo empezó a dar vueltas, mano sobre mano, cogiendo velocidad con cada revolución. El hierro giraba, brillando en la oscuridad con una aureola de fuego fantasmal.

Quería gritar. Quería explicarse.

«¡No soy yo! ¡Socorro! ¡Magnus, ayúdame...!»

Pero entonces, otro se apoderó de sus pensamientos. La presencia que llevaba días creciendo en su mente de repente se manifestó.

¿Por qué debería ayudarte, hijo mío? Naciste para esto. En el tiempo que te queda, disfruta del momento.

El báculo giró más de prisa y generó un vórtice de energía rotatoria en el centro. Las manos de Aphael se convirtieron en un borrón, moviéndose como los pistones de un motor que llevaba al eje hacia un remolino vertiginoso de inercia.

La conciencia de Aphael había desaparecido casi por completo. Lo que quedaba de él espiaba a Czamine corriendo hacia atrás. Vio escuadrones de mortales huyendo de él sumidos en el pánico. Contempló como las paredes de roca del (Colmillo desprendían un brillo blanco antes de darse cuenta de que era él quien las iluminaba. Estaba ardiendo, un fuego cáustico y seco que inundaba la cámara de luz. Le salía energía disforme por los ojos, por la boca y por las juntas de la armadura. El cambio de carne se desencadenó por completo y envolvió su cuerpo con contorsiones imposibles, perforó su servoarmadura y la hizo jirones metálicos.

Con todo el poder que le quedaba, Aphael consiguió extraer dos palabras de su consciencia en remisión.

«Castígalos, señor».

Por supuesto, respondió.

Entonces se fue. El ascua de luz y movimiento ya no era Herume Aphael. Durante unos momentos no fue nada, sólo una colección dispar de energías del éter, salvajes y rudimentarias.

Entonces hubo una tremenda explosión que onduló el aire e hizo que lloviera polvo del techo de la cámara. Se formaron grietas en el suelo, que nacían en la base de un capullo de luz y sonido que se transformaba con rapidez.

A partir de ese momento empezó a dejar de girar. La luz se hizo más débil y sólo quedó un punto brillante. Mientras moría lentamente se reveló una figura en su interior, más alta que Aphael y más bella. El portal se hizo más pequeño y el recién llegado dio un paso adelante y dejó atrás los zarcillos de luz intermitente.

Tan pronto como apareció, todos los que estaban más cerca cayeron de rodillas admirados. Czamine hizo una profunda reverencia con la cabeza y dejó su báculo en el suelo en señal de sumisión.

—Padre —dijo con la voz ahogada por la alegría.

—Hijo —reconoció Magnus el Rojo, flexionando sus músculos y sonriendo—. Has estado encerrado en este lugar maloliente demasiado tiempo.

Dio media vuelta hacia la escalera del Señorío del Colmillo y una chispa de codicia iluminó su ojo.

—Es hora, creo, de enseñarles a los lobos el verdadero significado de la palabra «dolor».

* * *

Odain Sturmhjart rugió de nuevo desafiante, con la voz quebrada por el esfuerzo. Llevaba cuatro días invocando el poder de la tormenta, utilizándolo para dividir y desmoralizar las fuerzas que sitiaban el Sello de Borek, y la presión empezaba a notarse. Tenía los labios cortados, ampollas bajo la armadura y la garganta en carne viva.

No había descanso. Los hechiceros eran poderosos, y más desde que muchas de las protecciones contra el maleficarum en el Hould habían caído. Sturmhjart contaba con poca ayuda y soportaba prácticamente toda la carga de proteger de la hechicería a las tropas defensoras. Otro sacerdote rúnico se habría rendido días antes, abrumado por la necesidad de mantener una lluvia constante de poder procedente del wyrd. Sólo uno como él, conectado a las inagotables energías de reserva que las peculiaridades de Fenris generaban, podía haber mantenido su posición tanto tiempo. Con él en pie, los dispositivos enemigos perdían poder, lo que permitía a los guerreros del Aett lanzarse a la contienda sin bloqueos ni interferencias. Si caía, la brujería entraría en acción y eso cambiaría sin remedio el flujo de la marea.

Así que siguió en pie, lanzando improperios a los silenciosos marines de Rúbrica que entraban en su campo de visión, manteniendo las ráfagas de rayos sobre sus filas, conteniendo los diversos poderes de los hechiceros enemigos y mermando la capacidad destructora de sus ataques procedentes del éter.

Lo hacía sentirse orgulloso. Tras su fracaso para predecir la llegada del enemigo podía meditar con satisfacción sobre lo que había hecho desde entonces. El Aett ya habría caído sin sus incansables esfuerzos. Aunque los superaban, le había dado al Aett unos preciados días extra de vida. Caer en combate tras haber infligido tanto dolor al enemigo era honorable; sólo una muerte frágil era motivo de vergüenza.

Sturmhjart estaba de pie en el centro de las líneas de defensa, parcialmente protegido por las barricadas. A cada lado tenía las líneas de artillería, que todavía operaban escuadrones de mortales. Las manadas de lobos estaban enfrente, evitando que los invasores llegaran a las trincheras. Como refuerzo contaban con los colosales dreadnoughts y las extrañas bestias del Subcolmillo. Las criaturas de la noche inspiraban terror en los soldados mortales de Prospero, más aún que los lobos. Muchas de las criaturas habían muerto durante las repetidas acciones, pero quedaban manadas enteras en acción, sin miedo, incombustibles y espeluznantes.

Sturmhjart echó un vistazo a su derecha, hacia donde la lucha era más fiera. Greyloc seguía en pie, tras días de combatir sin descanso. Su armadura de exterminador estaba negra por las quemaduras de plasma, las pieles hechas jirones y la ceramita que llevaba debajo tenía cortes profundos de un centenar de espadas. Pero seguía luchando, frío y cínico, manteniendo la línea unida a base de dar ejemplo. Ya no era el Lobo Blanco, más bien una sombra negro carbón de Morkai que andaba suelta por el mundo de los vivos.

«Me has sorprendido, señor. Hay hierro bajo esa piel pálida».

Entre los dos, Greyloc y Bjorn, dominaban la batalla del Sello de Borek. Los Mil Hijos eran demasiado numerosos para que fuera posible obligarlos a retirarse durante mucho tiempo, pero el progreso de los invasores era lento y doloroso desde el comienzo del ataque a gran escala. Los lobos habían forzado la igualdad a lo largo de las barricadas, y eso, dado el número de tropas del que disponían, era un logro tremendo.

No podía durar. Tarde o temprano romperían la línea y los marines de Rúbrica

entrarían en las cámaras siguientes. No obstante, hasta entonces, no cederían ni un palmo.

—¡Fenrys hjolda! —rugió Sturmhart, intentando, como siempre, que los lobos a su alrededor aspiraran a cotas más altas de heroísmo. Golpeó el suelo con su báculo rúnico y envió horquillas de rayos desde la fría roca—. ¡Por Russ! ¡Por el...!

No dijo más. Una sombra pasó por sus corazones y los dejó helados. El poder que corría por su armadura rúnica parpadeó y murió. Vaciló, extendió un brazo para no caer.

Tú también lo sientes, sacerdote.

La voz de Bjorn era dominante, incluso a través del comunicador. Sturmhart vio estrellas negras dando vueltas ante sus ojos y la sensación de mareo lo embargó.

—Está aquí.

Greyloc dejó de combatir.

—¿Qué sientes, Odain? —preguntó por el intercomunicador, abandonando la lucha y corriendo hacia la posición del sacerdote rúnico. Detrás de él, los cazadores grises hacían lo que podían por cerrar el boquete en la línea defensiva.

Sturmhart movió la cabeza con fuerza, intentando librarse de la persistente desorientación.

—Ha estado aquí todo el tiempo. En todas partes y en ninguna.

Los ataques de los hechiceros ganaron intensidad. La crepitante fuerza etérea brotó con rapidez de las filas atacantes y rodeó a los marines traidores. Por primera vez en días, la actitud desafiante de los lobos empezó a flaquear.

—¿Está aquí? —gruñó Greyloc, con la voz teñida de odio—. Muéstrame dónde está, sacerdote.

Ataca el Señorío del Colmillo. Ahora mismo lo está reduciendo a escombros.

—Demasiado lejos... —jadeó Sturmhart.

—Debemos alcanzarlo —dijo Greyloc con voz apremiante—. Hay rutas en la montaña, formas rápidas de subir. Nadie en el Señorío puede hacerle frente.

—Nada en Fenris puede hacerle frente.

Yo puedo.

Sturmhart dio media vuelta para ver al dreadnought que se acercaba, todavía estaba desorientado y mareado.

—¡Estás loco! —espetó—. Tú no puedes sentirlo como yo. Es un primarca, un igual del mismísimo Russ. ¡Es la muerte, Bjorn! ¡Es el corte del hilo!

Amenazador, el dreadnought levantó su cañón de plasma y apuntó los pesados cañones recortados directamente al yelmo del Sturmhart.

Tienes un corazón de fuego. Si no lo hubiera visto, estarías muerto justo donde estás por lo que acabas de decir.

Greyloc no titubeó.

—Hrothgar, de los venerables caídos, se hará cargo de la defensa del Sello; él puede mantener la línea un poco más. Yo iré tras el traidor con mi Guardia del Lobo. Bjorn vendrá con nosotros y tú también, sacerdote rúnico. Necesitaremos tu dominio del wyrd.

Sturmhart se tensó. Miró primero a la boca del cañón de plasma del brazo armado de Bjorn, luego a la maltrecha máscara del yelmo ennegrecido del jarl. Lo peor de la enfermedad causada por la emersión de Magnus había pasado. Sintió que volvía su determinación, seguida de la vergüenza por su arrebató.

—Que así sea —gruñó, cogiendo su báculo con las dos manos—. Le haremos frente juntos.

Greyloc asintió e hizo una señal a sus dos guardianes del lobo con armadura de exterminador que seguían con vida para que lo siguieran.

—Por supuesto, primero tendremos que salir de aquí.

No te preocupes por eso —gruñó Bjorn, su voz baja y resonante como el motor de una astronave. Giró sobre su eje y apuntó sus armas contra el enemigo una vez más—. **Decid a los colmillos que lancen cobertura pesada. Ahora que tengo una presa digna de matar siento la necesidad de estirar las garras.**

* * *

Hojadragón dejó caer los brazos. Estaba en lo alto de la escalera del Señorío del Colmillo, entre las grandes imágenes de Freki y Geri, la última línea de defensa antes de la sala.

Era un viejo guerrero, forjado en los fuegos de mil combates y tan inmune a la sorpresa o a la desesperación como cualquiera de los Vika Fenryka.

Y sin embargo, no podía moverse. La presencia que tenía enfrente era tan dominante, tan trascendente que le llenaba las venas de plomo y bloqueaba sus músculos sobrehumanos en un horrorizado letargo.

Magnus había venido. El primarca demonio estaba al pie de la escalera, atrayendo fuego trazador en líneas brillantes e iracundas. Los proyectiles parecían explotar antes de tocarlo, floreciendo en forma de estrella con rayos de roja ira alrededor de su titánico cuerpo. Los Colmillos Largos y los escuadrones de armas pesadas descargaron sobre él todo lo que tenían y arrojaron ríos de llamas a la cabeza y al pecho del monstruo.

No parecían surtir el menor efecto. Magnus era un gigante, un titán de cinco metros de alto que caminaba por nubes de promethium como un hombre camina por campos de maíz. Era radiante, tan espléndido como el bronce, deslumbrante entre las sombras de la montaña. Nada le hacía daño. Nada estaba cerca siquiera de hacerle daño. Había sido creado para otra era, una era en la que los dioses caminaban entre los hombres. En el universo más frío y más débil del trigésimo segundo milenio, no tenía igual, una astilla viviente de la voluntad del Padre de Todas las Cosas en un mundo frágil de carne y sangre mortal.

Mientras Hojadragón lo miraba, presa de una mordaza de terror, la máquina de matar se puso a trabajar. No hubo gritos de guerra ni alaridos de ira. El primarca demonio conservaba su humor flemático de antaño y cortaba hilos con una ecuanimidad gélida. Hojadragón vio a sus lobos cargar contra el titán resplandeciente, tan inmunes al miedo como siempre, interponiendo su cuerpo en el camino del monstruo. Fueron apartados a un lado de un empujón y cayeron sobre la piedra, donde se partieron la espalda.

Magnus caminó hacia adelante y llegó al pie de la escalera. Las barricadas habían resistido durante días, habían soportado todo intento por abrir una brecha. La artillería escupió al gigante y lo rodeó de una cortina de impactos parpadeantes. Uno a uno, los destrozó. Los arrancó de raíz y los arrojó por las trincheras.

Magnus siguió avanzando. Lauf Rompenubes se interpuso en su camino, con los brazos levantados en señal de desafío. El sacerdote rúnico empezó la invocación, dando forma a la tormenta de wyrm y respondiendo al avance del demonio con todo el poder de su arte. El primarca cerró el puño y Rompenubes sencillamente explotó, perdido en una bola de sangre, sus tótems esparcidos por el suelo entre los fragmentos de su armadura rúnica. Los kaerls se dieron la vuelta para evacuar las trincheras, todo pensamiento de resistencia aplastado por la fuerza demoledora que iba hacia ellos.

Magnus siguió avanzando. Más lobos salieron a su paso, la destrucción que habían presenciado no había conseguido amedrentarlos. Hojadragón vio a Rossek, el guardia lobo de rostro lúgubre, lanzarse a por él, con su armadura de exterminador envuelta en llamas doradas. Los Cazadores Grises lo siguieron, aullando de rabia. Por un momento desconcertaron al primarca, sorprendido por el ataque repentino de tantas espadas, cada una empuñada con pasión y coraje. Rossek incluso consiguió asestarle un golpe, lo que hizo que Magnus pusiera fin a la devastación.

Un solo golpe. Una estocada solitaria con su espada sierra seguida de una granizada

de balas de b6lter. Eso es todo lo que pudo hacer antes de que lo atrapara el pu6o de Magnus, lo arrojara contra el suelo entre fragmentos de bombas y lo aplastara, una mancha de sangre bajo sus pies cubiertos de hierro. Rossek haba ca6do, muerto en cuesti6n de segundos, su orgullosa vida segada por el descenso casi displicente de la bota de un primarca. Los lobos que estaban con 6l no tardaron en morir. M6s armas de grueso calibre descargaron su munici6n sobre el primarca. Todas fueron destruidas, arrancadas de sus soportes y arrojadas a un lado como hojarasca.

Magnus sigui6 avanzando. Los seis dreadnoughts del Se6or6o del Colmillo lo esperaban a mitad de la escalera, resueltos e inmutables. Abrieron fuego como si fueran uno solo, lanzando misiles y rayos de plasma en una r6faga aplastante y abrasadora de energ6a destructiva. En pocos segundos haban desatado suficiente fuego para fulminar a una compa6a entera de marines traidores y agotar los cinturones de munici6n pesada de b6lter y las bater6as de energ6a. Magnus emergi6 de aquel infierno intacto; de su armadura ascend6an volutas de humo y llamas. Con su descomunal altura se situ6 frente a ellos. Los dreadnoughts cerraron filas, disparando con sus pu6os de combate y garras atronadoras prepar6ndose para el impacto.

Magnus cogi6 al dreadnought que ten6a m6s cerca con una mano y lo levant6 del suelo. El enorme sarc6fago de batalla oscil6 por encima de la tormenta de fuego, con su arma de combate cuerpo a cuerpo movi6ndose impotente y descargando un proyectil de b6lter tras otro contra la piel inmune del primarca.

Magnus ech6 el brazo hacia atr6s y lanz6 al dreadnought contra la pared de la escalera. El venerable ca6do choc6 contra la superficie a gran velocidad, rompi6 la piedra e hizo un boquete en la roca. Magnus se acerc6 a la m6quina de guerra herida y apret6 el pu6o de nuevo. La armadura del dreadnought se resquebraj6 por el centro con estruendo; la grieta revelaba la c6mara amni6tica en ebullici6n de su interior. El malparado trozo de carne y tendones que hab6a en el interior del tanque se retorci6 un instante, como si todav6a poseyera alg6n instinto primigenio de supervivencia, antes de que Magnus aplastara el plexigl6s y lo sacara de all6. Con un movimiento de su poderoso pu6o, exprim6 el cuerpo de dreadnought hasta reducirlo a un reguero de sangre y desechos musculares.

Entonces, Magnus se dio la vuelta para enfrentarse al resto.

Hojadrag6n segu6a sin poder moverse. Alg6n poder lo obligaba a permanecer inm6vil.

—Se6or.

Ten6a las piernas paralizadas, pesadas y flojas. Su espada estaba anclada en tierra, un peso muerto.

—Se6or.

Una cortina negra de desesperaci6n ca6a detr6s de sus ojos.

«Nada puede detener esto. Ni siquiera Bjorn podr6a hacer nada».

—¡Se6or!

Se despert6 de golpe de sus visiones, liberado por alguien que le daba tirones en el codo. Los pocos lobos supervivientes estaban agrupados a su alrededor en lo alto de la escalera. Tan s6lo una docena hab6a escapado de la masacre del primarca. Un destacamento de kaerls lleg6 de la escalera para unirseles, unos doscientos, quiz6a. M6s abajo, los dreadnoughts segu6an luchando, muriendo uno a uno bajo las terribles atenciones de Magnus, manteniendo la l6nea unos pocos momentos m6s antes de que prosiguiera con su implacable marcha.

El que habl6 era un garra sangrienta con la armadura empapada en sangre y las fauces del casco tachonadas de dientes. Como todos los lobos, hab6a participado en cruentos combates y su placa estaba abollada, quemada y marcada por las espadas.

Hojadrag6n debi6 haberlo sentido antes.

«Maleficarum. Va a por mi mente».

Con un esfuerzo tremendo, Hojadrag6n combati6 los terribles sentimientos de

desesperación. Sus tropas acudían a él para que las guiara. El garra sangrienta lo agarraba del brazo, necesitado de liderazgo.

—¿Cuáles son sus órdenes? —preguntó con urgencia.

Hojadragón miró las caras de los que tenía alrededor. Unas horas antes, todavía se atrevían a tener esperanza. Las barricadas habían resistido lo indecible. Ahora, en el transcurso de unos terribles minutos, todo había sido destruido.

No sabía qué decirles. Por primera vez desde que tomó los ritos del sacerdocio, no sabía qué decir.

—Nosotros lo mantendremos aquí —dijo una voz clara.

Todas las miradas se volvieron hacia la voz. Era un maestro de riven mortal con un rasgo de nobleza en su cara sincera. Era el único entre los kaerls en cuyos ojos no brillaba el miedo. Había cierto vacío, como si la idea de vivir más tiempo se le hiciera repugnante.

—Nosotros, los mortales, lo mantendremos aquí todo el tiempo que podamos —prosiguió, hablando con calma a pesar de las ensordecedoras explosiones que se acercaban por la escalera—. Nosotros somos prescindibles, pero vosotros no. Debéis ir. Buscad el modo de resistir en el Valgard. Si titubeáis, moriréis.

Hojadragón miró al mortal. Por fin, las últimas hebras de la parálisis psíquica de Magnus desaparecieron. El maestro de riven le devolvió la mirada con una expresión de desafiante insolencia en el rostro.

«Morek Karekborn. Ah, cómo te he subestimado».

—El mortal tiene razón —anunció Hojadragón, recuperando su temple y colocando la espada en su sitio—. Lucharemos. Resistiremos en el Anillo.

Le hizo un gesto a Morek.

—Toma el mando de los escuadrones de artillería pesada que nos queden. Contenedlo en el Señorío del Colmillo todo lo que podáis. Los demás, venid conmigo. La abominación no entrará en nuestras cámaras más sagradas sin encontrar resistencia.

Entonces se dio la vuelta, con sus botas blindadas arañando la roca antes de echar a correr para atravesar el Señorío del Colmillo y llegar a los ascensores. El resto de los lobos fue con él. Ninguno cuestionó la orden, aunque Hojadragón podía notar la testarudez que los hacía abandonar el campo de batalla a regañadientes. Los kaerls que habían sobrevivido se mantenían tras ellos con dificultad, intentando huir del horror del hueco de la escalera. Mientras corrían, se produjeron más choques en la escalera, puntuados por rugidos aislados de luego de bólter.

Hojadragón sólo miró atrás una vez. Morek ya estaba ocupado organizando a los mortales que eran capaces de resistir con él, colocando las últimas líneas de defensa y posicionando a los escuadrones de artillería pesada en lo alto de la escalera, bajo la sombra de las imágenes de los lobos rugiendo. Más allá, el leviatán de bronce se cernía sobre ellos, cada vez más cerca.

«Valiente. Increíblemente valiente. Cuando el último de los dreadnoughts caiga, tendrá suerte si dura unos segundos».

El sacerdote lobo le dio la espalda rápidamente y llevó su mente al presente, a la supervivencia.

«No puedo sentir culpa por esto. Hay mucho más en juego que las vidas de unos mortales».

Pero mientras Hojadragón corría por el Señorío del Colmillo acompañado de los pocos hombres que quedaban a sus órdenes y dejaba atrás al primarca violento e incontrolable para retirarse de forma ignominiosa hacia arriba con la esperanza, la vaga esperanza, de que las cosas serían distintas en el Anillo, un molesto pensamiento no lo dejaba en paz.

«No tengo ni idea de cómo combatir a ese monstruo. No tengo ni idea».

* * *

Los marines de Rúbrica estaban desenfrenados. Con la marcha de Bjorn, Greyloc y el sacerdote rúnico, su potencial habían aumentado mucho. Falanges de soldados blindados de color zafiro embestían a la carga, rodeados por siniestros latigazos de energía y escupiendo fuego frío de sus guanteletes. Ni siquiera los lobos que quedaban en las barricadas eran rivales para esos poderes. Perdieron terreno y luchaban en retirada hasta los refugios que había detrás.

El fuego de los cañones fijos los cubría continuamente, y estaban protegidos por la indomable presencia de los cinco dreadnoughts que quedaban. Hrothgar los capitaneaba, una enorme máquina de guerra apenas una pizca menos imponente que Bjorn. A sus órdenes, Aldr y los demás se mantuvieron firmes en la retirada, disparando ráfagas de fuego constantes contra la marea invasora, frenándola aunque sin llegar a detenerla. La ferocidad con que luchaban las bestias no había menguado, se tiraban al cuello de los asesinos silenciosos, rasgando armadura y acero con sus extrañas garras modificadas.

Freija vio que no era suficiente. La marcha de los comandantes del bastión había privado a los defensores de sus armas más potentes. Los había visto abandonar el combate sin poder creérselo, y se quedó con la boca abierta cuando vio que Bjorn se había abierto paso a través de las hordas atacantes hacia los túneles. Sólo Russ sabía si habían conseguido llegar al otro extremo y qué terrible suceso los obligaba a alejarse de su deber en las barricadas.

Para empeorar aún más las cosas, parecía que los Mil Hijos peleaban con renovadas energías. Entraban en el cuerpo a cuerpo más rápido, reaccionaban con más astucia y golpeaban con más fuerza. Algo había ocurrido que les daba un nuevo impulso, y la corriente de la batalla ahora iba claramente a su favor.

Freija se quedó atrás, como le habían ordenado, en retirada por los grandes portales del Sello de Borek y hacia el espacio cavernoso que había a continuación. Su escuadrón seguía disciplinadamente formado a su alrededor, todos de cara al enemigo, todos disparando si parar. Impactos de grueso calibre chocaban a su alrededor; muchos de ellos eran proyectiles de bólder perdidos procedentes de los marines de Rúbrica. Los defensores abandonaban las posiciones en los portales que tanto tiempo habían mantenido, y los cañones del Sello de Borek intervinieron para unirse a la ensordecedora tormenta de luz y sonido.

Detrás había más barricadas y se habían excavado más trincheras. Se retirarían y se reagruparían y luego volverían a retirarse. Era parte del plan. Mientras quedaran dreadnoughts y los lobos pudieran pelear, tendrían una oportunidad. Ella tenía fe. Después de tantos años de cinismo era un sentimiento agradable.

Entonces se tambaleó gritando de dolor.

Uno de sus hombres se acercó intentando ponerla en pie. Volver a tropezar sería fatal; nadie en el escuadrón podía permitirse esperarla si se quedaba rezagada.

El mundo de Freija se derrumbó. Por un momento pensó que la había alcanzado un rayo láser, pero entonces se dio cuenta de que el dolor venía de dentro, como si una estaca le hubiera atravesado el corazón. Una oleada de intensa agonía le recorrió el cuerpo.

—¡Arriba, huskaer! —la apremió su soldado, tirando de su coraza.

Freija apenas lo oía. Lo único que veía era la imagen de un gigante con armadura de bronce atravesando cortinas de fuego, arrasando todo lo que tenía al alcance de sus terribles manos. Entonces vio a un hombre delante de él, un mortal, de pie y en actitud desafiante mientras el infierno iba a por él. A su lado había gigantescos lobos tallados en el granito con los hocicos en un eterno gruñido, inmóviles e impotentes.

La visión desapareció y volvieron la actividad frenética y la furia del combate en el Sello

de Borek.

—¡Padre! —gritó al darse cuenta de lo que había visto.

El arma se le escurrió de entre los dedos temblorosos y cayó al suelo. El soldado hizo un último intento por arrastrarla con él. El resto del escuadrón estaba ya a muchos metros, retirándose bajo fuego pesado al punto de reunión que les había sido asignado.

—¡Tenemos que irnos! —la apremió con urgencia.

—¡Se ha ido! —dijo Freija con un grito ahogado, sintiendo una desolación que jamás había sentido y que le impedía respirar. Los ojos se le llenaron de lágrimas, calientes y acres. Por delante, los lobos libraban una batalla final, una batalla perdida contra un enemigo despiadado. La línea del frente se acercaba. Pronto la absorbería como la marea cubre la arena.

Le daba igual. Ni siquiera se daba cuenta de lo que pasaba. Su mundo acababa de desaparecer, hecho pedazos por la muerte del hombre que se lo había dado todo. El agotamiento acumulado durante los días pasados se apoderó de ella y acabó con el poco ánimo que le quedaba.

«Se ha ido».

Y así, en el momento en que se rompieron las líneas defensivas del Sello de Borek y los marines traidores asaltaron al fin, el gran bastión en la base de la ciudadela de Russ, Freija Morekborn, fiera guerrera hija de Fenris, cayó sobre la piedra haciendo caso omiso a todo salvo a su visión de muerte.

Se quedó allí hasta que la cubrió una sombra, la sombra de uno de los muchos guerreros que habían venido al Aett con el único propósito de matar. Cuando bajó el arma hacia ella, ni siquiera lo miró.

* * *

Magnus estaba de pie en el Señorío del Colmillo. Su capa envuelta en llamas que se extinguían a medida que la gloria de su ascenso se desvanecía. El enorme espacio todavía resonaba con la tormenta de fuego residual, pero hacía mucho que los destellos de los cañones habían desaparecido. El suelo estaba cubierto de cuerpos y casquillos gastados medio escondidos entre las nubes irregulares de humo. Freki y Geri eran añicos; sus extremidades tiradas entre los restos desperdigados de las barricadas como ofrendas quemadas.

Por la vasta extensión del suelo de piedra los rubricae se movían en escuadrones compactos y ordenados que se preparaban para el asalto final. Los guardianes de la torre estaban ocupados retirando las últimas defensas y reparando los daños más graves de la escalera. Ahora que habían roto los cuellos de botella, los niveles superiores del Colmillo estaban abiertos de par en par.

Magnus sabía lo que haría. Atacaría por los túneles y los ascensores y se abriría camino hasta la cima dejando un rastro de llamas por la montaña tambaleante. Luego entraría en el pináculo, tomaría el aspecto de un señor del caos y observaría cómo sus hijos derribaban lo que quedase de la ciudadela. La destrucción sería total e irreparable, una represalia adecuada para la devastación causada en Tizca. Para cuando se marchara, el Colmillo estaría vacío, una casa muerta e inhabitable.

Pero todavía no. Tenía una tarea pendiente en el Señorío del Colmillo, una que llevaba siglos deseando llevar a cabo.

Caminó hasta la colosal estatua de Russ.

Tenía que admitir que el parecido estaba muy logrado. Plasmaba a la perfección la energía inflexible de su hermano genético. Magnus se hacía más grande a medida que se acercaba a la estatua. Para cuando estuvo delante ya medían lo mismo. Estaban de pie, cara a cara, igual que en Prospero. Magnus miró a los ojos ciegos de su viejo enemigo y sonrió.

—¿Recuerdas lo que me dijiste, hermano?

Magnus hablaba en voz alta, su voz era pura y poderosa. Los dedos le temblaban en los costados, ansioso por lo que iba a pasar.

—¿Recuerdas lo que me dijiste cuando luchamos ante la pirámide de Photep? ¿Te acuerdas de las palabras que usaste? Yo sí. Recuerdo que tenías el rostro atormentado. Imagínatelo, el Señor de los Lobos, su ferocidad convertida en pesar. Aun así cumpliste con tu deber. Siempre hacías lo que se te pedía. Tan leal. Tan tenaz. En verdad eras el perro de ataque del Emperador.

Magnus dejó de sonreír.

—No te gustó lo que hiciste. Lo sabía entonces y lo sé ahora, pero todo cambia, hermano mío. No soy el que era y tú... En fin, mejor no digamos dónde estás.

Magnus abrió los brazos y puso las manos sobre los hombros de la estatua, los dedos de bronce presionaban el granito.

—Así que no te imagines que hay una simetría en mis emociones mientras hago esto. Yo lo disfrutaré, y disfrutaré viendo tu hogar destruido y a tus hijos desperdigados. En los siglos venideros este pequeño acto me hará sonreír, un premio de consolación por el daño que infligiste a mi pueblo inocente en nombre de la ignorancia.

Magnus tiró con esfuerzo y sacó la gigantesca estatua de su pedestal, rompiéndola a la altura de los tobillos con el crujido de la roca maltratada. Magnus movía el enorme peso con facilidad, puso la estatua en posición horizontal, boca arriba, y colocó la rodilla bajo la curva de la espina dorsal.

—He esperado esto mucho tiempo, Rey Lobo, y creo que ahora que ha llegado el momento es tan maravilloso como esperaba que fuera.

Lanzó la estatua hacia su rodilla con un único movimiento y rompió la espalda de Russ con la rodilla. Las dos mitades de la estatua cayeron al suelo con un estruendo y levantaron un maremoto de polvo y escombros. El estrépito de la caída retumbó en las altas bóvedas del Señorío del Colmillo con una cadencia similar a los sollozos. La cabeza rodó por el suelo, con la misma mueca de rabia, dando vueltas hasta que encontró donde instalarse entre los escombros.

Magnus se tomó un respiro y miró los restos de la imagen de su enemigo. Permaneció quieto mucho tiempo. Su cara mostraba un placer insolente, la expresión de un hombre que desea disfrutar de una experiencia con la que sueña desde hace mucho.

Pero detrás, como sin duda habría notado Ahriman, había un dolor más profundo, el dolor del recuerdo. Siempre habría dolor. Ésa era la tragedia del pasado, de las cosas hechas que no se podían deshacer.

La introspección no podía durar. Cuando las últimas motas de polvo se posaron en las grietas de las paredes del Señorío del Colmillo, Magnus se revolvió. Sabía que sus hijos estarían deseosos de más conquistas y tenía que cumplir su deber para con ellos.

—El último empujón —murmuró, hablando para sí—. El golpe más doloroso de todos.

Se dio la vuelta, y mientras caminaba iba volviendo a su estatura normal, aunque todavía era mucho más alto que cualquiera de sus siervos. Tras él iba su rubricae con sus guías hechiceros supervivientes. Muchos habían muerto, pero todavía quedaban cientos de guerreros tan implacables y entregados como siempre. Marchaban con su espeluznante modestia de siempre por las cuestas hacia los ascensores. Todos siguieron a su padre; ninguno de ellos quedó atrás.

Cuando se marcharon, los guardianes de la torres se abrieron paso con cuidado entre la devastación de la sala. Estaban en el límite tras semanas de campaña continua, pero iban con la cabeza muy alta. Ya no tenían miedo. Habían visto la majestuosidad de los lobos arrastrada por los suelos, cosa que hizo maravillas con su confianza en sí mismos. Muchos creían que todos los marines espaciales defensores habían muerto. No era descabellado, de acuerdo con lo que les decían sus sentidos.

Así que, unas pocas horas después, ninguno de los centinelas notó los pares de ojos rojos que brillaban al pie de la escalera, moviéndose de prisa y en formación de

persecución. Sólo cuando las garras emergieron de la oscuridad y el potente grito de guerra desató el pánico entre ellos una vez más, descubrieron que se habían relajado demasiado pronto.
Quedaban lobos con vida, y estaban de caza.

VEINTIUNO



VEINTIUNO

Rojapiel no tenía tiempo para admirar las ancestrales maravillas de la Cámara del Anillo. En otra situación, se habría entretenido en el gran círculo de piedra, perdido en la contemplación de los diseños allí grabados. En las circunstancias actuales, era un lujo que no se podía permitir. Sabía que el enemigo les pisaba los talones, ascendiendo por los túneles y por los ascensores como la marea alta. Pronto estarían aquí también, listos para terminar lo que habían empezado.

Así que trabajó duro excavando con los pocos lobos restantes y con los desmoralizados kaerls. Arrastraron toda la protección que pudieron y la colocaron en el umbral de la cámara, apilando pesadas planchas de hierro a lo largo del portal que medía varios metros de ancho. Todos sabían que esas endeble barreras no durarían mucho, pero al menos proporcionarían a los kaerls cierta cobertura desde donde disparar.

Los mortales parecían a punto de desplomarse. Habían estado luchando durante días, con breves descansos para dormir y evitar que enloquecieran o murieran de agotamiento. Incluso su constitución fenrisiana, casi tan resistente como la de cualquiera en el Imperio, estaba al borde del colapso. Era un milagro que cualquiera de ellos todavía pudiera no ya sujetar su rifle, sino también usarlo.

Puñoinfernal no se habría percatado de esas cosas. Siempre se mostraba impaciente con las debilidades de los mortales.

—¿Por qué los necesitamos todavía? —se había quejado en una ocasión—. Tan sólo criemos más marines. Millares. Sin parar hasta que seamos lo único que quede, y al diablo con los débiles.

Lo había dicho en broma, pero siempre había una parte de verdad. En realidad no veía la utilidad de los humanos sin modificar. Ahora se había ido, consumido por el mismo poder que lo había elevado a la superhumanidad.

«Ésa es la clave, hermano. Pagamos un precio por nuestro poder».

—Garra sangrienta —sonó la voz seca y anciana de Hojadragón.

Rojapiel dio media vuelta. El sacerdote lobo se erguía en su armadura medio destrozada, oscuro contra la enfurecida luz de las fogatas.

—Tendrás que mantener el Anillo un rato sin mí.

Por un instante, Rojapiel no se creyó lo que estaba oyendo.

—Perdone, señor. No entiendo...

—Hay un asunto de la mayor importancia que debo atender. Si Russ quiere, estaré de vuelta antes de que el enemigo os alcance. Pero si no es así, entonces mantén la línea hasta que vuelva.

Rojapiel sintió como un rugido de ira crecía en su interior. Sabía que estaba al límite de sus fuerzas, y conocía el castigo por desafiar a un sacerdote lobo, pero lo que Hojadragón quería hacer era una locura. No había nada, nada más importante que defender la última cámara del Aett, la más sagrada, contra el ataque.

—No puede... —empezó, manteniendo la calma con dificultad—. Lo necesitamos aquí, señor. —Hojadragón negó con la cabeza.

—No intentes discutir conmigo, garra sangrienta —dijo—. Sé cómo te sientes, e iré tan rápido como pueda.

Por un instante, Rojapiel pensó en protestar. Incluso pensó en clavar al sacerdote lobo al suelo y obligarlo a quedarse.

Cuando la idea le pasó por la cabeza, le arrancó una sonrisa cansada; la total desesperación lo llevó a aceptarlo de mala gana.

«¿A esto nos vemos reducidos?»

—Si se pierde la acción, me pido al primarca como presa —bromeó Rojapiel—. Y a usted le tocará vivir con la vergüenza.

Hojadragón rió a su manera, extraña y cínica.

—Te lo mereces, garra sangrienta. Pero no lucharás contra Magnus solo. Tienes mi palabra.

Entonces se dio la vuelta y se marchó a grandes zancadas a través de las barricadas improvisadas, abriéndose paso a empujones entre los atareados kaerls. Rojapiel lo observó durante un rato y después se fijó en lo que quedaba de las defensas.

Doce lobos, entre garras, cazadores y colmillos largos. Unos pocos centenares de kaerls, parapetados en las estrechas entradas a la Cámara del Anillo o tomando posiciones en ella. Un par de armas pesadas, pero casi todo eran pistolas y con poca munición.

Después miró hacia las piedras del Anillo, a tan sólo unos metros. La imagen del Lobo que Acecha a las Estrellas estaba en el centro del círculo, el emblema del capítulo. El mismísimo Russ estuvo frente a ese grabado una vez, rodeado de su poderoso séquito, todos guerreros sin igual.

«Tan pocos. Quedan tan pocos para defender el corazón de nuestro reino».

Rojapiel dejó escapar un suspiro tembloroso. Corría el riesgo de dejar que los eventos de las últimas horas lo superaran. Podía imaginar a Puñoinfernal riéndose de eso, mofándose de él como siempre.

Ahora no. Había trabajo por hacer.

—¡Tú! ¡Mortal! —rugió, avanzando a grandes pasos hacia un grupo de kaerls que luchaba por colocar una nueva barricada en su sitio—. Ahí no. Te enseñaré dónde.

Y a partir de ahí comenzó a estar ocupado otra vez, enfrascado en la necesidad de hacer el Anillo tan seguro como fuera posible. No tenían mucho tiempo. Mientras los defensores trabajaban, se podían oír los sonidos de la tormenta que se avecinaba, debajo de donde ellos estaban, perdidos en el interminable laberinto de túneles. Todavía estaba lejos pero se acercaba con cada latido del corazón.

* * *

Magnus avanzaba por los corredores del Aett, deteniéndose sólo para destruir las escasas protecciones contra hechicería que quedaban en los tramos superiores del jarlheim. Tras él avanzaban los lentos escuadrones de marines de Rúbrica.

Casi no encontraba resistencia. Los túneles y los ascensores estaban vacíos o eran entregados rápidamente por bandas dispersas de defensores mortales, desprovistos de esperanza y de liderazgo. Magnus sabía que los lobos todavía luchaban en los niveles inferiores, que sus tropas los mantenían a raya y que sufrían un lento estrangulamiento. Los pocos defensores de los niveles superiores capaces de entablar batalla debían de haberse retirado a la cima, esperando contra toda lógica mantener a salvo el último reducto unas pocas horas más.

El desafío no lo sorprendía, aunque tampoco le producía gran admiración. Nunca había esperado que se dieran media vuelta y se rindieran sin más. Los lobos habían seguido atacándolo mientras subía por la escalera del Señorío del Colmillo, a pesar de saber que morirían en el intento. Incluso aquel guerrero grande, el del puño sierra y el grito de guerra lleno de amargura, le había hecho daño con sus golpes.

Magnus miró a su alrededor con desdén. Éstos eran los niveles donde vivían los Guerreros del Cielo. Los alrededores estaban tan descuidados y desnudos como el resto de la montaña olvidada. Aunque el Señorío del Colmillo tenía una especie de lóbrega grandeza, realmente había muy poco en el Colmillo que lo impresionara a uno. Era poco más que una gran roca, vaciada por dentro, tiritando de frío por los vientos de las montañas.

Czamine, el señor hechicero pavoni, fue junto a él, dando grandes zancadas para

mantener el paso de su señor.

—Señor, ¿tenéis más órdenes? —preguntó—. He enviado escuadrones a los túneles laterales para que destruyan las protecciones restantes. Podemos causar mucho daño allí antes de encarar a los últimos defensores.

Magnus asintió con la cabeza.

—Hazlo. Incendia, destroza y mutila todo lo que encuentres. Presta especial atención a los tótems y a los amuletos. Los lobos sienten una inexplicable debilidad por ellos, y sentirán en el alma verlos destruidos.

—Así se hará. Y después, la cima.

—Así es, aunque allí estarás solo, al menos por un tiempo.

Czamine inclinó su casco inquisitivamente, aunque no osó formular ninguna pregunta.

—Tengo que acudir a una cita —explicó Magnus—. Cuando hayas acabado con las reliquias que quedan, búscame en el pináculo.

Magnus no se molestó en esconder la mirada expectante en su rostro.

—La Cámara de Russ está cerrada, hijo mío, aquella que él llamó el Anillo. Tendrás el honor de tomarla. Nos encontraremos allí una vez que la última esperanza de este maldito capítulo se haya extinguido.

* * *

Hojadragón entró en la cámara de los creadores de carne. Marchaba apresurado, pasaba de prisa por las numerosas habitaciones interconectadas. Los espacios vacíos estaban aún bien iluminados, pero parecían afligidos en su soledad. No había encontrado enemigos en los túneles que iban del Anillo a sus dominios, pero sabía que sólo era cuestión de tiempo que llegaran. Tenía unos instantes preciosos; instantes en los que podría salvar los elementos esenciales de su investigación antes de que todo fuera destruido. No tenía ni idea de qué hacer con ellos después, pero algo se le ocurriría. Siempre había sido así.

Hojadragón daba zancadas por los laboratorios del creador de carne sin apenas reparar en las camillas de metal desnudo donde antes yacían los cuerpos. Después de haber pasado tanto tiempo retenido en el Señorío del Colmillo, tenía una extraña sensación al encontrarse otra vez en aquellos espacios antisépticos, bañado de nuevo por la luz dura que se reflejaba en los azulejos blancos.

Hojadragón llegó al sanctum interior, el lugar en donde se llevó a cabo en secreto el programa de la Forja durante tantos años. Las puertas blindadas estaban cerradas, tal como las había dejado. Se preparó para activar la apertura por voz, para lo que tuvo que contener sus pulsaciones. La agitación únicamente conseguiría interferir con el mecanismo.

Fue entonces cuando se detuvo. Miró a su alrededor, hacia las largas filas de máquinas silenciosas, las impecables salas de operaciones.

No había ningún cuerpo. Frar, el cazador gris al que trajo Morek, no estaba. Todos los demás se habían ido. Era como si no hubieran existido nunca. Fue entonces cuando se dio cuenta de la verdad.

No había sido el primero en llegar al laboratorio.

Se dio la vuelta despacio. Consciente de las consecuencias de lo que hacía, abrió las puertas.

Las cámaras de la Forja estaban patas arriba. Los tubos de incubación estaban hechos añicos y su contenido se desparramaba por el suelo alicatado. Los cadáveres de los hijos experimentales de Russ yacían en el suelo, pisoteados y malogrados. Todos los viales habían sido destruidos, reducidos a brillantes pedazos de cristal. En las habitaciones ulteriores, los condensadores chisporroteaban, consumidos por las llamas. Equipos irremplazables, de los cuales algunos databan de los días de la Unificación de Terra, habían sido destruidos por completo, y elementos de valor

incalculable estaban desparramados como vísceras.

Se había perdido todo.

Hojadragón asimiló la destrucción del trabajo de su vida en un instante. Entonces, sus ojos de ámbar parpadearon. Su atención se fijó en el hombre que se erguía en el centro de la destrucción.

No, no era un hombre. Era de estatura inferior a la que había mostrado en la escalera del Señorío del Colmillo, pero aun así mayor que cualquier marine espacial. El manto dorado le colgaba de los hombros a tres metros de altura y cubría una coraza de bronce. De sus dedos goteaba líquido amniótico. Su único ojo brillaba triunfante.

Hojadragón desenvainó su espada, y la hoja de dragón se deslizó de su vaina con un silbido vacío.

—¿De verdad piensas luchar conmigo, Thar Hraldir? —preguntó Magnus con calma.

—Con todos mis corazones —contestó Hojadragón, activando el campo disruptor de la espada. El primarca asintió.

—Por supuesto que lo harás. Pero antes escucha, anciano. Valía la pena esforzarse para evitar el futuro que anhelabas, por eso lo que resta de mi legión ha sido sacrificado. No habría habido ninguna invasión de Fenris sin tu intromisión, sacerdote lobo, reflexiona sobre eso en tus últimos instantes de vida.

Entonces, Hojadragón rugió con toda su furia antigua y amarga y cargó contra el primarca, blandiendo la espada hacia su cuello. La hoja, tallada con la fluida imagen del dragón, brilló a su vez, apresurándose hacia el peto de bronce de su objetivo.

Magnus sacó su arma en un instante. Sus movimientos parecían descuidados, calmados, pero de alguna manera eran absolutamente precisos. En un momento estaba desarmado y relajado; al siguiente se había convertido de nuevo en el ardiente ángel que había sido en el Señorío del Colmillo.

Las espadas chocaron y el sonido metálico de los filos resonó en las paredes.

Hojadragón se movía como si fuera un garra sangrienta en lo mejor de su vida, blandiendo su espada en arcos ajustados y letales, gritando con cada golpe que propinaba. La fatiga de la larga batalla se desvaneció y permitió que sus extremidades se movieran con su antigua velocidad, deslumbrante y apabullante.

Nunca había luchado con mayor precisión en sus largos años de servicio, nunca antes había perfeccionado así la canalización de las ganas de matar. Hojadragón giraba, esquivaba y embestía con una energía sublime, empujado por la ira y la pérdida que lo consumían; un dolor terrible y agudo que, por algunos momentos, puso su maestría por encima de los lobos de Fenris y la elevó a la categoría de leyenda.

Magnus lo rechazaba con una facilidad inconsciente, moviéndose con suavidad, blandiendo su espada con toda la implacable habilidad de su herencia. Era casi como si estuviera permitiendo al sacerdote lobo tener su último momento de perfección, otorgándole un último suspiro de excelencia marcial antes de que llegara el final.

Pero no podía durar mucho. Hojadragón, con toda su energía y control, era para un primarca como un mortal para un marine espacial. Con sus músculos curtidos por la edad y cansados por los furiosos ataques, la hoja de dragón cabeceó por un instante, dejándolo vulnerable. Tan sólo fue necesario un golpe de la espada de Magnus, una sola estocada directa al pecho de Hojadragón. La hoja siniestra del primarca atravesó la armadura con suavidad.

Hojadragón se convulsionó, empalado en el metal. Se debatió unos instantes más, tratando desesperadamente de librarse de la mordedura de la espada. La suya cayó de entre sus dedos mientras su campo de energía emitía un zumbido furioso.

El sacerdote lobo tosió sangre, caliente y negra, que inundó el interior de su casco.

Recuperó su visión por última vez. Lobos Espaciales, tan numerosos como las estrellas, llevando la guerra a los confines más oscuros de la galaxia, esculpiendo el Imperio a imagen del Rey Lobo y haciéndolo tan poderoso y lleno de vitalidad como lo

fuera en tiempos de Russ.

—Todo se... hizo... por Russ —jadeó, mientras sentía las Irías garras de la muerte apoderarse de él.

Entonces quedó inerte, desplomándose sobre la espada de su enemigo.

Sombrío, Magnus recuperó la hoja y dejó que el cuerpo de Hojadragón se encogiera sobre el suelo.

—En tal caso, le fallaste —señaló el primarca, mirando impassible hacia el cadáver desarmado—. Esta lucha ha terminado.

—¡No mientras vivas, traidor!

Magnus alzó la vista con brusquedad. Sorprendentemente, había guerreros que cargaban contra él. Un gigante con armadura de exterminador, con sus garras de lobo brillando con furia relampagueante. Un sacerdote rúnico, con su báculo lanzando destellos de energía etérea, flanqueado por dos guardaespaldas. Y tras ellos, moviéndose más lentamente, algo macizo y pesado. Algo que reconoció de tiempos ancestrales.

* * *

El *Russvangum* entró a toda velocidad en la zona de combate orbital con sus luces centelleando. Las escoltas volaban a toda velocidad tras él, disparando con todo lo que tenían. La llegada de la flota de combate de los lobos era devastadora, envuelta en fuego y furia.

La flota de los Mil Hijos no se enzarzó con ellos, sino que se retiró de Fenris en una maniobra que era obvio que había sido planeada. El *Herumon*, la única nave en la armada capaz de enfrentarse al buque insignia de Ironhelm, se puso a salvo discretamente girando sobre su eje y dirigiéndose directamente a los puntos de salto.

Las fragatas y destructores de los Lobos Espaciales se dirigieron sin rodeos al corazón del enemigo, disparando ráfagas de costado al pasar junto a las lentas naves de transporte de tropas. Las naves doradas comenzaron a arder y sus escudos se deformaron por la furia del ataque.

Pero Ironhelm no había venido para entablar una batalla orbital. Podía apreciar el oscuro círculo de destrucción en el Colmillo incluso desde los visores de espacio real. Medía varios kilómetros y expandía su mácula sobre la impecable extensión reflectante del Asaheim como una herida sobre la piel pálida.

Mientras la miraba, su mente retrocedió a las filas de los Hermanos del Lobo, que aullaban con angustia al ser exterminados. El aire de la pirámide de Gangava se había vuelto tóxico, imbuido de locura y horror. El dejar a medias aquella batalla había sido la decisión más dura de toda su vida. Perdido en un mundo de ira, apenas había reconocido a Kjarlskar cuando el señor lobo se abrió camino hacia él en la batalla. Incluso entonces, aún después de haber escuchado lo ocurrido en Fenris, una parte de sí mismo se resistía a la llamada de vuelta.

La profundidad de su estupidez se reveló en un instante. Habría sido menos doloroso seguir luchando, haberse perdido en las ganas de matar, haberse regodeado en el impulso de la purga de los impíos.

Todavía recordaba las caras de aquellos a los que había matado. Rostros torturados. Rostros que escondían una conciencia espantosa de sí mismos.

Muy en su interior, los Hermanos del Lobo sabían en qué los habían convertido.

«Vivimos con el peligro».

—A las cápsulas —gruñó, mientras se precipitaba desde el puente hacia las cápsulas de lanzamiento. En cada una de las naves de la flota, los jarls de las Grandes Compañías hicieron lo mismo. Cientos de cápsulas de desembarco estaban ya preparadas para el descenso al planeta, y cada una transportaba una carga completa. Los motores de la Thunderhawk despertaron a la vida con un rugido en los hangares,

esperando la señal para precipitarse a la troposfera hacia a la zona en la que sus cañones podría hacer daño.

El capítulo entero había llegado a la órbita, barriendo toda resistencia con la misma facilidad con que lo hicieron los Mil Hijos tantos días atrás. Faltaban instantes para los aterrizajes.

Ironhelm se embarcó en su cápsula con impaciencia, se reclinó sobre las paredes de adamantio y sintió cómo la jaula de sujeción se acoplaba en su lugar. Las compuertas exteriores chirriaron al cerrarse, y las sirenas de lanzamiento comenzaron a atronar.

—Aterrizo en la cima —gruñó al comunicador.

Aquello sería peligroso, sin margen para el error; la mayor parte de las cápsulas se enviaban abajo, a los pasos elevados. Sin embargo, los operadores sabían que era mejor no discutir, y las coordenadas fueron establecidas con diligencia.

—Listo para el lanzamiento, señor —se oyó una voz por el comunicador.

—Hazlo —ordenó Ironhelm, preparándose para la liberación de las abrazaderas, y el vertiginoso descenso a la superficie. No veía la hora.

«Voy a por ti».

Las compuertas de lanzamiento se abrieron, y las cápsulas comenzaron a descender. En todas las direcciones, naves de lobos se lanzaban a la batalla, destruyendo cualquier nave enemiga demasiado lenta para esquivar su artillería.

Sabía lo que el enemigo estaría pensando. Sabía que a lo largo de los pasos elevados los batallones atrincherados de la Guardia de la Torre estarían mirando arriba, y se darían cuenta de que su flota desertaba y los abandonaba a su suerte. Fue entonces, al ver los cielos oscurecerse, cuando un pensamiento terrible cruzó sus mentes aterrorizadas. Disfrutó sólo de pensarlo.

«Este es el planeta de los lobos y han venido a recuperarlo».

* * *

Sturmhart abrió los brazos y lanzó una furiosa tormenta de energía. Puños relampagueantes salieron disparados, envolviendo a Magnus en una aureola de luz cegadora. Los sellos de la armadura del sacerdote rúnico refulgieron de vida, encendidos en un rojo sangre.

Greyloc y sus dos guardias del lobo saltaron a la acción, gruñendo con furia inexpresable. Fueron hacia Magnus como una manada abatiendo a un konungur: uno a la garganta, otro al pecho, otro a las piernas. Sus armaduras resplandecieron bajo la égida de Sturmhart mientras se lanzaban al ataque.

Círevloc fue el más rápido. Atacó con sus garras el rostro del primarca, desgarrando y descuartizando. Magnus retrocedió, empujado por la velocidad del ataque. Aunque era más de un metro más alto que los marines exterminadores, el ritmo y ferocidad de los ataques lo hizo retroceder sobre sus talones trastabillando.

Magnus El Rojo, hijo del Emperador inmortal, primarca de los Mil Hijos, trastabilló.

—¡Por el Padre de Todas las Cosas! —rugió Greyloc, triunfante, consumido por el extraordinario encarnizamiento de la cacería. Como le había pasado antes a Hojadragón, el odio visceral hacia Magnus le había otorgado, durante unos instantes, unos poderes increíbles—. ¡Por Russ!

Greyloc obligó al primarca a retroceder otro paso, aullando su odio en un frenesí apenas inteligible. Magnus empuñó su espada, pero un feroz ataque de garras de lobo la tiró a un lado.

Un guardián del lobo hizo contacto hundiendo sus garras en la pierna de Magnus. Sturmhart bramó de placer al verlo, y su fuego wyrd rugió con redoblada intensidad. Los otros guardias del lobo clavaron sus garras en el pecho del primarca. Los lobos sentían el olor de la sangre en las fosas nasales, y eso los hacía imponentes.

Magnus se tambaleó otra vez y chocó contra la pared que tenía detrás, rompiéndola y

derribándola bajo su empuje. Greyloc saltó tras él, seguido de cerca por los demás. Sturmhart se mantuvo en sus talones, consumido por un odio infernal de llamas wyrd. Los cuatro lobos desgarraban, apuñalaban y embestían al primarca demonio en retirada, con sus puños volando y sus hojas rasgando. No había pausa ni respiro, sólo una continua tormenta de golpes terribles, propinados a gran velocidad con cólera visceral y despiadada.

Hicieron retroceder aún más al primarca demonio, que derribó otra pared, destruyéndolo todo a su paso. Los rugidos y los gruñidos eran ensordecedores, un horrible estruendo desafiante que se propagaba y retumbaba por las estrechas salas del creador de carne.

—¡Muerte a los brujos! —bramó Greyloc, poseído por las ganas de matar, su cuerpo henchido de furiosa energía.

Estaba luchando a un nivel de perfección que le daba ganas de gritar. Greyloc sentía cómo se consumía en llamas en la lucha, cómo se causaba un daño irreparable a través de la violencia descontrolada. No había lugar para la retirada, ninguna posibilidad de recuperación. Se iba a matar luchando, utilizando cada gramo de potencial de su cuerpo mortal.

«Yo soy el arma».

No era para menos. Estaba enfrentándose a un dios viviente, y sólo su confianza indómita, su inamovible certeza, su compromiso total, podrían estar a la altura de semejante desafío.

«Mi estado de perfección».

Así que embistió contra Magnus otra vez, sin concederle tiempo ni espacio. Otra pared fue destruida en el avance furioso de los combatientes envueltos en luz.

Irrumpieron a través de los escombros en un espacio amplio y abierto. Habían atravesado las paredes del laboratorio y habían llegado a una especie de hangar, uno de los centenares que tachonaban la montaña cerca de la cima. Únicamente quedaba un helicóptero de combate en la pista, estropeado y ennegrecido por los graves daños sufridos en combate. En el extremo más lejano de la plataforma de despegue atronaba una tormenta. Los relámpagos de un viento vengativo retumbaban en sus oídos, directo desde los aires glaciales de Asaheim, violento y huracanado.

«El alma de Fenris comparte nuestra furia».

Los lobos continuaron su ataque, coronados por la luz wyrd de Sturmhart, bramando desafiantes, propinando golpe tras golpe, cada uno de los cuales habría bastado para poner punto final a cualquier otra batalla, pero que en este caso simplemente la prolongaba.

Pero su fuerza, en toda su insólita majestad, tenía unos límites claros. Magnus era un hijo del Emperador, uno de los veinte sin par que habían encendido los fuegos de la Gran Cruzada, y su porte sólo podía ser alterado durante un breve espacio de tiempo. La arremetida había sido tremenda, la peor que había soportado en un milenio, pero su fuerza era casi infinita y su astucia no tenía parangón. Se enderezó, empequeñeciendo a sus asaltantes, y recordó el poder que estaba a su alcance.

Uno de los guardianes del lobo descuidó su defensa durante una fracción de segundo, y aquello fue suficiente para que el puño de Magnus se estampara en su cara y lo arrojara algunos metros más allá. El guardián del lobo cayó a plomo sobre el suelo, con el casco aplastado, y ya no se levantó.

Sturmhart fue el siguiente, envuelto en una devastadora ráfaga de fuego fantasmal de las manos extendidas de Magnus. El sacerdote rúnico se dobló por la cintura, preso de un repentino y angustioso dolor.

—¡Hjolda! —gritó, derramando sangre por las juntas de su armadura.

Magnus apretó los puños, y el escudo de ceramita explotó, desparramando una tormenta de carne y huesos a lo largo del suelo del hangar. Entonces, el primarca se

volvió para encarar a Greyloc y al guardián del lobo superviviente. La ecuanimidad había desaparecido de su rostro, y su pelo rojo como el vino colgaba en desordenados mechones. Estaba sangrando, y cojeaba a causa de una herida profunda en la pierna. Su forma física sólo había soportado una vez tales heridas en el pasado, y el recuerdo de aquel dolor lo encolerizó.

—Me has enfurecido, perro —gruñó Magnus, y propinó un revés al guardián del lobo que lo dejó fuera de combate y le rompió la espalda con un chasquido seco. Entonces arremetió con el puño contra Greyloc a una velocidad endiablada.

No pudo usar el fuego fantasmal. Una bola de plasma golpeó a Magnus directamente en el torso, lanzándolo fuera del hangar. Otra le impactó de nuevo, y otra más, enviándolo cada vez más lejos. Agitando las extremidades, empapado en un relámpago tan caliente como una supernova, Magnus se precipitó al interior de la carcasa del Thunderhawk caído. El impacto lo hizo añicos; sus puños dorados atravesaron la superestructura aplastada de adamantio como un chiquillo enrabiado atrapado en una casa de muñecas.

No sabes nada de la ira, traidor —bramó Bjorn, irrumpiendo a través de la pared del hangar y lanzando otra ráfaga de rayos de plasma del cañón de su brazo—. **Esto es furia. Esto es odio.**

Los rayos impactaron, uno tras otro, todos ellos dirigidos con extrema precisión. Magnus estaba envuelto en un infierno furioso y atronador, un flujo de ráfagas estelares que lo golpeaban y lo hacían retroceder, empotrándolo aún más en el interior del helicóptero de combate.

Todavía se mantenía en pie y contraatacó. Por un momento pareció como si el primarca pudiera rasgar por completo el chasis de la Thunderhawk.

Entonces, los depósitos de promethium se incendiaron.

La explosión fue titánica, sacudió la totalidad del hangar y provocó una onda expansiva a lo largo de la pista. Magnus quedó sepultado bajo una protuberante esfera blanca de destrucción, un globo de fuego que salió despedido hacia el techo del hangar y corrió a lo largo de la piedra como si fuera mercurio. Greyloc fue arrojado al suelo. Profundas y enormes grietas surcaban el hangar. El viento aullaba arrastrando ráfagas de llamaradas por el aire atormentado.

Sólo quedaba Bjorn. Seguía disparando, una y otra vez, derramando más plasma en un furioso torrente de destrucción.

Cuando Magnus finalmente emergió, su rostro estaba contraído por la ira asesina. La piel colgaba de sus huesos, abrasada y ardiendo lentamente. Su manto dorado se había vuelto negro y su armadura de bronce estaba calcinada. Su melena había desaparecido, reemplazada por una calavera de jirones de carne. Su único ojo era una estrella roja, ardiente como el metal en la forja de un herrero. Tenía la carne surcada por tajos profundos que debajo revelaban un entramado de luminosos colores cambiantes. La capa física con la que había envuelto su esencia demoníaca se había convertido en jirones, arrebatada por el plasma ardiente.

Magnus saltó del infierno directamente hacia Greyloc dejando tras de sí un rastro de tiras de fuego como las alas de un ángel. Bjorn apuntó con su cañón de plasma, pero fue demasiado lento. El primarca herido arremetió contra el señor lobo mientras éste luchaba por ponerse en pie. Magnus lo derribó con un golpe descendente de su puño cerrado, en el que todavía ardía con furia el promethium. La cabeza de Greyloc golpeó la piedra y por un momento bajó la guardia.

Magnus le clavó las dos manos desgarrando la coraza con dedos avariciosos. La ceramita se disolvió en nubes sibilantes mientras despedía energía dorada y plateada. Magnus escarbó profundamente y agarró los corazones de Greyloc con sus puños aplastantes.

El señor lobo gritó mientras sus extremidades se paralizaban por el dolor. Con un

horrible tirón, Magnus liberó los órganos aún latentes, los arrancó del pecho todavía con vida de Greyloc esparciendo chorros de sangre y los arrojó a un lado.

Por un momento, el señor lobo mantuvo la consciencia y sostuvo la mirada de su asesino.

Tras el casco, su rostro pálido aparecía preocupado pero desafiante. Sus ojos reflejaban, por última vez, una fugaz visión de una llanura nevada, de presas que corrían bajo el sol de justicia, del viento helado sobre sus brazos desnudos.

«Mi estado de perfección».

Entonces, sus brazos quedaron laxos y el fulgor de sangre de sus lentes se apagó.

* * *

¡Jar!, rugió Bjorn con la voz distorsionada por el odio.

El dreadnought se abalanzó sobre el primarca sin dejar de disparar rayos de plasma; su brillante garra se mostraba resplandeciente de furia disruptora. Los dos gigantes se unieron en un choque de energía de la disformidad, promethium y acero contra acero.

Mientras Magnus y la *Garra Implacable* entablaban un terrible y devastador combate, la tormenta a su alrededor se había elevado a un nuevo punto de virulencia. El suelo bajo sus pies crujía más y más, abriendo abismos en el rococemento. El anciano dreadnought, espoleado por una cólera mayúscula, forzó al primarca a ponerse a la defensiva otra vez cortándolo con sus garras y disparándole casi a bocajarro. A esa distancia, los efectos del terrible plasma eran casi tan perjudiciales para Bjorn como para su enemigo, pero eso no lo detuvo.

Poco a poco, envueltos en humo y restos de fluido de energía, los dos combatientes atravesaron la entrada del hangar en un abrazo grotesco y bamboleante, intercambiando golpes de una fuerza demoledora y aplastante. No quedaba ninguna cubierta sobre el portal. Tras el borde de rococemento de la pista, la roca desnuda continuaba unos metros antes de caer en picado. Alcanzaron el precipicio, lanzando golpes de tal brutalidad que la piedra se desmoronaba bajo sus pies.

Magnus estaba herido. Ningún mortal lo había herido tan profundamente jamás. Sus movimientos, que se habían tornado erráticos y vacilantes, reflejaban su estado de conmoción. Toda su agilidad lo había abandonado, y luchaba como un pendenciero de taberna golpeando la pesada armadura del dreadnought mientras Bjorn contraatacaba.

Se aproximaron más al borde. Las rocas se desmoronaban y dejaban un rastro zigzagueante en su caída por las pendientes duras como el acero de la montaña. La caída era casi vertical. Estaban a miles de metros por encima de los pasos elevados, luchando en un duelo celestial como los dioses del mito fenrisiano, rodeados de llameantes lenguas asaeteadas y de los gritos mortales de las tormentas.

Mucho más abajo, había fuego y carnicería. Los lobos habían aterrizado por centenares y ahora corrían enajenados por la piedra cortando hilos a voluntad. Algunas columnas se dirigían hacia los armazones derruidos de las puertas, para entrar otra vez en su propia ciudadela con la luz mortal de la persecución en sus ojos. Los cielos estaban tachonados de regueros de cápsulas de desembarcos y de las estelas oscuras de las Thunderhawk. Mucho más arriba, rodeados por ráfagas de destellos encadenados, naves más pesadas descendían lentamente por la atmósfera superior.

Los dos lo vieron. Incluso en plena lucha, Bjorn dejó escapar un gruñido de triunfo.

Ironhelm está aquí, brujo —se burló mientras clavaba la garra con fuerza en la armadura de bronce y retorció las hojas—. **Significa tu muerte.**

Magnus parecía más allá de las palabras. La carne alrededor de su boca era desigual, carbonizada por el pegajoso promethium y desgarrada en tajos profundos por los afilados golpes del dreadnought. Sujetó el tubo del cañón de plasma de Bjorn asiendo con dedos como garras la embocadura al rojo vivo.

Bjorn disparó de nuevo y sepultó la muñeca de Magnus bajo un abrasador holocausto

de energía. El primarca seguía agarrado, absorbiendo el terrible calor, girando y retorciendo el extremo romo del tubo hasta convertirlo en un amasijo. Su cañón había quedado inutilizado, por lo que Bjorn pasó a sus garras, dirigiéndolas de nuevo a la maltrecha cara del primarca, a la que alcanzaron y arrancaron más carne de su esencia demoníaca.

Columnas de piedra se resquebrajaron y se desmoronaron desde el borde del acantilado, y una filigrana de grietas se abrió bajo los poderosos pies de Bjorn. Los dos titanes temblaban al borde del abismo, intercambiando golpes incluso cuando éste parecía reclamarlos. El viento huracanado del Asaheim los arrastraba cada vez más hacia la destrucción.

Fue entonces cuando Magnus, cansado, herido y quemado, pareció recordar al fin quién era. Desasíó una mano y la energía fluorescente de la disformidad chisporroteó de sus dedos extendidos. Las garras de Bjorn se arrugaron, abrasadas en una tormenta de locura de colores. Sus zarpas se curvaron más allá de lo posible y después se resquebrajaron.

Desarmado, el venerable dreadnought se lanzó al cuerpo a cuerpo, intentando forcejear con el primarca y empujarlo hacia el borde del abismo. Magnus esquivó el ataque y golpeó con fuerza con su otra mano. Aún desprovisto de espada, su carne demoníaca era todavía lo bastante poderosa para agrietar el sarcófago de Bjorn, e infligió un abrupto desgarro en la ancha placa facial. Los iconos de hueso se deformaron y las runas se partieron por la mitad.

Entonces, Bjorn se tambaleó, expuesto finalmente a la totalidad del poder de la ira del primarca. Magnus preparó un puño llameante apuntando a la ranura del ojo. Bjorn no podía hacer nada. Recibió un duro golpe que resquebrajó la placa reforzada, lo hizo oscilar sobre su eje central y lo acercó al borde. Magnus se dio la vuelta para posicionarse en un suelo más seguro y empujó al dreadnought al borde de la caída, sujetándolo con una mano. El suelo que soportaba el peso descomunal de Bjorn se hundió y se desmoronó en una pequeña avalancha de escombros y cuchillas de hielo.

—Tú estabas en Prospero —resopló el primarca, con una voz que era un horrible eco de lo que había sido—. Reconozco el patrón de tu alma.

Bjorn intentó responder, pero sus generadores de voz habían sido destruidos. Podía sentir como los sistemas fallaban en todo su cuerpo artificial. La existencia infernal que había sido obligado a soportar durante tanto tiempo parecía extinguirse al fin. No lo lamentaba.

—¿De verdad pensabas que podrías matarme? —preguntó el primarca en tono áspero, a la vez incrédulo y furioso. En su mano libre prendió un nuevo fuego fantasmal—. Si no pudo mi hermano, ¿qué esperanza cabía para ti?

Fue entonces cuando Bjorn vio una forma que se precipitaba desde la pendiente por encima de ellos. Un guerrero enorme con armadura trotaba pendiente abajo hacia ellos con rostro glacial. Arriba, a lo lejos, se veía el perfil de una cápsula de aterrizaje incrustada muy cerca de la cima del Valgard.

En el interior de su caparazón agrietado, lo que quedaba de la antigua boca de Bjorn sonrió.

* * *

Ironhelm saltó por el aire a gran velocidad con los brazos extendidos. Se lanzó contra las figuras enzarzadas con la fuerza de un Land Raider a la máxima velocidad. Se oyó un fuerte sonido metálico tras el choque de armadura contra armadura. La cornisa se deshizo en pedazos, y los tres dejaron atrás el borde quebrado del precipicio y cayeron rodando por las empinadas cuestas en una nube de piedra y hielo.

La cabeza de Ironhelm se giró bruscamente al golpear algo a gran velocidad, después su brazo chocó con el saliente de una roca y la partió. Se deslizaba y tropezaba y caía

más y más, destrozando la falda de la montaña en su caída. Con el rabillo del ojo, vio a Bjorn chocar de frente con una masa de hielo antes de que el enorme cuerpo del dreadnought se perdiera de vista. Por todas partes había ráfagas de nieve que lo cegaban. Oyó a Magnus gritar, y percibió fragmentos de carne demoníaca brillando cerca de él antes de que lo arrastrara la caída.

Cayó, cayó y cayó. No había nada que pudiera parar la caída en picado, sólo nieve suelta y piedras ennegrecidas por el fuego. Ironhelm se golpeó contra un peñasco y sintió cómo éste se hacía añicos antes de comenzar a rodar otra vez. Todo estaba en movimiento, girando en un torbellino que desorientaba los sentidos.

Entonces, con un terrible estruendo, golpeó algo más grande. Aún arrojado en su armadura de exterminador, el impacto fue escalofriante. Ironhelm se desvaneció mientras su cuerpo rebotaba antes de pararse dolorosamente con un chirrido.

Era un saliente, uno de los miles de obstáculos en las abruptas elevaciones del Colmillo, de varios cientos de metros de ancho y a una altura considerable en los vertiginosos acantilados de la cima.

Ironhelm sintió como la consciencia volvía casi al instante y se dio cuenta del terrible daño que se había hecho. El dolor se extendía por su cuerpo como el fuego recorriendo sus torturadas articulaciones y huesos fracturados. Podía sentir como la placa de acero de su cabeza repiqueteaba suelta. Eso significaba que tenía el cráneo fracturado, un pronóstico acorde con el dolor encendido que le zumbaba detrás de los ojos.

Gruñó con furia y se incorporó a una posición medio sentada. Magnus también estaba allí. Los dos habían caído juntos, pataleando y agitando los brazos. No había señales de Bjorn, aunque detrás del primarca había una larga hendidura que discurría por debajo de la roca, esculpida en la piedra como el surco de un arado. Todavía caían nubes de nieve y hielo compacto, junto con lacerantes pedazos de roca.

El primarca estaba en pie. Toda apariencia de su antigua forma se había desvanecido. No quedaban ni el manto dorado, ni la placa de bronce, ni grebas finamente talladas con imágenes del zodíaco brillando a la luz del sol.

Lo que restaba era una forma de energía, una vaga red asemejando a un hombre hecha de energía pulsante de la disformidad, vivida y perturbadora. El único punto fijo dentro de la piel cambiante de esencia etérea era el ojo, solitario, de color rojo granate y resplandeciente como un círculo de fuego.

El viento se arremolinaba alrededor del devastado primarca, glacial y desgarrador, intentando arrancarlo del borde de la montaña y arrastrarlo al abismo. El alma del planeta sabía la clase de abominación que había sido revelada y gritaba para arrastrarlo de vuelta a la disformidad.

Magnus dio un solo paso, lleno de dolor, hacia el cuerpo roto de Ironhelm, y lo observó con una mirada envenenada, mecido por el viento.

Ironhelm se puso en pie ignorando la agonía abrasadora que recorría su poderoso armazón. Sintió charcos de sangre en el interior de las botas y colándose por las juntas de su armadura. El dolor lo mantenía consciente, lo mantenía centrado. Había cruzado la disformidad para este encuentro con toda la velocidad y la furia que pudo reunir. Dos veces.

—Brujo —escupió, sintiendo el choque de la saliva mezclada con sangre en su placa facial.

Había perdido su espada gélida en la accidentada caída, pero su armadura de exterminador tenía otros recursos. Su muñeca izquierda contenía dos bocas lanzamisiles incrustadas en la curva de la placa, mientras que su mano izquierda estaba enfundada en un descomunal puño de combate. Seguro de su destreza con ambas, Ironhelm avanzó en una carga pesada y aplastante contra la forma ondulante del primarca. Mientras cargaba los misiles disparó los bólter. Los proyectiles impactaron en Magnus pero no detonaron. Parecía que había desaparecido

completamente, aunque el impacto había herido claramente al primarca demonio. Magnus rugió de dolor y de cólera, y se preparó para recibir la carga del Gran Lobo con las manos desnudas.

Ironhelm sintió como sus piernas ardían mientras relampagueaba hacia el cuerpo a cuerpo. Su armadura le proporcionaba una gran confianza; impulsaba toneladas de músculo, huesos, ceramita y adamantio contra el cuerpo del primarca. Cuando chocó, blandió su puño de combate en un amplio y elevado arco a la cara resplandeciente de Magnus.

El primarca se desvió de la trayectoria del puño con maestría, mantuvo su cuerpo ágil y lanzó sus propios puños contra la placa del pecho del Gran Lobo, arrojándolo hacia atrás sobre el hielo. Ironhelm cayó de espaldas contra la superficie lisa. Magnus se preparó para otro golpe, pero Ironhelm logró disponer de su puño de combate a tiempo. Lo puso a la máxima potencia y tuvo la sensación de golpear un saco de huesos.

Magnus salió volando y chocó contra el borde del acantilado. Su cuerpo brilló al golpear el costado de la montaña, como un hololito casi carente de energía. La expresión del primarca era una mezcla de incredulidad y angustia.

Lo habían humillado. Una humillación terrible.

Ironhelm soltó una risa feroz y cargó otra vez aprovechando su pesada envergadura para incrementar la inercia. Magnus se levantó para recibirlo, con los puños brillando por la luz fantasmal. Los dos chocaron con un terrible estruendo. Ironhelm sintió cómo su brazobólter se hacía añicos acribillado por una descarga de fuego al rojo vivo. También sintió que su puño de combate daba en el blanco haciendo que el primarca trastabillara hacia atrás.

Ironhelm gruñó por el simple placer de la lucha. Después de tanto tiempo cazando espectros y soportando burlas de apariciones, al fin estaba en su elemento. Se sentía un poco más vivo con cada nuevo golpe de sus atormentados brazos. El dolor era inmaterial. La única cosa que existía para él era el desafío, la prueba de las armas, el ejercicio de su capacidad sin par para controlar la violencia.

La cólera alimentaba esa capacidad, la cólera que había cultivado desde que partió de Gangava. Los rostros de los Hermanos del Lobo reunidos en su mente, aullando todavía de horror y dolor. Los rostros de los caídos en Ferris también estaban entre ellos, acusándolo con sus gruñidos. Greyloc tenía razón. Los muertos habían sido sacrificados en el altar de su orgullo y ahora reclamaban su recompensa.

Intentó otorgársela. El puño de combate crujió de nuevo contra el costado del entramado etéreo de Magnus haciendo que su espalda chocara contra la pared del acantilado. Su rostro ciclópeo resplandeció de dolor en el momento en que se precipitó contra la roca afilada como una espada. Todo su armazón se sacudió y transmitió ondas sísmicas a través de su carne entramada. Lejos, sobre sus cabezas, la tormenta se agitaba violentamente en la victoria y arrojaba vientos huracanados fríos como el vacío hacia las laderas del Colmillo.

Entonces Magnus gritó, un lamento de dolor como no se había oído desde que el Rey Lobo destruyó su primer cuerpo. Retumbó en la roca, por encima del viento, por encima de la artillería relampagueante del nivel inferior donde los lobos desgarraban las formaciones de tropas mortales en los pasos elevados. En aquel lamento estaba la pesadumbre de las edades, la desesperanza de un semidiós criado para comprender los profundos misterios del universo y que en vez de ello se batió en feos conflictos sobre la nieve sucia de un mundo de bárbaros. Era un lamento de pérdida, de fracaso, de la infinita futilidad de una guerra sin fin que nunca había deseado.

Ironhelm escuchó ese lamento y sonrió con fiereza. Continuó asestando golpes aplastantes a la abominación que tenía ante sí, moviendo los brazos como un poderoso motor, perdido en una tormenta de frenesí sangriento.

—¡Pelea conmigo, brujo! —rugió—. ¡Levanta los brazos y pelea!

Por un momento pareció como si Magnus hubiera perdido la voluntad de hacerlo. Encajaba el castigo, con la espalda arqueada contra los acantilados. Estelas de fuego se aferraban todavía a su contorno devastado, el residuo de su tortuoso ascenso a través del jarlheim. Tenía los ojos abiertos, fijos de dolor. Parecía perdido, arrojado a la deriva desde la cima del mundo que había jurado destruir.

Pero entonces, tal como y como había ocurrido antes, empezó a recordarse a sí mismo. En sus profundidades prendió una nueva llama. Los primarcas habían sido criados, por encima de todo, para sobrevivir, para soportar todo lo que una galaxia inconmensurablemente hostil pudiera arrojar contra ellos. Su poder residual era casi inextinguible, procedente del profundo océano de la inigualable potencia del Emperador. Incluso ahora, tras haber soportado tanto sufrimiento, tras haber absorbido tanto dolor, su fuerza esencial, el núcleo que alimentaba su motor, permanecía intacto. Enderezó la espalda. Detuvo uno de los golpes de Ironhelm con la palma de la mano, la cerró sobre el puño de combate y apretó con dedos de fuego. Con el puño libre arremetió y golpeó el rostro del Gran Lobo. Ironhelm se tambaleó y cayó hacia atrás.

Magnus se elevó a mayor altura. Las heridas en su cuerpo desprendieron llamas escarlata al curarse solas. Luces procedentes del éter chisporroteaban allí donde pisaba. Su único ojo ardía otra vez, un lingote de hierro fundido entre los hielos. Abrió el puño, y ráfagas de luz se propagaron desde su palma bañando a Ironhelm en un fuego eléctrico destructor. El Gran Lobo fue empujado hacia el borde y obligado a arrodillarse, envuelto en la cruda quintaesencia del immaterium.

El torrente cesó. Ironhelm se estrelló contra el suelo, con la armadura carbonizada y humeante. No se levantó.

El orden había sido restaurado. El semidiós miró hacia abajo, a su rival destrozado, el último de los muchos lobos que se habían alzado contra él.

—Deberías haberte quedado en Gangava —dijo Magnus en tono áspero, mientras su voz rota tañía cuerdas vocales insustanciales como si fuera los dedos de un arpista del infierno. En tanto que todavía se asemejaba completamente a un humano, parecía exhausto.

—Gangava ya no existe —tosió Ironhelm con el sabor empalagoso de la sangre en la boca mientras intentaba levantarse—. Bombardeo orbital. Un puñado de átomos.

Su brazo bólder estaba deformado y colgaba inerte. El puño de combate humeaba por el toque devastador del primarca y la cubierta de ceramita estaba agrietada y abollada. Todo lo que le quedaba era su fuerza nativa. Ambos sabían que aquello no sería suficiente. Se levantó sobre sus pies con un esfuerzo lento y terrible.

Magnus se acercó. Las tramas de la disformidad en su herida giraban más de prisa y rotaban en nuevas y extrañas formas. Algo estaba cambiando en su interior otra vez. Su breve estancia en el espacio físico llegaba a su final.

—Gangava sirvió a su propósito —dijo.

Entonces, el primarca se lanzó contra Ironhelm como un ave de presa vengativa. Extendió los brazos por completo, incendiados con espadas de materia etérea.

A Ironhelm no le quedaba nada con lo que contrarrestar el ataque, y tampoco tenía tiempo para esquivarlo. Se irguió contra la arremetida, y cuando lo alcanzó, descubrió sus colmillos bajo el yelmo y cerró los puños, rugiendo desafiante.

El mundo se convirtió en dolor. Ironhelm notó como se rasgaba su armadura, reducida a tiras por el poder devastador de la disformidad. Notaba débilmente como se desgarraban sus órganos, abrasados por pequeñas explosiones húmedas. Podía oír el sonido de las grietas abriéndose en su pecho, y a duras penas distinguía que procedían de su propia caja torácica. Se le nubló la vista. Su visión fue sustituida por una luz fantasmal lacerante y abrasadora. El huracán de poder, la expresión suprema de la maestría del primarca, lo atravesó como una tempestad del invierno infernal, terrible, gélida e inexorable.

No cayó. De alguna manera mantuvo su posición en el borde del abismo, incrustado en la piedra hecha añicos, recostado sobre ella. Cuando la agonía finalizó, estaba sobre su espalda, roto, tendido boca arriba ante la ira del hijo del Emperador.

Todavía tenía un ojo sano, con el que veía a la muerte venir a por él. Al menos en ese aspecto, ambos eran iguales.

Ironhelm tosió algo viscoso y caliente. A lo lejos, más abajo, se oía el lejano relampaguear de las máquinas de guerra del capítulo. Ya sabía que debían de haber entrado en el Aett. Sus lobos cazarían a todos los invasores en las salas, uno por uno, guiados por la implacable eficiencia que siempre constituyó su código de honor. El hecho de que llegarían demasiado tarde para salvarlo carecía de importancia.

—El Aett está en pie —dijo en un susurro áspero y húmedo—. Llegas tarde. Mía es la victoria.

El cuerpo de Magnus se cernió sobre él. Todavía serpenteaban los entramados sobre su carne, todavía se arremolinaban. Ahora era poco menos que transparente y el viento lo atravesaba. Durante un momento retrasó el golpe de gracia. Estaba pálido como la muerte.

—¿Qué victoria? —dijo—. Deseabas matarme. Los que son como tú nunca podrán matar a los que son como yo, Harek Ironhelm; estoy más allá de tu venganza.

Entonces, Ironhelm se rió, a pesar de que eso inundaba de dolor sus pulmones perforados.

—¿Matarte? No. En eso he fracasado. —La risa asfixiante cesó—. Pero te herí, traidor. Te herimos aquí. Cortamos los hilos de tus hijos y destrozamos las escobas de tus brujos. Borrarnos esa sonrisa de tu cara y rasgamos la piel de tu espalda. Y he vivido para verlo. Eso bien merece perder algunas botellas en la bandeja del creador de carne. Por la sangre de Russ, he vivido para verte aullar, bastardo.

Entonces, Magnus no dijo nada pero levantó el puño. Cuando llegó el momento en que asestó el golpe que mataría a Harek Ironhelm, el Gran Lobo se estaba riendo otra vez, tosiendo sangre sobre la placa facial, al límite del dolor por las punzadas que recorrían todo su cuerpo, triturado contra el flanco de la montaña sin posibilidad de recuperación, pero riendo como haría el viejo Russ en persona en los albores de la galaxia.

VEINTIDÓS



VEINTIDÓS

Cuarenta días.

Desde la llegada de los Mil Hijos a la órbita de Fenris, hasta la muerte del último guardián de la torre mortal en el Aett, habían transcurrido cuarenta días. Ese fue el número proporcionado a los skjalds, que lo incluyeron en las sagas. Esas sagas fueron declamadas, y los dreadnoughts las llevaron consigo a las frías cámaras acorazadas del Subcolmillo para que nunca fueran olvidadas.

Junto a ese número escribieron los nombres. Vaer Greyloc, el Lobo Blanco. Odain Sturmhjart y Lauf Rompenubes. Thar Ariak Hraldir, al que llamaban Hojadragón. Tromm Rossek, Sigrd Brakk, Hamnr Skrieya y el resto de la Guardia del Lobo. Garjek Arfang de los sacerdotes de hierro, y ocho dreadnoughts de los venerables caídos.

De los Cazadores Grises, Colmillos Largos y Garras Sangrientas de la Duodécima Gran Compañía sobrevivieron veintidós. Veintiuno de ellos habían estado en el Sello de Borek; todavía estaban luchando cuando llegaron las fuerzas de relevo a los portales. El único superviviente en el Valgard fue un garra sangrienta, Ogrim Raegr Vrafsson, al que llamaban Rojapiel. Cuando Egjal Vraksson, de la Quinta, irrumpió en la Cámara del Anillo con su Guardia del Lobo, Rojapiel estaba en pie sobre la piedra central, rodeado de marines de Rúbrica, protegiendo la imagen sagrada con su cuerpo. Después de aquello pasó mucho tiempo en el Sueño Rojo, pero sobrevivió.

Era imposible contar el número de kaerls que perdieron la vida en la defensa del Aett. Sus nombres no fueron recordados.

No se supo por qué medios escaparon a la venganza los marines traidores. Cierto es que muchos no lo hicieron y fueron abatidos en los túneles. Pero otros, incluyendo la mayoría de los hechiceros, desaparecieron de Fenris en el mismo instante en que su flota consiguió los puntos de salto del sistema. Los sacerdotes lobo conjeturaron que Magnus se marchó de la misma manera, aunque no hubo testigos de su partida. Cuando el cuerpo de Harek Eireik Eireiksson fue descubierto, algunos pensaron que en verdad el Gran Lobo había matado al primarca. Aunque los rumores persistieron muchos años, los más sabios entre el Rout sabían que tal cosa no estaba en el wyrd de Ironhelm, y se prepararon para el día en que el Rey Escarlata aparecería de nuevo.

Ninguno de los soldados mortales que los Mil Hijos trajeron a Fenris fue salvado por su flota. Cuando los lobos que volvían aterrizaron, masacraron las tropas a millares. Los fuegos de su destrucción oscurecieron el aire del planeta durante un mes, por lo que las tribus que vivían en el hielo exterior se acurrucaban en sus refugios y clamaban contra la venida de Morkai.

Pero la oscuridad pasó. Con el tiempo, los Guerreros del Cielo volvieron para escoger a los mejores y a los más valientes para luchar por el Padre de Todas las Cosas.

Así había sido siempre. Y así sería siempre.

* * *

Los fuegos del Hammerhold nunca se extinguieron. Ahora rugían más enfurecidos que nunca, trabajando duro para reponer las armas que habían sido destruidas.

Aldr marchó por el largo puente junto con sus hermanos. No tenía ningún deseo de volver a la oscuridad. Ninguno de ellos lo tenía. Pero la larga tarea de eliminar al enemigo de los últimos escondrijos se había completado y las sagas ya se habían memorizado. No había nada más en lo que ellos pudieran colaborar y, por tanto, los venerables caídos volvían al Largo Sueño.

Marcharon solos, sin la compañía de los vivos. Con el tiempo, el sacerdote de hierro vendría a leer los ritos y preparar las tumbas cuna. Pero ahora, la compañía de los

dreadnoughts quedó a solas, con algo de tiempo para reflexionar sobre su tránsito en el mundo de la carne antes de abandonarlo otra vez. Los vivos lo respetaron, pues sabían de la importancia de los detalles del ritual.

Todos excepto uno. Freija Morekborn caminó con Aldr; parecía reticente a abandonarlo aún cuando el portal del Subcolmillo lo llamaba.

Aldr no podía decir que le disgustara. Fue una irresponsabilidad recogerla del suelo del Sello de Borek y apartarla del peligro. Ella había caído en combate y tal debilidad conllevaba la ejecución inmediata. Pero él estaba en deuda con ella por otras cosas, y las deudas eran importantes en Fenris.

¿Qué harás ahora?

Freija sonrió con cansancio.

—Se me ha impuesto un castigo. Por el momento, todavía sirvo en los kaerls. Prefiero las filas. No me cubrí de gloria en el Sello.

Fue una debilidad.

—Lo sé. Lo reconozco y me esforzaré por corregirla. Creo que puedo superar mis defectos.

Tu mente vaga por donde no debiera. Fuiste creada para servir.

En el pasado, Freija se habría negado a creer esas palabras. Ahora se limitó a inclinar la cabeza.

—Ésa es una lección que aprenderé —dijo ella—. Tengo el ejemplo de mi padre.

Entonces miró de nuevo a Aldr.

—Morek nunca dudó. Ante aquel horror, nunca dudó. Su fe en los Guerreros del Cielo fue absoluta incluso al final, y trabajaré para estar a su altura.

Aldr no dijo nada y caminaron juntos un rato en silencio.

Los dreadnought sabían que la próxima vez que despertaran no reconocerían ningún rostro. Ponía las cosas en su sitio. Quizá el segundo despertar sería más fácil. Quizá se hiciera menos insoportable cada vez.

Lo dudaba.

El portal al Subcolmillo estaba cerca. Siguió caminando, aunque cada paso era más difícil de dar.

—Sé que soy muy curiosa —dijo Freija justo en el instante en que alcanzaron el punto donde ella no podía continuar—. Sé que es una debilidad, pero dime una cosa.

Aldr se detuvo.

—Las bestias, las que lucharon contra nosotros en el Sello de Borek, ¿qué eran? Dijiste que eran armas, pero ¿quién las hizo?

Aldr vaciló. Durante un terrible instante se dio cuenta de lo mucho que extrañaría sus conversaciones. Echaría de menos las preguntas sin fin de aquella mortal, su franqueza, el que careciera de formas. No era digno de él sentir esas cosas hacia una sierva, pero la echaría de menos igualmente.

Has dicho que te esforzarías por mejorar —respondió—. Empieza ahora. Cesa con tus preguntas. Ese saber no es para ti.

Freija volvió a sonreír con cansancio.

—Tienes razón —asintió—. Te he ofendido otra vez. Me marcharé.

Entonces, Aldr hizo ademán de partir, para seguir a sus hermanos hacia los túneles. Sus poderosas piernas motorizadas gimieron a su paso por el portal. Freija se quedó atrás, respetando la santidad de la ocasión.

Nunca me has ofendido, dijo con voz ronca antes de marchar de vuelta a la oscuridad.

* * *

Junto al parpadeante brillo de las hogueras, dos voces retumbaron en la cámara. Ambas eran insondablemente profundas y resonaban desde armaduras ancestrales.

Una pertenecía al jarl Arvek Kjarlskar, que pronto sería elevado a Gran Lobo como sustituto de Ironhelm. La otra pertenecía a Bjorn *Garra Implacable*, que había sido Gran Lobo y que desde entonces estaba más allá de tales títulos.

El venerable dreadnought había sido recuperado de las montañas un día después de que finalizara la última de las batallas. Su signo vital era tan exiguo que ningún áuspex lo había recogido. Sólo la referencia visual de las cuevas de Valgard marcaba su lugar de eterno descanso. Había demolido la mitad del pináculo en su caída e infligió una enorme herida en la roca desnuda antes de detenerse en una profunda grieta entre dos poderosos salientes. Se tardó dos días en poder sacarlo de allí, y su recuperación física tardó mucho más. Aun hoy, su sarcófago reflejaba las huellas de la batalla, y los sacerdotes de hierro todavía tenían mucho trabajo por delante antes de que pudiera reunirse con sus hermanos en hibernación.

¿Había hermanos lobos en Gangava?

—Sí, señor. Una Gran Compañía, o algo similar. Fueron corrompidos, y se habían entregado sin excepción al enemigo.

Así que los destruisteis.

—Lord Ironhelm quería acabar con ellos personalmente, pero estábamos comprometidos aquí por el asedio, y lo convencí para que abandonara el combate. La ciudad fue destruida desde la órbita, y un escuadrón en la retaguardia se aseguró de que la destrucción fuera completa.

Bjorn gruñó con sombría satisfacción.

Me pone enfermo. ¿Cuál era el propósito del Traidor con todo esto?

—Quería retenernos en Gangava. Sabía que Ironhelm no se negaría a combatir contra hermanos corruptos. Tenía razón. Si las noticias de la batalla no hubieran llegado, habríamos perseguido y exterminado hasta el último de ellos durante muchos días y el Aett habría caído en nuestra ausencia. —La voz del jarl sonaba especulativa—. Pero podría no haber acabado ahí. Se nos mostró la debilidad de nuestros sucesores en aquel lugar. Con todo lo que ha sucedido aquí, no creo que aquello fuera un accidente.

Hablas de la Forja.

—No conozco los detalles. Sólo los conocían Ironhelm y Hojadragón. Posiblemente, el jarl Greyloc también, dado que era amigo del sacerdote lobo. Pero todos conocemos los objetivos del programa. No puede ser casualidad que las cámaras del creador de carne fueran destruidas antes del ataque a la Cámara del Anillo.

Nunca debió haberse hecho. Fue una traición al primarca.

Kjarlskar se encogió de hombros.

—Quizá. En cualquier caso, no se puede retomar. No queda nadie de aquellos que comprendían el trabajo de Hojadragón y todo el equipo ha sido destruido. Seguiremos estando solos, los únicos herederos del manto de Russ.

Como debe ser. Si hubiera sabido de ese trabajo, lo habría destruido yo mismo.

Kjarlskar tuvo que reprimir una sonrisa. Podía imaginarse sin dificultad al dreadnought haciendo justo eso.

—Entonces debe de estar contento, señor. Ha combatido contra un primarca y sobrevivido, y el Aett resistió. Pronto las sagas se llenarán con sus hazañas y con las de nadie más.

Bjorn no hizo ademán de sonreír.

No son mis hazañas. Greyloc fue el que más resistió y ésta es su victoria.

—Así quedará registrado —admitió Kjarlskar—. Pero no creo que sea recordado así.

* * *

Una hoguera ardía en el pináculo de Krakgard, el oscuro pico que oteaba sobre el Colmillo donde se honraba a los muertos desde la era de los primarcas. La cima de la montaña era plana y suave, pues había sido tallada en los días del Padre de Todas las

Cosas y santificada en los largos años que habían transcurrido desde entonces. El capítulo estaba reunido allí, de pie en ordenadas filas grises, con las cabezas desnudas y expuestas a los elementos.

El sol estaba bajo en el cielo y las sombras eran alargadas. Las llamas saltaban, rojas y furiosas, y enviaban chispas que flotaban hacia el ocaso.

Kjarlskar se irguió ante la hoguera con su calor a la espalda. El sacerdote rúnico Freí estaba con él, así como los demás señores de los lobos.

—¡Hijos de Russ! —exclamó, y su voz viajó lejos por las alturas azotadas por el viento—. Tal y como corresponde a nuestras costumbres, los cuerpos de aquellos que murieron en la defensa de Fenris se entregan hoy al fuego. Aquí yace el jarl Vaer Greyloc y el sacerdote rúnico Odain Sturmhjart, y el sacerdote lobo Thar Ariak Hraldir. Así rendimos homenaje a su sacrificio. Así como el fuego consume sus cuerpos mortales, que encienda también nuestro odio eterno para aquellos que hicieron esto. Recordad vuestro odio. Mantenedlo vivo y forjadlo con rencor como un arma más en la Larga Guerra.

Las filas de lobos espaciales escuchaban atentamente, silenciosas como piedras. En la primera línea se situaban los veintitrés guerreros, un poco apartados de sus hermanos. Eran supervivientes de la batalla del Colmillo, los últimos de la compañía de Greyloc. Rojapiel estaba allí, con el rostro todavía surcado por terribles cicatrices. Quedaban pocos garras sangrientas para ponerse a su lado. Todavía no se había decidido cuál sería la mejor forma de reconstruir las manadas, aunque muchos creían que Rojapiel no volvería a servir y que escogería el camino del Lobo Solitario. La muerte de sus camaradas había supuesto un duro golpe y aquélla era una respuesta honorable.

Mientras Kjarlskar hablaba, miraba fijamente a través de las llamas contemplando cómo los cuerpos de los caídos se convertían en cenizas. Llevaba la espada de combate de Brakk en el cinturón, *Dausvjer*, la última arma que su hermano de batalla Puñoinfernal había usado en combate. Aunque ninguno de los allí reunidos lo sabía todavía, la espada tenía un poderoso *wyrd*, y por tanto encontraría un lugar en las sagas de los milenios que estaban por venir. Por el contrario, en aquel entonces era simplemente una compensación, un recuerdo y una advertencia.

—El Gran Lobo Harek Eireik Eireiksson, no yace aquí —dijo Kjarlskar—. Su cuerpo ha sido llevado al lugar donde cayó combatiendo al gran enemigo. He ordenado que se erija aquí un santuario, un lugar de peregrinaje para poner a prueba la resistencia de los fieles. Que sirva como monumento en recuerdo de su inquebrantable lealtad. Y que sirva también como recuerdo de su ceguera. Nunca más nos dejaremos arrastrar a una guerra que no nos incumba. Ésta es la lección que extraeremos y que usaremos para mejorar aún más.

Sentado aparte de los veintidós veteranos del asedio, despreciando como siempre la compañía de sus hermanos, estaba Alanegra. El explorador había recuperado en gran medida su porte durante el viaje de vuelta desde Gangava. Desde entonces se le había asignado la tarea de reconstruir la capacidad para la guerra en el vacío de la Duodécima, aunque pocos esperaban que durara mucho en el puesto. Ya había discutido con la armería del capítulo sobre unos planes para requisar nuevas fragatas rápidas de ataque, e insistía en el diseño de motores pesados que la mayoría consideraban poco prácticos.

Mientras Kjarlskar hablaba, miró arriba hacia las estrellas, con un atisbo de aburrimiento jugueteando en sus rasgos oscuros. Las ceremonias lo aburrían, aunque se sentía satisfecho de que su maniobra sobre Fenris se incluyera en las sagas. Era una compensación por la pérdida de la *Nauro*, el único elemento de su vida en Fenris al que había amado, y el único por el que sentiría afecto alguna vez.

—Lo reconstruiremos —dijo Kjarlskar—. El Aett será restaurado y será más grande que nunca. La última traza del enemigo será barrida del hielo y los remanentes de sus

fuerzas en otros mundos serán perseguidos a muerte y destruidos. La Duodécima Gran Compañía será reconstruida, su honor quedará intacto y sus manadas restablecidas. El Gran Lobo barrió con sus ojos dorados las compañías reunidas.

—Nuestro enemigo no se recuperará. Los hemos destrozado. Nunca jamás volverán a montar semejante operación, pues han sido reducidos a insignificantes cuadrillas de ladrones de conocimiento que vagan por la galaxia en pos de la chatarra de baratijas escondidas. Su vergüenza no conoce límite y su pobreza no conoce igual. Han venido aquí, capitaneados por su primarca, y han fracasado.

Entonces, los ojos de Kjarlskar refulgieron.

—¡Recordadlo, hermanos! —gritó—. Han fracasado. Ésta será la lección más grande de todas, la verdad que llevaremos con nosotros cuando marchemos una vez más a la guerra en el mar de estrellas. Nuestra fe nos define. Nuestra lealtad nos define. Nuestro odio nos define. Así es como perduramos mientras el Traidor se tambalea.

Su voz temblaba de fervor.

—Dentro de miles de años, los hombres hablarán todavía de esta batalla. Mientras perdure el imperio del hombre, los skjalds contarán la batalla del Colmillo y la esperanza arderá en el corazón de los leales. Cuando vuelvan las llamas de la guerra, recordarán lo que hemos hecho aquí y encontrarán la fuerza para levantarse y aceptar el desafío.

Kjarlskar se golpeó con el puño el peto de la armadura.

—Éste es nuestro legado. Éste es nuestro propósito. Por esto luchamos.

Entonces alzó el puño en señal de desafío, orgullo y aclamación.

—¡Por el Padre de Todas las Cosas!

Y a lo largo y ancho de la cima del Krakgard, dos mil guerreros de los Vika Fenryka, los Lobos Espaciales de temible renombre, se golpearon la armadura con el puño y lo levantaron al cielo. El rugir de su estruendosa respuesta se elevó a lo alto del cielo que se oscurecía, un grito de guerra que ya era ancestral, al que ya se temía, y que era tan audaz y exuberante como el amanecer sobre la nieve virgen.

Por el Padre de Todas las Cosas. Por Russ. Por Fenris.